

# **GRANDES PERIODISTAS OLVIDADOS**

**Edición al cuidado de  
Jesús Manuel Martínez**

Recopilación de las ponencias presentadas en el ciclo de conferencias de igual título celebrado en Madrid entre el 20 de abril y el 7 de mayo de 1985, organizado por la ASOCIACION DE PERIODISTAS EUROPEOS y la FUNDACION BANCO EXTERIOR.



**FUNDACION BANCO EXTERIOR**  
Colección Seminarios y Cursos

#### **NOTA DEL EDITOR**

Los textos de la mayoría de las conferencias recogidas en este volumen han sido transcritos de su grabación magnetofónica, con los mínimos retoques obligados por las peculiaridades de la expresión oral.

© Fundación Banco Exterior  
Calle Santa Catalina, 6. MADRID (España)  
1987. IMPRESO EN ESPAÑA  
I.S.B.N.: 84-398-9511-9  
Depósito Legal: M-16678-1987  
Realización: Montalvo, S. A.

## INDICE

	Pág.
Presentación .....	9
Cañamaque y la semblanza política .....	11
(Carlos Luis ALVAREZ)	
Luis Bonafoux, un periodista en la encrucijada del cambio de siglo .....	25
(M.ª Cruz SEOANE)	
Lerroux, «El País» y el periodismo de izquierdas .....	41
(José ALVAREZ JUNCO)	
Cansinos Assens y la crítica .....	65
(Eusebio CIMORRA)	
Urgoiti-Ortega: proyectos de renovación .....	79
(Antonio ELORZA y Mercedes CABRERA)	
Luis Araquistain .....	99
(Marta BIZCARRONDO, Javier TUSELL e Ignacio SOTELO)	
César M. Arconada, síntesis de la vida intelectual española, 1920-1939 .....	121
(Christopher H. COBB)	
Julián Zugazagoitia y «El Socialista» .....	153
(Manuel Pérez LEDESMA y Santos JULIA)	
Arturo Soria .....	171
(Miguel Angel AGUILAR)	

*La revisión de las figuras que fueron evocadas en el ciclo «Grandes Periodistas Olvidados», y que ahora se presenta en este volumen, permite, al tiempo, restablecer en sus verdaderas dimensiones la época periodística a la que corresponden y que ha sido sistemáticamente deformada o ignorada. Y se trata de la etapa más brillante del periodismo español.*

*Al hilo de las biografías y estudios de otras obras periodísticas particulares, desfilan títulos de diarios como **La Correspondencia de España, El Heraldo de Madrid, El País, El Sol, La Voz, El Socialista, Claridad...**, o revistas como **España, Cruz y Raya, Leviatán**, etc.*

*La riqueza del material que aporta el seminario, y que este volumen pone ahora a disposición de un público más amplio, es grande a poco que se revisen las biografías y las obras de los seleccionados. Los itinerarios políticos de Araquistáin o Zugazagoitia se implican, lógicamente, en la historia del PSOE. Aparecen hechos como el affaire Dreyfus con Bonafoux. Se abordan problemas empresariales de prensa con Urgoiti. El tema de las vanguardias literarias y artísticas se plantea con Arconada, redactor jefe de **La Gaceta Literaria** y autor de un libro sobre Debussy y de una biografía de Greta Garbo. Genios de las letras como Cañamaque, el más injustamente olvidado. O provocadores tan entrañables como Arturo Soria...*

*Aunque la nómina, lógicamente, no se agote con los nombres que aparecen en este libro, la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Banco Exterior se sentirían satisfechas si con él consiguieran aportar una modesta contribución a la tarea de recuperar para todos la memoria de figuras que en su momento, y desde las hojas efímeras de los periódicos, moldearon la vida y la conciencia de varias generaciones de españoles. No es un ejercicio de nostalgia: es necesidad de colmar un olvido que nos mutila.*

**ASOCIACION DE PERIODISTAS EUROPEOS  
FUNDACION BANCO EXTERIOR**

**CAÑAMAQUE  
Y LA SEMBLANZA POLITICA**

Carlos LUIS ALVAREZ

**CARLOS LUIS ALVAREZ (CANDIDO)**

*Periodista. Sucesor de González-Ruano en la columna más importante del periódico ABC de Madrid, fue durante muchos años uno de los más destacados columnistas de la prensa nacional. Redactor jefe de la revista Índice, fundador de Hermano Lobo, fue el último director de La Codorniz.*

*Su serie de crónicas "Las Constituyentes", sobre la elaboración de la Constitución de 1979 (Hoja del Lunes de Madrid), ha sido objeto de dos tesis doctorales. Ha obtenido los premios Mariano de Cavia y Luca de Tena, así como el premio a la mejor labor de crítica teatral de la temporada 1972-1973.*

*Actualmente es director de servicios especiales de la agencia OTR-Press. Sus colaboraciones aparecen regularmente en los semanarios Interviú y Tiempo y en una veintena de periódicos diarios de todo el país.*

*Preside desde 1980 la sección española de la Asociación de Periodistas Europeos.*

*De su trabajo como corresponsal internacional da testimonio el libro Miseria y esplendor de la India. Otro de sus libros, Un periodista en la dictadura, constituye un documento imprescindible para la historia del periodismo español de este siglo.*

Sin duda alguna Cañamaque es el periodista más olvidado de este grupo de periodistas o de hombres de prensa. El que más, está medio olvidado, pero Cañamaque habita en el olvido profundo.

Como saben, el siglo XIX estaba lleno de periodistas. Eso se ve muy bien en el libro espléndido de María Cruz Seoane, *Oratoria y Periodismo en la España del siglo XIX*. En ese libro María Cruz Seoane cita a Cañamaque dos veces. El siglo XIX estaba lleno de periodistas y de periódicos, la mayoría de los cuales eran más bien efímeros o intermitentes. Nuestra autora cita una comedia de Bretón, *La Redacción de un Periódico*, que da muy bien la situación. «El venerable *Correo* / murió de un golpe de Estado; / murió también extenuado / el narcótico *Ateneo*. / Murió eclipsada *La Aurora*, / víctima de un mandarín, / y la *Crónica* dio fin, / por meterse a redentora. / Sin cumplir del año un tercio / a oscuras murió la *Estrella*, / y poco vivió más que ella / el *Boletín del Comercio*. / El rayo ministerial / abrió un mismo panteón / al *Eco de la opinión* / al *Tiempo*, al *Universal*...» Y así sucesivamente. Esta situación descrita pertenece a la primera mitad del siglo XIX, pero, en general, puede servir para caracterizar todo el siglo.

Francisco Cañamaque Jiménez nació en Gaucín, Málaga, en 1851, y murió en 1891. Vivió, por tanto, cuarenta años. Doce más de los que había vivido Larra y ocho más de los que había vivido Espronceda. Su vida transcurre en uno de los periodos más agitados de la historia del ochocientos. Dentro de esa historia no sólo ejerció como periodista, sino también como político. Periodismo y política eran entonces las dos caras de la misma moneda, y por supuesto ese prurito de independencia destilada, de supersticiosa neutralidad que parece ser hoy el rasgo definitorio, y el más honesto, de nuestra profesión, les era habitualmente extraño a aquellos periodistas. Por eso, cuando dentro de cien años la Asociación de Periodistas Europeos de entonces convoque unas conferencias en torno a los periodistas olvidados, lo primero que se verá es que todos éramos independientes. Pero esto no se lo va a creer nadie. Y les costará Dios y ayuda a los eruditos demostrar hasta qué punto no lo éramos, sobre todo los que más presumían de ello.

Cañamaque fue diputado a Cortes y, después de muerto Alfonso XII, Sagasta le confió la subsecretaría de la Presidencia, que desempeñó hasta 1886, en que dimitió. Dimitió porque se supuso, con bastante fundamento, que había «filtrado», como se dice ahora, a los periodistas, el propósito que

abrigaba el Gobierno de indultar a Villacampa. Manuel Villacampa, separado del Ejército por sus ideas republicanas, y más tarde ligado a la conspiración organizada desde París por Ruiz Zorrilla. Desbaratada la sublevación y hecho prisionero, fue condenado a muerte, indultado y desterrado a Fernando Poo. Cañamaque filtró el propósito gubernamental del indulto, pero que aún no había cristalizado en acuerdo, con el fin de presionar al Gobierno mediante la opinión pública y que se viese obligado a concederlo. A pesar de su dimisión, Cañamaque continuó sentándose en los bancos de la mayoría, pero se mantuvo en una actitud independiente y, digamos, ofendida, hasta el punto de que rehusó la Intendencia General de Puerto Rico y el Gobierno Civil de Manila. En 1881 publicó *La España*, diario liberal del que fue propietario. Colaboró, asimismo, en otros muchos periódicos. Había en él un rasgo pronunciado de intelectual típico, el cual estribaba en su preocupación por ver al mismo tiempo las dos partes de la esfera, como luego probaré con algunos ejemplos. Ahora diré que perteneció a la Sociedad Geográfica de Madrid, a la Academia Indochina de París, lo cual es bastante gracioso, al Ateneo de Madrid, a la Real Academia de la Historia y al Congreso de Americanistas.

Creo que ya contamos con algunos apuntes para esbozar la mentalidad y la personalidad de Cañamaque, y sus adscripciones o tendencias políticas en aquel caos decimonónico.

Como periodista, y según lo que he leído de él, está en una línea muy distinta a la del periodismo de los «gaceteros de Bayona», de quienes hablaba a principios del XIX Bartolomé José Gallardo, y está más próximo al mismo Gallardo, autor memorable de sátiras políticas, como aquella titulada *La apología de los palos*, que es de 1811, y a una figura anterior a la de Gallardo, la de Juan Pablo Forner, cuyas *Exequias de la lengua castellana* podrían escribirse hoy por el mismo motivo. Cañamaque es menos relampagueante y patético que Larra, que murió catorce años antes de nacer Cañamaque, y posee menos penetración satírica que Clarín, pero muchas veces se ven en él reflejos de aquel dolor genial de Larra, y algunas de sus semblanzas políticas, como, por ejemplo, la de Cánovas, sin duda las tuvo muy presentes Lopoldo Alas.

Cañamaque escribió una serie de obras, que voy a citar: *Recuerdos de Filipinas* (dos tomos), *El Derecho moderno*, *El prisionero de Estella* (dos tomos), *Miscelánea histórica, política y literaria*, *El héroe de Puigcerdá*, *Angela* y dos libros que definen con bastante elocuencia los cerros por los que Cañamaque transitaba: *Memorias de un cantonal* y *La oligarquía del sable*. Esa oligarquía es el «leit motiv» del siglo XIX. Como Figaro, era un afrancesado, en el mejor sentido de la expresión, y absolutamente antiabsolutista. Tradujo del francés a Michelet —*Los soldados de la Revolución* y *Las mujeres de la Revolución*—. Era, además, partidario vehemente de la separación de la Iglesia y del Estado. Tradujo *Las Provinciales* pascalinas. Así, por tanto, en la España de Manterola era un monstruo incalificable.

Y como todo monstruo incalificable, era anticlerical. Hoy eso no es contemporáneo, por decirlo así, pero en los tiempos de Cañamaque, como en los de Galdós o en los de Clarín, era incluso necesario, y por supuesto era un sentimiento que jugaba dentro de la historia. La Iglesia y el Estado, cata-

lizadores entrambos de su mutuo absolutismo, destruían cualquier sugestión liberal y progresista. El liberalismo, el republicanismo, el progresismo, el anticlericalismo y el afrancesamiento venían a ser matices de un solo proyecto de libertad civil. En algunos de los perfiles que escribe Cañamaque queda claro su anticlericalismo. De un diputado, Ochoa, dice: «De nada a soldado; de soldado a guardia civil; de guardia civil a estudiante; de estudiante a abogado; de abogado a carlista; de carlista a diputado; de diputado a orador; de orador a faccioso; de faccioso a fraile... Que es lo último de lo último, esto es, lo peor.» De Rodríguez Pinilla dice que tiene «cabeza de fraile capuchino con gafas». De esos perfiles rápidos de Cañamaque, quiero citar uno que, aunque nada tiene que ver con el anticlericalismo, da una idea de las frecuentes situaciones cómicas que se creaban en el Congreso de los Diputados, en comparación con el cual el de hoy es un erial monótono. «El presidente: Señor diputado, descúbrase V. S. ante la representación nacional. Paul y Angulo: Pero, señor Presidente, ¿qué más tiene que me cubra dos dedos más acá que dos dedos más allá? El Presidente: Que se descubra V. S., se lo mando. Paul y Angulo: Pues bien, presidente reaccionario y abominable, no de da la gana.»

Pero la obra por la que especialmente me llamó la atención Francisco Cañamaque es la titulada *Los oradores de 1869*, subtitulada *Bustos parlamentarios*, y publicada en Madrid en 1879, en la librería de Simón y Osler, que estaba en la calle de las Infantas.

Aunque el cuadro histórico es suficientemente conocido, quiero resaltarlo con algunas pinceladas, las que personalmente más me conmueven. La pincelada, sobre todo, del oscurantismo y el absolutismo teológico y político contra los que se levantaron los revolucionarios que destruyeron a Isabel II, y la enemiga feroz a toda libertad de espíritu, de mente, de palabra, con aquellos planes despóticos del ministro Orovio contra el krausismo, que para destruirlo quiso abolir la autonomía universitaria al exigir que los catedráticos sometieran los programas de sus asignaturas a la aprobación del Gobierno. Plan que fracasó al sobrevenir la revolución, pero al que Orovio volvió siete años después, con la restauración de Alfonso XII. La sañuda persecución de los ideólogos krausistas, tachados de heterodoxos, alcanzó su climax en 1867, con la expulsión de sus cátedras de Sanz del Río, Fernando de Castro y Nicolás Salmerón. La revolución de 1868 y la primera República no tuvieron mucho tiempo para realizar una obra efectiva, ni en el aspecto de la enseñanza ni en ningún otro, y lo poco realizado lo deshacen la Restauración y el gobierno de Cánovas del Castillo.

Y es precisamente contra Cánovas del Castillo, como después haría Clarín (en quien el liberalismo, el eclecticismo, la personalidad moral de sus maestros krausistas, especialmente Giner de los Ríos, dejaron una huella perenne y dieron sello a su periodismo y al desprecio que sentía hacia Cánovas), donde Cañamaque se hace más crítico, más satírico. Quiero demorar-me en esto, porque Clarín bebe en Cañamaque, indudablemente, algunas actitudes. Ambos quieren ver las dos partes de la esfera simultáneamente. Por ejemplo, Clarín le hace decir a Cánovas: «La ventaja que me lleva Dios es haber venido antes. Cuando yo nací, el mundo ya estaba hecho, ¿qué iba yo a hacer? Únicamente cambiarle.» Y comenta Clarín: «Y en eso se ocupa.» Y en otro momento: «¿Cómo ha de ser malo un mundo en el que



nace un Cánovas, si bien uno solo, porque estas cosas no son para repetidas?» Y a pesar de todo, no deja de reconocer lo que hay de valioso en su víctima. Escribe: «Así sucede muchas veces que, en lo esencial, está uno conforme con Cánovas. Es claro, ¡cuántas veces! Pero aquel aire de suficiencia, aquella falta de caridad, aquel tono de acrimonia y pedantería, aquella argumentación imperativa, interesada, seca, llena de pasión pequeña, repugnan, hieren en lo más íntimo de lo humano...»

El «busto» de Cánovas, modelado por Cañamaque, es una sátira espléndida. Empieza así: «Es orador, político, literato, tres veces académico, historiador, poeta, jurisconsulto, diplomático, periodista, geógrafo, artillero, aljamiado, monstruo, malagueño, conservador liberal, liberal conservador y bizco... Para ser la novena maravilla no le falta más que morir obispo, confesor, virgen y mártir.» Y luego: «He dicho que parece un hombre vulgar si lo contempláis sin prevención. Pues bien, parece lo que no es. También pareció liberal y progresista en 1854, y todo el mundo se equivocó.» Y sigue: «... Cánovas es... un académico que no va a la calle de Valverde a fumar, toser, bostezar y otras espiritualidades tan propias de las gloriosas ruinas que limpian, fijan y dan esplendor, a su modo, a la lengua de Cervantes... Menos es de los que pasan noches y noches a la nominilla de la Academia si “beaf-teck” se debe escribir con “k” o sin ella. No señor, Cánovas no es de esos; Cánovas es de los que, sin “k” o con “k” se comen el “beaf-teck” y disputa concluida.» Y en otro lugar: «Interrumpido el estado legal del país, como nos dijo en las Cortes de 1876 a las primeras de cambio, proclama la existencia de una Constitución que no es la de 1869 ni la de 1845: una Constitución suya, exclusivamente suya, malagueña y bizca. Proclama la Constitución “interna”. ¿Lo han entendido ustedes? Pues yo tampoco. Y principia a lanzar teorías y más teorías por aquella boca... Divide los partidos en legales e ilegales por el siguiente peregrino procedimiento:

- ¿Piensas como yo?
- Sí, monstruo aljamiado.
- Pues eres legal.

Nómina, periódico, marqués, conde, duque, clase conservadora, importancia, credenciales, un verdadero festín.

- ¿Piensas como yo?
- No, señor.
- Pues eres ilegal.
- Pero si pago contribución.
- Eres ilegal.
- Si puedo ser soldado...
- Ilegal.
- Que soy moro de paz, hombre pacífico...
- Ilegal.

Y España, víctima de esta graciosa teoría de Cánovas, encuéntrase dividida por el primer ministro de la Restauración en legal e ilegal. Nada, a lo Calomarde: purificados e impurificados. ¡Majadero que tú eres, Antonio “panliberalismo”!»

También juega Cañamaque con el tradicional y saludable miedo al espadón que tanto suele notársele al político, pero en este caso retuerce el argumento. Escribe: «Cánovas es hombre que se va siempre al bulto, a no ser que el bulto se llame Martínez Campos. En este caso el ilustre malagueño emplea toda su trastienda, que es mucha; todo su talento, que es grande; toda su habilidad, que es consumada, y el bulto se viene a él. Lo coge, lo mira desdeñosamente, le da vueltas, juega con él, lo pone en un fanal o lo arroja por la ventana del desprestigio, y guiñando y torciendo la boca se eleva incommensurablemente sobre el nivel conservador diciendo *urbi et orbi*: Aquí no hay más bulto que yo». Permítanme subrayar lo que ustedes ya habrán observado. El aguijón está en la cola del párrafo, como en los escorpiones. Porque Cánovas, “se eleva incommensurablemente sobre el nivel conservador”, esto es, se hace más papista que el Papa, más espadófilo que el espadón, aunque en este caso el espadón fuese Martínez Campos, más conservador que el alcanfor. Es decir, se convierte en un secuaz genuflexo de aquel a quien teme.

Pero, como más tarde Clarín, Cañamaque reconoce los méritos de Cánovas, aunque también él mezcla el reconocimiento con el dicerio. «En resumen —nos dice— Cánovas vale mucho y es uno de los primeros oradores de la Europa contemporánea. A él le debemos, entre otras cosas, la desesperación de los constitucionales, el nacimiento de los centralistas, un hipódromo, una Constitución más, la unidad constitucional del país y cierta expansiva libertad para el libro. ¡Lástima que no hiciera lo mismo con la prensa, a la que tan despiadadamente trató! ¡Hijo desnaturalizado y desagradecido!... ¡Monstruo!»

El anticlericalismo de Cañamaque, del que he dado algunas muestras abruptas, no era, como no era en Clarín, irreligiosidad. Como es natural, el empeño del ultramontanismo ha sido siempre que anticlericalismo e irreligiosidad fuesen la misma cosa. No lo son. Y cuando hombres de buena voluntad y de talento, como Francisco Cañamaque, abordan, por modo directo o indirecto, el asunto, queda probado meridianamente. Esto lo digo en lo tocante a la primera figura que Cañamaque aborda en su libro de oradores, Antonio Aparisi y Guijarro. «No faltará quien crea —dice Cañamaque— que empiezo mal porque empiezo por un carlista.» Siendo el pensamiento de Aparisi tan alejado del suyo, e incluso la metodología política, el homenaje al hombre honesto aparece por todos lados, así como cierta delicada tristeza por su ingenuidad. Leyendo esta parte de Cañamaque me conmueve la ternura, entreverada de suavidad irónica, nada cruel, con la que trata al gran carlista. Merece la pena copiar la descripción que hace de Aparisi en la tribuna. Es el fragmento de un auténtico maestro en el arte de mezclar armoniosamente emociones contrarias. Y les pido perdón si es un poco largo: «Nervioso, terriblemente nervioso, cual si opuestas corrientes eléctricas sacudieran su ser; moviéndose sin cesar en el angosto espacio de su banco; accionando en visible desorden como si fuera víctima de una pesadilla; sin dejar un solo momento el amplio pañuelo con que secaba el sudor de su ancha y hermosa frente; agitado, inquieto, fuera de sí; los brazos en continuo y chocante batallar hasta el punto de que parecía imposible tanta resistencia, tejido muscular tan robusto; todo esto, unido al candor político de Aparisi, a su original manera de expresarse, a las contradicciones infantiles de la qui-

mera que perseguía, causaban en el espectador la risa mejor intencionada y la admiración más sincera y profunda. Y es que Aparisi no era un hombre político, un hombre de partido, un hombre como los demás. Era el Jeremías de la Jerusalén del tradicionalismo, el cantor de lo que fue, el ave que vive en las ruinas de lo que cayó; era el alma pura que... no comprendía la existencia de las sociedades sin un Papa y sin un Rey; era el soñador que quería resucitar a los impulsos de su fe los primitivos tiempos patriarcales. Por eso era escuchado con tanto recogimiento. Aquellos representantes, que no vivían otra vida que la de las intrigas, las murmuraciones y las crisis; aquellos diputados, escépticos y burlones como hijos del siglo, más atentos al rumor de un cambio ministerial que a las grandes especulaciones de la política, acomodábanse en los bancos con visible respeto cuando Aparisi hablaba.»

El retrato es de una hondura extraordinaria, no tiene desperdicio. «A lo mejor —sigue Cañamaque en otro momento del retrato— empezaba a citar cosas, hechos y personajes, todo para probar que antes había habido más libertad que ahora y que el mejor de los gobiernos es un rey absoluto, y tan bien lo hacía, barajaba y componía, que el auditorio entraba en ganas de pedir a grito pelado el rey de Aparisi, los ministros de Aparisi y la política de Aparisi.» Y viene a terminar Cañamaque: «Hondo y tristísimo desengaño amargó los últimos días de este hombre de bien. El rey que soñara existía en carne y hueso; pero sin aquellas dotes de carácter, sin aquellas prendas de corazón, sin aquel entendimiento puro y generoso que Aparisi deseaba. Aconsejó, insinuó, reprendió a don Carlos. Don Carlos fue incorregible. Una escena de familia ocurrida en París... acabó de postrar su ánimo abatido, de aniquilar sus muertas ilusiones. Convencióse de que era imposible. Cuando Aparisi murió ya no era carlista.»

Insisto en que Cañamaque no habla aquí de un hombre próximo a él. Pero Cañamaque se detiene ante la virtud humana del mismo modo que se arroja al dicterio ante la bajeza o la «pasión pequeña», como en el caso de Cánovas o de Alonso Martínez, del que dice que «era el hombre más hinchado, más egoísta, más quisquilloso, más estéril, más cómicamente serio de la política española».

El libro de *Los oradores de 1869* iba a titularse *Los oradores de la Revolución*, pero la amplitud histórica de la palabra «revolución» y quizá también la sospecha de que era una revolución que iba a durar poco, hizo desistir a Cañamaque del título revolucionario. Desde luego el proyecto del libro era mucho más ambicioso. En alguno de sus otros libros llegó a anunciar este título, *Los oradores españoles*, e iba a comprender desde los oradores de las Cortes de Cádiz hasta los contemporáneos de Cañamaque. Se disculpó de no abordar esa obra diciendo que le faltaba humor, tiempo y dinero. De modo que no pudiendo abarcar los oradores de casi un siglo, se conformó con abarcar los de un año. Y como él mismo dice: «Sí, ¡pero qué año!». Sin duda, el más activo, vertiginoso y elocuente de la historia constitucional y parlamentaria del ochocientos. No se perdió ni una sola sesión de las Cortes del 69, y, aunque no estoy completamente seguro, debió de ser el periodista más penetrativo entre los que tuvieron el privilegio de oír el discurso de «Dios es grande en el Sinaí», la titánica oración de Castelar en defensa de la libertad de cultos, y claro es, también a Manterola. De lo que dice de ambos hablaré enseguida, porque caracteriza aún más a Cañamaque, pero ahora

quiero referirme a otra de esas situaciones cómicas del Congreso de los Diputados, que yo deploro que no se den ahora. Yo no sé si llevando allí a Julio Cerón, que si no es monstruo cuando menos es aljamiado, podríamos reírnos alguna vez. Porque con lo que ahora hay allí no vamos a ninguna parte. ¡Cosa tan triste! Pues bien, huyamos hacia 1869. Y vamos con la situación cómica. El *Diario de Sesiones* del 12 de abril de 1869 copia el siguiente diálogo: «Castelar: Yo estuve en Roma y me dio horror y frío. Manterola: El señor Castelar nos dice haber estado en Roma, y yo, francamente, señores, creo que el señor Castelar nunca ha estado en Roma. Castelar: Si estuve, el año pasado por ahora. Manterola: Digo, señor Castelar, y lo digo con un profundo respeto, y hasta con cariñosa expresión... El Presidente [que, por cierto, era don Adelardo López de Ayala]: Señor diputado, ruego a V. S. que se dirija a la Cámara. Manterola: Digo, pues, a la Cámara, que no creo yo que el señor Castelar haya estado nunca en Roma.»

Es para quedarse estupefacto. No se sabe qué sorprende más, si la pueril osadía de Manterola, la ingenuidad de Castelar aceptando el diálogo o el talante impertérrito del presidente aceptándolo. Comenta Cañamaque: «¿Han oído ustedes jamás nada semejante? Un hombre de bien, un caballero, afirma en plenas Cortes, a la faz del país, que ha estado en Roma. Manterola se levanta y le contesta: “No creo yo que usted haya estado nunca en Roma”. Pero, señor cura, ¿qué es eso? ¿Qué se ha figurado usted? ¿Piensa que está disputando con los monagos de la catedral de Vitoria? ¿Es ese el respeto que le merecen los diputados de la nación? ¡Pues hombre! ¡Ni que estuviéramos en asamblea de canónigos que acaban tirándose los bonetes!»

Lo que le importa a Cañamaque en sus figuras, bustos y perfiles es la sustancia. A ese fin lo sacrificó todo: amistad, pasión política, pretensiones literarias, quizá provechosas conveniencias personales. Escribió por todos y para todos. Sus juicios están guiados por una escrupulosa imparcialidad, aunque no por una neutralidad ideológica, pero dio a cada cual lo suyo, como en el ejemplar cuadro de Aparisi, y aun en el de Cánovas. Pero en cuanto a pensamiento no era neutral, porque no hay pensamientos neutrales. Lo dice él mismo: «Público es que soy liberal, que tengo culto fervoroso, profundo, por el espíritu imperecedero de la Revolución de Setiembre; de aquella Revolución que vive y vivirá porque está en las leyes, en las costumbres, en los hombres, en cuanto vemos y nos rodea. Fecunda como las inundaciones del Nilo, toda la tierra española está empapada de su esencia. Los mismos que la condenan no pueden menos de rendirse ante la realidad de frutos y florecimientos que sin ella no existirían. Todo lo que hay es hijo de la Revolución. Borrada de la historia, y hasta lo más alto viene al suelo.» Bien, pues los oradores del 69 es una de las fases más puras y la más brillante de esta revolución.

La cumbre, la fase suprema de esa fase es Castelar. Y Castelar es otro busto de Cañamaque. Reconoce que es el más difícil, el más laborioso, el más peliagudo busto de su libro. Cañamaque dice que por razón de que la elocuencia de Castelar, que habita en él como la perla en la concha, carece de lunares. Pero yo creo también que por razones de parentesco político. Por lo pronto, y a pesar de ello, comienza remedándole: «Señoras y señores: Triste, muy triste; deventajosa, muy desventajosa es mi situación en este momento. ¡Ah, señoras y señores! Puesta la mano sobre el corazón; trémula al sacudimien-

to de la perplejidad la pluma, el espíritu incierto...» Así empieza. Y sigue así: «Como orador está usted seguro, acorazado, blindado. Es usted impenetrable. Pero como político, como un hombre de gobierno, como ministro tenemos que hablar, aunque no despacio porque usted lo hace muy deprisa y muy bien, y yo me defiendo como puedo.» Y sigue el periodista, refiriéndose a un discurso de Castelar en el que, como ahora hacen los políticos más liberales, pedía más ejército, más armas para el ejército y más dinero para el ejército: «¿Para qué quiere usted mucha caballería, mucha infantería, mucha artillería, mucha guardia civil, muchos carabineros, muchos ingenieros, y quizá, andando el tiempo, muchos húsares? ¿Para qué? ¿Para convertir la nación en un campamento y asustar a los federales? ¿Para defenderse de la extrema derecha de la política española?... Si es para lo primero, protesto en nombre de la paz, de los contribuyentes, de las madres y de las novias; si es para lo segundo, conformes de toda conformidad. Por ahí debimos empezar en 1868...» Es el único lugar de Cañamaque en que su pensamiento político se expresa, por decirlo así, de una manera fáctica, terminante. No obstante, se impone enseguida la tendencia moral de Cañamaque a ver también la otra parte de la esfera. Y lo hace remedando al mismo tiempo las repeticiones conceptuales contenidas en variaciones verbales de Castelar. Dice: «Ahora bien: yo acepto, yo aplaudo, yo oigo con gusto sus revanchas conservadoras, su desquite de orden y legalidad... Pero no abuse usted de lo uno como abusó de lo otro, porque además de ser extemporáneo los curiosos y observadores pueden decir, con más o menos justicia, que un hombre de su talento, de su ilustración, de sus conocimientos históricos, no debió combatir, triturar, pulverizar con la fuerza incomprable de su elocuencia poderosa lo mismo que hoy predica, ensalza, quiere.» Es la triada conceptual del párrafo castelarino que Cañamaque usa una y otra vez en su extraordinaria sátira. En ella la admiración a Castelar es sincera, a Castelar como orador, hasta el punto de que en su libro reproduce excepcionalmente un solo discurso, en su integridad, y es el de la libertad de cultos. Por cierto, que hay en él un «locus», probablemente algunos de ustedes lo recordarán, en el que, en sustancia, viene a decir lo mismo que dijo Azaña con el mismo motivo y que sintetizó en aquella frase algo petulante, y que, entresacada ladinamente de su contexto, sirvió a la derecha de martillo de herejes. La frase de que España había dejado de ser católica. Es evidente que Azaña se refería al Estado, y bastantes años antes, Castelar le dice a Manterola: «Se ha concluido para siempre el dogma de la protección de las Iglesias por el Estado. El Estado no tiene religión, no la puede tener, no la debe tener. El Estado no confiesa, el Estado no comulga, el Estado no muere. Yo quisiera que el señor Manterola tuviese la bondad de decirme en qué sitio del valle de Josafat va a estar el día del juicio el alma del Estado que se llama España.» Y más adelante viene el párrafo del Dios del Sinaí, que todavía retumba, que hoy todavía es fulgurante.

No dejaba de ser elocuente Manterola, pero la batalla era desigual. Aquella célebre sesión despertó más expectativas que una corrida de toro en aquel Madrid taurómico. Política y toros. Más caballos. Revuelos de fandango y navaja española. El choque podía ser terrible. De una parte, Cánovas, Monescillo, Cuesta, Manterola. De otra, Ríos Rosas, Mata, Castelar, Becerra, Montero Ríos, Echegaray.

Vicente Manterola, joven, fuerte, canónigo, carlista, integrista, tiene el valor de enfrentarse a Castelar, quiere mediarse con él. Tiene la esperanza de ser un David frente a Goliat, pero al fin quedará convertido en un San Tarsicio. Su arrojo es admirable, sin embargo. Cañamaque reproduce el siguiente párrafo de su oración: «Yo, señores diputados, soy apasionado partidario de la libertad, y no lo digo por jugar con la palabra; soy partidario de todas las libertades, de todas, absolutamente de todas; pero no quiero ninguna absoluta.» Y comenta Cañamaque: «¿Habrás visto? ¿Qué entenderá Manterola por libertad relativa?» Y se responde a sí mismo aludiendo a los desmanes de las tropas carlistas: «¿La de entrar en Cuenca, saquear, incendiar, asesinar a mujeres indefensas y a tiernas criaturas? ¿La de arrojar bombas de petróleo sobre Puigcerdá? ¿La de robar a los viajeros de los trenes? ¿La de fusilar a los tristes carabineros de Olot?... Vamos, les digo a ustedes que este canónigo es de lo más gracioso que hay». Pero practicando una vez más la dualidad de mirada (el rasgo más notable del periodismo de Cañamaque) no le importa añadir de seguido: «Pero es también el más elocuente, el más profundo, el más brillante de todos los curas que se han dado a luz. Su entendimiento es claro; su comprensión, rápida; su talento, cultivadísimo. Si los obispados se dieran al saber, Manterola debía ser obispo.»

Manterola, aquel Manterola batallador, iracundo carlista, faccioso e indomable acabó abrazando la causa del rey don Alfonso. Cañamaque dice: «Nuestro canónigo ha debido comprender [no olvidemos que el libro de los oradores está escrito diez años después de las famosas Cortes del 69], que no están los tiempos para melindres, y en Ecija, patria de los Siete Niños, Manterola ha abjurado de sus ideas políticas.»

*Los oradores de 1869* da los bustos, aparte de los ya citados, de López de Ayala, de Echegaray, de Figueras, de Martos, de Moret, de Olózaga, de Pi y Margall, de Posada Herrera, de Prim, de Ríos Rosas, de Ruiz Zorrilla, de Sagasta, entre otros.

Pero se trataba de iniciarnos en Cañamaque y rescatacarlo del olvido. Otras personas más eruditas sabrán ir más lejos, serán más rigurosas en el análisis de Francisco Cañamaque y de su periodismo. Un periodismo que estriba fundamentalmente en pensar los hechos, que es lo único que da sentido de certeza más allá del puro fenómeno, y que dota de conciencia a los hechos. Y también otros podrán ir más lejos que yo al exponer con mayores datos y argumentos la intrínseca defensa de la libertad de expresión que late en las páginas de Cañamaque. En defensa de esa libertad no perdona siquiera al presidente de aquellas célebres Cortes, Adelardo López de Ayala, de quien hace un busto. Ayala había arremetido contra la indigna ley de imprenta de Nocedal, de 1957, siendo diputado unionista. Dijo cosas como éstas, según consta en los periódicos de la época: «Cuando la imprenta vive libre, la calumnia es nula; cuando se encuentra comprimida, la calumnia es terrible. ¡Triste suerte la del Gobierno, al que nadie acusa en público, pero al que todos acusan en secreto!» Otro periódico comentaba aquel discurso, que era el primero de Ayala, en estos términos: «El señor Ayala es un verdadero atleta parlamentario. Su palabra, que resonaba por primera vez en el Congreso, produjo un inmenso efecto moral en el ministerio, en la mayoría y en el público de las tribunas. Tal y tan honda fue, en nuestro concepto, la impresión que ocasionó el discurso, que si el ministe-

rio, sin peligro de su propia existencia... se hubiese encontrado en libertad de retirar en el acto la ley, tal vez lo habría hecho.»

Años después escribirá Cañamaque: «¡Ah, don Adelardo! ¡Quién hubiera creído entonces que después, en 1878, había de aceptar usted la ley de Imprenta de Cánova y Romero Robledo! ¡Que había de formar parte de un ministerio, en 1874, que suprimió de un arranque todos los periódicos democráticos de España!... Francamente, eso no se lo perdono yo, que soy periodista; no se lo perdona la consecuencia, que es exigente; no se lo perdona la razón, que es lógica, invariable, inflexible.»

Y así era la estatura moral de Francisco Cañamaque Jiménez, liberal, capaz de rehusar una Intendencia General y un Gobierno Civil, periodista. Extraerle del olvido es un deber. Yo me he limitado, modestamente, como un piadoso albañil, a levantar la lápida de su sepultura. Ahora será menester una voz más poderosa que le invite a levantarse, y, a poder ser, una mano que le quite la mortaja y le lleve a los periódicos, si es que periodistas como Cañamaque pueden ser aceptados hoy en nuestras Redacciones.

## LUIS BONAFoux, UN PERIODISTA EN LA ENCRUCIJADA DEL CAMBIO DE SIGLO

María Cruz SEOANE

**MARIA CRUZ SEOANE**

*Nació en La Coruña. Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, con una tesis publicada en 1968 bajo el título **El primer lenguaje constitucional español (Las Cortes de Cádiz)**. Este estudio, basado fundamentalmente en la prensa y los discursos políticos de los años de la Guerra de la Independencia, la llevaron a interesarse por el periodismo y la oratoria. Fruto de sus investigaciones fue primero el libro **Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX (1977)**, y más tarde **Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX (1984)**. Actualmente trabaja, en colaboración con María Dolores Sáiz, en la elaboración del tercer volumen de esta historia, dedicado al siglo XX.*

*En colaboración con Milagros Lain publicó en 1971 una **Gramática Española**. Publica regularmente trabajos de crítica literaria e investigación histórica en revistas y periódicos españoles.*

Hablar de periodistas olvidados parece casi una redundancia, porque se supone que los periodistas en general, atados por definición a la actualidad, trabajan para el olvido, no para perdurar. Sin embargo, no es completamente cierto. Al menos, hay excepciones tan notables como la de Larra, sin duda el escritor de fama más perdurable de su tiempo, y precisamente por su labor periodística, no como el novelista o dramaturgo que también fue. Tampoco hay que olvidar que gran parte de los ensayos de autores como los del 98 u Ortega, por ejemplo, fueron en su origen artículos periodísticos. Escribían para los periódicos, y no sólo por fundamentales razones económicas, sino también porque el periódico era la tribuna más adecuada para llegar a un público relativamente amplio e influir en él, que era lo que se proponían.

Tampoco estoy yo muy convencida de que las hojas sueltas de los periódicos, que suelen considerarse lo efímero por antonomasia, lo sean mucho más que las cosidas y encuadernadas de los libros que, en su ir menza mayoría, no son sino «verduras de las eras» también.

Luis Bonafoux, el periodista que vamos a recordar hoy escribió muchísimo. No tenía más remedio que hacerlo, ya que la colaboración periodística era su único medio de vida, «amasaba el pan con cuartillas», como le gustaba decir, «encadenado a la pluma como un criminal». Por cierto, que escribió estupendas páginas de humor negro sobre la situación económica y social del periodista de su tiempo. Recogió en libros una considerable parte de sus artículos, seguramente para tratar de sacarles algún rendimiento económico más en esa forma, pero quizá también pensando que así desafiaría mejor al olvido. Algunos de esos libros son hoy más inencontrables que los periódicos en que publicó sus escritos —aunque algunos de éstos también lo sean— y desde luego son menos leídos.

Ya que de periodistas olvidados se trata, nadie más apropiado que Bonafoux para iniciar este ciclo. Tal vez en ninguno es tan grande la desproporción entre la fama de que gozó, y a veces sufrió, en vida y el olvido en que está hoy. En el género periodístico-literario de la crónica, que es el que cultivó a lo largo de toda su vida, fue considerado por muchos de sus contemporáneos en los últimos quince años del siglo XIX y los quince primeros del nuestro, el mejor. Los testimonios son innumerables, pero citaremos sólo los de Azorín y Baroja.

Azorín dijo en su libro *Charivari*, en 1896: «Bonafoux es el escritor más desenfadado que conozco entre los antiguos y modernos, sin excluir a Torres Villarroel. Torres, como Bonafoux, se rie de todo y todo lo pone en solfa con gracia peregrina; pero Bonafoux le supera en finura de ingenio, en llegar más hondamente al alma del lector (...) es un poeta; sus crónicas son torbellinos de luz (...). Pasan por ellas zumbando mil cosas: ironías desgarradas, rasgos de ternura, blasfemias, lamentos; y a lo mejor, cuando el lector aprisionado, vencido, asiste anhelante al desfile del "paisage", una nota conmovedora, un contraste violento, un pedazo de naturaleza, una visión melancólica... y c'est fini; la crónica ha terminado.»

Baroja lo cita en varios pasajes del tomo III de sus *Memorias*, escritas muchos años más tarde: «Luis Bonafoux (...) era para mi gusto el mejor periodista español del tiempo, hombre con un fondo moral grande y al mismo tiempo rencoroso y sañudo», dice en uno de ellos. Y en otro: «Sobre el valor de los periodistas políticos del tiempo hubo mucha fantasía (...). De los cronistas, para mí, el único que valía era Luis Bonafoux. Tampoco ha perdurado su obra, porque un cronista queda difícilmente en épocas como la nuestra...» «Luis Bonafoux —sigue Baroja— era hombre que tenía una idea noble de su oficio. Era capaz de jugarse la posición si creía que tenía que defender una causa justa. Así lo hizo con el asunto Dreyfus, con el proceso de los anarquistas de Alcalá del Valle y durante la guerra del 14, en que se atrevió a decir en Francia que los alemanes no eran sólo una reunión de soldados brutal y bárbara, como querían hacer creer los franceses, sino que tenían grandes filósofos, grandes músicos, hombres de ciencia, etcétera. Bonafoux pretendía ser justo y, aunque molestase a sus lectores, era capaz de hablar mal de algún político de izquierda y bien de algún fraile. En el ímpetu estaba a la altura de Bernard Shaw, pero no tenía la cultura ni la independencia del autor de *Hombre y Superhombre*, ni la posición segura de éste; pero en su amor a la justicia era parecido. Afortunadamente para Bonafoux, vivió en un tiempo en que había cierto respeto por el hombre de ideas libres; en otra época hubiera ido a la cárcel.» Y no ya como periodista, sino en el concepto más amplio de escritor, recuerda Baroja como los más famosos entre los escritores nuevos del fin de siglo a Benavente, Dicenta y Bonafoux.

Permítanme que demos por suficientemente probado con estos testimonios que Bonafoux fue un periodista muy famoso en su época. Que hoy está olvidado, no necesita prueba (1). Recientemente, con motivo del centenario de la publicación de *La Regenta* lo he visto mencionado como «aquel tal Bonafoux que se metió con Clarín y es recordado sólo por ello». Yo creo que es una anécdota de las menos dignas de ver recordadas. Pertenece más al Bonafoux rencoroso y sañudo que al que tenía una idea noble de su oficio, que ambas cosas era, como bien decía Baroja. Pero como estamos en el año del centenario de *La Regenta*, la contaremos.

Los estudiosos de Clarín han tenido que habérselas, en efecto, con las acusaciones de plagio que Bonafoux lanzó sobre el gran novelista y temible

(1) No obstante, aparte de algún artículo que directa o indirectamente se refieren a él, existe un libro sobre nuestro personaje, un tanto atrabiliario y pintoresco, y con importantes lagunas: José Fernando Dicenta: *Luis Bonafoux, la víbora de Asnières*. Madrid, 1974.

crítico. Plagio descarado, sobre todo, según él, de *Madame Bovary* en *La Regenta*, pero también de Zola en *El Diablo en Semana Santa*; del periodista y cuentista Isidoro Fernández Flores, "Fernanflor", en la novelita corta *Pipá*; y puestos a plagiar, Clarín habría plagiado al propio Bonafoux en la humorística reflexión «¿Para qué sirve el ombligo?». No vamos a entrar aquí en el fundamento o no de tales acusaciones, cuestión que ilustres clarinistas han dilucidado. Clarín se resistió a polemizar, pero finalmente no tuvo más remedio que entrar al capote, porque Bonafoux, que se había apostado una cena en el empeño, no cejaba en sus ataques. La polémica entre Bonafoux y Clarín hizo mucho ruido y fue la comidilla de los mentideros literarios de la época. Muchos, resentidos por las despiadadas críticas de Clarín, debieron frotarse las manos al ver a aquel alguacil alguacilado. Años después escribiría Bonafoux: «Clarín no me inspiraba odio, ni nada parecido. Nuestra polémica fue, al menos por mi parte, un deporte. Creí oportuno mortificarle un poco, tanto más cuanto que me tenía asqueado el espectáculo general de sumisión a su persona de los que le besaban los faldones. Asqueado, no por Clarín, sino por los sumisos a su férula.» Probablemente influyeron en Bonafoux para atacar a Clarín el deseo de llamar la atención al poner en la picota a personalidad tan prestigiosa y temida, y resentimientos personales: estaba persuadido de que Clarín vetaba sus artículos en algunas de las publicaciones en que por entonces habían coincidido, como las republicanas *El Solfeo* y *La Unión*. Pero más importante creo que fue su visceral iconoclastia. Le reventaban los prestigios intocables y, como el propio Clarín le reprochó, después de tacharle de «escritor original y maleante» —lo que no me parece mala definición del personaje—, «no respetaba a nadie por grande que fuera su nombradía». No es cierto que no respetase a nadie; tuvo sus pocos, pero grandes, respetos y admiraciones, pero no desde luego por la grandeza de la nombradía. «De tejas para abajo, no admiro más que la Justicia», afirmó en una ocasión (y de tejas para arriba, por cierto, no creía que hubiese nada, admirable o no), y la frase, si grandilocuente, es veraz. Admiró, por ejemplo, hasta la devoción al Zola del asunto Dreyfus, hasta el punto de que frecuentemente le llama EL, con mayúsculas, en las apasionadas y excelentes crónicas que sobre este tema envió a *Heraldo de Madrid* y a *El Progreso*.

Baroja, en sus mencionadas *Memorias* dice que se rumoreaba que Bonafoux tenía sangre judía, y le parece verosímil por el calor que puso en el *affaire Dreyfus*. «Todos éramos dreyfusistas —dice—, pero ninguno como Bonafoux.» Sin embargo, yo creo que lo que le apasionó en aquellos polémicos y ruidosos sucesos fue, más que Dreyfus y la cuestión del semitismo o antisemitismo, Zola y la causa de la verdad y la justicia caiga quien caiga.

La polémica entre Bonafoux y Clarín acabó por cansancio de los contendientes. Bonafoux dejó por fin de atender a los que le azuzaban, alegando que no había venido al mundo con la misión de apalear a Clarín, y que el periodista no debe escribir exclusivamente para sus pasiones y resentimientos. Observemos de paso ese *exclusivamente*, porque Bonafoux, que combatió con su pluma por las causas más altruistas, la puso también al servicio de las venganzas y los desahogos más comineros, curiosa mezcla de Don Quijote para los entuertos ajenos y de espíritu estrecho en el rencor por los agra-

vios propios. Pero, eso sí, siempre desembozadamente y a las claras; nunca encubriendo sus venganzas personales bajo el disfraz de más nobles motivaciones.

Años más tarde de la polémica, en noviembre del 97, el periódico republicano *El Progreso*, en el que ambos colaboraban, organizó un banquete de homenaje a Clarín. Bonafoux escribió una carta advirtiéndose al homenaje y envió el precio de su cubierto desde París, exigiendo que dejasen su asiento vacío, cosa que hicieron a la izquierda del homenajeado, lo que tuvo muy intrigado a Clarín durante toda la cena.

El joven Martínez Ruiz, el futuro Azorín, brindó a los postres con champán «por la concordia entre el ilustre profesor y el inimitable cronista». Al día siguiente, no obstante, y eso porque a Lerroux le pareció feo sacarlo el mismo día, aparecía en las páginas de *El Progreso* un nuevo ataque de Bonafoux a Clarín, a propósito de un prólogo que éste había escrito para un libro de Gómez Carrillo. Y cuando murió Clarín, en 1901, Bonafoux, siempre discordante, se salió con un artículo durísimo (2), que desentonaba del coro de alabanzas propio de tales ocasiones. Porque para él «en política y en literatura no hay muertos». Afirmó entonces, entre otras cosas bastante atroces, que aunque no había odiado a Clarín, «sus cacareadas grandezas y su insostenible pedantismo le inspiraban el más profundo desprecio». «Clarín fue un tirano, y yo odio a muerte todas las tiranías, aunque no se ejerzan contra mí (...) Cánovas en política y Clarín en literatura eran dos almas gemelas, dos vanidades monstruosas, dos tiranos de la España contemporánea».

Pero dejemos ya a un lado esta polémica para recordar otros aspectos más dignos de ser recordados en mi opinión. Y en primer lugar, hagamos brevemente la ficha biográfica de Luis Bonafoux. Nació en 1855, en Francia, accidentalmente, pues, aunque su padre era francés, residía en Puerto Rico como comerciante en vinos de Burdeos. Su madre era venezolana. Pasó toda su infancia y adolescencia en Puerto Rico y en los primeros años de la Restauración vino a España a estudiar Leyes, primero en Madrid y luego en Salamanca, ciudad en la que se inició en el periodismo. Por su excentricidad en el vestir, fue allí protagonista de alguna divertida anécdota, que años más tarde recogería Unamuno en el ambiente salmantino y contaría en carta a Azorín. Por sus orígenes «resultado de un pisto manchego de razas, española, francesa, italiana, caribe», según sus propias palabras, Bonafoux es, sin embargo, inequívocamente español. Cuando el periódico *Borinquen*, órgano de los puertorriqueños exiliados en Nueva York durante la guerra del 98, le llamó «escritor antillano», replicó inmediatamente en su periódico *La Campaña* (3): «Yo no soy escritor antillano, sino escritor a secas. Más propio sería llamarme escritor español, de Madrid, en cuya iglesia literaria fui bautizado y confirmado (...). Lo que soy y lo que valgo es, ante todo, obra de mi esfuerzo, y luego obra de España, de Madrid, donde, poco a poco, me dieron sitio en la prensa, cuartillas, tinta, pluma y sueldo, a pesar de las prehistóricas rutinas del periodismo español, de la famosa crueldad de mis

(2) Recogido en Luis Bonafoux, *Bilis*. París, 1907.

(3) *La Campaña*, n.º 21, «Tribuna Libre».

sátiras y de la atroz envidia de los plumíferos, como el sandio, amazotado y espartoso Cavia, de la hostilidad de la gente del oficio, que es allí el verdadero «infierno de las letras» que espantaba a Flaubert.»

Un español, pues, irrenunciable, aunque «cabreado» con su condición, que es una de las maneras más genuinas de ser español... Un español al que se le hace difícil vivir en España, como le hubiera sido difícil vivir en Puerto Rico, de donde tuvo que salir por pies, al ir a visitar a su madre moribunda, ante el peligro de ser linchado por los ciudadanos de San Juan, furiosos por un satírico artículo, «El carnaval de las Antillas», publicado poco antes en el periódico republicano madrileño *La Unión*. También tuvo que salir en diversas ocasiones de España, huyendo de procesos y para no dar con sus huesos en la cárcel, hasta instalarse definitivamente en París en 1894, desde donde enviará a lo largo de 21 años, innumerables crónicas a periódicos españoles e hispanoamericanos. Finalmente, esta misma manía de gritar sus verdades en un lenguaje más que desenfadado, de ir contracorriente, en un momento tan poco oportuno como la primera guerra mundial, desde un país beligerante, hizo que tuviera también que abandonar Francia en 1915, amenazado de expulsión, y refugiarse en Inglaterra, a la que siempre había admirado, como el país de la libertad y refugio de revolucionarios de todo el mundo. Allí murió tres años después, en 1918, en vísperas del final de aquella guerra que le había «puesto rugoso el corazón». Las circunstancias de su salida de Francia, a la que añoraba profundamente, las presiones y dificultades con que se encontró también en Inglaterra y la muerte de su mujer, a la que estaba muy unido y que precedió en muy poco a la suya, ensombrecieron sus últimos días. Se dijo entonces que había muerto de pena.

Política e ideológicamente, Bonafoux no perteneció a ningún partido ni escuela, como no fuera «el partido contrario», según el mismo decía. Se sitúa en la zona entre el republicanismo radical y el anarquismo, pero a mi entender no era ni republicano ni anarquista. No se privó de atacar tan duramente como a los monárquicos a los republicanos españoles, que a él le parecían republicanos *pour rire*, según una expresión que le gustaba mucho utilizar, con la excepción de Pi i Margall, una de las contadas personalidades políticas que no le parecía un «congrio putrefacto». Las repúblicas *realmente existentes* tampoco le satisfacían, ni la francesa «del sable y el hisopo» que condenó a Zola y que aun cuando adoptó una política anticlerical seguía siendo una república burguesa y capitalista y ridículamente dada a la pompa y el boato, ni la americana de viles mercaderes, depredadora de los pueblos hispánicos, todo ello dicho más o menos con sus propias expresiones. Prefería la democrática monarquía inglesa.

En cuanto al anarquismo estuvo sin duda muy próximo a él. Tenía muchas relaciones con los círculos anarquistas españoles, europeos y suramericanos; intervino, como muchos otros escritores radicales, pero en mayor medida que ninguno, en muchas campañas a favor de anarquistas perseguidos: fue a Jerez a presenciar el juicio contra los inculcados de pertenecer a la Mano Negra, participó muy activamente en la campaña pro revisión del proceso de Montjuich, en los años 97 y 98 y en la desencadenada por los sucesos de Alcalá del Valle en 1904. Incluso corrió el rumor de que iba a ser detenido en relación con el atentado sufrido por Alfonso XIII en París en junio de 1905. Pero, para ser un verdadero anarquista era demasiado anarquizan-



te y, sobre todo, tenía un concepto demasiado pesimista de la condición humana «una especie que es más dañina que el lobo y más ingrata y traidora que la del tigre». «Si los anarquistas subieran —decía en *El Globo* en 1894— harían lo mismo que los otros con más grosería, porque debe ser horrible e inaguantable el despotismo de la alpargata.» (4)

Tengo que disentir del profesor Inman Fox, que ha estudiado muy bien algunos aspectos del fin de siglo, cuando califica a Bonafoux de anarquista declarado, dedicado plenamente a promover el anarquismo en Europa. Aduce el profesor Inman Fox (5) el siguiente testimonio de Baroja: «Tenía una gran preocupación por los anarquistas y, según aseguraba, él también lo era, no vagamente anárquico, como somos la mayoría de los españoles que no tenemos un buen destino o una cuenta corriente en el banco, sino del partido anarquista»; pero de quien dice eso Baroja en el tomo III de sus *Memoorias*, con su característico desorden narrativo, no es de Bonafoux, sino de un periodista cubano a quien éste le había presentado en París. Me parece exacto lo que dice Corpus Varga en *Los pasos contados*: «Bonafoux, como Nakens, el periodista del anticlerical *El Motín*, eran hombres de carácter incorruptible que, sin ser anarquistas, los anarquistas se fiaban de ellos.» El anarquista italiano Enrico Malatesta prologó en 1907 uno de los libros de Bonafoux, antología de crónicas bajo el muy bonafouxiano título de *Bilis*, libro lleno de «bombas de tinta», según el propio Bonafoux: «Si usted no es anarquista —le dice Malatesta— merece serlo. Si lo merece usted por el odio vivificado que siente por las infamias, las ruindades, las hipocresías que deshonran, ¡ay!, no sólo a España, sino a todas las naciones contemporáneas. Lo merece, además, por el amor que profesa usted a los desheredados, a los perseguidos, a las víctimas todas. Lo merece, en fin, por el deseo que siente usted de que a las quejas y a las críticas con que sacude a la sociedad, siga pronto la acción demoledora, llamada más tarde a reedificar sobre las ruinas de lo que ya se tambalea.

«Usted invoca, simbólicamente, el cólera y la peste bubónica para que barran esta sociedad que le da asco. Pero más vale que no hayamos de contar con ellos, pues sólo vendrían a matar a los pobres y a enriquecer a los pillos. Vale más que cuente usted con nosotros, los anarquistas, que seguimos luchando y acabaremos por triunfar.

«Usted, que está con nosotros cuando somos los vencidos y cuando se trata de defendernos, estará también a nuestro lado el día de la gran batalla, que será el día de la victoria.»

Malatesta considera, pues, a Bonafoux un simpatizante, pero no lo incluye en el «nosotros» anarquista. En efecto, Bonafoux coincidía con ellos en su desprecio por la sociedad actual, ante cuyas injusticias le acometían a veces furias destructivas, estuvo a su lado cuando sufrieron persecución y sirvió de enlace entre elementos radicales y los círculos del anarquismo español e internacional; pero no podría adherir por completo a la seductora

(4) *El Globo*, 2 de mayo de 1894. Bonafoux pone estas palabras en boca de Marat, en una supuesta entrevista en el más allá, pero son muchas las ocasiones en que expresa, sin ficticios intermediarios, opiniones aún más pesimistas sobre el porvenir de la humanidad y las posibilidades de realización de las ideas anarquistas.

(5) E. Inman Fox: «Dos periódicos anarquistas del 98» en *La crisis intelectual del 98*. Madrid, 1976.

utopía libertaria, por desconfianza en que pudiera edificarse una sociedad ideal sobre las ruinas de la existente, a base del deleznable material humano. «La humanidad es y será la eterna infame, engendradora de timadores y timados», pensaba.

Pero su vago e incompleto anarquismo sentimental, no fue un sarampión juvenil, como en tantos otros —cuyo ejemplo notorio es José Martínez Ruiz, que cuando sentó la cabeza se llamó Azorín, con el que estuvo muy unido y luego muy peleado—, sino que fue una postura mantenida durante toda su vida. Su pacifismo a ultranza durante la guerra europea, que le valió su expulsión de Francia, está basado en la coherencia de una postura internacionalista, a la que, en cambio, renunciaron en aras del sentimiento de patria tantos socialistas y anarquistas europeos, en aquellos años de prueba para el movimiento obrero internacional.

Lo que sí fue Bonafoux fue un rebelde, antiautoritario, antimilitarista y ferozmente anticlerical. En 1894 tuvo que salir de Madrid para instalarse en París, huyendo de las iras de la Asociación Católica de Padres de Familia, por la campaña que había desatado en las páginas de *El Globo* contra ellos, contra el marqués de Comillas, contra el clero en general y contra los periódicos católicos *El Universo* y el *Movimiento católico*, o cangrejal como él le llamaba. Más tarde reunió estas crónicas, y otras de espíritu semejante en libro, bajo el elocuente título de *Clericanallas*.

Si yo he llegado a saber de Bonafoux lo bastante como para atreverme a rescatar por unos minutos ante ustedes su memoria de las aguas del olvido, es porque me lo he encontrado enredado en temas que han atraído mi atención en mi buceo por periódicos y revistas. Me interesó su figura en el contexto de los conflictos éticos e ideológicos del cambio de siglo, en los que se gestó la generación del 98: la repercusión del asunto Dreyfus, la campaña en favor de los anarquistas torturados en Montjuich y por la revisión de su proceso —que supuso para los que entonces empezaban a llamarse *intelectuales* españoles una toma de conciencia semejante al asunto Dreyfus en Francia—, el conflicto cubano y la guerra hispanoyanqui, la polémica entre «estetas» y «sociólogos», como entonces se llamaba a la eterna entre los partidarios del *arte por el arte* o el *arte comprometido*, la actitud ante el erotismo y la pornografía —la *sicalipsis* en la terminología de la época—, etcétera.

De una generación anterior a la que luego se conocería con la etiqueta *del 98*, pertenece Bonafoux a ese tipo de escritores radicales que en sus comienzos les animaron, ayudaron y dieron cabida en periódicos menores y revistas de vida efímera, cuando las puertas de los grandes diarios estaban cerradas para ellos. De los miembros del 98, tuvo Bonafoux muy estrecha relación en los años del cambio de siglo sobre todo con el joven Martínez Ruiz, el futuro Azorín, que entró en la prensa madrileña de su mano, en el diario republicano progresista *El País*, para el que Bonafoux enviaba crónicas desde París al mismo tiempo que para *Heraldo de Madrid*. En las páginas de este interesante periódico, en el que se decía, en palabras de Rubén Darío, «la verdad al son de truenos, tambores y trompetas» coincidió Bonafoux con el *Grupo de los Tres*, Azorín, Maeztu, Baroja.

Con Azorín acabó, naturalmente muy mal, cuando éste abandonando sus radicalismos juveniles, se hizo maurista y ciervista. En *Madrid Cómico*,

en 1910, le hizo objeto de uno de sus atroces ataques, que justifican que le llamasen la «vibora de Asnières», aludiendo al pueblecito de la *banlieue* de París en donde residía. Leo un fragmento del artículo de *Madrid Cómic* para que se hagan de paso ustedes una idea de cómo se las gastaba Bonafoux cuando se ponía viperino, que no era siempre, porque también sabía ser irónico o tierno y éste es el que prefiero:

«Malo o peor, Azorín es un periodista que habla desde la tribuna de *ABC*, periódico leído dentro y fuera de España. Insignificante o no, Azorín tenía que dar cuentas de por qué antes abogó por la causa de los anarquistas, a quienes siguió defendiendo cuando periódicos republicanos, como el de Nakens, le acusaban de jesuita disfrazado, y luego, haciendo buena la acusación, se pasó a la Monarquía y al más reaccionario de sus partidos, haciendo en la prensa y en relación a acontecimientos como los de Montjuich, el papel que hacen los ayudantes del verdugo Deibler cuando limpian la sangre y engrasan el tajo de la guillotina (...) Azorín ha tratado de explicarlo, según me han dicho, comparándose con un perro abyecto, famélico y sarnoso que lame los pies sucios de cualquier Cierva; pero tal comparación, denigrante para el perro, no consigue limpiar a Azorín de su apostasía y traición. En un país donde los partidos políticos y el pueblo castigasen el perjurio, Azorín, caso de no ser ejecutado en secreto como sus cofrades de Rusia, tendría como pena el escarnio público. Cualquiera día de esos que sale Azorín a hacerle cosquillas en las plantas a Cierva, después de haberle olido los faldones de la sotana a Maura, se le obligaría a tener por toda prenda de vestir el monóculo, y así, desnudo, con el ombligo al fresco y la pluma en su estuche natural, que en Azorín son las posaderas, debería cruzar las principales calles de Madrid, majestuosamente, tocándole la marcha real en piano de manubrio.» (6)

Con Maeztu nunca se llevó muy bien. Al surgir una escisión en los restos del zorrillismo, tras la muerte del jefe, el grupo de Lerroux, Bonafoux y Azorín entre ellos, fundaron un nuevo periódico, *El Progreso*, órgano de la fracción republicana del doctor Esquerdo, en el que colaboraron también asiduamente Unamuno y Federico Urales. Todos ellos polemizaron acremente con Maeztu, que había quedado en *El País*, bajo la dirección de Dícenta. La polémica se prolongó en las páginas de *La Campaña*, que por esos días fundó en París Bonafoux. Más tarde, en 1905, parece, o eso es al menos lo que insinúa Bonafoux (7), que Maeztu tuvo algo que ver, desde su corresponsalía en Londres, con que corrieran sospechas de su implicación en el atentado a Alfonso XIII en París. Bonafoux hizo en ocasiones a Maeztu objeto de sus sátiras por su engolamiento, sus pretensiones aristocráticas y su vanidad. Por último, ambos coincidieron de 1915 a 1918 escribiendo desde Londres crónicas para *Heraldo de Madrid* en sentidos radicalmente opuestos sobre la guerra, pacifista Bonafoux, antipacifista Maeztu.

En cuanto a Baroja, se resistió mucho tiempo a leerle, por llamarse Pío, que a tanto llegaba su anticlericalismo. Pero, aparte de esta antipatía ono-

(6) *Madrid Cómic*, 23 de abril de 1910, «Del circo liliputiense».

(7) *Id.* 10 de febrero de 1910.

mástica previa, tuvieron buenas relaciones. Bonafoux puso a Baroja en relación con el círculo de los anarquistas españoles residentes en Londres, dándole carta de presentación para Tàrrida del Màrmol. Además de los elogios ya citados, el novelista le menciona en otros varios pasajes de sus *Memoorias*, uno de ellos en relación con el atentado al rey, y de su testimonio se desprende que no tuvo Bonafoux responsabilidad en él.

Coincidió también Bonafoux con toda la nómina del 98 en la revista *Vida Nueva*, en la que tuvo que dejar de colaborar por el escándalo que produjo su revelación, al publicar las memorias de Betances, médico e independentista puertorriqueño, de que éste había tratado en París a Ruiz Zorrilla de una sífilis, una «silvelitis», dice él, supongo que porque correría el chisme de que Silvela, que era entonces presidente del Gobierno, padecía también ese mal.

Al ser un escritor de ideas tan radicales y tan mala lengua, Bonafoux es un buen termómetro para medir los límites de la libertad de expresión en su época, los condicionamientos con que se encuentra el periodista tanto por parte del poder como de los propios periódicos en que publica. En cuanto al primer aspecto, la ley de imprenta vigente, la liberal de 1883, era muy amplia, pero estaba en la práctica muy limitada, no sólo por la ley contra el terrorismo y, a partir de 1906, por la famosa Ley de Jurisdicciones que sometía a la jurisdicción militar todos los presuntos delitos contra la Patria y el Ejército, sino también por el frecuente recurso a la suspensión de garantías jurisdiccionales y las todavía mucho más frecuentes circulares prohibiendo tratar determinados temas, bajo amenaza de suspensión; procedimiento muy común era también la interrupción por parte de la censura de las noticias o crónicas transmitidas por telégrafo. En las ocasiones en que más hubiera tenido que decir, Bonafoux se veía obligado a callar o a hablar del tiempo... Como botón de muestra, cuando Europa entera protestaba ruidosamente contra el Gobierno español por el proceso y posterior ejecución de Ferrer, a raíz de los acontecimientos de la Semana Trágica, Bonafoux habla del recientemente descubierto Polo Norte o del final del mandato de Teodoro Roosevelt. Sólo le queda el discreto derecho al pataleo de iniciar sus crónicas con un «En estos tiempos se puede hablar de todo menos de lo que nos interesa. Hablemos pues de Roosevelt», o «La Cierva, ¡gran estadista! (...) Puesto que no quieres que hablemos de otra cosa, hablemos de Peary».

Pero no eran menores las limitaciones que imponían los propios periódicos. «¡Tener independencia de escritor y expresar en un periódico ideas y sentimientos que no comparte el director! Eso en España es tan difícil como la cuadratura del círculo», se lamentaba (8). Bonafoux colaboró en una enorme cantidad de periódicos y revistas, en muchos de ellos simultáneamente, que van desde la izquierda monárquica a la extrema izquierda republicana y anarquista. En casi todos ellos tuvo problemas, lo que le llevó a intentar repetidamente la aventura de crear sus propias publicaciones que, como es natural, murieron pronto, víctimas del descontento de quienes las sostenían con la línea que les imprimía Bonafoux, como fue el caso de *El*

(8) *El País*, 22 de marzo de 1897, «Paris-Madrid».

*Español* (9), o de las dificultades insuperables que siempre supone emprender la publicación de un periódico sin respaldo económico. Los más interesantes de estos periódicos de Bonafoux son los que publicó en París con destino a España: *La Campaña*, de 1898 a 1900, y *Heraldo de París*, de 1900 a 1904. En ellos, libres de las limitaciones del Gobierno y de las empresas, pudieron expresarse de cuerpo entero, no sólo Bonafoux, sino muchos escritores españoles, desde el joven Martínez Ruiz a los anarquistas Federico Urales, Tárreda del Mármol o Ricardo Mella. Estos periódicos suponen su nivel más alto de libertad. El más bajo corresponde a los periódicos de gran circulación en los que colaboró como cronista en París: en *El Liberal*, durante un año escaso, de 1892 a 1893, y en *Heraldo de Madrid*, desde 1894 hasta el final de su vida. *El Liberal* era de matiz republicano y *Heraldo de Madrid* era, cuando comenzó a colaborar Bonafoux, órgano de Canalejas, en la izquierda del régimen, y se mantuvo luego, a través de diversos cambios de propiedad, en una línea que podemos llamar democrática. Pero ambos, como todos los diarios de gran circulación, eran muy respetuosos con las instituciones y enemigos de estridencias... En *El Liberal* tuvo que empezar por firmar *Luis de Madrid* (10), por indicación de la propiedad del periódico, a la que no interesaba su nombre escandaloso, y en un año escaso que duró su colaboración dejaron de publicarle, y por lo tanto de pagarle, 80 crónicas. Se vengó cumplidamente, como era su costumbre, atacando al periódico y a su propietario, Isidoro Fernández Flores, «Fernanflore». *Heraldo de Madrid* le permitió en muchas ocasiones ir mucho más allá en su discurso de lo que era la propia línea del periódico. Era su «enfant terrible» y su ornamento radical. No obstante, escribiendo para el *Heraldo*, Bonafoux se convirtió, según propia confesión, muchas veces en su propio censor y otras muchas escribió para el cesto de los papeles. En otras ocasiones hacían arreglos en sus crónicas «usando —dice irónicamente— de un perfecto derecho consagrado en nuestra prensa». Incluso recibió presiones por los artículos mucho más atrevidos que escribía en otras publicaciones; siempre agradeció a Canalejas que saliera en defensa de su derecho a decir lo que le diera la gana fuera de su propio periódico.

Literariamente, tengo que decir que prefiero el Bonafoux autocensurado de *Heraldo de Madrid* al Bonafoux libre de decir lo que le venga en gana y como le venga en gana de *La Campaña*. Prefiero la ironía, sarcástica en ocasiones y tierna en otras, a la vociferación desahogada, la furia jupiterina y

(9) *El Español* se publicó en Madrid de 1882 a 1887. No he encontrado ningún ejemplar de este periódico pero por referencias del propio Bonafoux y de algún otro escritor de la época, estaba pagado por el partido españolista de Puerto Rico, muy distante de las posturas que iba a defender Bonafoux sucesivamente en el tema colonial: de concesión de una amplia autonomía primero, de independencia después; en el conflicto hispano-yanki, por último, adoptó una postura francamente belicista, no porque ignorase la superioridad de Estados Unidos, sino porque la guerra le parecía la única salida digna, una vez planteada aquella lamentable situación. Más tarde, en 1892, publicó, también en Madrid, *El Intransigente*. En París publicó *La Campaña*, de 1898 a 1900, y *Heraldo de París*, de 1900 a 1904, ambos existentes en la Biblioteca Nacional de París. En fecha posterior, que no puedo precisar, pero hacia 1910 por referencias de Bonafoux en otros lugares, publicó *El Internacional*.

(10) Además de este epónimo, Bonafoux utilizó repetidamente el de *Aramis*.

el exabrupto, aunque algo de eso siempre queda aun en el más moderado Bonafoux. No soy yo quien va a hacer la apología de la censura del tipo que sea, pero tengo la sospecha de que, si la causa de la verdad y la justicia tienen mucho que reprocharle, la de la literatura tiene algo que agradecerle. El artículo que escribió Bonafoux en el *Heraldo* con motivo del asesinato de Cánovas, del que se alegró muchísimo, como todos los que le hacían responsable de los horrores de Montjuich y de la desastrosa política colonial, es un ejemplo admirable de cómo decir oblicuamente lo que no se puede decir.

En los últimos años de la vida de Bonafoux, el estilo literario y periodístico estaba cambiando. «Otra generación ha llegado— decía Azorín—. Hay en estos jóvenes más método, más sistema, mayor preocupación científica.» Para esta generación, cuya figura capital es Ortega, generación que hace de «pulcritud» una palabra clave, tenía que resultar molesto el estilo de Bonafoux, hecho de grito y de fiera. La revista *España*, portavoz de la nueva generación, le dedica un fuerte ataque en su número 23 de 2 de julio de 1915: «Los artículos que publica en *Heraldo de Madrid* —dice de él— parecen escritos en cierto lugar excusado, entre retortijones intestinales. Asemblen esos artículos en general, a un género de ventosidades que parecen divertir ilimitadamente a los auditorios de naturaleza plebeya, pero que producen indecible repugnancia a los temperamentos un poco delicados (...). A ver si el término de la guerra trae consigo el retiro definitivo —bien pagado, si se quiere— a este veterano de la pluma, que tuvo la fortuna de pasar toda su vida en el centro de un ciclón de fuerzas espirituales y materiales y la desgracia de haberse enterado menos que si hubiera residido en el centro del Sahara.»

Claro que detrás de este ataque no hay sólo la irritación de estos jóvenes más razonadores y pulcros contra el viejo vociferante de expresión tremenda, sino una cuestión política, la que por entonces dividía a los españoles en aliadófilos y germanófilos. La revista *España* era muy aliadófila y las crónicas que publicaba Bonafoux en *Heraldo de Madrid*, bajo el título de «París y la guerra», eran militantemente pacifistas, valga la paradoja. Bonafoux se declaraba «humanófilo» y escribía «por la Humanidad, contra los aliados, contra Alemania, contra todos y cada uno —¡todos culpables por igual!— los que cebaron el espíritu vanidoso y mercenario de esta guerra inmunda». Por esa razón, precisamente en los días del ataque de *España*, se produjo su expulsión de Francia y su refugio en Inglaterra, donde tampoco encontró la libertad que saludó a su llegada. Muchas de sus crónicas son interceptadas y le llaman repetidas veces a declarar sobre sus opiniones. Allí, sin esperar el final de la guerra, como quería la revista *España*, le llegó el retiro definitivo de mano de la muerte a aquel batallador incansable, quijotesco y un tanto atrabiliario y camorrista que fue Luis Bonafoux. Y aquí terminamos nuestro recordatorio.

**LERROUX, «EL PAIS»  
Y EL PERIODISMO DE IZQUIERDAS**  
José ALVAREZ JUNCO

**JOSE ALVAREZ JUNCO**

*Nació en Viella (Lérida) en 1942. Licenciado en Derecho y doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, realizó estudios de postgrado en Bristol (Reino Unido) y La Jolla (California, EE.UU.). Sus investigaciones sobre movimientos sociales y políticos en España, y en particular sobre el anarquismo, han ido quedando plasmadas en una serie de publicaciones importantes: **Los Jacobinos (1969); La Comuna en España (1971); La ideología política del anarquismo español (1868-1910) (1976), "El anarquismo en España",** apéndice de la obra de I. L. Horowitz, **Los anarquistas (1975),** etcétera.*

*Actualmente es catedrático de Historia del Pensamiento y los Movimientos Políticos y Sociales en la Universidad Complutense de Madrid.*

Vamos a hablar hoy de Alejandro Lerroux y García, un personaje que no sólo fue muchas cosas y además periodista, sino que fue fundamentalmente periodista durante muchos años de su vida, y al que, cuando llegó a los treinta y tantos años de edad, que para aquella época eran muchos, se le hubiera catalogado indiscutiblemente sólo como periodista, porque era en lo que llevaba trabajando la mayor parte de su vida.

Para comenzar esta historia habría que remontarse a los primeros días de la Restauración, es decir, de aquel enero de 1875 en que Alejandro Lerroux no había cumplido todavía los 11 años de edad, y se cerraba el largo ciclo revolucionario 1868-1874, el más largo de los ciclos revolucionarios de la España del siglo XIX, y se iniciaba la Restauración borbónica, un período estable, un período de suficiente estabilidad política, por lo menos, para la publicación de prensa con arreglo a unas normas no cambiadas, bajo el que se va a desarrollar la mayor parte de nuestro relato.

Creo que la opinión pública española había quedado agotada tras el sexenio revolucionario. Habían vivido un régimen ambiguo, sin monarquía, con una monarquía sin rey para ser exactos, siguiendo una frase acuñada por Galdós, y apadrinada por el general Prim. Después habían vivido una monarquía liberal con una dinastía distinta a la española habitual. Posteriormente una República, unitaria primero, federal después. Luego un régimen autoritario que también se llamaba republicano, pero que no acababa de tener una definición clara. Cada una de estas subetapas, con diversos gobiernos, había sido realmente un período agitado y convulso, como suele decir la literatura de la época.

De aquel período se sale con los republicanos no sólo bastante desprestigiados frente a la opinión pública española (se acuñan frases un tanto despectivas sobre lo que es una República en España), sino también muy desunidos.

Los republicanos han quedado convertidos en unas cuantas fracciones alrededor de los distintos ex-presidentes de la República. En menos de un año, la República había tenido, como se sabe, cuatro presidentes. Cada uno de ellos acaudillaba una fracción, y además Ruiz Zorrilla, Presidente del Gobierno bajo la monarquía de Amadeo de Saboya, se había convertido en el más radical y furibundo de todos los republicanos, con lo cual eran cinco las fracciones republicanas.

De estas cinco, las más importantes eran tres, para hacernos un cuadro general en el que situar todo nuestro relato: los castelarinos o posibilistas, los más moderados y conservadores, próximos a la izquierda dinástica y a Sagasta; los federales, que se cohesionaban alrededor de Pi y Margall, un hombre rígido, un hombre con una fundamentación doctrinal bastante más seria que cualquiera de los otros, pero con una falta de flexibilidad y con una idea clara de cuál era su camino, y poco dispuesto a las concesiones y a las alabanzas; y, por último, los progresistas que seguían a Ruiz Zorrilla, exilado en París y que heredaban la vieja tradición jacobina conspiratoria.

Eran, desde luego, los más activos de todos los republicanos, y buscaban una y otra vez su Espartero o su Prim, que volviera de nuevo a dar el grito de «Viva la República» o el «Viva la Libertad» que acabara con esta nueva Restauración borbónica, sin comprender que el ejército español realmente había cambiado. Entre otras cosas, había sufrido unas experiencias, durante el año 73 sobre todo, bastante traumatizantes, que hacían que hubiera sido ganado con más facilidad por la política canovista.

Además de este fraccionamiento, los republicanos, creo, pueden ser tachados en este período de anquilosamiento. Iban envejeciendo y no sabían renovarse. Los líderes eran los mismos, pero los programas también eran los mismos. Nuevas cuestiones, nuevos conflictos iban entrando en la realidad española (la famosa cuestión social, según se decía en la época) que no entraban, que no tenían cabida, sin embargo, en los programas republicanos de ese momento. Hasta los años 90 muy avanzados, no asumirán los republicanos la cuestión social, seriamente, en sus programas. En resumen, para situar a los republicanos de aquel momento utilizaré un informe policial que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, del año 1887, y que me parece especialmente inteligente y penetrante.

Desde luego, a Castelar ni lo menciona siquiera entre los revolucionarios. Del partido Progresista dice que pasa por ser el más fuerte y batallador de la República «pero no goza a la verdad sino de una vida artificial que puede desaparecer en un momento por diversos accidentes; no tiene fuerzas en el elemento popular, ni ideas ni programa determinado». Lo cual era completamente cierto. «No tiene más razón de existencia que su acción revolucionaria» [por revolucionaria se entiende en ese momento, naturalmente, el pronunciamiento militar], sin la cual se haría posibilista.»

«Las fuerzas civiles y militares un día fueron brillantísimas, pero no le queda apenas nada. En cuanto a recursos económicos, ha intentado reunir 2.000.000 de reales mediante un prorrateo entre las provincias y apenas ha logrado 64.000 pesetas. Este fracaso ha impresionado a don Manuel Ruiz Zorrilla, hombre vulgarísimo pero con excelente criterio político. Con división de fracciones, sin hombre de mérito saliente y sin recursos, ¿a dónde puede ir el partido Progresista?»

«En cuanto al partido Federal —continúa el informe— es muy diferente al anterior. Tiene poderosa savia entre los elementos populares. Es un partido con un programa y cuenta con un jefe ilustre y respetable, pero justamente al revés que Ruiz Zorrilla, no es de temperamento revolucionario, y para ordenar la lucha tendría que tener dispuestos a los tres cuartos de nuestro ejército, y prometerles además recompensas, método al que el jefe federal se niega.»

En resumen, como dice el informe, «es un personaje recto, probo y de innegable autoridad, pero vive en un mundo que no es el nuestro. Entiende que la humanidad es como debiera ser y no como es. La revolución que este partido pueda realizar habrá de esperar gran número de años. En resumen —termina el penetrante policía—, descomposición e impotencia».

Esta lamentable situación fue evocada unos 20 años más tarde por el periodista Lerroux. Para ver la pluma de Lerroux quizá valga la pena reproducir algunas líneas: «Los clubs estrictamente republicanos, que viven para recordar la primera República, dan todos los años rienda suelta a un entusiasmo a fecha fija: comiendo; la actividad republicana converge milagrosamente hacia un ideal común, el banquete y después del banquete, el brindis. En torno a la mesa de mantel almidonado se realiza por unas horas la aspiración que late en el corazón de los demócratas desde tantos años, se fraterniza. Después, nada. Los buenos y candorosos republicanos vuelven a sus tareas habituales. Ha pasado su Pascua Florida. Han cumplido con su Iglesia revolucionaria. A esperar otro año metidos en casa.»

No era esa, en realidad, su única actividad. Me parece que vista ahora, con la perspectiva de un siglo, podemos decir que los republicanos de la Restauración eran también influyentes en otros terrenos. Estaban sembrando a largo plazo. Tenían una influencia intelectual importante. Controlaban cátedras universitarias. Hay que recordar que Salmerón y Castelar eran catedráticos en la Universidad de Madrid. Odón de Buen, republicano influyente, lo era de Barcelona; y algunos otros nombres que podríamos recordar.

Se estaba germinando una nueva generación de dirigentes en la Institución Libre de Enseñanza, fuera de la Universidad oficial, donde van a formarse los grandes dirigentes de la II República, pero eso era a muy largo plazo. Además de esa actividad intelectual, de esa influencia intelectual a través de la enseñanza universitaria, tenían otra influencia importante, la prensa.

De esta es la que queremos hablar hoy. La prensa republicana había surgido en los años 40 en España, en el trienio esparterista del 40 al 43, de manera muy efímera, y en general bajo el rótulo de demócrata, no republicana. Habían surgido *La Revolución*, *El Huracán*, *El Regenerador*, *El Popular*, *El Papagayo*, etc., periódicos, en general, de Madrid y de Barcelona.

Había continuado, a finales de los 40 y primeros 50, con los órganos de Fernando Garrido, *La Atracción*, *La Organización del Trabajo*, *El Trabajador*, *El Taller*, órganos que, como su mismo título indica, estaban más preocupados por cuestiones laborales, desde un punto de vista fourierista, que por cuestiones estrictamente políticas. Había alcanzado considerable vitalidad a partir del bienio progresista (54-56), especialmente con el surgimiento de *La Discusión*, de Rivero, en el 1856, y en los últimos años de Isabel II, con *El Pueblo*, de García Ruiz (1860) y *La Democracia*, de Castelar (1864).

Durante el sexenio revolucionario (1868-1874), no sólo surge un nuevo periódico muy importante, *La Igualdad* (órgano federal que financiaba y dirigía, si no estrictamente por lo menos ideológicamente, Orense), sino otras muchas docenas y aun centenares de órganos republicanos, que en mi opinión están bastante mal estudiados.

Todos estos órganos fueron prohibidos con la Restauración, con la única salvedad de los castelarinos, en concreto, de *El Globo*, el órgano de Castelar, que salía en Madrid y que pudo sobrevivir durante aquellos primeros y durísimos años de la Restauración en que prácticamente se vivió en España en un régimen dictatorial, por lo menos, indiscutiblemente, en un régimen de excepción.

En 1880 hay ya una leve liberalización, y especialmente en 1881, con la llegada al poder de Sagasta. Van surgiendo otros órganos republicanos que no son sólo los de Castelar. Surge *El Porvenir*, de Ginard de la Rosa. Posteriormente *El Progreso*, de Antonio Solís, que dura del 81 al 87. Y finalmente, en el año 87, al romperse una efímera unidad republicana que había vivido los años anteriores, *El País*, que es el órgano fundamental que queremos seguir hoy.

*El País* será el periódico izquierdista madrileño por excelencia hasta muy avanzado el siglo XX. La historia de *El País* comienza ya con un dato curioso, pues este periódico estaba financiado por don Antonio Catena, cuya fortuna, o por lo menos una parte importante de su renta en aquellos años, procedía de una casa de juegos que tenía instalada en la calle Alcalá esquina a la Puerta del Sol.

Los juegos, como se sabe, estaban en aquellos momentos prohibidos por la legislación española. Es decir, era un casino clandestino, lo cual me parece que marca un poco la situación de los republicanos en aquel momento.

Por un lado, significaba corrupción, significaba vivir de la tolerancia del régimen, y por tanto también una extrema debilidad. La facilidad para la represión era enorme. No era preciso suspender el periódico ni censurar un artículo, bastaba con cerrar el casino. La izquierda más revolucionaria dentro del abanico republicano se encontraba en esta sencilla medida atada de pies y manos ante las presiones gubernamentales, y esto dio lugar a problemas dentro del propio movimiento republicano.

José Nakens, el famoso anticlerical (clerófobo, si se puede decir), el famoso director y casi, casi, autor único de *El Motín*, denunció repetidas veces a Catena y la situación de *El País*, que consideraba inmoral para el republicano, y a partir de ahí se originaron enconados debates entre ellos. A este periódico, poco después de su aparición, es decir, poco después de los últimos meses del año 87, y en fecha imposible de precisar, llega Alejandro Lerroux como meritorio.

Alejandro Lerroux y García había nacido en La Rambla (Córdoba) en 1864, hijo de un veterinario militar. Lerroux presenta a su padre en sus memorias, en las diversas memorias que elaboró, algunas veces, como hijo de un propietario urbano madrileño descendiente de un oficial francés de los que vinieron en la Guardia de Corps de Felipe V. Lo cierto es que no se sabe prácticamente nada sobre la familia de Lerroux, ni siquiera sobre su propio padre.

Lerroux dice que su padre quedó huérfano a los 12 años, que fue un hombre que se hizo a sí mismo, que a pesar de ser hijo de un propietario madrileño había quedado arruinado, tuvo que trabajar, consiguió pagarse unos estudios, consiguió hacer unas oposiciones e ingresar en el cuerpo de veterinario militar. Lo que sí es cierto es que este individuo era pintoresco, a juzgar por un dato que sí conocemos, y que es el nombre que le dio por poner a

todos sus hijos; empezaban todos con la primera letra del alfabeto y eran bastante numerosos: Arturo, Alfredo, Alberto, Armando, Alejandro, Adriana, Aurelio, Amalia, Amador. La familia fue itinerante, con variadísimos destinos. Lerroux, a lo largo de sus seis u ocho primeros años de vida, vivió en Córdoba, en Pamplona, en Vitoria, en Sevilla, en Ciudad Real, en Vicálvaro, en Alcalá de Henares, finalmente en Madrid, donde ya la familia se quedó, a pesar de que el padre continuó siendo trasladado en aquellos años tan agitados; pero ya la familia renunció, según parece, a seguir al padre.

En 1875, año de la Restauración, Lerroux aprueba el ingreso de Bachillerato en el Instituto de Noviciado de Madrid. Pero tres o cuatro años más tarde abandona los estudios.

De este personaje se puede decir eso que en otros sitios, en otras sociedades más dinámicas, que la nuestra, estamos acostumbrados a oír: que subió de la nada. Es un personaje, por ejemplo, sin estudios. En la España del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y probablemente todavía hoy, tener estudios en general significa proceder de familia acomodada.

Lerroux, precisamente porque no procede de familia acomodada, no tiene estudios. Llegará, sin embargo, a ser presidente del Consejo de Ministros, Presidente del Gobierno a sus 70 años de edad; sólo hay otro caso en la historia de España que una persona sin estudios llegue a Presidente del Gobierno, que es el caso de Largo Caballero.

Sin tener estudios reales, porque desde el punto de vista formal Lerroux sí llegó a tener estudios. En 1905, contando ya con más de 40 años de edad, se fue al Instituto de Figueras, un instituto totalmente controlado por los lerrouxistas, y le dieron el título de bachiller. Y en 1923, con casi 60 años de edad, hizo un viaje repentino a las Islas Canarias, a la Facultad de Derecho, que era totalmente lerrouxista (no era necesario aclararlo), y en un sólo día y con nueve matriculas de honor fue licenciado en Derecho. Pero la verdad es que no era una persona que tuviera estudios, y eso él siempre lo notó. Siempre tuvo ese resquemor de que él no podía citar en latín como citaban los políticos de su momento, cuando en realidad la fuerza de su oratoria demagógica venía probablemente de que él no podía citar en latín, cosa de la que probablemente él no se daba cuenta.

Volvamos hacia 1880, por donde estábamos. En aquel entonces Alejandro Lerroux era un adolescente discolo, en un hogar donde no había padre (el padre estaba viviendo fuera), con muchos hermanos y con una madre que aparte de que tenía claras preferencias por Arturo, el hermano mayor (según cuenta el propio Lerroux en sus memorias repetidas veces, entre líneas, muere muy pronto, en 1881).

En cierto modo se puede decir sin exagerar que Lerroux es un niño abandonado y se le nota a lo largo de su biografía. Le mandan a un pueblecito de la provincia de Zamora, Villaveza de Agua, donde tenía un tío párroco con el que convivió dos años, de los cuales guarda muy buen recuerdo, siempre lo dice. Tampoco quizá sea casual que años después conozca a una mujer de Benavente (Villaveza de Agua estaba muy cerca de Benavente), con la que se casa. Posteriormente se va otros dos años a Cádiz, donde estaba destinado en ese momento su padre. Esos dos años, en cambio, fueron muy malos, tiene en general malos recuerdos.



Ahí hizo sus primeros escauceos literarios. Tenía por entonces unos 16 años. Se escapó dos veces intentando sentar plaza de voluntario en un Regimiento de Sevilla, siguiendo el modelo de su hermano mayor Arturo que también se había escapado de la familia en una ocasión en que estaban en Vitoria y se había juntado a la facción carlista, nada menos. Dentro de una familia liberal y bastante republicana, el hijo mayor se había ido con los carlistas.

Alejandro se escapa también en un par de ocasiones. La segunda vez, y con apoyo de su padre, es aceptado en un Regimiento. Supongo que el padre intentaba meterle por una vía indirecta en la recién creada Academia de Infantería de Toledo, cosa que no logró por falta de dinero. Aprobó los exámenes con una nota bastante baja. Sin embargo, se imponían unas condiciones económicas para los cadetes militares (tenían que pagarse su mantenimiento, y no sé si incluso tenían que pagar un asistente), que la familia Lerroxx no podía de ninguna manera soportar, con lo cual él tuvo que marcharse.

Pero entonces decide no regresar a su Regimiento. Había tenido una serie de sanciones; había falsificado un parte médico, según él por razones humanitarias, y le habían impuesto un arresto de dos meses en una prisión militar. Con lo cual es, por un lado, aspirante a entrar en el Ejército español como oficial, y, por otro, prófugo del Ejército.

Pasan entonces una serie de años verdaderamente pintorescos y más que pintorescos, de novela picaresca: se escapa con un nombre fingido, Manuel García González; pasa a Madrid; de Madrid pasa a Oviedo, donde vivía su hermano mayor; ejerce distintos oficios, por ejemplo agente de fieltros (lo que se llamaba entonces consumero), agente de seguros, un poquito más tarde aprendiz de cajista. Le toca por fin el indulto que corresponde al nacimiento de Alfonso XIII en mayo de 1886, gracias al cual puede volver a la legalidad, y con su auténtico nombre sigue viviendo una vida muy agitada en Madrid. Es representante de envases de papel, hasta que por fin es aceptado en *El País* como meritorio, sin ningún sueldo.

Durante esos años Lerroxx había evolucionado políticamente. Ideológicamente había abandonado el catolicismo, se había hecho masón, se había hecho republicano. Esto de la masonería, en realidad, es bastante discutible. Parece ser que sí, que ingresó en la masonería, pero lo que no hizo nunca fue pagar sus cuotas. Y así, cuando en los años 30 haber sido masón se consideraba un mérito, Lerroxx decía que él llevaba medio siglo de masón, pero cuando en los años 40 el Tribunal de la Represión de la Masonería y el Comunismo le abrió un expediente, no había manera de encontrar por ningún lado un papel que demostrara que Lerroxx hubiera sido masón nunca, pese a que se consideraba evidente que él había sido masón.

Tomó entonces contacto con el ruiz-zorrillismo, y gracias a la influencia de su hermano, que también era republicano y estaba conectado con los círculos de Ruiz Zorrilla, entra, pues, en *El País*.

Convendría hacer, quizá, un pequeño alto en nuestro relato para hablar algo de la prensa madrileña de fin de siglo. No voy a revelar nada nuevo, pero me temo que es inevitable recordar algunos datos.

La prensa madrileña de fin de siglo es un fenómeno impresionante del que hoy no podemos hacernos idea. En Madrid (depende de los momentos,

eran periódicos que tenían vida muy corta y muy agitada), salen en algunas ocasiones más de 30 diarios, en otras más de 40 diarios, no revistas, todos ellos de muy baja tirada. No se comprende este fenómeno si no es por razones políticas. Tener un periódico, tener, como se decía entonces, un órgano, era el instrumento indispensable para existir políticamente. Recordaré algunos diarios de estos últimos 15 años del siglo pasado: *El Universo*, órgano de Pidal, *El Nacional*, de Romero Robledo, *El Resumen*, de Canalejas (luego pasó a ser *El Heraldo de Madrid*), *El Tiempo*, de Silvela, *El Español*, de Maura, *El Mundo*, de Martos, *El Globo*, de Romanones (antes lo había sido de Castelar), *La Justicia*, de Salmerón, *La Nación*, de Muro, etcétera.

Cada personaje tenía prácticamente un periódico; eran lo que se llamaba los «inspiradores». Estos inspiradores-protectores del periódico a veces eran pura y simplemente los propietarios, otras veces lo financiaban de una manera más indirecta, en todo caso lo financiaban primordialmente. Lo cual significa que no poseer recursos para tener un periódico era tener ya una barrera importante para lanzarse a las altas esferas, por lo menos a las altas esferas de la política.

Pero no era el único medio financiero que tenían estos periódicos. Estos periódicos vivían de otras cosas también. Por ejemplo, de los fondos reservados del Ministerio de Gobernación, de los famosos *fondos de reptiles*. Hoy día no poseemos muchos estudios sobre los fondos reservados del Ministerio de Gobernación, pero tenemos por lo menos los fondos Dato correspondientes al año 1900, que yo haya visto; y es curioso observar que estos fondos están repartidos casi exclusivamente a periodistas. Lo principal que hacía un Ministerio de Gobernación era sobornar periodistas; casi casi me atrevería a decir que es una palabra un poco fuerte, sobornar, porque era tan normal en ese momento que no se puede utilizar quizá una palabra tan dura como ésta. Desde luego se pagaba mucho más a periodistas que a confidentes policiales, en contra de lo que alguien podía pensar. Y aparte de esto había gastos increíbles, por ejemplo 100 pesetas para las Hermanitas de los Pobres; es decir, el Ministro aprovechaba para hacer sus caridades también con estos fondos.

Era una forma de subvención de la que disponía el Ministerio de Gobernación y, evidentemente, todos los Ministerios, y que la utilizaban con unos objetivos muy pequeños. Algunas veces el único objetivo era «que no me ataquen a mí», pero no, naturalmente, que no ataquen al resto del Gobierno. Como estos eran fondos utilizados discrecionalmente, es decir, sin ningún control parlamentario, ni siquiera los otros miembros del Gobierno sabían exactamente a quién se estaba pagando con ellos.

Otra forma de subvención consistía en conceder un empleo, un puesto, una credencial (como se decía en aquel momento) a los periodistas. Era una forma, naturalmente, de tenerlos comprados; no tenían necesidad de cumplir, estaban lo que se decía «exentos de servicio». Lo único que tenían que hacer era ir a fin de mes a cobrar y además nunca eran cesantes. Algunos periodistas estaban empleados como barrenderos, por ejemplo. Figuraban en la nómina de los barrenderos. Era famosa la anécdota que decía que don Manuel Bueno (por entonces se le llamaba Manolito Bueno) figuraba en el Ayuntamiento de Madrid en la nómina de las amas de cría del Hospicio, pe-

ro supongo que esto era ya maledicencia. En todo caso éste, desde luego, estaría exento de servicio.

Era muy peligroso para un ministro que entraba en el cargo, no renovar a los periodistas que estuvieran en la nómina. Hay un famoso caso, el de Manuel del Palacio, que fue cesado por el Duque de Almodóvar del Río, un aristócrata que formaba parte del partido Liberal y que entró como Ministro de Estado en el aciago año de 1898 y le tocó ser el Ministro de Asuntos Exteriores que perdió los últimos restos del Imperio español. Se le ocurrió echar a Manuel del Palacio y éste se vengó con un sangriento epigrama que decía: «Se cree grande y es chico. / Fue ministro porque sí / y en cuatro meses y pico / perdió a Cuba, a Puerto Rico, / a Filipinas y a mí.»

Otra fuente de financiación de estos periódicos era, y aquí si creo que se puede utilizar el término en toda su dureza, el chantaje. Un periódico era una patente de corso. Una patente de corso que consistía sencillamente en publicar noticias que desprestigiaban a una persona, a un establecimiento o a una institución, y a cambio de una rectificación de esa noticia o a cambio de no publicar una noticia que se amenazaba con publicar, se cobraba una cantidad de dinero.

Manuel Ciges Aparicio (excelente novelista español injustamente olvidado y persona de gran valía para un historiador y para cualquiera que le interese la realidad española, que escribió unos cuantos libros, auténticas crónicas de época soberbias, y que por cierto murió al comenzar la guerra civil fusilado, siendo, si no me equivoco, gobernador de Valladolid) contó una anécdota de este tipo en uno de sus libros, *Del periodismo y la política*: «Se había publicado una noticia de que en una taberna de Madrid se había producido una riña tumultuaria el día anterior y aparece, naturalmente, el propietario de la taberna pidiendo explicaciones al periódico y pidiendo que rectifique. El director [se supone que era Ricardo Fuente, que según Ciges Aparicio siempre estaba dormido, se caracterizaba por su pereza] se incorpora muy triste, repasa las cuartillas, unas cuartillas de rectificación que le ha pasado uno de los redactores, y mira atentamente al joven redactor moviendo la cabeza:

—No puede ser, exclama.

—Chico, que me comprometes.

—¿Cuánto te ha dado?

—A mí nada.

—Entonces, ¿por qué te comprometo?

—Porque yo hice el suelto de esta mañana.

—¿Pero es cierto lo que decías?

—Absolutamente. La taberna es una guarida de ladrones. El que disparó la pistola está perseguido por las autoridades y el tabernero lo protege.

—Pues no se rectifica.

—No se trata de rectificar, lee bien, es una aclaración. El tabernero sólo tiene interés en que la gente sepa que su establecimiento es como cualquier otro y no una cueva de ladrones.

El director sigue negando. El joven le implora muy quedo.

—¿Que me compromete, chico!

—¿Por qué? Vengan esas cuartillas.

Se levanta rápido del diván. Se dirige al despacho donde el extraño es-

pera. El extraño es el tabernero, evidentemente. El joven quiere detenerle. Viéndole cerrar la puerta se para meditativo, luego hace una contracción de hombros y vuelve a su asiento.

El mayor, otro redactor, le dice:

—¿De cuánto ha sido el chantaje, pequeño?

El interrogado nada responde. Su amigo le pulsa el chaleco, suena dinero, ambos lanzan una carcajada.

—¿Cuánto, pequeño?

—Muy poco.

—¿Cuánto?

—50.

—¿Reales?

—Pesetas.

Vuelven a reír. El mayor invita a su amigo:

—¡Vamos, pequeño! Cuando se llevan en el bolsillo 50 pesetas es una infamia trabajar. Vamos a Fornos.»

Es decir, el redactor había cobrado al tabernero por introducir una rectificación en el periódico sobre la categoría de la taberna y a continuación el director se encerraba con el tabernero y le sacaría una segunda cantidad de dinero para introducir esa misma rectificación.

Pío Baroja cuenta otra anécdota formidable, también relacionada con Ricardo Fuente, en la que se repite el mismo mecanismo en relación con un Ministerio.

«Ricardo Fuente y Manuel Bueno fueron al Ministerio de Gobernación a ver al subsecretario o a un alto empleado a decirle que sabían cómo se había hecho un pequeño chanchullo y que, por no decirlo o decirlo de otra manera en el periódico, querían 2.000 pesetas. El funcionario aceptó. La noticia apareció en el periódico quitando importancia a lo ocurrido. Al día siguiente fueron a Gobernación a cobrar.

—Sube tú, dijo Fuente, que a pesar de su cinismo quería guardar fama de republicano austero.

Subió Bueno y bajó al rato desolado:

—No han querido dar más que 1.000 pesetas ¡qué canallada, qué le vamos a hacer!

Van a un café, se sientan a hacer cuentas, y de pronto dice Fuente con un impulso súbito.

—¡Quitate ese zapato! ¡Ahí tienes otro billete!

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque yo hice otra vez lo mismo.»

Y de Lerroux se supo en 1907, en una ocasión dramática en que intenta quitarle el puesto a Salmerón, al único de los viejos republicanos que quedaban como líderes, una historia de seis años atrás, de 1901, en que él y el inevitable Ricardo Fuente habían ido a Plasencia a chantajear a los directores de una institución benéfica, diciéndoles que sabían que había algunas inmoralidades en la administración de aquella organización benéfica y que por no publicarla pedían una determinada cantidad de dinero. Cuando Lerroux en 1907 quiso ponerse gallito frente a Salmerón, le sacaron esta historia que había ocurrido en Plasencia y que había dejado muy impresionados a los republicanos de la ciudad.

La verdad es que el propio Ricardo Fuente (porque la vida es contradictoria y estos mismos personajes son los que denuncian a veces las situaciones) definió lo que era este tipo de periodismo, lo que él llamó el «periodismo de empresa». «Hay periódicos, escribe Fuente, que nacen al calor de una subvención y se inspiran en el afán de la ganancia ilegítima. Se suelen titular imparciales o independientes y empiezan a luchar por causas nobles en la oposición. Cuando logran un público, ponen entre líneas este anuncio: "Soy un poder. Bancos, empresas, gobiernos: mi silencio o mi apoyo vale tanto." Y comienza el chantaje.»

El propio Fuente lo definió muy bien, y evidentemente él lo conocía. Era un periodismo éste de fin de siglo con escasos gastos, sobre todo de plantilla: a los periodistas prácticamente no se les pagaba, a muchos de ellos no se les pagaba sencillamente nada, y con muy diversos ingresos.

Periodismo picaresco, agresivo, lleno de trucos y de verborrea... Injuraba, cambiaba de posición, defendía lo indefendible, repetía tópicos. Noticias, en sentido estricto, son muy escasas y muy poco fiables las que se pueden encontrar en los periódicos. En general están copiadas de otros órganos, normalmente de prensa local. Era la famosa tijera, con la que se elaboraba buena parte del periódico a base de recortar las noticias que habían llegado de provincias y con cosas que hoy nos pueden parecer increíbles. El fondo editorial, por ejemplo, se repetía de vez en cuando. Uno se queda sorprendido al leer un editorial: «Esto ya lo he leído yo.» Efectivamente, es un fondo editorial de hace ocho meses.

Cuando leemos la novela de Ciges Aparicio y sabemos que el director está dormido con tanta frecuencia a la hora crucial de sacar el periódico, se explica uno porqué habían tenido que incluir a última hora un fondo de hace ocho meses.

En una ocasión le ocurrió a Ricardo Fuente una cosa divertida, y es que pidiéndole el regente de la empresa rápidamente original porque había que terminar la composición del periódico, Ricardo Fuente dijo: «Que incluyan el editorial de *La Epoca* (el diario conservador) de esta mañana y que pongan una noticia diciendo que naturalmente no estamos de acuerdo en nada con ese editorial y les contestaremos mañana.» Y el editorial de *La Epoca* de esa mañana era sobre la expansión del ferrocarril en Extremadura, un informe, lo cual debió dejar completamente boquiabiertos a los lectores de *El País*, pues de ese periódico se trataba.

Es un periodismo, sin embargo, interesante. Un periodismo en el que sin duda muchas ilusiones naufragaron y muchas virginidades se perdieron, pero donde escribían Clarín, Azorín, Baroja, Maeztu. Sabemos que no existían en ese momento empresas editoriales, que los autores de libros en general tenían que publicarlos primero en los periódicos y luego tenían que financiárselos ellos mismos si los querían publicar como libros. Y ese periodismo fue el que lanzó a la Generación del 98, por ejemplo. Y esto hay que tenerlo en cuenta como mérito.

Ahí se inicia Alejandro Lerroux. Al principio, evidentemente, encargado de la tijera, encargado de recortar la prensa de provincias y de componer la parte más larga del periódico, aunque la menos importante.

Luego ya fue encargado de recoger las noticias oficiales de Gobernación, sustituyendo a la llamada Agencia PERPEN, una agencia que se de-

dicaba sencillamente a ir a los Ministerios o a las comisarías de policía a recoger las noticias y llevarlas al periódico. Naturalmente estamos en una época en la que no hay que pensar en teletipos ni en teléfonos, sino que las noticias se llevan en mano. Su primer sueldo, según él, fue de 25 duros, pero algunos otros informes dan a entender que idealiza un poco ese primer sueldo y que no pasó nunca de 30 pesetas.

El siguiente paso fue el de informador parlamentario. Esto le dio un pase libre al Congreso de los Diputados y allí empezó a subir evidentemente su importancia. Consigue por entonces una entrevista con Pi Margall, que fue su mayor éxito de esos años, y, sin duda, publica sus primeros artículos, aunque sin firmar.

Es muy difícil, por ello, saber cuándo empieza realmente la colaboración de Lerroux en el periódico. Su nombre aparece por primera vez en diciembre de 1891 y en relación con un asunto realmente extraño. Es una serie de dos artículos sobre las instituciones de seguros. Hay que recordar que Lerroux había sido agente de seguros y que sabía de este asunto, pero no parece que nada haga presagiar a un periodista audaz ni mucho menos un ascenso meteórico.

Sin embargo, el 13 de diciembre de 1892, justamente un año después, aparece la noticia de que Alejandro Lerroux y García es el nuevo director del periódico. Es noticia sorprendente si no conocemos el mecanismo de los directores de periódico de la época. Hay que tener en cuenta que la Ley de Prensa de 1883 había establecido una forma de control del periodismo que era bastante fácil de burlar. Los delitos de opinión de todos los artículos que estuvieran sin firmar, y especialmente de los fondos editoriales, se atribuían al director. Nada más fácil que poner un director de paja, un hombre que estuviera dispuesto a ir a la cárcel y a cobrar por ello y, a continuación, publicar prácticamente lo que se quisiera. Estos directores de paja eran conocidos, era gente que no hacía nada, pasaban su vida en un café charlando de tertulia o jugando a las cartas o al dominó, y que cuando les llegaba el momento de ir a la cárcel, seguían haciendo más o menos lo mismo, pero en la cárcel y cobrando unas dietas.

Hay también anécdotas divertidas en este asunto. Un famoso director de paja llamado Páez de la Rosa, que era de Albacete y todo el mundo lo sabía, una vez se responsabilizó de un artículo político en el que el autor decía que «yo como gallego...» declaro tal y cual cosa. Y el incrédulo juez le decía: «Pero si usted es de Albacete, cómo va a ser autor de este artículo que dice "yo como gallego"». A lo que el tal Páez replicó: «Yo, señor Juez, es que soy gallego espiritualmente».

Y algunas otras anécdotas quizá menos divertidas, como aquel pobre Albitos que se puso muy contento porque tenía una condena de dos años encima y ello significaba que tendría por fin dinero suficiente para poder mandar a su hija tísica a un sanatorio.

Así fue director Lerroux: fue nombrado director de paja, evidentemente. Pero él era diferente. Una vez más me gustaría atenerme al excelente relato de Ciges Aparicio, que fue redactor de *El País* 10 ó 20 años después de estos hechos.

Cuenta la llegada de Lerroux al periódico y evidentemente la cuenta porque la ha oído a los que la vieron, a los que la vivieron. Dice que ya fue

imponente la aparición de Lerroux; hay que recordar que él era un hombre muy corpulento, era un hombre bastante impresionante: «Alto, ancho, lustradas y desgarradas las botas, roído el pantalón, estrecho el chaqué, audaz el pecho, rudo el gesto, franca y guerrera la mirada, un grueso garrote colgaba de su brazo... No conocía a nadie y entraba como en casa propia. Luego se registró el chaqué, palpó los bolsillos del pantalón, volvió a registrar y "¿quién tiene tabaco señores?", dijo. Pero la petición venía a ser esto: "Un cigarro en seguida, que tengo ganas de fumar, pero pronto." Diéronse prisa en ofrecerle varios simultáneamente, los recogió todos y encendiendo uno, se guardó los demás. Había caído en gracia.»

Algún tiempo después, incorporado ya a la plantilla y escribiendo algunos sueltos que Ciges califica de violentísimos y desmañados, «que el director rompía sin que el redactor mostrase desilusión ni agravio», ocurrió la muerte del editor responsable (el editor responsable era el director de paja). «El director se lo comunicó a los redactores antes de buscar un sustituto por si pudieran convenir a cualquiera los 15 duros... No tuvo tiempo de concluir la frase. El hombre del chaqué angosto se irguió con presteza al oír los 15 duros y exclamó con presteza: "Yo, yo acepto, y mirando en torno prosiguió: no permito a ninguno que me dispute el cargo"».

«Con la mejora de fortuna — continúa Ciges— logró ir depurando su estilo, aunque siguió encargado de los editoriales en que se precisaban frases gruesas. Por otra parte, Lerroux era un hombre ordenado, poco dado a las intrigas, jamás habló mal de sus compañeros y si alguna vez lo hizo, hizo lo francamente, sin murmuración ni acrimonia.»

Y llegamos entonces a su asalto al poder. ¿Cómo se convirtió de director de paja en director efectivo? Pues según el relato de Ciges y según todos los datos que podemos deducir leyendo *El País* de esos años, por lo siguiente: «Una polémica envenenada puso en duro aprieto al diario. Surgió un lance personal. El señor de la barba plumiza, Ginard de la Rosa [el director real], ingenio fino, talento malogrado, espíritu amargado por las injusticias de la política y las ingratitudes de los jefes, se encogió filosóficamente de hombros ante el conflicto y abandonó la dirección por no batirse. Hubo que buscar director arriscado, presto a superar los riesgos, y lo encontraron en casa. Mejor director no lo tuvo el periódico. El hombre del garrote duplicó sus bríos. Sin trabas ni coacciones escribía con vehemencia y fuego y a sus escritos seguían protestas, procesos y desafíos. Fue a la cárcel. Fue el padre de una literatura periodística audaz e insolentísima que tuvo luego muchos imitadores y que aún imitan algunos pobres sin su pasión ni su nervio.»

Esta versión quizá sea poco amistosa, quizá sea simplificada, pero no es falsa. Efectivamente, Lerroux se distinguió de otros directores de paja porque se responsabilizó, no sólo ante los jueces, sino también ante otros periódicos, y eso significaba batirse. Así, en febrero del 93, muy poco después de haber sido nombrado director nominal del periódico, hubo una polémica con Julio Burell, de *El Nuevo Herald*, y ante la sorpresa de éste quien apareció a batirse no fue Ginard de la Rosa sino Lerroux. Y Burell fue herido levemente en el duelo.

En mayo del 93, pocos meses después, de nuevo otro duelo con un tal Loño, periodista también. En febrero del 94 con un tal Cadiñanos, igualmente periodista. En agosto del 94 con Aguirre, redactor de *El Ideal*. Todos

estos duelos los cuenta vagamente, y desde la enorme distancia en que escribe sus memorias, ya en los años 40, Alejandro Lerroux. Pero también se pueden deducir de los periódicos de la época, porque él, desde luego, entre otras cosas, no da fechas.

Los duelos en aquel momento estaban tolerados, incluso eran obligados para determinados sectores de la sociedad que se consideraban sectores con honor. Desde luego eran muy obligados para los periodistas. Todo el siglo XIX está lleno de duelos. González Bravo se batió con Andrés Borrego, con el general Caballero de Roda, con Ríos Rosas. El almirante Topete se batió con el poeta Campoamor (por cierto, el almirante Topete se debió fiar de su sabiduría militar y esperó en posición, y el bueno de Campoamor se fue hacia él y le dió un sablazo en la cabeza que terminó el asunto). El duque de Montpensier se batió con el Infante don Enrique, un importantísimo duelo que dio lugar a la muerte del Infante y al final de las aspiraciones al trono del Duque de Montpensier; porque, eso sí, después de haber matado a alguien en duelo, había cometido un acto tan claramente fuera de la ley que quedaba también fuera de las aspiraciones al trono.

Y cuando Suárez de Figueroa tuvo que batirse con el Almirante Beranger, que en ese momento era Ministro de Marina, el propio Presidente del Gobierno, Cánovas, colaboró en el duelo, haciendo una recomposición del gabinete en la que excluía al Almirante Beranger a altas horas de la noche, despertando a la Reina a las dos de la madrugada para que firmara la nueva composición del Gabinete, con lo cual Beranger dejaba de ser Ministro de Marina. Se batió Beranger a las seis de la mañana y pocas horas después se hizo una recomposición del Gabinete para que volviera a ser ministro, lo cual da idea de que los duelos no sólo estaban tolerados, sino que había una complicidad por parte de las autoridades.

Pues bien, Lerroux, con cuatro duelos en año y medio, y con ese extraño apellido que tenía, pudo perfectamente pasar por un esgrimista francés peligrosísimo que había aparecido en los medios periodísticos madrileños. Logra desbancar al director real del periódico, Ginard de la Rosa, durante el verano/otoño de 1893. En noviembre leemos en el periódico la noticia de que «nuestro Director Sr. Casa y Escobar ha tenido que ir a la cárcel». Es decir, ya hay un nuevo hombre de paja. Ya Lerroux no va a la cárcel porque cumple funciones efectivas en el periódico.

Siguen sin embargo, algunos duelos, pero desde luego mucho más espaciados. Tiene uno todavía en diciembre del 97 contra un tal doctor Escuder y en febrero del 98 otro contra un periodista que firmaba Juan Rana y se llamaba Las Heras de apellido. El más interesante de todos estos duelos quizá sea el que tiene con *La Nación* en el verano de 1895.

*La Nación* es un periódico también republicano, que defiende una fracción distinta a la suya, la fracción legalista, la fracción de Muro. Es el momento de la sucesión de Ruiz Zorrilla, que ha muerto en junio del 95, y están debatiéndose los partidarios del doctor Esquerdo (línea revolucionaria, en la cual se encuentra Lerroux) y los partidarios de Muro (línea legalista, que tienen como órgano *La Nación*). Pues bien, parece ser que *La Nación* colocó a un director que era un duelista profesional sabiendo que la reacción del director de *El País* iba a ser buscar el duelo.

Efectivamente, tras una serie de artículos insultantes por parte de *La*

*Nación*, *El País* respondió con uno en que le llamaba «la Gallina Nacional». Entonces ya tuvo suficiente el director de *La Nación* para retar a Lerrooux. Cuando Lerrooux se dio cuenta de que se hallaba delante de un profesional, se encontró con que tuvo que hacer repentinamente un viaje a Bilbao, y otro a Valencia, y pasó un mes sin que Lerrooux encontrara momento para poder batirse.

Le llamaban cobarde en público, y entonces la redacción entera de *El País* dice que a su director no se le puede llamar así, que ellos retan a la redacción de *La Nación*, y hacen un duelo colectivo en el que pelean siete contra siete. Uno a uno van haciéndolo por parejas, pero Lerrooux consiguió no enfrentarse con Díez Vicario, el profesional de la esgrima que habían buscado para pincharle de una vez.

Además de los duelos Lerrooux hace evidentemente otras cosas. Fue ciertamente, como dice Ciges Aparicio, el padre de un periodismo agresivo, sensacionalista, que creó escuela. Dinamizó el periódico, logró que se vendiera bastante más. Logra que cambie la maquinaria tipográfica al poco tiempo de ser él el director, y todo ello gracias a una serie de campañas sensacionalistas, campañas sensacionalistas en las que tengo la impresión de que el origen no es político sino que es económico, que es el chantaje, porque lo que buscaba con estas campañas era realmente conseguir dinero.

Una de ellas se titula «Los que roban». Duró varios meses y estaba dirigida contra las inmoralidades en la administración de la Diputación de Madrid. Pero inmediatamente después hay una campaña muy seria que llevan varios órganos madrileños (colabora entre ellos *El Imparcial*) y que dirige el Marqués de Cabriñana contra las inmoralidades en el Ayuntamiento de Madrid, y *El País* no colabora, señal indiscutible de que *El País* es subvencionado en ese momento por el Ayuntamiento.

El hecho cierto, sea cual fuese su objetivo, es que Lerrooux logra celebridad gracias a estas campañas. En 1895-96 emprende una durísima y espectacular campaña contra Martínez Campos, el hombre más odiado por los republicanos que buscaban un pronunciamiento militar, de izquierdas evidentemente. Martínez Campos había hecho el pronunciamiento militar de derechas. Esta campaña culminó en una gran manifestación popular al regreso de Martínez Campos de Cuba en enero del 96, manifestación que se saldó con un muerto.

Lerrooux estuvo a punto de ser detenido. Se salvó porque aquella noche le fue a buscar la policía y lo primero que preguntó el policía al llegar a la redacción fue: «El señor Lerrooux, por favor», y Lerrooux era el que había abierto la puerta. Llamó a su hermano Aurelio, a quien también había colocado ya en el periódico, y le dijo: «Aurelio, te llaman», y el policía se llevó al segundo señor Lerrooux. Mientras tanto Lerrooux se marchó y pasó la frontera; es su primer exilio. Estuvo en Biarritz durante unos meses.

La más importante de todas estas campañas fue la que emprendió a partir de los últimos meses del 96 y primeros del 97 sobre las «Infamias de Montjuich»: este fue el título general de la campaña. Supongo que conocen aproximadamente la historia. En junio de 1896, durante el transcurso de la procesión del Corpus en Barcelona, cuando pasaba por la calle de Cambios Nuevos, alguien que nunca se ha sabido quién fue, aunque posiblemente un anarquista (Abad de Santillán dice que él conoció a un anarquista francés

en Argentina que está convencido había sido él), arrojó una bomba contra la procesión causando una veintena de muertos.

La policía de Barcelona, desde luego, nunca descubrió quién había arrojado la bomba y se dedicó a hacer una inmensa redada de anarquistas, republicanos y laicos o librepensadores en general. Les reunió en el Castillo o fortaleza de Montjuich y allí les aplicó diversas torturas, gracias a las cuales logró nada menos que cinco confesiones de implicados en el asunto de la bomba. Los cinco infelices fueron condenados a muerte después de haber sido torturados. Uno más enloqueció durante las torturas.

Pues bien, del Castillo de Montjuich salieron denuncias. La policía parece ser que torturar sí sabía, pero evitar que salieran documentos no fue capaz de hacerlo, de modo que salieron algunas denuncias, algunos relatos de lo que allí dentro estaba ocurriendo.

La prensa de Barcelona, bien sea porque estaba atemorizada o bien sea porque tenía algún tipo de connivencia con las autoridades locales y con la policía, cosa perfectamente posible, no se atrevió a publicar aquellas denuncias, y es un órgano madrileño, inesperadamente, el que empieza a publicar aquellas cartas y aquellas denuncias.

Lerrooux encuentra una buena ocasión de hacer campaña y, efectivamente, las publica durante meses y meses. Termina el periodo en que Lerrooux está en *El País*, y funda un nuevo periódico que se llama *El Progreso*. Continúa en *El Progreso* la campaña. Pero he aquí que en julio del 99, cuando llevaba ya dos años y pico sobre el asunto pidiendo la revisión de los procesos de Montjuich (primero intentó evitar las ejecuciones, posteriormente ya pedía la revisión de los procesos de los que habían quedado en la cárcel), viaja Lerrooux a Barcelona por segunda vez en su vida y sin tener idea de lo que allí iba a ocurrir, y he aquí que hay un recibimiento apoteósico, espontáneo. No parece que estuviera preparado. No le dejaron subir al tranvía para llegar hasta el hotel: lo llevó la multitud, abrazándole. A un jefe de policía, que si no recuerdo mal era el inspector Tresols, se le ocurre decir que «esto es una manifestación no autorizada», y que «tienen ustedes que disolverse». Corren detrás de él y están absolutamente a puntode lincharle. Lo persiguen por un edificio, se mete en una escalera, sube hasta un cuarto piso. En el cuarto piso lo acaban encontrando y en el último momento se salva porque les dice una frase en catalán, «perdonad, que yo también soy catalán», o algo así, y gracias a eso parece ser que salva su vida... Curioso, porque eso da a entender que eran muchedumbres claramente catalanas las que estaban identificándose con Lerrooux en ese momento, y naturalmente Lerrooux comprende que tiene un futuro político en Cataluña.

Continúa la campaña. Después de *El Progreso* aparecerá un semanario titulado *Progreso*. Tras la guerra de Cuba, durante la cual Lerrooux estuvo unos cuantos meses encarcelado, repite al año siguiente su viaje, esta vez por el Ampurdán, el gran bastión republicano, con idéntico éxito.

Estos son los años de máximo radicalismo político de Lerrooux. Sin embargo, son los únicos años en que tenemos constancia firme de que estaba pagado por el Ministerio de Gobernación. Ese año 1900, el momento en que Lerrooux prácticamente es un anarquista, y hace un periódico, *Progreso*, donde están escribiendo Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo, José Prats, que es casi un periódico escrito por anarquistas (a la vez están colaborando tam-

bién Azorín, Baroja, Ricardo Fuente, Rafael Delorme, Curros Enriquez, es decir, sus viejos colaboradores de *El País*), en ese momento, sin embargo, sabemos que hay dos recibos firmados por Lerroux de 1.000 pesetas cada uno, recibos semestrales que le pagaba el Ministro de Gobernación, Dato.

Esto de la colaboración de los anarquistas quizá sea también picaresco en último extremo, ya que los anarquistas evidentemente no cobraban por escribir. Lo utilizaban como un instrumento de propaganda y estaban encantados de que les publicaran los periódicos, mientras que el público anarquista sí que compraba esos periódicos. Es decir, que era una manera barata de hacer el periódico y de lanzarlo. Y para un periodista que se encontraba indiscutiblemente en mala situación (porque al final había quedado entre los minoritarios del partido progresista y por eso había perdido su puesto en *El País*), para un periodista que estaba en mala situación como Lerroux, quizá fuera la manera de salvar la situación este radicalismo político.

Son también los momentos, en 1899 y 1900, en que Lerroux lanza la formidable idea de la Mina Matilde, una mina que según parece existe en Andújar y que ofrece gratuitamente un correligionario, un republicano de Andújar, que tiene los terrenos pero que no tiene el capital suficiente para explotarla y dice que si los republicanos de España entera están dispuestos a explotar esta mina, la cede gratuitamente. Lerroux entonces lanza la idea de constituir una sociedad por acciones, explotar la Mina Matilde y con los beneficios de esta sociedad mantener un periódico revolucionario. Ciertamente que se llegó a recibir dinero y que se llegó a formar un núcleo de accionistas muy importante, pero nunca fue suficiente el núcleo de accionistas como para empezar las obras y, naturalmente, Lerroux acabó quedándose con ese dinero.

En mayo de 1901, finalmente, Lerroux se acaba presentando a diputado por Barcelona, como es bien sabido, y consigue romper el caciquismo, la muralla caciquil que había hecho imposible hasta el momento colocar como representantes por la capital catalana a candidatos que no estuvieran previamente bendecidos por el Ministro de Gobernación.

Esa vez son los candidatos regionalistas los que consiguen las mayorías; pero los republicanos consiguen las minorías que rompen el caciquismo de los partidos del Turno.

Y creo que no fue ajeno en absoluto Lerroux, no sólo en la campaña, en la que se mostró muy combativo, en la que insertó anuncios espectaculares típicos de periodista diciendo: «Aquí vengo solo y desnudo y no tengo dinero ni tengo colabores, el que quiera estar conmigo que venga y que se apunte como interventor en las mesas electorales, etc.», con lo cual consiguió bastantes apoyos; sino, sobre todo, en el momento del recuento, porque después de que era claro que habían ganado las elecciones los regionalistas y los republicanos, los resultados oficiales seguían dando como ganadores a los partidos liberal y conservador del Turno dinástico. Lerroux anunció que todo el pueblo catalán tenía que ir a la Plaza de San Jaime ante la Junta Electoral y que allí estaría él; que iba a estar dentro del Palacio de la Generalidad en ese momento y que le verían salir por la puerta como diputado y si no por la ventana. Y, evidentemente, ante estos gestos espectaculares, ante esta teatralidad de Lerroux, la muchedumbre se mantuvo en la Plaza de San

Jaime durante el día entero, esperando a ver si Lerroux salía por la puerta o por la ventana. Y, efectivamente, salió por la puerta y salió como diputado.

Este tipo de gestos impresionaron indiscutiblemente a un público que no estaba acostumbrado a ellos.

Una vez diputado Lerroux ya busca la respetabilidad. También esta historia es conocida. Hasta 1901 en general no se sabe nada de Lerroux, pero de 1901 en adelante es cuando suele empezar su historia y, por tanto, aquí será brevisimo, puesto que nos interesaba más su época de periodista que su época de político.

A partir de 1901, ya diputado, tiene un primer problema. La primera vez que utiliza la palabra en el Congreso de los Diputados usa nada menos que el verbo asesinar para referirse a una actuación de la Guardia Civil en La Coruña, donde ha disparado sobre una manifestación de obreros, naturalmente desarmados, y el Presidente del Congreso le advierte que por ese camino no puede seguir y que desde luego no le concederá la palabra si va a decir ese tipo de cosas.

Sin embargo, cuando en noviembre de ese año de 1901 vuelve a utilizar la palabra por segunda vez consigue un éxito clamoroso. Y lo consigue a base, sencillamente, de declararse más patriota que nadie y de decir que en Cataluña él está combatiendo por España, está combatiendo al separatismo.

¿Fue enviado Lerroux por Moret, como dice la historia catalanista clásica, a Barcelona a combatir por medio de la subversión social el poderoso movimiento catalanista? Seguramente no era tan inteligente Moret ni era tan inteligente el sistema político español como para jugar con fuego de esa manera. Hay unas líneas de Josep Plá muy penetrantes en las que da su opinión sobre cuál fue la verdadera razón de la llegada de Lerroux y creo que nos podemos identificar bastante con este punto de vista.

Dice Plá: «Sobre la llegada de Lerroux a Barcelona, hay una leyenda y una historia. La leyenda asegura que Lerroux fue enviado a Barcelona como agente del Ministerio de Gobernación. Eso es falso. Lerroux vino a Barcelona como tantos otros aventureros, para hacer carrera. Se pasó unos años en los barrios periféricos, muerto de hambre, perseguido por la policía, agitando lo que podía. Dotado de un temperamento político indudable, con condiciones notables para el periodismo ochocentista a la franco-italiana, con magníficas dotes para la demagogia, gran creador, con cultura suficiente para rememorar las imágenes —sólo las imágenes— de la revolución francesa y popularizar las fórmulas afrancesadas del racionalismo revolucionario, Lerroux se conquistó un firme renombre.

«Rota la costra caciquil, Lerroux y lo que él significaba, emergieron al exterior y pasaron a ser un factor político. Todo eso Lerroux se lo ganó a pulso. El solo, sin ninguna intervención ajena. A la mañana siguiente de su triunfo, su vida cambió y en aquel momento comenzaron sus tratos con el Estado.»

Naturalmente, su poder como político se vio muy incrementado a partir de ese noviembre de 1901, en que además gana una serie de puestos en el Ayuntamiento de Barcelona. No tiene todavía la mayoría, pero sí gana muchos puestos, y a través del Ayuntamiento va a conseguir grandes influencias políticas.

Como periodista traslada su sede a Barcelona. Abandona el periódico

*Progreso*, que desaparece, y se convierte en director de *La Publicidad*, el viejo órgano federal de Barcelona de toda la vida, que había tenido Eusebio Corominas y que le entrega directamente a Lerroux. Sólo en 1905-06, a partir del incidente del *Cu-Cut* y de la Ley de Jurisdicciones, momento en que se forma Solidaridad Catalana, Lerroux se va a distanciar tanto de los republicanos catalanes como del gran líder del republicanismo español en ese momento, Salmerón, el único expresidente de la República que queda con vida. Y aquí creo que hay connivencia clara con Moret. Es éste quien lanza la idea de la Ley de Jurisdicciones, y Lerroux no se opone a ella, pese a que significa para él un costo político impresionante.

Se queda sin órgano de prensa, pierde *La Publicidad*, que pasa a ser un órgano de Solidaridad Catalana, entre marzo y abril de 1906. Pero he aquí que Lerroux, muy revolucionario todavía, en ese momento jugaba un doble juego. Era diputado, por un lado, pero actuaba por de acuerdo con algunas fuerzas conspiratorias.

Está de acuerdo con Francisco Ferrer. Está enterado (se puede deducir de sus memorias) de la bomba de Mateo Morral, antes de que esta bomba estalle. En el mes de mayo de 1906, en el mismo momento en que se casa Alfonso XII y en que Mateo Morral viene desde Barcelona con su bomba y la arroja en Madrid en la calle Mayor, en ese mismo momento, Lerroux estaba en Barcelona tomando café en el mismo sitio en que estaba Francisco Ferrer. Francisco Ferrer estaba esperando las noticias de Madrid y estaba dispuesto a advertirle («El Rey ha muerto») a Lerroux para que Lerroux insurreccionara la ciudad y declarara la República. Pero no ocurre así, el Rey no muere y Ferrer, involucrado en este proceso, va a la cárcel. Y he aquí que Lerroux encuentra una nueva fuente de financiación, porque Ferrer, como es sabido, tenía dinero. Rápidamente, tres meses después de haber perdido *La Publicidad*, Lerroux saca *El Progreso* de Barcelona, en junio de 1906. Otros tres meses después, en septiembre, saca *La Rebeldía*, semanario muy importante donde publica su famoso artículo en el n.º 1, «Rebeldes», con aquella incitación clarísima a la violación de las novicias que, sin duda, despertaba los ensueños eróticos más profundos de la mente de los españoles.

Y muy poco tiempo después, en abril de 1907, saca *El Intransigente* en Madrid, con lo cual Lerroux en poco tiempo se encuentra con tres periódicos, nada menos. Son justo los meses en que Francisco Ferrer está en la cárcel.

Los tres periódicos dedican una enorme cantidad de espacio a defender a Ferrer y a intentar que Ferrer salga de la cárcel; y Ferrer era un hombre con mucho dinero. Son también los meses en que Lerroux logra el dinero suficiente para terminar las obras e inaugurar la Casa del Pueblo de Barcelona. No creo que sea irracional creer que Lerroux estaba pagado por Ferrer.

Efectivamente, Ferrer logró salir declarado inocente de este juicio, pero Lerroux, gracias a su enfrentamiento con los catalanes y a su enfrentamiento con Solidaridad Catalana y con Salmerón, pierde su escaño en 1907 y se encuentra de nuevo desamparado. Maura entonces aprovecha viejos delitos de prensa que había contra él para perseguirle y Lerroux se ve obligado a marchar de España a finales de 1907. Y en ese momento Ferrer le está pa-

sando dinero mensual en Francia. No se sabe la cantidad exacta; según algunas informaciones, 1.000 pesetas mensuales dato que parece bastante confirmado.

Lerroux, sin embargo, había oído hablar de las enormes riquezas de los republicanos españoles emigrados a Argentina y decide que en Francia se está bastante mal como español y que se está mucho mejor en Argentina.

Escribe entonces a los mineros de Almadén, explicándoles la penosa situación en que se encuentra el defensor de la causa republicana y los mineros de Almadén hacen una suscripción, con la cual le pagan el pasaje a la Argentina. Lerroux se marcha a la Argentina y allí terminan sus penurias. Los republicanos españoles en Argentina le regalan antigüedades, cuadros, libros, de vez en cuando alguna sortija de metales y piedras preciosas, y dinero en efectivo para que haga la revolución en España.

Cuando Lerroux vuelve, se encuentra con algo inesperado: la Semana Trágica. En el momento en que su barco toca Canarias, ha estallado la sublevación en Barcelona. Decide entonces marcharse a Londres, pero ya empieza a vivir de manera muy distinta, y cuando regresa a Barcelona no sólo se compra un chalet y un gran automóvil, sino que además empieza a hacer una política claramente gubernamental, como se decía en aquel momento, una línea respetable que inicia su evolución hacia el hombre de derechas en que termina su vida. Pero realmente por entonces se puede decir que termina también el Lerroux periodista, aunque figure como director de algunos órganos, por ejemplo, *El Radical* de Madrid, en los años 10. De hecho, él no dirige ya ninguno de los periódicos que le pertenecen y que siguen su línea política en los años sucesivos.

**CANSINOS ASSENS  
Y LA CRITICA**

Eusebio CIMORRA



### **EUSEBIO CIMORRA**

*Nació en Madrid en 1908. Abandonó los estudios de Derecho para dedicarse al periodismo: redactor de **El Mundo** (1928) y de la agencia literaria e informativa **EDIM** (años 30), se incorpora en 1935 a **Mundo Obrero**, que dirigirá en 1936-1937.*

*Parte al exilio en 1939. Tras un breve período en un campo de concentración en Argelia, se traslada a la URSS, donde reanuda su actividad periodística en **Radio Moscú**, en calidad de guionista y comentarista de las emisiones para España y América Latina. Regresa a España en 1977.*

*Entre sus publicaciones destacan **El sol sale de noche** (publicado en español por la Editorial Progreso de Moscú), y de vuelta en España, en colaboración con Andrés Carabantes, **Un mito llamado Pasionaria**.*

Quizá una de las figuras más desconcertantes y también desconcertada de nuestro paisaje literario de casi 40 años mirando desde los primeros del siglo sea la de Rafael Cansinos Assens. precisamente por esas fechas viene desde Sevilla, donde ha nacido en 1883, a Madrid, más que a conquistarlo a dejarse conquistar por él, a querer comprenderle y amarle, aunque quizá se lo nuble el humazo de las redacciones y limiten su ámbito los lomos de esos elefantes rojos que son, o que eran, como nos ha dicho Cansinos, los divanes de los cafés. Y en los que tantas veces hizo él, sin moverse, la travesía del desierto. Desde ellos, en las noches de nicotina y achicoria impartirá su lección a la caterva de sus discípulos este poeta enmascarado tras un seudónimo. «Nací poeta —nos ha confesado—, aunque luego optase por la prosa que, cuando tiene calidad lírica, es como un poema infinito.» Que la suya lo tiene lo demostrará enseguida este abanderado de todas las vanguardias, este propulsor de todos los modernismos, padre del llamado movimiento «ultra», el «más allá» de las cumbres de un arte muerto, todavía sin enterrar. La verdad es que no fue muy lejos y duró más bien poco. Porque, como se sabe, lo malo —o lo bueno— del modernismo es que está condenado a dejar de serlo. Y nadie como Cansinos lo aprendió y lo enseñó. Cuando yo le conozco en los primeros años 30, ya está de vuelta de casi todo y, al parecer, sin muchas ganas de ir a casi nada. Pero de esto hablaremos más adelante.

Sabemos, porque nos lo ha contado, que su infancia transcurrió en un ambiente familiar, literariamente hablando, que es como siempre hay que hablar de Cansinos Assens, que iba por el lado materno, desde San Agustín a Chateaubriand, y desde Voltaire a Victor Hugo, pasando por Castelar y Pi i Margal, desde la biblioteca del tío, republicano y masón. Y es la de *El Motín*, el detonante periódico ácrata de Nakens, la primera redacción que el joven Cansinos pisa, y las páginas de *El País*, del más temido que temible Roberto Crastovido, donde, creo, publica su primera crónica. Serán luego *La Correspondencia de España*, *La Tribuna*, *El Imparcial*, en sus famosos lunes, *El Heraldo*, hasta *La Libertad*, la última cátedra de su magisterio crítico.

Eso sin contar con algo que tanto cuenta en el haber y también en el debe de un escritor de su talante: las revistas demoledoras y enigmáticas, ese estandarte de tinta y de papel que debe tener toda vanguardia literaria que se estime: *Grecia*, *Renacimiento*, *Helios*, y aquel *Prometeo* en el que ponía el

mingo del modernismo Ramón Gómez de la Serna, por entonces, y en cierto modo, competidor en la feria de los ismos del ultraista Cansinos-Assens. Este escribió en el responso a *Prometeo*: «Era de nuevo la embriaguez vendimiadora en que nuevos jugos fermentan... su nuevo testamento era el manifiesto futurista.»

Pero el que cosecha las uvas y al que nadie le podrá disputar la herencia es Ramón, el único sobreviviente o sobremurierte, como hubiera dicho él, del naufragio del futurismo sin futuro, en el que sólo el suyo se ha salvado, «más allá» de modas y hasta de modos literarios. Por cierto, que uno no está muy seguro de que el sagacísimo y sensibilísimo Cansinos-Assens entendiera o quisiera entender del todo al autor de *Ismos*. En la greguería no ve más que una «caricatura en su más pura expresión» y nada menos que «el preparado más violento contra todo preparado literario». Aunque no se le escapará su gracia mágica: «también —escribirá Cansinos— el corazón pesado de la greguería suele exaltarse, logrando entonces la larga cabellera de los combates líricos». Hasta pronosticará: «Habrà una primavera en que todas las mariposas llevarán en sus alas una greguería de Ramón y un verano en que todos los grillos cantarán su letra.» Pero, a pesar de lo de los grillos y las mariposas, Ramón practica, sigue ilustrándonos Cansinos, un arte de ilusionista que «pretende engañar a todos nuestros sentidos sin herimos el corazón». Claro, lo emparenta con Apollinaire, tan cercano al propio Cansinos, pero también con Wells, porque si Ramón se aplicase a la novela de aventuras según el modelo de Wells eclipsaría, a juicio de Cansinos, a todos sus rivales. «Este fogonero literario —nos dice— [el fogonero es Ramón], este caprichoso trazador de esquemas podría poner en movimiento una locomotora enorme.» O sea, que hay que dejarse de leches gregerescas si se quiere pasar de fogonero a maquinista.

Lo que pueda haber —y lo hay— de coincidente y competitivo entre estos dos singularísimos escritores contemporáneos en el espacio y en el tiempo se descubre hasta en la especie de sus capillas literarias, de sus tertulias cafeteriles con discípulos y catecúmenos: Ramón, como sabe todo el mundo, reúne a los suyos en el santuario hermético y elitista de Pombo; Cansinos, como no sabe casi nadie, lo hace en el bullicio de los grandes cafés como El Colonial y El Universal. Hasta físicamente el más bien retaco Ramón nada tiene que ver con el alto y erguido Cansinos Assens. Sin hablar del exhibionismo provocador del uno y de la disimulada hermética introversión del otro.

Antes de que los árboles no nos dejen ver el bosque de la plural obra cansiniana o, al revés, que el bosque nos absorba sin permitirnos distinguir la variedad de sus árboles, vamos a fijarnos en uno, quizá el más frutal y resistente a la tala del olvido: la crítica. La crítica, que él elevó a la categoría de ensayo sobre toda una época, la crítica luminosa e iluminada por una abrumadora cultura que le universaliza el conocimiento de diez o doce lenguas. Sus libros como *Poetas y prosistas del novecientos*, los tres o cuatro tomos de *Las nuevas literaturas* y la colección sin coleccionar de sus artículos de crítica en la prensa son la mejor y también la más bella guía para conocer y seguir 30 años de la creación literaria con su arranque mítico del 98. Quiere decirse que en el principio del siglo, los modernistas se llaman Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Baroja, Antonio Machado, como a todos

nos han enseñado. Incluso, cuando en los primeros días del 36, lejos del mundanal ruido de las tertulias y los ateneos de la leyenda y de la anecdota valleinclanesca muere don Ramón, Cansinos Assens escribe en *La Libertad*: «El modernismo se ha ido definitivamente con Valle Inclán.» ¿Qué modernismo? Uno sospecha que Cansinos Assens se fijó más en el Valle Inclán de los jardines bradominianos que en el de las zahurdas de Max Estrella. Aunque el primero, pasado el inicial deslumbramiento, la verdad es que no le gustaba demasiado. Como que escribe de él: «Su obra está formada de ninguna idea y de elementos ajenos.» Sin embargo, ya Cansinos destaca y prefiere al Valle Inclán de la primera ruptura, cuando escribe: «Lo mejor son sus libros como *Romance de lobos*.»

A este posmoderno del modernismo noventayochista que es Cansinos Assens Pío Baroja le parece algo más, tampoco mucho más, de un folletinista, que toma sus notas de la realidad. (De donde rara vez tomó las suyas Cansinos Assens.)

En Antonio Machado ve «un poeta de interior que en la feria humana camina callado, consigo mismo, sintiéndose vivir y envejecer».

Y Unamuno es para él el más moderno de los modernos, que va siempre delante de los demás y de sí mismo y que, «con su eterna paradoja ha recorrido todas las escalas del pensamiento, aun las que se cuelgan de las estrellas, y heroico funámbulo ha dado saltos mortales en el vacío». Sería mucho más tarde cuando Cansinos descubriera, y en la confianza tertuliana me lo dijese, que Unamuno algunas veces saltaba con red.

Poco o nada azoriniano, Cansinos considera y, por supuesto, ahí se equivoca, que «el conflicto de Azorín, “consciente y abúlico en un mundo de intenciones prácticas”, es el conflicto de toda la juventud española del 98».

Cansinos Assens no escapa a la sugestión del cisne rubeniano «encarnación —dice él— del águila de Gotana, la serpiente de Zaratustra y de la paloma de Catulo», pero, por supuesto, sabe y lo dice que es como el resumen y el final de toda una época, la que nuestro crítico llama el arte novecentista. Porque ya están afilándose los cuchillos degolladores de los blancos cuellos románticos, aunque todavía quedaron flotando esparcidas sus plumas. Silenciosamente, presta sus suaves dedos para la degollina Juan Ramón, «el más puro —según Cansinos— el incontaminado, el virginal».

Podría llevamos demasiado lejos o dejarnos demasiado cerca el seguimiento de la amplia y extensa labor crítica de Rafael Cansinos Assens. Eso sería un poco como encasillarlo en el nicho más cicatero de su memoria. Porque, ante todo y más que nada, como ya se ha sugerido aquí, fue un creador al que nada de la literatura le es ajeno. Que concebía la crítica como complemento de la creación literaria. Una creación que se inicia con la novela sálmica *El candilabro de los siete brazos*, en 1914, y suma unas treinta obras: junto a novelas de un costumbrismo madrileño muy poco costumbrista, como *La madona del Carrosel* (es el tiempo de las madonas de Maurice Dekobra) las del surrealismo como *El divino fracaso*, *La huelga de los poetas*, *El movimiento V.P.*, con tan evidentes señas de identidad autobiográfica. Y también los ensayos, como *Ética y estética de los sexos*, *estética y erotismo de la pena de muerte*, *El Cantar de los Cantares*, y un holgado etcétera en que meter sus estudios talmúdicos bajo la estrella de David.

Sáinz de Robles, que incluye a Casinos Assens («extraordinario ejemplar humano y uno de nuestros más cultos críticos literarios», le llama) entre sus *Raros y olvidados*, nos dice que fue un escritor «siempre más conocido de oídas que de lecturas». Creo que ya Jules Romaine había dicho: «El escritor de la auténtica gloria es aquel a quien se conoce sin haberle leído.» Pero incluso esa poco rentable, aunque gratificante, gloria se ha querido regatear a nuestro escritor con la ignorancia y el silencio.

Es en el apogeo de su esquiva fama, en 1925, cuando el antiacademicista Casinos Assens recibe el Premio Chiral de La Real Academia Española, y en 1926 cuando las Palmas Académicas Francesas coronan al escritor que nunca ha estado en París. Y que ha avisado —o prevenido— de que la musa moderna deje de bailar el tango y se ponga a aprender el fox a golpe de jazz. Casinos Assens, a quien siempre le gustó «estar al loro», como diríamos hoy, de lo que pasaba y podía pasar en la literatura, y no sólo en ella, publica ya en 1921 *La huelga de los poetas*. Es el año del desastre de Annual, que va a poner bajo el andamiaje político español la bomba retardada que diez años después no necesitará siquiera estallar para cargárselo, y de la marcha fascista sobre Roma, que empezará a inquietar el equilibrio posbélico de Occidente. Y es también cuando de Oriente llega el resplandor de la «aurora roja sobre las nieves», como declama uno de los poetas huelguistas, mientras otro sueña: «Rusia, Rusia, es la que ha de decir la última palabra»... «Hemos conquistado los periódicos antes inexpugnables clavando en ellos nuestras plumas», proclaman los poetas subversivos. «Nos hemos adueñado del poder como los bolcheviques.» La verdad es que no han conquistado ni su palacio de invierno de papel. El triunfo, suponiendo que hubiera triunfo, alecciona Casinos, ha sido del «hermano cajista que está en el infierno de tizne de nuestras letras brillantes». Cuando vuelve a sonar la campana que, después de la huelga, anuncia la vuelta al trabajo, el poeta exalta su valor, el valor que no tuvieron ni podían tener «las liras y los órganos»: el valor de callarse y aguardar.

Los periodistas ya es otra cosa: al poeta le vende su vanidad. El periodista si tiene algo que vender: su palabra. Y su silencio. Esto es lo que pasa en esta divertida y también amarga y también simbolista novela de Casinos Assens en la que se zahiere el periodismo pintoresco y cochambroso de la época y se estimula la rebeldía. «Es necesario dignificar la profesión», plantea uno de los redactores de *La Ofrenda*, la revista que Casinos caricaturiza en *La huelga de los poetas*. Por algo ya en 1918 Casinos había dicho: «Yo tengo sobre mi alma este dolor del periodismo.»

Y la amargura, y la decepción y también el escepticismo que empezaron muy pronto a asaltar al autor de *El divino fracaso*.

Eso lo vemos, quizá más reveladoramente que en cualquier otra de sus páginas, en *El movimiento V.P.*, una novela de los años 20 cargada de un humor corrosivo que no deja títeres con cabeza de la antigua y de la nueva farsa literaria, empezando por la del autor. Porque ese «Movimiento V.P.», como a lo mejor muchos de ustedes recordarán, es una de las coñas más feroces que se han hecho del modernismo, de su relatividad y de su fraude, precisamente por quien parecía el menos indicado para hacerlo: un modernista a ultranza.

Literariamente encarnado en el Poeta de los Mil Años, pronuncia en solitario, sentado sobre sus libros, su discurso renunciador y porvenirista. «He cantado la belleza de todas las momias —dice—. El día y la noche llevan en sus bolsos mis himnos.» Y lo que el Poeta de los Mil Años, más desencantado que arrepentido, quiere cantar ahora son los «pájaros nuevos que han nacido en nidos cerebrales» o sea, los aviones, y el «invento de ese reloj antiguo porque se rigen en Nueva York», o sea, que está pasándose la hora de París. Pero, ¿qué van a hacer los viejos poetas jóvenes ante el novísimo mensaje del maestro? Ellos siguen sentados en el diván, reflexionando atónitos: ¿un arte nuevo cuando ya habían aprendido el antiguo? Allí está también el Poeta Rural, que invoca «las siete cañas de su caramillo». Y el Poeta Maldito y Bendito se pregunta para qué leche entonces él es hijo de un incesto. El Poeta de los Mil Años les compadece, les invita a seguirle una vez más al viejo Viaducto, bajo el «rumor de los aeroplanos atronando el silencio». Hasta que, de pronto, la noche antigua se suicida arrojándose por la alta baranda y «un día nuevo amanece apuntando con sus revólveres a los jóvenes poetas viejos».

Cargado con su pólvora, nace el *Movimiento V.P.*, que lanza enseguida su manifiesto: un manifiesto que matará del susto a los poetas jóvenes al saber que son viejos. Pero no es una revista cualquiera: en ella se suprimirán las comas, los puntos, las haches y requerirá como ejecutoria de poeta verdaderamente moderno no haber hecho un soneto jamás.

Quien lógicamente está aterrado es el Poeta de la Raza. Pero él, que ha cantado los embutidos de la raza, los piojos de la raza, la mujer de la raza superior a todas las demás mujertes de todas las demás razas, no se callará jamás. Bueno, se calla cuando se muere en una apoteósica reunión académica intoxicado por sus propios versos renales y se le atraviesa en la uretra un ripio letal. Ni siquiera podrá reanimarle una infusión de hojas del Diccionario de la Rima que propone administrarle el Crítico, también de la Raza, al que esos peligrosos revolucionarios del Movimiento V.P. llaman Vasectomizado.

La verdad es que estos jóvenes poetas viejos o estos viejos poetas jóvenes no piensan revolucionar nada. Ni siquiera la gramática. Por el Movimiento V.P. pasan y se van, sobre todo se van, el Poeta Maldito y Bendito, el Poeta Bohemio y Burgués, el Poeta Mendigo, el Poeta del Sur y del Norte, la lírica tropa subversiva que en vez de dinamitar la Academia, cae en las trampas de su seducción, en la erótica del poder y la gloria oficiales. ¿Quién ha dicho que el Poeta Maldito y Bendito se ufanaba de ser hijo de la unión de una ramera y un monje precito? Nada de eso; es fruto de un legítimo matrimonio sin huellas incestuosas ni de moros ni judíos en su linaje. Por su parte, el Poeta Bohemio y Burgués, en realidad jamás ha probado el ajenjo ni ha amado a ninguna Margarita. Así que todos acaban por rendir homenaje al Poeta de la Raza. Y a exhortación del Crítico Vasectomizado condenarán a ese Poeta de los Mil Años que nunca ha sentido la raza en su estirpe judeomorisca, en su monstruosa originalidad. Pero el Movimiento V.P., no ha muerto, resurge; ¿y quién lo anima? Senectud Modernisimus, indignado porque el Poeta Maldito y Bendito le ha usurpado la gloriosa letra Hache en la Academia. En una escena premonitory del esperpento, Senectud Modernisimus, afeitada la barba, baila ante el coro asombrado y coñón del público callejero

que repite con él «¡Viva la raza canina!» La única raza, a juicio de Senectud Modernisimus, digna de cantarse.

Puede tener, y ha tenido, diferentes lecturas esta novela de Cansinos Assens para seguir la pista de sus contrafiguras en la realidad. Es un ejercicio que ahora no tenemos tiempo de hacer y que tampoco importa demasiado. Lo que sí importa es señalar que su autor la consideraba la primera novela ultraista en España. Al parecer de algunos estudiosos de Cansinos, influida por *El poeta asesinado*, de Apollinaire. Y, ciertamente, sin mucha descendencia. Quizá su última lección, si es que pretendía alguna, sea la visionaria del Poeta de los Mil Años que desde el mirador colgadizo del aire de su Viaducto todavía proclama: «A pesar de todas las locuras y extravagancias creo en la posibilidad de un arte nuevo en cada hora.»

¿Va a apuntar esa hora en la década del 20? La novela, todavía protagonizada por los grandes del 98, más que deshumanizarse, como recomendara Ortega, se frivoliza en los Paul Morand de rebajas de los Insúa y compañía, con todas las excepciones que no confirman ninguna regla y que, desde luego, incluyen al propio Cansinos Assens. Es de notar que ya por ese entonces él dijera: «Mi obra es un paisaje vago y tenue... Música y fragancias perdidas y luminarias a lo lejos...» Y más aún cuando declara: «No me interesa la suerte que pueda correr mi obra literaria.» Es ya el desdén, o la resignación, del que empieza a sentirse solitario, del raro incomprendido. Por eso dirá: «Es peligroso ser raro.»

La década del 20 se acerca a su fin y a su término el tiempo de los paraísos artificiales en que los jóvenes poetas pueden disparar sus escopetas de bengalas. Pero es también el decenio en el que desde el destierro tira con bala panfletaria Unamuno y en Madrid Valle Inclán va a la cárcel por espermático.

El viento empieza a desmelenar el bosque y a despertar a los bellos durmientes. De la tormenta que viene, va a ser ya imposible evadirse tras los cristales de los cafés literarios con discusiones sobre el angélico sexo de la poesía. O quizá es que va a salir un sol nuevo. Hay que echarse a la calle del 14 de abril para estrenar la primavera que ha venido y que ellos no saben cómo ha sido. Pero que muy pronto se van a enterar. Y la tendrán que defender, porque es la suya.

Años más tarde es cuando yo conozco a Cansinos Assens, no ya por lecturas y de oídas, sino en directo y en persona. Y, por supuesto, entre los mármoles y frente a los espejos de un café. Precisamente el Café Colonial, magnífica contrabarrera desde la que ver la corrida de la Puerta del Sol. Cuando ya estaba enchiquerado el toro que iba a saltar al tendido.

La noche del sábado, el café se llenaba de un personal entre puteril y hortera. Nuestra mesa estaba en un recodo, no demasiado cerca del ventanal.

Cansinos entraba, alto, grande, impecable, con un cierto dandysmo en el corte y el paño inglés, de su, quizá, único traje. Todos le hacíamos sitio para que él ocupara el suyo en el centro del diván. Tenía un vago aire de Oscar Wilde rodeándole la cabeza que él echaba hacia atrás, la onda del pelo casi tapándole el ojo huevón.

Debo advertir que ésta era una tertulia más bien atípica en la copiosa biografía cafeteril de Cansinos Assens. Ya estaban lejos las noches del Co-

lonial que él cantara llamándolas «noches de aturdimiento, de embriaguez egolátrica, de sueños quiméricos y de donde se sale a la cruda luz del amanecer con el corazón nostálgico y desilusionado».

Uno pudo saber entonces hasta qué punto su corazón había renunciado a la nostalgia. Sin que la ilusión viniera a habitarle. Y menos aún la esperanza. Los elefantes rojos de los divanes del café estaban ya perdiendo su memoria lírica.

Desde luego, no le esperaban Rafael Lasso de la Vega, ni Eliodoro Puche, ni Martín Parapar de las primitivas noches del Colonial. Ni tampoco Pedro Garfias o José Díaz Fernández o Joaquín Arderius o César Arconada de las menos lejanas del Universal. No llegaría llamándole maestro el argentino Jorge Luis Borges ni le retaría a la polémica de los ismos el hermético chileno Vicente Huidobro. Era como si al maestro se le hubieran dispersado sus discípulos. Y sus amigos. A título de lo segundo estaba uno allí, en esas noches del treinta y tantos compartiendo el torrefacto y el humo con el escritor a quien por la distancia de la edad y la literaria, infinitamente mayor, yo llamaba Don Rafael.

Ya se ha dicho que la nuestra de aquel tiempo de decadencia o perversión de las tertulias, era heterodoxa e informal. La frecuentaban, muchas veces sólo de tránsito, restos de la última bohemia, guillados barojianos, trotafaltos de la gallofa, despojos del naufragio del barco del éxito en el que, a lo mejor, ni se habían embarcado siquiera. Don Rafael los acogía con una curiosidad casi entomológica. Pero también con una piedad, con una secreta simpatía, con una comprensión infinitamente humana. Hacía tiempo que había dicho: «Amo a los hombres que se han hecho más buenos en el fracaso.»

Entre nuestros ocasionales contertulios de ese tiempo figuraba don Tirsus Rabus (el nombre se lo había puesto Cansinos), noctámbulo, vegetariano y sentimental. Era autor de un drama titulado *Castilrojo*, que no se estrenaba (seguramente no se había escrito) porque a ello, según él, se oponía Benavente. Cuando a las dos de la mañana irrumpía en el café el personal de la salida de los teatros y se servían las famosas medias paellas a 3,50 del Colonial, don Tirsus que, decía él, se alimentaba con 20 céntimos de higos y dos cafés con leche al día, se ponía fuera de sí:

—De un país que a las dos de la mañana come arroz con pollo no se puede esperar nada. ¿Verdad, don Rafael?

Don Rafael le miraba sonriendo y, quién sabe si dándole la razón. Aquel don Tirsus Rabus tenía algo de don Latino, del que no podría ser Max Estrella el esteta Cansinos Assens.

Otro tipo era Esqueletomaquia, al que llamábamos así por su descubrimiento de un arte nuevo: la caricatura anatómica. O sea, nada de narices desfiguradas, cabezas minúsculas o gigantescas y demás gilipollices del caricaturismo convencional. Lo que él hacía era la caricatura del esqueleto, incluida la calavera y, dentro de lo que cabe, con un gran parecido. Lo malo es que el tétrico Esqueletomaquia, con su aire de sepulturero de Shakespeare, iba ofreciendo sus macabros servicios de Saint-Saëns del lápiz a la poco evolucionada clientela del Colonial y, claro, ésta no se dejaba.

—No se desanime usted, amigo —le consolaba don Rafael—. Lo que usted hace es verdaderamente revolucionario: la caricatura de ultratumba, la caricatura ultraista.

Del gremio periodístico uno de los más asiduos tertulianos era Ataulfo Peláez, que hacía la crónica de sucesos en un escandalizador periódico de la tarde. Ataulfo era famoso por su gerundancia, o sea, uso desmedido del gerundio. Se contaba —seguramente era mentira— que una vez le reconvinó el redactor-jefe: «Pero, hombre, en esto de los gerundios es usted incorregible. Fijese, fijese cómo empieza usted este párrafo: Cuando estando trabajando...»

—Bueno, pues quite usted el cuando —sugirió Ataulfo.

En aquella tertulia se fraguó eso a que tan propensas eran todavía las mesas literalizadas de los cafés: la publicación de una revista. El dinero lo puso —dos mil pesetas de sus ahorros— el capitán Garde, extraño milite de cuchara que llegó de Cáceres a Madrid con el sueño de ver su nombre en letras de molde. Sueño que logró con la ayuda de su paisano Emilio Criado y Romero, periodista del *Heraldo de Madrid*, que lo trajo a la tertulia para deslumbrarle con la presentación de don Rafael Cansinos Assens. Cansinos nos prometió un artículo para el primer número de *Resumen*, nombre de la revista en la que, por cierto, inició la que sería su brillante andadura literaria Eusebio García Luengo, que tanto sabe de peñas tertulianas y que aún patriarcaliza la veterana del Gijón.

Por supuesto, en esos años 30 Cansinos sigue haciendo lo que ha hecho siempre en el poco más de medio siglo de vida que tenía entonces: escribir. Continúa con la crítica literaria en *La Libertad*. Es ya la última tribuna de una autoridad que nadie le niega; es también, como él dijese «la media gloria, más cruel que la absoluta oscuridad». Ya sabemos que la otra mitad, la de creador, la que merece como uno de los escritores más importantes y originales de nuestra lengua, está por reconocérsele todavía.

En sus artículos críticos de ese tiempo llama neogongorinos a los poetas que constituirían la generación del 27. Pero, al parecer, a Cansinos no le gustan demasiado las excursiones a los sepulcros, aunque sean del Siglo de Oro. Eso sí, ha hecho el elogio de Gerardo Diego, de Jorge Guillén, de Salinas, de Pedro Garfias, su antiguo amigo, de Rafael Alberti. Lo que pasa es que ya, subiendo la pendiente de los años 30, el hermético poeta de *Sobre los angeles*, aclara y proletariza su voz bajo las estrellas del Kremlin. César Arconada ha dejado a Groucho Marx por Carlos Marx y *La Gaceta Literaria* gimenezcaballeril por *Mundo Obrero*. Allí va a hacer la crítica literaria y allí le conocí yo. Sender colabora con su prosa violenta y fascinante para nuestra juventud más joven en *La Libertad*, el mismo periódico que Casinos Assens.

Está naciendo un periodismo nuevo, en el sentido intelectual. Bergamín publica *Cruz y Raya*, en noviembre del 34, Juan de Mairena estrena su coña filosófica en *Diario de Madrid*. Otro de los nuevos, aunque también fugaces periódicos, es *Luz*, luz desprendida del crepuscular *Sol* orteguiano, y perdonen ustedes la facilona imaginaria meteorológica. Lo dirige el ya no muy joven Corpus Bargas, socialista del prudente Prieto. En la crítica hay jóvenes con otras universidades que las del café tertuliano: Félix Herce, Antonio Espina, José Luis Salado, Juan Chabás... Y el etcétera que puede rellenarse a gusto del consumidor.

Ahora, después de tanto siglos, no quisiera improvisar nada, inventar nada, manipular nada. La confundidora luz del recuerdo me hace ser muy

comedido al evocar la imagen de Cansinos Assens en el tiempo, el crispado tiempo en que lo traté. Tiempo al que él no hurta atención literaria ni inquietud humana. Hay, por ejemplo, unos largos y luminosos artículos de *La Libertad* dedicados al cante flamenco (él los titula *La copla andaluza*), en los que después de rastrear sus oscuras, sus misteriosas raíces («Los Versículos del Corán, descubre, son verdaderas coplas flamencas») reivindica la otra Andalucía, Andalucía la roja, la que dentro de la caja de polvorones de su folklore quinteriano llevaba la bomba. «El hombre bueno de Andalucía —escribe Cansinos— ha puesto su bomba a la puerta del teatro de los Quintero, echando por tierra sus muñecos.» A lo mejor, también por eso prendieron al Camborio.

Por ese tiempo, Cansinos Assens ha terminado la traducción de las obras escogidas o selectas de Dostoevski. Era un poco el refugio del creador que se ha resignado con alumbrar la obra ajena. Y que sería la última trinchera de su casi anónimo combate literario recreando en nuestro idioma las literaturas de Occidente y de Oriente.

Los sucesos de octubre del 34 cortan y dispersan nuestra tertulia. Por razones obvias, uno no estaba en condiciones de frecuentarla. Cuando esas «razones obvias» se suavizaron, volví a buscar y a encontrar a Cansinos Assens por el trozo de la calle de Alcalá desde Sol a la esquina de Peligros, tramo de su paseo solitario cuando la peseta que, por lo visto, dedicaba diariamente para su ocio, había sido consumida por el invento de Lumière, al que era muy aficionado. La alegría del reencuentro y el frío decembrino que desertizaba la calle de Alcalá se unieron para vencer la resistencia de Cansinos a la invitación al Colonial.

Todo parecía estar, en el pequeño universo del café con leche, como antes. Pero ya nada volvería a ser igual. La anécdota del disparate o la teorización literaria eran muchas veces sustituidas por las noticias de la crispación política. El periódico de Cansinos Assens, *La Libertad*, como otros periódicos republicanos, denunciaban el asesinato del periodista Luis Sirval en Oviedo y publicaban las fotos del periodista Javier Bueno, desnudo el torso, marcado por las huellas de la tortura. Eso de cargarse periodistas o zurrarlos para que se callen y no molesten es práctica de contumaz instrumentación reaccionaria en nuestro país y no sólo en él, por supuesto.

Ya dije que no quería caer en la tentación de atribuir a Cansinos Assens actitudes confundidas o imaginadas por cualquier mala o buena pasada de la memoria. De lo que pasaba y de lo que podía pasar hablábamos a veces, cuando levantada la tertulia del Colonia, le acompañaba hasta su casa, creo que aún en el barrio de la Morería, bajo el Viaducto del Poeta de los Mil Años. Más tarde, ya cerca, o en el mismo 36, Cansinos dejó el viejo caserón del Madrid antiguo y verbenero (el de su *Madona del Carroset*) y se mudó al lado opuesto, por el Pacífico, en el Madrid ferroviario y botánico donde escondería su herida soledad. Quizá la compartía con su hermana Pilar, esa sombra, como la sombra de sí misma, que pasa por las horas de la tristeza en la obra del escritor. Porque, eso sí, nada más difícil —tampoco yo lo intenté nunca— que expugnar la torre en que encerraba su intimidad sentimental. La otra, la del intelectual, la del hombre preocupado por el destino de la cultura y del hombre de su tierra y de su tiempo, no hacía falta que el pensamiento se tradujera en palabras.

## URGOITI-ORTEGA: PROYECTOS DE RENOVACION

Antonio ELORZA y Mercedes CABRERA

Ya en el verano del 36 —las nubes no venían precisamente cargadas de agua y la tormenta no iba ser la fugaz del estío—, nuestra tertulia estaba deshaciéndose. Todavía algún sábado aparecía en ella Cansinos Assens como si no pasara nada o como si ya hubiera pasado todo. Hasta aquella noche en que se despidió inusitadamente temprano y yo tampoco tenía tiempo de acompañarle. Recuerdo bien que le dije:

—Usted, don Rafael, está con nosotros.

Me contestó con una pregunta afirmativa:

—¿Cuándo estuve con ellos?

No lo estaría jamás.

No supe nada de don Rafael —a mi entrañable recuerdo de juventud le gusta llamarle así— en los tres años de la guerra civil. Después... de eso saben ustedes más que yo. Saben del silencio, de los mil años de la soledad insobornable en que se encerró —le encerraron— los últimos 25 años de su larga vida. Los años en que el Poeta de la Raza y el Crítico de la Raza mandan y disponen, y marginan y amordazan en su monipodio de la cultura para tranquilidad del General de la Raza. Años adversos para el escritor, para el hombre que en el arte y en la vida apostó por la libertad y que siempre perdió. De la noticia de su muerte en España en 1964 parece ser que casi nadie se enteró. Tampoco muchos estaban enterados de que había vivido. En Moscú lei en la revista *Índice* fragmentos de su *Diario*, esas memorias que parece que ocupan más de mil folios, inéditas aún. Si al fin se publican, conoceremos todos mejor su talla humana e intelectual, el diverso mundo de la cultura española, del que fue uno de sus más singulares protagonistas.

Hay que agradecer, y yo desde la admiración y el gran efecto que tuve a Cansinos Assens lo hago, a su viuda doña Bárbara Galán, su tenaz esfuerzo, su fervorosa voz para sacar de la sombra el nombre y la obra del escritor del que Borges decía por los años 60 que sólo le faltaba la plena gloria literaria que tanto merce y aún le escatima un azar hostil.

#### ANTONIO ELORZA

*Nacido en 1943. Es doctor en Ciencias Políticas y Económicas por la Universidad Complutense y desempeña la cátedra de Historia del Pensamiento Político y Social de España en la mencionada universidad. Dirige "Estudios de Historia Social" y ha colaborado en muy diversas publicaciones: Triunfo, Cuadernos para el Diálogo, Cuadernos de Ruedo Ibérico, La Calle, El País, L'Unità, etcétera.*

*Sus investigaciones se han centrado en temas asimismo diversos, desde la Ilustración hasta la guerra civil, pudiendo citarse entre sus libros La ideología liberal en la Ilustración española (1970), Socialismo utópico español (1970), Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (1978) y La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset (1984).*

#### MERCEDES CABRERA

*Nacida en Madrid en 1951. Es doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense y, en la actualidad, profesora titular de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Forma parte del consejo de redacción de revistas especializadas como En Teoría y Revista de Historia Económica. Colabora en El País.*

*Su campo de investigación principal es la historia social y económica de España en el primer tercio del siglo XX, habiendo desarrollado también estudios sobre el pensamiento político español de la misma época. Entre sus trabajos, cabe destacar el libro La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia, 1931-1936 (Siglo XXI, 1983) y sus colaboraciones en el volumen colectivo Prensa y sociedad en España, 1820-1936 (Edicusa, 1975) y en la investigación "Las fundaciones de Nicolás María de Urgoiti: escritos y archivo" (Estudios de Historia Social, 24-25, 1983).*



### Antonio Elorza

Esta conferencia es un poco una exposición a mitad de camino, pues estamos realizando un trabajo sobre la figura de Nicolás María de Urgoiti, lo cual en parte significa también aportar nuevos datos sobre Ortega y Gasset y sobre el mundo intelectual español del primer cuarto del siglo XX.

Es un trabajo en el cual existe una articulación hasta ahora bastante fácil, porque son muchos años de trabajo libre e independiente en común, entre la profesora Mercedes Cabrera y yo. Vamos a tratar de que esta conferencia sea abierta. No se trata de contar una vez más lo que ya en algunos otros momentos y en nuestra presentación del archivo de Urgoiti hemos hecho, ni de dar una revisión, una descripción general de Urgoiti y su significación en el periodismo español, sino de ofrecer algunas nuevas hipótesis y algunas nuevas puntualizaciones que en este curso, es decir, a mitad de camino o a cuarto de camino de nuestro trabajo sobre estas dos figuras, podemos arrojar. Vamos a hacer una conferencia un poco extraña, insisto, porque muchos de los datos y de las cosas que vamos a decir no están absolutamente comprobadas, es decir, son puntos de interpretación que tendremos que proseguir. Por otra parte, vamos a intentar deshacer un cierto malentendido: la imagen de que Urgoiti y Ortega son dos figuras que se hacen un poco de sombra la una a la otra. Incluso al plantear el título de esta conferencia, los organizadores han sugerido el título «La Empresa y las ideas», un poco como si fuera la empresa Urgoiti y la idea Ortega, de acuerdo con una imagen tradicional.

Pienso que resulta posible aclarar este punto, y las primeras puntualizaciones de la profesora Cabrera van a contribuir a disolver este falso dilema. Por otra parte, en cuanto a la figura de Urgoiti, intentaremos apuntar algunas claves interpretativas, rompiendo otra imagen establecida, en la cual nosotros mismos hemos caído bastante, que es la del aislamiento de Urgoiti. La figura de Urgoiti es muy singular en el panorama intelectual y económico de la España del primer cuarto o primer tercio del siglo XX, pero singularidad no quiere decir aislamiento. La aparición de *El Sol* y la formulación de su ideología conectan con unas ciertas realidades con las cuales evidentemente va romper y de las cuales va a derivar su soledad final. Pero sobre esto, que es otro de los puntos de nuestro trabajo, trataré yo de arrojar alguna luz, cerrando esta intervención la profesora Cabrera con un balance de lo que hasta ahora, para nosotros, es la aportación cultural de *El Sol* y de la figura de Urgoiti que, en definitiva, es el centro de esta conferencia.

## Mercedes Cabrera

Con respecto al primer punto voy a hacer una reflexión muy breve.

Es cierto que cuando se habla de Ortega y Gasset y de Urgoiti, y se habla por lo tanto de *El Sol* como punto de confluencia de las dos personalidades, parece como si hubiera que elegir entre uno y otro, o como si la labor de uno fuera diferente de la del otro. Urgoiti, simplemente empresario. Ortega, simplemente (no tan simplemente) inspirador intelectual de la línea de *El Sol*.

Esta necesidad de optar, yo creo que está absolutamente fuera de lugar, porque simplemente recorriendo lo que es la historia de *El Sol* a través de los papeles del archivo de Nicolás María de Urgoiti se establece, por un lado, lo que realmente representa *El Sol* para Urgoiti y lo que representa Urgoiti en *El Sol* y, por otro lado, cuál es la relación entre Ortega y Urgoiti durante los años en que convivieron en la publicación de este diario.

No hay necesidad de optar; lo que sí es evidente es que las dos personalidades son muy diferentes. La personalidad de Ortega es infinitamente más conocida, quizá más conocida en su aspecto filosófico, en el aspecto de pensador, al margen del vehículo a través del cual difundía su pensamiento; y la vida de Urgoiti es prácticamente desconocida, salvo en pequeños círculos.

Pero no se trata de optar y tanto Michel Desvois como Gonzalo Redondo, en su libro sobre *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, conceden mucha importancia a la figura de Urgoiti, aunque estableciendo un balance con el que yo no estaría totalmente de acuerdo. Para Michel Desvois la aparición de *El Sol* en 1917 habría sido, dice, «la confluencia o el fruto de la confluencia de, por un lado, un grupo de intelectuales cuya máxima figura sería Ortega y Gasset y, por otro lado, de un grupo de empresarios cuya máxima figura y fundador de *El Sol* sería Nicolás María Urgoiti». Una confluencia que yo creo no explica demasiado y que sin embargo, tiene, pienso, una historia relativamente importante.

La opinión de Gonzalo Redondo inclina más la balanza. Tiene de notable el libro de Gonzalo Redondo que es uno de los libros donde mayor información se da sobre Urgoiti, por lo menos de los publicados hasta ahora. Es decir, que Gonzalo Redondo es consciente de la figura de Urgoiti y hace historia, paralelamente a la historia de *El Sol* y en la medida en que las fuentes que maneja se lo permiten, de las otras empresas de Urgoiti, desde La Papelera hasta el conjunto de empresas que contribuyó a organizar. Pero insiste Gonzalo Redondo en que sería erróneo tanto identificar la línea ideológica de *El Sol* con Ortega, porque es evidente que en algunos momentos no hay una identificación plena entre el pensamiento de Ortega y la línea que mantiene *El Sol*, como afirmar que Ortega fue un simple colaborador más de *El Sol*. Y añade que Ortega fue realmente el mentor intelectual de lo que él llama el «liberalismo remozado» del diario *El Sol*.

Cualquiera de las dos afirmaciones se pueden sostener. Pero yo creo que la relación entre Ortega y Urgoiti, en parte es una relación en la que ambas figuras son absolutamente cruciales, pero en realidad es la confluencia de dos mundos, del mundo intelectual y de un mundo empresarial, menos conocido a estas alturas que el mundo intelectual; y una confluencia muy compleja, es decir, que ni el grupo de intelectuales que colaboran en *El Sol*

se puede reducir a la figura de Ortega y Gasset (ni siquiera desde el punto de vista de la, digamos, tutoría espiritual o ideológica del diario: hay momentos en que otras figuras intelectuales influyen de manera muy importante en la línea del periódico), ni tampoco ese otro mundo, el mundo de la empresa, está exclusivamente representado por Urgoiti.

Urgoiti, en este caso, me atrevo a decir que funciona como puente entre el periódico *El Sol* y la Papelera Española, empresa que él había fundado a comienzos de siglo y que desde bastante pronto plantea problemas a Urgoiti, porque Urgoiti es director general de La Papelera y al mismo tiempo presidente de *El Sol*, compañía anónima.

Urgoiti trata de actuar honradamente y siempre insiste en la honradez de sus actuaciones, separando su mundo empresarial y el mundo del diario, pero reconociendo que una de las finalidades del diario *El Sol* es defender la producción nacional o defender los intereses de los que están creando riqueza en España, punto muy importante de los planteamientos del diario *El Sol*.

Repito, al hablar de Ortega y de Urgoiti creo que no hay necesidad de optar para nada. No es cuestión de si *El Sol* era Urgoiti. Dos personalidades muy diferentes con una biografía anterior muy diferente, se habían encontrado en el mundo periodístico antes de la aparición del diario *El Sol* y aportan a la historia del diario *El Sol* vivencias y planteamientos que por un lado coinciden (se ven diariamente, tienen discusiones diarias en las tertulias de *El Sol*, hay un continuo intercambio de opiniones); pero inevitablemente, creo que a partir de 1919 o 1920, la evolución de ambos es muy distinta. Dicho de otra manera, el que va a sostener (incluso él lo dice en su diario) ideológicamente *El Sol* o la línea editorial de *El Sol* va a ser más Urgoiti que Ortega.

Con eso quiero decir que la colaboración de Urgoiti en *El Sol* no es simplemente la colaboración del empresario o la visión del empresario que se preocupa exclusivamente porque el periódico funcione como empresa, sino que también es una actividad muy firmemente encaminada a que el diario *El Sol* sostenga un programa que él mismo elabora, muy concreto.

## Antonio Elorza

Nuestra impresión es que esto tal vez no fue una duda para los contemporáneos. Es decir, que esta imagen se ha oscurecido posiblemente por la extraña situación de la cultura española y los traumas debidos a la Guerra Civil.

A fines de los años 20 los comentarios de prensa no dudaban en absoluto del liderazgo intelectual de Urgoiti. Gracias a la propia familia Urgoiti, que ha tenido a bien esforzarse al máximo por facilitarnos documentación, tenemos otros testimonios de prensa donde la articulación de las dos figuras aparece clarísimamente definida. En la tertulia del llamado Olimpo de *El Sol* es Urgoiti el que lleva el liderazgo, el que lleva la línea del periódico, y evidentemente con él está una élite de colaboradores entre los cuales, sin ninguna duda, el primero es Ortega, el hombre más influyente es Ortega, pero donde la responsabilidad no es compartida, donde realmente la dirección

efectiva del periódico no corresponde al director formal, que es un auténtico gestor de la empresa de publicación, sino a Nicolás María de Urgoiti. El esfuerzo para reconstruir lo que esto representa para la línea del periódico significará evidentemente la necesidad de buscar las colaboraciones escritas de Urgoiti.

La conclusión a que hemos llegado es que el pensamiento o el planteamiento de Urgoiti se mueve (y esto es lo que hace a veces las cosas un poco difíciles) entre dos polos, entre dos planteamientos.

Por una parte, una exigencia de coherencia en la línea editorial. Aquí él es de una rigidez absoluta, es decir, no ve el periódico como un simple instrumento de información, no lo ve como el espejo que refleja la realidad, sino que lo ve como un instrumento conformador de opinión. Esta actitud hace que la dirección del periódico, para él, tenga que ser una dirección pedagógica, y las pocas notas que se han conservado, por ejemplo, de sus relaciones con Félix Lorenzo son claras. El está ahí, no para impedir, sino para corregir constantemente, si en una noticia, por ejemplo, se ha mencionado mal un dato geográfico, si un determinado tipo de noticias, un determinado olvido de una temática, puede considerarse negativo.

Pero por otra parte está su enorme respeto a los colaboradores, con lo cual no hay una línea en el sentido clásico de una constante identificación entre el pensamiento de Urgoiti y lo que dice *El Sol*.

Un ejemplo más claro lo tendríamos en la crisis del 19, donde Urgoiti, un poco contra corriente de todo el repliegue que hay en aquel momento en la opinión burguesa ante el incremento de los conflictos y el espectro de la Revolución Rusa, suelta su programa social, un programa con elementos claramente utópicos de transformación técnica de la sociedad y de reforma del capitalismo, eliminando, por así decirlo, el capitalismo ocioso para convertirlo en un capitalismo creador y de transformación continua de la realidad social, con elementos entonces tan radicales como la supresión del derecho de herencia. Pues bien, evidentemente ésta no es la línea de *El Sol*, son las ideas de Urgoiti, y él lo publica en un editorial con firma, igual que hará después hasta sus últimas colaboraciones en *Crisol*.

Esta doble vertiente hace que a veces sea difícil medir el peso de la incidencia del director efectivo sobre la publicación, al margen del consejo y de la intervención de Ortega.

Otra cosa también muy difícil de medir (porque, a diferencia de las relaciones con otros colaboradores a los cuales estimaba Urgoiti, como Grandmontagne, con los cuales existe una correspondencia, con Ortega la discusión era oral) es la incidencia y los temas que se discuten. Sólo tenemos una incidencia temática, a veces muy reveladora, como el hallazgo de Mercedes Cabrera sobre los diarios de Urgoiti, en el sentido de que la idea orteguiana del Partido Nacional resulta que es de Urgoiti, aunque con otro sentido, en la línea que ella antes apuntaba («le he contado a Ortega lo del Partido Nacional»... «He conseguido convencerle después de...»); pero los argumentos que se cruzaron en esta discusión, que evidentemente serían de gran importancia para nosotros, se han perdido.

Desde esta perspectiva de una articulación, creo que la imagen más exacta o menos inexacta sería una convergencia transitoria plena entre 1917 y 1919, con unos orígenes diferentes, y luego unos desarrollos que sin

ser divergentes y sin ser contradictorios se diferencian a partir de 1920 y hasta 1932. En este proceso de tres fases está claro que hay elementos de influencia y elementos de coincidencia.

Los elementos de influencia creo que se pueden apuntar (insisto que esto habrá que matizarlo y trabajarlo bastante más) en dos direcciones claras. La concepción de la política española de la Restauración y el ideal de la renovación política de Urgoiti tienen como punto de referencia fundamental el trabajo de Ortega. Es decir, en este sentido, Urgoiti es uno de los primeros orteguianos y su visión del sistema de la Restauración, con matices, coincide con Ortega y Gasset. Como a tantos otros contemporáneos, es Ortega el que le da las grandes ideas, los grandes conceptos para situarse frente a la Restauración, para criticarla y para tratar de transformarla sin una ruptura del orden social.

Y en sentido contrario, cabe suponer que en el pensamiento de Ortega, que siempre fue muy consciente de la importancia de la economía y de su incompetencia real en estos temas, hay una incidencia de la figura de empresario de Urgoiti, de las lecturas y de los comentarios de Urgoiti. Si bien no tenemos una base de que Urgoiti le dijera a Ortega «lea usted tal libro, o comente usted tal idea», cabe pensar que la visión del capitalismo organizado y de la racionalización capitalista que va a adelantar Ortega en los años 20 está estrictamente vinculada a este referente concreto y a este contacto intelectual permanente con el ingeniero guipuzcoano.

Para con la convergencia entre ambos creo que no hay que preocuparse demasiado; no es demasiado difícil ver los puntos, o señalar una serie de puntos esenciales que acercaban a ambos hombres. En ambos casos, tanto en Urgoiti como en Ortega, antes de que entrasen en contacto en 1916-1917, existía, creo, un punto común, que era la exigencia de europeización de España, es decir, la conciencia del atraso concreto de la sociedad española y la búsqueda de referentes exteriores sobre los cuales trazar las pautas de la reforma del país.

Yo creo que en ambos también existía una conciencia muy clara de que este proceso de modernización del país, suponía una exigencia de transformación política, y también en ambos esta transformación política era vista, por así decirlo, dentro de un orden. Ni Ortega ni Urgoiti son revolucionarios, o su sentido de la revolución es una revolución de las pautas, de los comportamientos, del sistema productivo, de la productividad (en este sentido ambos serían bastante sansimonianos, pero no en el de la jerarquía social); en todo caso puede haber una traslación de grupos dominantes pero no, desde luego, la ruptura de un equilibrio social. Una conmoción revolucionaria es siempre vista como algo negativo.

Esto, unido a la conciencia del atraso histórico de España, hace que, en ambos casos también, aunque con matices muy diferentes, el planteamiento reformador sea visto como una pedagogía social. Creo que aquí los dos caminos se acercan, pero mi impresión es que no influyen uno sobre otro, que cada uno sigue su camino y se encuentran necesariamente. Es decir, que el camino de Ortega con sus participaciones periodísticas desde 1908, con su ensayo de revista popular reformadora frente al sistema que es la revista *España*, y los proyectos de Urgoiti paralelos de renovación de la prensa perió-

dica y, concretamente, del contenido y de la forma de organización de los diarios en Madrid, llevaban a un punto de encuentro.

Desde perspectivas muy diferentes, insisto, porque en el caso de Ortega los elementos empresariales se le escapan bastante, y ahí está el propio funcionamiento de la revista *España*. Ortega piensa que existe un desfase (yo insisto en este punto en que la famosa distinción orteguiana de minorías-masas, en su juventud, no es una contraposición coagulada de un élite que está ahí y de un pueblo que es necesariamente sujeto pasivo, sino, sobre todo, una constatación sociológica del inmovilismo de la sociedad española y de la minoría como único elemento, como único agente que puede promover la transformación), y desde este punto de vista lo que le preocupa es conseguir que exista un medio de comunicación eficaz a través del cual la minoría que él piensa está latente en España pueda conectar con las energías transformadoras, con las clases activas, con las nuevas clases dinámicas del mundo social español, a través de una labor de propaganda social y política. Esto es lo que va a intentar con la revista *España*.

En el caso de Urgoiti, en cambio, hay mucha más atención al fenómeno de la prensa europea, de la prensa mundial, del papel que ya juega como negocio. Como ha subrayado más de una vez Mercedes Cabrera, Urgoiti nunca pensó en esto como Ortega; en *España* lo que a éste le importa es la incidencia, le preocupa la ruina por un problema concreto, porque sin dinero no hay publicación, pero no el problema económico, que le deja a Ruiz Castillo. Para Urgoiti el problema económico es un problema capital, porque para él no se trata sólo de dar un nuevo contenido al periódico, sino de organizarlo, de darle una organización capitalista, moderna, de la cual carece en absoluto la prensa española.

Es decir, que por un lado (Urgoiti) se trata de la racionalización de la prensa, por otro (Ortega) de encontrar un medio de difusión. La revista *España* por un lado, y el proyecto de Urgoiti en abstracto por otro, se van a encontrar primero en *El Imparcial*, en el intento de reforma de *El Imparcial*, y luego en el proyecto concreto de *El Sol*; pero, insisto, el punto de llegada, por vías diferentes, es común.

La prensa tiene un papel que no es simplemente el de informar, el de reflejar unos sistemas de intereses, sino el de conformar una nueva opinión pública respondiendo en ambos casos (aquí de forma también convergente) a unas exigencias latentes y a unos grupos latentes de la sociedad que están ahí, esa España viva que frente al mundo de la vieja política aspira a la transformación.

En ambos, hay también una intención y un planteamiento de un nacionalismo progresivo, una reforma cultural. Aquí creo que conviene insistir, porque se ha producido una cierta confusión de Ortega con el krausismo. Ortega y el krausismo pueden converger, pero desde luego el planteamiento de Ortega no es el planteamiento del krausismo. En este sentido existe tanto en Ortega como en Urgoiti una visión bastante definida de que son los intereses económicos concretos los que deben de estar detrás de la transformación, es decir, que no basta una revolución de minorías, no basta una labor exclusivamente cultural, sino que el proceso tiene que apoyarse en fuerzas sociales concretas.

Por eso, claro está, el punto de encuentro se materializa sobre todo en

periodos como el de 1917-1919, donde estas posibilidades de transformación aparecen contrastadas por la coyuntura económica ascendente de la I Guerra Mundial y de la neutralidad y la afluencia de riqueza que la misma provoca en España. Es decir, en ambos casos el nacionalismo puede tener aspectos idealistas.

También, claro está, y necesariamente como consecuencia de lo anterior, hay cierto sentido tecnocrático en ambos. Tal vez, curiosamente, más apuntado y más claro en Ortega que en Urgoiti. Es decir, a pesar de que en principio podía uno pensar que Urgoiti, siendo un empresario, siendo un gestor, podría hacer una apología y dejarse llevar por una imagen de gestión tecnocrática, en su caso, tal vez por su propia soledad, tal vez por su propia sensación de aislamiento, el proceso es visto más como un proceso global de transformación de la cultura social, de adaptación a los modos de comportamiento de otros países más desarrollados; mientras que en Ortega, sobre todo desde la crisis de su relación con el partido socialista en torno a 1910 y 1912, la relación es vista ya de una forma mucho más jerarquizada, y la élite redentora aparece más diferenciada del cuerpo social. Pero, evidentemente, en ambos casos se trata de garantizar una dirección social a los más capaces y a las capas más activas de la sociedad, con un contenido muy concreto que, en ambos casos también, puede cifrarse en la expresión «racionalización económica».

Estos planteamientos llevan necesariamente a enfrentarles con el sistema de la Restauración. Creo que no es casual que en ambos casos la confrontación con el Rey sea abierta. Curiosamente, una confrontación no deseada. A Urgoiti nunca le gusta la perspectiva de una revolución, de una transformación violenta, por eso saludará con entusiasmo en un primer momento la II República, por esa imagen del pueblo en fiesta, pero el pueblo que al día siguiente vuelve al trabajo. Es decir, parece que es un cambio modélico. Pero antes del cambio él dudará durante cierto tiempo y tardará en sumarse a los críticos de la monarquía. Su crítica frente a la monarquía sólo se hace abierta cuando se da cuenta de que la monarquía no está dispuesta a tolerar ninguna transformación interna.

Y por eso, tanto Urgoiti como Ortega se enfrentan a esta clave personal e institucional de resistencia al cambio en la Restauración que es la figura de Alfonso XIII. O más bien, Alfonso XIII se enfrenta a ellos. Y la historia de *El Imparcial* en 1917 y la historia de la salida de Ortega (la segunda parte del proceso muy paralela y muy similar a la primera, aunque con otras características formales) de 1930-1931 reflejan una contraposición abierta con el monarca.

Pero esto no quiere decir que la renovación sea una renovación revolucionaria; por eso existe esta insistencia en modernizar el sistema de comunicación como medio para crear las bases, si es posible, para una renovación interior. Si no es posible ésta, para una transformación donde el poder no degenera, para ellos, en una alternativa populista y proletaria.

También, evidentemente, las salidas son diferentes: habría que hablar hasta cierto punto de una mayor apertura en el caso de Urgoiti, visible incluso en el tema del partido nacional. Creo que es un tema que, como punto de llegada, puede marcar muy bien las distancias que ya separan en estos momentos a ambos hombres.

En el caso de Ortega, a partir de 1919 existe una profunda desconfianza ante el sistema parlamentario, o al menos ante cualquier posibilidad de un parlamentarismo eficaz en España, y existe una desconfianza incluso hacia la forma partido, de manera que el partido nacional va a tener un cierto aspecto enterizo, un cierto sentido rígido, de dudosa lectura. Es decir, que surge más por negación de lo que existe, por negación del sistema de partidos existentes. Mientras que el partido nacional en Urgoiti es claramente contrapeso del partido socialista: no negar al partido socialista de 1931, sino encontrar por parte, por así decirlo, de una burguesía dinámica, un partido que asuma los intereses generales del sistema que, desde luego, un partido de clase obrera no puede asumir. Creo que con los mismos términos y en una gran cercanía formal, esto nos da la distancia que ya en este momento existe entre ambos hombres. Pero de cualquier forma, desde luego, el conflicto y la batalla, en ambos casos, se plantea en el sistema de comunicación.

Ni Urgoiti ni Ortega son políticos en el sentido de buscar una participación parlamentaria. No vamos a repetir aquí los datos que ya son conocidos: el entusiasmo de la felicitación de Ortega a Urgoiti cuando por fortuna suya rechaza un ministerio que hubiera supuesto algo siniestro, porque hubiera sido aceptar un ministerio en un Gobierno Maura que pronto, muy pronto, se desprestigió. Pero yo creo que más allá de la anécdota, lo que está claro es que sus formas de interpretación política, su poderosa vocación política, porque ambos la tienen, encaja mal, y no se articula bien, ni con el sistema de la Restauración ni con el sistema de partidos que va a surgir. El episodio de 1931, la doble peripecia, muy diferente formalmente pero coincidente en el fracaso, de Ortega en las Cortes de la República y de Urgoiti y su fallida representación parlamentaria por Guipúzcoa, marca esta inadaptación.

En definitiva, pienso que este conjunto de coincidencias marca una posibilidad de división del trabajo. Más aún cuando ambos autores se basan en un diagnóstico común de origen diverso, pero un diagnóstico también convergente de la situación española.

Un diagnóstico que no espera nada de las fuerzas políticas vigentes en el sistema de la Restauración, que no espera nada de las fuerzas económicas y sociales ya organizadas y que, en cambio, y sobre todo, se basa en la creación de nuevas organizaciones o de nuevas perspectivas desde las energías latentes en el proceso de transformación de la sociedad civil.

Es decir, que en ambos casos la apuesta reformadora no es un salto en el vacío, sino que se apoya en un diagnóstico, si se quiere, excesivamente optimista, pero que la coyuntura de la I Guerra Mundial podía hacer aparecer como verosímil, de que realmente, según la idea que fijara Ortega en su famosa conferencia «Vieja y nueva política en España», el mundo de la vieja política ya no se ajustaba a una sociedad civil en ascenso.

De todas maneras habría que apuntar que a este diagnóstico van a llegar los dos por vías muy diferentes, y que estas vías también van a marcar sus trayectorias posteriores. En el caso de Ortega nos encontramos con una vinculación a una determinada crisis del mundo intelectual español. Es la crisis del 98 y sus consecuencias y la lectura y la interpretación personal que hace Ortega de los planteamientos regeneracionistas. Es decir, que no es simplemente anecdótico este hecho de que uno llegue desde el mundo de la empresa y otro llegue desde el mundo de las ideas, no porque sean orígenes estruc-

turales diferentes, sino porque la forma en que van a plantear los problemas viene mediada por esta génesis, por este proceso de formación de ambos.

Trataré mínimamente de apuntar algo centrándome sobre todo en Ortega, puesto que de Urgoiti terminará hablando la profesora Mercedes Cabrera.

Creo que en el caso de Ortega las cosas están relativamente claras, de acuerdo con la lectura de su archivo; y en cierto sentido creo que la lectura conjunta de sus escritos y de su archivo nos permite explicarnos por qué esta figura que es Ortega y Gasset ocupa un papel tan central prácticamente desde sus primeros escritos, desde 1908-1910 hasta los años 30.

En definitiva, no se trata sólo de que sus ideas sean más nuevas. Ortega, contra lo que tantas veces han pretendido algunos de sus discípulos, no es un gran creador de ideas, pero esto es casi lo de menos, porque lo que caracteriza muchas veces a Ortega es ir a buscar las ideas que necesita.

Su viaje a Alemania sería un ejemplo de esto. No es que Ortega vaya a Alemania a estudiar y allí sufra unas influencias, es que Ortega va a Alemania a buscar una determinada forma de alternativa al anquilosamiento de la sociedad española; y va a buscar el modelo neokantiano porque le parece que es la solución más adecuada para romper el círculo vicioso en que se encuentra la cultura española; y va a buscar el modelo de la socialdemocracia porque evidentemente encuentra que es el único sujeto de la estructura alemana aplicable a España que puede contribuir a la vertebración de nuestro país: es el modelo de un fuerte partido popular que se articula con los intelectuales renovadores. Es decir, que en este sentido el planteamiento político del Ortega de los primeros años no depende tanto de su capacidad de crear nuevas fórmulas, ni de crear nuevas expresiones, cosa por la que para muchos ha pasado a la historia del pensamiento, si no porque, realmente, por una parte sistematiza el conjunto de planteamiento del regeneracionismo y por otra lo trasciende.

Lo trasciende, sobre todo, en el sentido de que es muy consciente de las limitaciones de las soluciones monistas que arrancan de los distintos planteamientos regeneracionistas. Por eso no es sorprendente que en sus proyectos de europeización, muchas veces elogie a Joaquín Costa y, sin embargo, luego se burle de los hidráulicos; admira a Giner de los Ríos y, sin embargo, marca las distancias con el krausismo.

En definitiva, su planteamiento se caracteriza por una toma de conciencia de que el problema de España, como se le llama ya en ese momento, terminología que él acepta con todo lo que tiene de carga irracionalista, no implica sólo una alternativa cultural o una serie de remedios transitorios, sino que implica una labor de análisis y una labor de descubrimiento y de movilización de las fuerzas sociales que pueden promover la transformación.

Otra cosa es que en este proyecto Ortega no tenga éxito. Claro, en apariencia Ortega es simplemente un creador de ideas, pero no porque él no quisiera incorporar estas ideas a la práctica, sino porque sus proyectos fracasaron sistemáticamente.

Pienso que en este sentido, y desde luego contra lo que ha venido diciendo también una cierta imagen tópica, Ortega es profundamente político: más político que Costa; más político que los krausistas y más político que el pro-

pic Ramiro de Maeztu, en el cual se apoya y con el cual está tantas veces de acuerdo en sus primeros años.

Ahora bien, esto no significa que esta búsqueda de racionalización basada en un análisis de las razones del atraso de la sociedad española y esta búsqueda de sujetos sociales capaces de incorporarse al cambio no refleje, naturalmente, las limitaciones del propio proceso histórico español.

Creo que en este sentido es evidente que en el planteamiento de Ortega va a incidir, como por otras vías incidirá en el planteamiento de Urgoiti, el propio atraso del capitalismo español y la propia desvinculación entre los sectores intelectuales y las fuerzas económicas concretas. En este sentido, el planteamiento de Ortega, sin quererlo, derivará hacia el irracionalismo y hacia el voluntarismo desde muy pronto, porque el esfuerzo para movilizar estos agentes sociales tiene que hacerse apelando a un esfuerzo heroico, apelando, en definitiva, a un rechazo de lo real que aparece como negatividad.

Esto es un poco lo que caracteriza su relación con el partido socialista. En el mundo de la Restauración, ¿qué aparece como clavo ardiendo sobre el cual construir una nueva fuerza social? En la coyuntura de 1908-1910, de forma evidente, es el partido de Pablo Iglesias. Pero, por otra parte, el obrerismo, su cerrazón, su propia debilidad en comparación con el gran modelo de la socialdemocracia alemana, le llevan a rechazar ese partido. Entonces es muy fácil encontrar en sus cartas expresiones que aparentemente son contradictorias: las expresiones de grandes elogios de Pablo Iglesias y, por otra parte, expresiones casi despectivas hacia un mundo al cual él no va a articularse.

Es evidente por eso que su labor, queriendo ser política, va a incidir sobre todo en el plano de lo que, siguiendo a Natorp, llamará la pedagogía social, campo en el cual su coincidencia será plena con Urgoiti.

Naturalmente, sólo en los años en los cuales esas fuerzas económicas se movilizan y las piezas ajustan por un proceso movido desde fuera gracias a la acumulación capitalista de la neutralidad el proyecto reformador de Ortega parecerá llevar a buen puerto. El resultado, ya lo sabemos, es una evidente frustración, y, a partir de 1919, sobre todo, la ideología de Ortega queda, como la de tantos otros renovadores, muchos de ellos discípulos más abiertos o implícitamente suyos, absolutamente apresada en el círculo vicioso de una sociedad que aparece como una sociedad degradada, como un régimen degradado, en crisis permanente, pero que ni es capaz de asegurar su transformación ni encuentra fuerzas alternativas capaces de asegurar su relevo.

Esta situación de círculo vicioso político a que llega el sistema de la Restauración entre 1919 y 1923 atraparà a Ortega, y el análisis del problema de España regresará a los planteamientos metafísicos y esencialistas, con un resultado brillante ideológicamente, pero muy distante de los planteamientos anteriores, que es lo que expresa fundamentalmente, a mi modo de ver, su *España invertebrada*.

En el caso de Ortega nos encontramos con una evolución fundamentalmente intelectual: es decir, un proyecto que es inicialmente un proyecto de encontrar un protagonista político que pueda articularse con la inteligencia, con los intelectuales renovadores; después, una labor de pedagogía social, primero a través de *España*, después a través de *El Sol*; y una transforma-

ción ordenada del sistema, que no va a llegar a partir de la crisis de 1917. Lo que va a llegar es la amenaza revolucionaria con todas las consecuencias de repliegue ideológico que esto va a tener sobre él.

En el caso de Urgoiti creo que la trayectoria es otra, y me permitiría aquí apuntar algunas de las hipótesis de trabajo sobre las cuales estamos moviéndonos para la explicación de su función política y económica y de su propia evolución ideológica.

Evidentemente, para medir la trayectoria de Urgoiti desde sus jóvenes años hasta *El Sol* tenemos que jugar con los datos conocidos, y estos datos arrojan un protagonismo evidente de su papel en La Papelera y como empresario singular en el contexto de la España de la Restauración.

En esto hemos insistido todos los que hemos escrito sobre él y nos arroja esta imagen de Urgoiti solitario, aislado, de racionalizador hasta cierto punto incomprendido. Él es incomprendido, y por otra parte él no comprende hasta qué punto su gestión racionalizadora puede ser incomprendida por aquellos a quienes sirve. Sus momentos de tremenda desesperación en las crisis de los años 20 y, sobre todo, en la crisis del 30-31, se deriva de este hecho: no puede entender cómo los sectores capitalistas a los cuales él ha servido con tanta eficacia puedan enfrentarse y (creo que se puede decir abiertamente) tratarle de una manera tan indigna. Este sentimiento de un profundo dolor ante el fracaso de su función de, por así decirlo, empresario schumpeteriano, no de empresario tradicional a la española, creo que juega un papel bastante notable.

Ahora bien, creo que de todas maneras hay que romper un poco esta imagen si queremos entender la función económica de Urgoiti. Ni el sector papelero está absolutamente aislado, porque no son capitalistas especiales quienes lo forman, ni por otra parte Urgoiti surge en un momento absolutamente aislado. Entonces habría que recordar que si bien Urgoiti, como figura y como trayectoria individual, es aislado y es singular, surge de una determinada coyuntura que luego no va a prolongarse y que es la fase expansiva de la industria vizcaína de fines de siglo XIX. Es decir, una fase expansiva que todos sabemos que remata en el plano de la estrategia económica a partir de 1891 a 1895, y en el plano de su conformación como grupo social conservador a partir de principio de siglo, en una inflexión conservadora.

La burguesía vizcaína transforma a Vizcaya, realiza la gran revolución industrial moderna en España, configura incluso el único espacio urbano burgués de la España contemporánea, pero al mismo tiempo acaba siendo absorbida por el sistema de la Restauración, no porque realice ninguna traición, sino porque la incapacidad para superar las limitaciones del mercado y la configuración focalizada del desarrollo capitalista la condenan a este destino.

Este proceso es un proceso que conocemos a través de su desenlace, de estos grandes capitalistas bilbainos asentados en su refugio de Neguri y desligados hasta cierto punto de otra cosa que no sea conservar sus sistemas de privilegios. Pero este sistema es un sistema expansivo en los momentos en que se lanza Urgoiti, sistema expansivo que sintomáticamente, por vez primera, convierte a los ingenieros en intelectuales, y en gestores, y en protagonistas de la ideología burguesa. Por eso, en este sentido, me ha sido bastante

útil releer mis propias páginas sobre Pablo de Alzola, ingeniero bilbaino que hasta cierto punto es un poco antecedente de la actividad de Urgoiti.

En Alzola nos encontramos con este capitalismo expansivo que al final genera un nacionalismo económico (que será plenamente compartido por Urgoiti), unas expectativas de transformación, pero que al final se pega al sistema de la Restauración, en definitiva a un sistema de poder donde esta burguesía no va a ser la clase que arrastre o cree el proceso social, sino donde, por así decirlo, acaba ennoblecida y anquilosada.

Creo que se puede buscar una interpretación de Urgoiti como un hombre que nace y se forma en este proceso, que lo proyecta sobre un sector, que busca conectar con sus fuerzas más dinámicas y que trata de arrastrarlo en el momento de la I Guerra Mundial; porque el momento de *El Sol* no es sólo un momento de La Papelera sino un momento en el cual él trata de poner en marcha un sistema de intereses capitalistas bilbainos mucho más amplio.

Lo que pasa es que este gran capital bilbaino sólo va a aceptar el juego de la transformación en una coyuntura expansiva. En cuanto esta coyuntura se cierre en 1919 volverá al repliegue, y en definitiva, cuanto más importante sea el peso de la empresa cultural de Urgoiti, mayores son sus perspectivas de quedar descolgado del mismo. Pero, insisto, creo que se puede buscar una lectura de Urgoiti, y como mínimo de la gestación de su figura, muy vinculada a esta expansión frustrada cuyas consecuencias políticas e intelectuales tendrán una lectura ideológica específica, por otro camino muy diferente, en la obra de Ortega. En ambos casos creo que es el mismo proceso el que conduce a este encuentro a través de unas vías muy diferentes.

### Mercedes Cabrera

Por mi parte voy a descender más a detalles que pueden parecer anecdóticos, pero que creo pueden arrojar bastante luz sobre la figura de Urgoiti y, en concreto, sobre lo que representó *El Sol*.

Es cierto que el punto de partida es completamente diferente del de Ortega. Urgoiti es un ingeniero de caminos que encuentra su primer trabajo en una papelera, La Papelera de Cadagua, y que en un corto espacio de tiempo, siendo ingeniero de esa papelera, descubre los problemas de un sector concreto de la economía española, el sector papelero.

A partir de un análisis de los problemas, digamos, estrictamente económico de ese sector, Urgoiti va a protagonizar, no exclusivamente, pero sí de manera fundamental, la creación de La Papelera Española.

La creación de La Papelera España es el primer paso de un proceso bastante largo, que culmina en 1919, de creciente cartelización del sector. Es decir, un proceso de racionalización del sector papelero sobre la base del análisis de los problemas de ese sector concreto y que llevan a Urgoiti a pensar, en gran parte como otros burgueses de la época, que el problema fundamental de la industria española en sus diferentes manifestaciones era un problema de mercado, es decir, de capacidad para dar salida a una producción mayor, tanto mayor en tanto se racionalizara productivamente el sector.

El proceso que lleva a esa racionalización, protagonizado fundamentalmente por Urgoiti, en el sector de La Papelera, es un proceso paralelo a su interés por la prensa. El interés de Urgoiti por la prensa, que a partir de un cierto momento va a ser más complejo, en sus inicios es un problema estrictamente de empresario del sector papelero. Es decir, el problema de Urgoiti es que uno de los principales demandantes de papel es la prensa periódica, y un demandante que además trata de alguna manera de conseguir el papel más barato posible y que, por lo tanto, tiene un enfrentamiento de intereses con los fabricantes de papel.

La primera polémica se produce en torno al arancel del papel, es decir, al proteccionismo con respecto a ese sector económico en expansión. Esa polémica, en 1906-1907, hace pensar a Urgoiti por primera vez en la posibilidad de crear un periódico, y un periódico con una finalidad muy concreta, que va a seguir manteniendo en primer plano cuando aparezca *El Sol* en diciembre de 1917: la defensa de unos intereses económicos que él no centra exclusivamente en los intereses del sector papelero sino en los intereses de la producción económica global del país, de la producción nacional, como él dice y repite, frente a todos aquellos que están impidiendo el desarrollo de la industria nacional.

El primer momento en que Urgoiti se plantea la posibilidad de crear un periódico tiene ese punto de partida muy concreto y que va a ser una constante a partir de ese momento; lo que pasa es que va a relanzarse a partir de conflictos de intereses otra vez concretos.

Por ejemplo, en 1911, Prensa Española, es decir, el grupo editor *ABC y Blanco y Negro*, que a partir de la aparición de *El Sol* se va a convertir en uno de los enemigos fundamentales de Urgoiti (va a haber polémicas muy agrias entre ambos periódicos), tiene problemas económicos y le pide a Urgoiti que haga un informe, como empresario, de los problemas económicos del grupo. Urgoiti redacta un informe muy largo sobre Prensa Española en el cual aparece otra idea que se va a incorporar a la creación de *El Sol*, que es el contenido estrictamente de negocio que puede tener una empresa periodística, de periódico diario o de revistas. Explica que la prensa es un negocio muy especial porque ofrece un producto a un precio siempre menor de lo que cuesta elaborarlo. Un periódico o una revista tiene un precio inferior a lo que el empresario ha tenido que poner ahí para que sea una realidad y la única manera de compensar ese difícil equilibrio es potenciar lo que según él tiene que ser la fuente fundamental de ingresos de un periódico, la publicidad. Por otro lado, era un tema bastante novedoso en aquel momento.

Hay dos ideas iniciales. Por un lado, la defensa del trabajo nacional o de la producción nacional, porque lo llama de las dos maneras; en segundo lugar, la posibilidad de crear prensa como negocio en sí mismo, y la posibilidad de que un diario o una revista se convierta en un negocio en sí mismo.

Muy pronto, al año siguiente, en 1912, y por motivos políticos en gran parte relacionados con esa extraña vinculación que tuvo siempre con Antonio Maura (la dimisión de Antonio Maura le causa un shock político a Urgoiti; sería un tema un poco complicado de contar aquí), a esas dos ideas iniciales Urgoiti suma ya claramente, y lo explica en su diario, que en España no hay nada más necesario que una prensa verídica, de hombres in-

dependientes, sanos de espíritu y sin prejuicios religiosos ni doctrinarismos políticos. Es decir, que a las dos ideas iniciales que han ido apareciendo se suma un contenido «ideológico» de esa posible prensa.

Y apunta también otro problema que va a tener en 1917 a la hora de poner en marcha el proyecto de *El Sol*: dice que para poder mantener una prensa de ese tipo, una prensa verídica e independiente sin prejuicios ni doctrinarismos, no vinculada a partidos políticos, etc., hace falta capital. Es un negocio que necesita un capital inicial importante si quiere mantener esa independencia y esa falta de prejuicios.

Y Urgoiti dice que es un problema recurrente, que ese capital es difícil de encontrar por la pobreza de espíritu de los adinerados españoles. Urgoiti piensa que los sectores que están en esa etapa expansiva del capitalismo español no son conscientes de la importancia que podría tener para ellos el disponer de un órgano de prensa de este tipo, que tuviera, además de esa finalidad de falta de prejuicios y de independencia, la defensa de sus propios intereses, es decir, la defensa de la burguesía española.

Todas esas ideas que van apareciendo poco a poco se unen al hecho de que Urgoiti, por azares de una empresa periodística ya existente, pasa a dirigir una revista que se llamaba *Nuevo Mundo*, coincidiendo casi con el comienzo de la I Guerra Mundial.

La I Guerra Mundial encuentra a Urgoiti, que ha estado por motivos profesionales, como empresario, muy enterado de lo que pasa en Europa, como director de *Nuevo Mundo*, donde escribe una larga serie de crónicas sobre la guerra, en cuyo contenido político no voy a entrar; sólo quiero resaltar el hecho de que Urgoiti se convierte de alguna manera en periodista, siendo todavía su dedicación fundamental, por supuesto, el mundo de La Papelera.

Hasta tal punto le lleva esta nueva actividad a Urgoiti que un año más tarde, en 1915, después de pronunciar una conferencia en el Ateneo desarrollando la idea del periódico como negocio, el aspecto económico de la prensa, vuelve a escribir en su diario que no sabe a qué dedicarse a partir de ese momento, y se plantea tres alternativas: seguir como empresario en La Papelera, lanzarse a poner en marcha un nuevo periódico diario, acumulando todas esas ideas que han nacido durante los años anteriores, o dedicarse a la política.

Y es verdad, como ha dicho Antonio Elorza, que Urgoiti nunca fue político, pero es curioso, leyendo sus diarios, que desde muy pronto, desde 1915, y clarísimamente desde 1917, Urgoiti está hablando continuamente de la posibilidad de presentarse a las elecciones, o de que le han ofrecido la posibilidad de presentarse a las elecciones, o de que se rumorea que va a haber una crisis de Gobierno y que en el Gobierno siguiente le van a hacer ministro. Rumores que él siempre apunta no creyéndose los en absoluto, pero que dan toda la impresión de que la figura de Urgoiti juega un papel político, independientemente de que él lo fuera o que realmente pretendiera serlo. De hecho, hasta 1931, en las primeras elecciones generales de la II República, Urgoiti no llega a presentarse nunca a diputado.

Toda esta carga de ideas vinculadas al mundo empresarial, y su afición al mundo periodístico (porque lo dice continuamente, habla de su vocación periodística planteándose si realmente debería entregarse plenamente a esa

vocación y abandonar el mundo de La Papelera), se van a plasmar a finales de 1916 y principios de 1917 en una idea que ya dice que le obsesiona: la creación de ese nuevo diario.

Es una idea que se ha fraguado a lo largo de un tiempo y que él ha consultado sistemáticamente con el círculo más cercano de los empresarios entre los que él se movía, fundamentalmente el Conde de Aresti, director de La Papelera; Serapio Huici, dirigente de La Papelera; el Marqués de Urquijo, que fue el financiador fundamental de La Papelera Española y por el que Urgoiti tenía una gran admiración, porque según él había sido uno de los pocos banqueros capaces de arriesgar capitales en empresas nuevas, a diferencia del comportamiento conservador de la banca española.

Ese proyecto que se está madurando en la cabeza de Urgoiti, está comentado y discutido tanto con Ortega, a partir del momento en que establece contacto con él, como con otros intelectuales con los que Urgoiti se relaciona, y también con el mundo de los empresarios.

El fruto de todo ese proceso va a ser la creación de *El Sol*. El proyecto de *El Sol* está escrito por Urgoiti en enero de 1917, antes de la experiencia frustrada de la dirección de *El Imparcial*. Tan perfectamente escrito, que prácticamente es idéntico a lo que va a ser el programa de *El Sol* en la escritura de *El Sol* Compañía Anónima. Es un programa, en primer lugar, en el que Urgoiti hace hincapié en lo que significa una prensa moderna en una sociedad que pretende ser moderna, lo que significa la prensa en Europa y lo que tendría que significar la prensa en España y por qué no significa eso en España; y de ahí toda la carga de crítica a la política de la Restauración y la identificación con la idea de «vieja y nueva política» de Ortega.

En segundo lugar, y de manera preferente, expresa la necesidad de defender a los que producen riqueza. Aparece en primera línea de su programa base para un periódico diario: «Los que producimos riqueza, los que hacemos avanzar la economía nacional, necesitamos defendernos». Afirma, no ya frente al resto de la prensa, a las «tribunillas políticas», como decía él, sino incluso frente a las decisiones de política económica de los Gobiernos, la necesidad de defender la riqueza.

Y, por último, se trata evidentemente de organizar un periódico diario que fuera un negocio. Y en ese programa base que va a ser el de *El Sol* unos meses más tarde, Urgoiti explica cuál debe ser el organigrama empresarial de *El Sol*, qué relación debe haber entre el propietario, individual o colectivo, la gerencia de la empresa, la línea editorial y la confección del periódico, según un organigrama que, por supuesto luego va a tener transformaciones durante los años de vida de *El Sol*, pero que es la realidad primera de la existencia de *El Sol*. Hay un análisis previsor de cuáles serían las necesidades de capital, de qué capital debería ser inmediatamente puesto en circulación en forma de acciones, cuáles serían los gastos fijos y los gastos variables presumibles, qué importancia debería tener la publicidad para cubrir la diferencia entre ingresos y gastos. Es decir, es un programa perfectamente trabado de lo que debería ser el diario.

El diario aparece en diciembre de 1917. Para Urgoiti, *El Sol* va a ser, por un lado, una pasión permanente y, por otro lado, un problema permanente. Un problema permanente porque Urgoiti sigue siendo hasta 1926 director general de La Papelera Española y presidente fundador de *El Sol*, en



unos momentos en que las relaciones de la prensa y los fabricantes de papel pasan por periodos absolutamente tensos a causa del precio del papel, y porque Urgoiti pretende, y lo dice continuamente (y lo intenta mucho antes de 1930, en 1924 exactamente), desvincular la Papelera y *El Sol*. La Papelera no es propietaria de *El Sol*, ha sido una exigencia de Urgoiti en 1917. La Papelera es propietaria de los talleres donde se imprime *El Sol*, pero no es propietaria de *El Sol*. Los propietarios de *El Sol* son los accionistas y él mantiene, y da la impresión, de que sólo cree que *El Sol* puede ser independiente si mantiene una línea independiente de los intereses de La Papelera. Cuando hablo de los intereses de La Papelera, sobre todo en los momentos más conflictivos por cuestiones sociales a partir de 1919, ya no son estrictamente los intereses de La Papelera, sino los intereses de ciertos sectores de esa burguesía en expansión hasta ese momento y con dificultades a partir de 1919.

Los problemas de Urgoiti van a venir dados porque esos dos mundos que le habían llevado a la creación de *El Sol* (su trabajo como empresario, digamos, en la cima de lo que podía conseguirse como Director General de La Papelera, y por otro lado la necesidad de una empresa periodística de ese tipo) a veces se enfrentan entre sí. Porque Urgoiti va a defender muchas veces los intereses de La Papelera en *El Sol*, no tanto por ser los intereses de la empresa de la que es director general, sino porque es defender parte de los intereses de la producción nacional, frente al resto de la prensa, que arremete lógicamente contra la política de precios de La Papelera. Y en esa polémica Urgoiti trata de convencerles de que él no está hablando en defensa de los intereses de una empresa concreta, sino en defensa de los intereses de la producción nacional, y de ahí que se enfrente con el resto de la prensa de una manera absolutamente airada, con una sensación de incompreensión absoluta, porque él dice no estar defendiendo los intereses de La Papelera Española: *El Sol* es una cosa y La Papelera es otra.

Desde 1920, porque él quiere volcarse no sólo en *El Sol* sino en el resto de las empresas culturales que van a ir cuajando en torno a *El Sol*, quiere dejar La Papelera y abandona la dirección general de La Papelera, pero tiene que volver pues la propia Papelera le reclama porque está atravesando una situación económicamente muy difícil. La abandona definitivamente en 1926. Pero en 1920, creo yo, la vocación fundamental de Urgoiti es volcarse en *El Sol* y en el conjunto de empresas culturales que se han formado en torno a *El Sol* y dejar al margen La Papelera, fundamentalmente por las interferencias que está creando para que *El Sol* pudiera mantener la línea o el programa que él mismo había escrito en 1917 y que consideraba requisito imprescindible para la existencia del periódico. *El Sol* sería otra cosa, no sería ya *El Sol* creado por Urgoiti, si no defendiera ese programa.

La falta de tiempo nos obliga a dejar el tema en este punto. No he hablado de *El Sol*, sino simplemente del proceso que lleva a la fundación del periódico. Pero creo que ilustra la interpretación global que Antonio Elorza ha hecho de Ortega y de Urgoiti y del significado de ambos en torno al periódico *El Sol*.

## LUIS ARAQUISTAIN

Marta BIZCARRONDO, Javier TUSELL  
e Ignacio SOTELO

**MARTA BIZCARRONDO**

*Nacida en San Sebastián (Guipúzcoa) en 1947. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. A partir de su tesis sobre el socialismo español en la II República, su trabajo de investigación se ha venido concentrando en este tema. Se encargó de la edición crítica de la revista *Leviatán*, que entre 1934 y 1936 dirigiera Luis Araquistáin (1974). Ha publicado, entre otros estudios, el libro *Octubre del 34: reflexiones sobre una revolución* (1977), "El análisis económico del socialismo en la Segunda República" y "Democracia y revolución en la estrategia socialista de la Segunda República" (ambos en *Estudios de Historia Social*, 1980 y 1981), y el libro *Araquistáin y la crisis socialista en la Segunda República* (1975).*

*Su estudio sobre el feminismo socialista en la Restauración apareció en el volumen colectivo *La mujer en la historia de España* (1984). En la actualidad es profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid.*

**JAVIER TUSELL**

*Nació en Barcelona en 1945. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Ciencias Políticas. Especializado en historia contemporánea, es uno de los autores españoles con mayor número de publicaciones sobre estos temas a lo largo de los últimos años: *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos* (1970); *Las elecciones del Frente Popular en España* (1971); *La España del siglo XX* (1975); *La oposición democrática al fascismo* (1977), quizá la más conocida de sus obras; *Luis Araquistáin: sobre la guerra civil y la emigración* (1983). Es una firma habitual en las principales publicaciones de su especialidad, así como en la prensa diaria.*

*De 1979 a 1983 fue Director General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura. Director de la revista *Cuenta y Razón* y profesor del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense, así como de la Escuela Diplomática.*

### IGNACIO SOTELO

Nació en Madrid en 1936. Licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Central de Madrid, amplió estudios de Filosofía y de Sociología en la Universidad de Colonia (Alemania), doctorándose en esta Universidad en 1965. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín.

Entre sus numerosas publicaciones figuran: *Sartre y la razón dialéctica* (1967); *Sociología de América Latina* (1972); *Del leninismo al stalinismo* (1976); *El socialismo democrático* (1980). Sus trabajos de investigación aparecen con frecuencia en las más importantes revistas científicas.

Fue miembro de la Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) hasta 1981.

### Marta Bizcarrondo

Antes de ocuparme del primer Araquistáin quisiera hacer un simple repaso biográfico para tratar de explicar la complejidad de este autor. Porque la figura de Araquistáin es una figura necesariamente polémica, y es difícil llegar a un acuerdo en torno a este periodista que a lo largo de su vida sufre profundos cambios, pues juega un papel político de primer orden en la historia de España del siglo XX en periodos muy conflictivos, y acaba protagonizando un fenómeno histórico de tanta magnitud como el hundimiento de la izquierda socialista.

¿Quién es Luis Araquistáin? ¿Qué es Luis Araquistáin? Un pequeño repaso biográfico nos va a poner en contacto con la problemática de su figura.

Araquistáin nace en Bárcena del Pie de Concha, un pueblecito de Cantabria, aunque él se considera vasco. Su primera vocación es la de ser un cura católico, a lo que —según dice— renunció por considerarse incompatible con el celibato. Su segunda vocación es también una vocación frustrada, la de marino. Al parecer se mareaba terriblemente, y después de dos años de estar embarcado, tiene que abandonar esta segunda vocación. En la emigración, en Argentina, trabaja como dependiente de comercio, como delineante, y empieza a escribir versos en una revista sicalíptica llamada *Vida galante*, versos de escasa calidad literaria.

Vuelve a la península e inicia en 1908 su vida de periodista. Y a partir de 1908-1909, Araquistáin se convierte en un gran periodista. Un periodista de prestigio, expresión de lo que se ha llamado «la edad de plata del periodismo».

Si el prestigio se puede monetizar, es decir, si se puede medir el prestigio en términos económicos, quisiera dar un dato: en la nómina de *El Sol*, de 1925, Araquistáin es de los autores mejor pagados: cobra 75 pesetas por colaboración, solamente superado por José Ortega y Gasset. Ernesto Giménez Caballero cobraba 25.

En su actividad de periodista, en primer lugar dirige la revista *España* entre 1916 y 1922. Funda *Leviatán*, la primera revista teórica socialista antes de la Guerra Civil, publicada entre 1934 y 1936. Fue, además, propietario, fundador y director en algún momento del primer semanario de la iz-

quierda socialista, *Claridad*, publicado a partir del verano de 1935. Ironías del destino, cuando muere en Ginebra, en 1959, es director de una revista ligada a la CIA, *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*. Sólo llegó a dirigir dos números de esta última publicación. Colaboró en otras muchas, desde el *Foreign Affairs*, de Nueva York hasta *La Nación* de Buenos Aires. En España colaboró en *Mundo*, *La Mañana*, *El Liberal*, *Figaro*, *La Voz*, *El Sol* y, aunque menos, en *El Socialista*.

Su densa actividad de periodista constituye el núcleo de su labor de publicista, ya que, siguiendo la costumbre de la época, sus libros son recopilaciones de artículos. Los más conocidos son *Polémica de la guerra* (1915); *En torno a la guerra* (1916); *Entre la guerra y la revolución* (1917); quizá el más conocido sea *España en el crisol* (1920), rehecho en 1930 con el título *El ocaso de un régimen*, donde expone sus proyectos renovadores de transformación en un sentido democrático del régimen español. En otro trabajo conocido, *El pensamiento español contemporáneo*, libro póstumo, vuelve a los planteamientos de 1920, en cierta medida.

Escribió también novelas y algunas obras de teatro, quizá su tercera vocación frustrada.

Pero además de periodista Luis Araquistáin es un militante, y un militante singular. Desde 1914 está en las filas del Partido Socialista. Su militancia es recogida por *El Socialista* en términos muy elogiosos: «Un saludo muy efusivo al nuevo camarada.» Un año después de su ingreso ya estaba en Comité Nacional del Partido. Y poco después llegaría a la Ejecutiva del mismo. Su carrera dentro del Partido es rápida, en un ascenso casi comparable al de Julián Besteiro. Pero su militancia tiene un rasgo singular: a partir de 1919 enlaza con Francisco Largo Caballero, es un asesor privilegiado de Francisco Largo Caballero, uno de los principales dirigentes del movimiento obrero. Entablan una relación muy estrecha que se va a mantener hasta la guerra civil, a pesar de que Luis Araquistáin deja el partido en 1921, por la crisis, o tras la crisis, de la escisión comunista. Una militancia que va a recuperar en 1930, en un momento de optimismo.

Lo que singulariza esta militancia es, pues, su peculiar situación de ideólogo de Largo Caballero. En este sentido Luis Araquistáin es un caso más de esa síntesis imperfecta que caracteriza la vinculación de intelectuales con el PSOE desde Jaime Vera. Estos intelectuales, mayoritariamente, no se integran en el movimiento, no se integran en la organización, en su vida normal. Y cuando juegan un papel tan importante como el de Luis Araquistáin, lo hacen de una manera que podríamos calificar de extemporánea, con manifiesta irregularidad. Y, precisamente, esta inserción marginal respecto del movimiento socialista se traduce en un abierto desajuste entre su trabajo como periodista y su actuación como socialista. Así, en la producción ideológica de Luis Araquistáin encontramos una disyunción que puede extrañar al lector. Araquistáin elabora dos discursos: un discurso, por ejemplo, dirigido al movimiento obrero, y un segundo discurso dirigido a su lector extranjero. De ahí que en un mismo momento un artículo publicado en *El Socialista* tenga ciertas diferencias con un artículo publicado en *Foreign Affairs*.

Por otro lado, Araquistáin colabora poco en *El Socialista*, y de hecho la

mayoría de los artículos que publica en el órgano del partido con su firma son reproducciones de otros periódicos.

Luis Araquistáin es también diplomático. Embajador de la República, primero en Berlín, en un momento tan álgido como 1932-33, y luego en París, en otro momento clave como 1936-37. Su actuación en Berlín fue muy dependiente de su condición de militante socialista, a través de un hecho muy conocido: su sensibilización ante el fenómeno nazi. Sensibilización que va a transmitir en España a través de artículos y conferencias una vez concluida su estancia en Alemania. En esta campaña de sensibilización hay dos fechas que podríamos calificar de emblemáticas: la primera, su colaboración en *El Socialista* del 1 de mayo de 1933, titulada *La crisis del socialismo*; y, sobre todo, su conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid, el 29 de octubre de 1933, conferencia titulada *Una lección de historia, el derrumbamiento del socialismo alemán*. Esa misma mañana, como es sabido, tenía lugar un acto en La Comedia, donde se fundaba una nueva agrupación, la Falange Española.

Por lo demás, en esta primera etapa de embajador en Alemania, mantiene el contacto con Largo Caballero, que le pedía informes sobre el funcionamiento de las casas baratas, de los bancos obreros, y también sobre la influencia real de los hitlerianos.

En cuanto a su paso por la Embajada de París, hay un hecho muy conocido: las negociaciones que trata de llevar a cabo para concluir la guerra española, de lo cual sin duda hablarán mis colegas. Únicamente quiero ofrecer en este punto un testimonio de Cerreti, que en su libro *Con Togliati y Thorez* habla del modo en que Araquistáin hacía diplomacia: «Su hombre de confianza en la Embajada era Calviño, y ambos perdían el tiempo escuchando a los más extraños activistas. Llegaba a la antecámara de Araquistáin gente que proponía negocios inverosímiles, que no tenían ni pies ni cabeza. Combinaciones extrañas que hubiera bastado tener dos dedos de frente para echarles a patadas.»

A caballo entre su condición de diplomático y de militante socialista, quiero recordar otra actividad de Luis Araquistáin: como hombre de la *Wellington's House*, eufemismo para denominar el *Secret War Propaganda Bureau* para la propaganda aliadófila en los países neutrales. Araquistáin será el que sistematice la propaganda inglesa en nuestro país. No sólo dará ideas, sino que traducirá folletos, colaborará intensamente distribuyendo la propaganda inglesa y promoviendo actos públicos; y por último, su propuesta a los ingleses de editar una revista que encauzase la propaganda aliada es la que le lleva a dirigir la revista *España*, y a salvar esta revista, en situación económica muy precaria, con dinero aliado.

Dos últimas actividades: como gobernante, como Subsecretario del Ministerio de Trabajo y Previsión Social con Largo Caballero, donde Araquistáin piensa leyes, aunque no conocemos el alcance real de esta legislación; también cabe recordar aquí su condición de diputado de las Cortes Constituyentes. De hecho fue diputado en las distintas legislaturas de la República, y en especial tuvo una participación muy activa en el proyecto de Constitución republicana.

Por último, en este repaso biográfico, no quiero dejar de recordar una

actividad de Araquistáin, menos importante de cara a la posteridad, pero que debió de tenerla para su vida: su condición de bibliófilo.

Este recorrido sugiere una complejidad. Luis Araquistáin no es solamente un exaltado de los años 30, que lleva a Largo Caballero a posturas irracionales, ni tampoco solamente un anticomunista feroz, sino que es algo muy complejo, un personaje muy complejo. De ahí que trate de dividir el primer momento de Araquistáin en tres fases: un primer Araquistáin dominado por la crisis del Régimen y la discusión sobre el papel del proletariado en la revolución burguesa; un segundo Araquistáin centrado en el momento de la crisis definitiva de la monarquía (1929-30), que elabora una justificación del reformismo socialista; un tercer Araquistáin que se iniciaría con su inflexión hacia un socialismo revolucionario. De etapas posteriores les hablará seguramente el profesor Tussell...

El primer Araquistáin es un creador de ideas, creador de una conciencia democrática y populista. Para entenderle hay que contestar a dos preguntas: ¿por qué se aproxima al PSOE?; y ¿qué significó la revista *España*?

Su acercamiento al partido obrero, como es sabido, coincide con el acercamiento de otros intelectuales en la década de los diez. Coincide además con su interés por estudiar las diferentes experiencias y modelos socialistas, especialmente el laborismo inglés y sus reformas, y con unos análisis muy lúcidos sobre el sistema político de la Restauración donde destaca el poder efectivo del monarca dentro de un sistema que Araquistáin califica de semiautocrático.

Pero, porqué su militancia en el socialismo. Porque la clase obrera era la única capaz de fecundar al gobierno a través de un impulso externo. Otorga así, un protagonismo al proletariado, entre otras razones por ausencia de otro u otros. Araquistáin además no cree en la burguesía, a diferencia de su maestro Ortega, y su opción quedará confirmada en la crisis de 1917, tras el fracaso de la revolución democrático burguesa. Y se plantea en ese momento cómo puede efectuarse el cambio social ante la «falta de vitalidad de la burguesía». Como escribía en *El Liberal* en junio de 1917, por medio de una revolución: «La revolución es una necesidad de la Historia, y que un pueblo que no ha podido revolucionarse nunca o que renuncia a revolucionarse para todo porvenir está destinado a estancarse y pudrirse a decaer y perecer.»

La reforma no es suficiente. ¿Basta la reforma?, se pregunta Araquistáin. La Historia nos responde que no. Los grandes cambios sociales se han operado revolucionariamente. Ahora bien, ¿qué es una revolución para Luis Araquistáin? Lo que él llama la revolución es una revolución blanca. Según Araquistáin, «la clase obrera apenas contaba con posibilidades de triunfo en caso de una lucha violenta frente a los medios militares y técnicos del Estado. Y de ahí que, siguiendo a Kautsky, reivindicó como instrumento del cambio una huelga general». Una revolución blanca a base de una huelga general. Revolución blanca que es, dice Araquistáin, «una lucha pacífica entre la organización del Estado y la organización de la sociedad, tomando como núcleo las asociaciones obreras». La revolución blanca es una revolución con orden, que, como vemos, implica la ausencia de enfrentamiento armado con las fuerzas del poder público. Y esto es posible por las debilidades de ese poder público, que permite que el régimen se desplome y se produzca

el cambio. Terminando con este concepto, Araquistáin dice lo siguiente: «Una revolución blanca no se propone derrotar al ejército ni hacerle frente; en rigor puede desenvolverse en el mayor orden en medio de las calles desiertas y estando los revolucionarios en sus casas.»

El otro tema es el de su papel en la revista *España*. Esta revista se puede decir que constituyó el agente de cohesión de la ideología democrática frente al régimen monárquico. Y quien le dio este sentido fue Luis Araquistáin.

La revista *España* es también conocida como una revista aliadófila (recordemos el dinero inglés invertido en la empresa) pero esto, la aliadofilia de Luis Araquistáin, era algo más que un simple apoyo a unas potencias beligerantes: era el apoyo al sector democrático. Con la aliadofilia, Araquistáin se alinea junto a las opciones progresistas; recordemos que, por el contrario, la postura germanófila, en España, predominaba en círculos monárquicos y tradicionalistas. La aliadofilia, además, le permite a Araquistáin criticar la pasividad de esta sociedad, su falta de vitalidad, que veía como un signo de decadencia histórica.

En *España* colaboran las más prestigiosas plumas democráticas del momento. Los editoriales de Araquistáin fueron de una gran eficacia política. Y acompañando estos editoriales, quiero recordar las geniales caricaturas de Luis Bagaría, que impusieron en la sociedad española la imagen del militarista alemán como un señor cuadrado, muy grueso, con un pincho en la cabeza; todo ello rodeado de bacanales de salchichas y cerveza.

Pero esta etapa, esta primera etapa, concluye, a mi juicio, con la Revolución Rusa. Tras un momento de perplejidad y confusión, Luis Araquistáin pasa a elogiar el proceso y a defenderlo abiertamente cuando se establece el régimen soviético. Aunque aclara que el ejemplo de la revolución rusa no debería generalizarse ni servir de modelo para futuras revoluciones.

Desde la revista *España* lleva a cabo una labor de propaganda, de defensa de la Revolución. Y el distanciamiento se producirá cuando se publiquen las 21 condiciones que la Internacional exigía a los partidos nacionales para formar parte de ella.

Cuando, por las 21 condiciones y por otros factores, se produzca la escisión dentro del Partido Socialista, escisión que lleva a la creación del Partido Comunista, los proyectos renovadores de Luis Araquistáin sufrirán un revés. El sujeto histórico viable desaparece. Esta crisis supone para Luis Araquistáin renunciar a la esperanza de que en España prospere un gran partido capaz de renovar y engrandecer la nación. El socialismo, el partido socialista, perdía transitoriamente, para Luis Araquistáin, el papel de cumplir en España, los objetivos de una revolución democrática no realizada.

Ahora bien, en 1930, el PSOE va a recuperar este papel. El régimen democrático permite a Araquistáin devolver al partido socialista este papel de elemento vitalizador, y le lleva a jugar a fondo con las posibilidades de la revolución democrática burguesa a partir del 31. La obra a realizar, que Araquistáin definió en 1920 en *España en el crisol*, había llegado el momento de llevarla a cabo. Había que destruir los pilares del antiguo régimen y consumir el proceso de modernización que cubriera el atraso español respecto a Europa. Además, esta superación de etapas (es posible avanzar en las etapas) abriría el camino hacia el triunfo de la vía evolutiva que conduce al ré-

gimen socialista. «Despacio, dice Araquistáin, pero sin pausa y con todos los rodeos necesarios, que muchas veces son el camino más corto.»

Las categorías de Luis Araquistáin siguen sin ser marxistas. En los años 30 Araquistáin es un lassalliano; sigue a Lassalle, a Adler, a Kretschmer; cree en la psicología de los pueblos, y desde esta perspectiva piensa que la República es el medio de superar el complejo de inferioridad histórica del pueblo español. En este momento, además, el intelectual, sobre todo el intelectual socialista, tiene que incorporarse al proceso y tiene que encauzar las reformas. Junto al intelectual socialista, el proletariado socialista, única fuerza integradora dentro de esta clase social que se enfrenta a fuerzas obreras disolventes. Dentro de esta perspectiva redacta una serie de artículos contra las huelgas, con este el doble objetivo de defender el cauce legal, socialista, frente al anarco-sindicalismo revolucionario, y de tranquilizar a la burguesía.

Por último, a partir de aquí, y en este momento, Luis Araquistáin pasa a desarrollar el esquema del partido socialista como partido nacional. Partido único capaz de imponer una política que esté por encima de parcialidades y antagonismos económicos.

Para terminar, para enlazar este primer Araquistáin con el segundo Araquistáin, recordemos el momento de su inflexión hacia el socialismo revolucionario. Esquemáticamente: cuando falla la reforma, cuando incorpora la visión de la crisis alemana, Luis Araquistáin inicia su giro hacia posiciones revolucionarias. La lectura de los acontecimientos de Alemania, es decir, del ascenso del nazismo, la va a efectuar en una clave para España. Con el concepto spengleriano de voluntad de poder como eje, recuerda cómo el fracaso de la colaboración gubernamental socialista en Alemania, en Austria, en España, no se debía a los excesos en la aplicación de medidas socialistas, sino a no haberlo hecho bastante. El socialismo en el poder, dirá Araquistáin, no ha sabido destruir las fuerzas e instituciones del antiguo régimen, objetivo para el cual él se había movilizado en 1931. Además, y en el caso alemán, la ausencia de voluntad de poder y la errónea interpretación de su carácter inevitable y efímero, llevó al socialismo alemán a una actitud pasiva. La clave para España iba a ser, entonces, desarrollar una conciencia defensiva frente al fascismo-nazismo, y de las numerosas lecciones que se podían extraer del proceso alemán, sacar la siguiente: la necesidad de la unidad obrera de socialistas y comunistas para hacer frente, unidos, al peligro fascista. Por otro lado, Araquistáin justificaba su cambio hacia la postura revolucionaria por el incumplimiento republicano, que describe retóricamente como «el crimen histórico de esa deslealtad sin nombre». Ahora, Luis Araquistáin modifica su viejo esquema. El sistema político democrático resulta inútil a la luz de la experiencia alemana, a la luz de la experiencia española, para contener el ascenso del fascismo. Las referencias en este período son un cierto marxismo, un cierto Lenin, Nietzsche; es la etapa de *Leviatán*, donde analiza el fracaso de la República y trata de dar al PSOE un nuevo contenido: el PSOE como partido bolchevique que dirija la revolución.

Terminaré mi exposición recordando a Luis Araquistáin como un espléndido periodista. Siempre acudimos a una cita de Indalecio Prieto, que dice lo siguiente: «A lo largo de este siglo ninguna pluma ha influido tanto en la política española como la pluma de Luis Araquistáin. Hubo algunas

más galanas, pero ninguna elaboraba prosa más maciza y contundente.» Por mi parte, debo añadir que Luis Araquistáin fue un creador de ideas, un analista que observó la realidad y supo transmitirla con esta pluma; de lo que no fue capaz Araquistáin fue de elaborar estrategias. No fue un dirigente, como tampoco fue un orador.

### Javier Tusell

Marta Bizcarrondo afirma, con razón, que la personalidad de Luis Araquistáin puede parecer tremendamente contradictoria en lo que respecta a su evolución ideológica. A mí, trataré por lo menos de argumentarlo, no me parece tan contradictoria. En primer lugar porque hay una línea que permanece, una línea básica en su personalidad que sigue siendo la misma. No es un pensador propiamente dicho, es un periodista político; por lo tanto, sus artículos no tienen que ser interpretados necesariamente en clave ideológica, sobre todo aquellos artículos que publica en la prensa diaria. Otra cosa son los artículos publicados en semanarios o en revistas mensuales. Ello quiere decir que no es un teórico. Todos sus libros son reelaboraciones de artículos, y a veces acarreo de artículos. Muchas veces, en puntos concretos, son contradictorios. Muchas veces, como producto de su autodidactismo, tienen esa «vagosidad» del ensayo o el semiensayo literario, que sería capaz de interpretaciones incluso radicalmente contradictorias.

En ese sentido Luis Araquistáin no cambia después de 1936, como no cambia tampoco en otros sentidos. El es un escritor fundamentalmente regeneracionista, que amanece a la vida pública y a la pluma del periodismo en un momento en que el problema esencial es el problema de España. El casi único problema de los intelectuales, de los escritores, de los pensadores. Por eso la obsesión por España está presente en todos sus artículos y está presente, incluso, en su obra póstuma, en ese libro que se llama *El pensamiento español*.

De esta manera, la obsesión por España permanece en el Araquistáin anterior a la República, el Araquistáin de la República y el Araquistáin de la emigración. Y luego hay otro aspecto que creo que también permanece: es un escritor socialista, de un socialismo peculiar, de un socialismo que es, por otro lado, ni menos ni más marxista, en definitiva, que el del resto de los socialistas españoles, al menos en mi interpretación; y es una persona que en la dialéctica con el partido al que pertenece, practica la peculiar dialéctica que siempre practica un intelectual metido en la política partidista. Es decir, que muchas veces su opinión está alejada de la opinión del partido, sobre todo en términos estratégicos, en términos tácticos; muchas veces difiere en puntos sustanciales, muchas veces es utilizado para elaborar documentos; muchas veces el texto que él elabora no es asumido por los que lo defienden o que lo aprueban, que utilizan una pluma que muchas veces no es, no sigue el mismo pensamiento de los políticos prácticos, de los políticos profesionales.

Dicho esto, también hay que advertir que la evolución del Araquistáin posterior a 1936 es una evolución que resulta históricamente legítima. Incluso en quienes en el seno del partido Socialista manifestaban una posición

claramente anticomunista, ha habido una condena de la visceralidad del sentimiento anticomunista en el Araquistáin posterior a 1937. Sin embargo, esa no es una postura excepcional comparada con otros sectores procedentes de la extrema izquierda o de la izquierda, en la Europa de la época. Evidentemente entre Luis Araquistáin y Arthur Koestler o George Orwell hay un abismo, aproximadamente el mismo abismo que existe entre la cultura y la capacidad de ideación literaria o de teoría política que hay entre la España de la época y la Inglaterra de la época. Y eso se da en la izquierda, en la derecha y en el centro, en el supuesto caso que lo hubiera en aquella época.

Pero el hecho es que, realmene, Luis Araquistáin, en muchos puntos concretos, sigue una evolución muy paralela, muy semejante a la de un George Orwell o un Arthur Koestler, es decir, de aquéllos que han militado en un socialismo de izquierda, que han sido compañeros en propósitos revolucionarios del partido comunista, y que reaccionan en un sentido liberal y, al mismo tiempo, profundamente anticomunista.

Explicada esa legitimidad, creo que es necesario llegar al momento en que se produce el giro copernicano en la posición de Luis Araquistáin. Es un momento en que ejerce relativamente poco como periodista, y en que, en cambio, está ejerciendo tareas de gobierno. Esas tareas de gobierno empiezan con el comienzo de la guerra civil. Y del comienzo de la guerra civil como demostración del entusiasmo de uno de los dos bandos quedan numerosos testimonios en su archivo particular, que actualmente está depositado en el Archivo Histórico Nacional. Ahí hay, por ejemplo, la condenación de algunos de los intelectuales más prestigiosos de la época: un Unamuno denominado como viejo farsante; y algún testimonio de la brutalidad de los primeros momentos, que me voy a permitir citar literalmente. Le escribe a su hija: «En suma, que la victoria es indudable, aunque todavía pasará algún tiempo en barrer de todo el país a los sediciosos. La limpia va a ser tremenda. Lo está siendo ya. No va a quedar un fascista ni para un remedio, sobre todo los más significados. No hay quien contenga a la gente.» Pues bien, el testimonio de la experiencia vivida en este instante creo que va a marcar, va a ser un factor importante para explicar la posterior evolución de Araquistáin.

Pero, de momento, adonde lleva a Araquistáin es al ejercicio del poder. Llega a él a través de la personalidad de Largo Caballero, sobre el que ha ejercido una influencia tan considerable en la etapa precedente, tal como lo ha descrito Marta Bizcarrondo. Es muy posible que en ese instante Luis Araquistáin fuera un candidato serio, por parte de Largo Caballero, para el Ministerio de Estado. El, por ejemplo, en alguna carta lo dice así. Pero en vez de ocupar este cargo tan relevante, ocupa un cargo que solamente es inmediatamente inferior en categoría. Porque la embajada en París, desde luego, era decisiva para los republicanos en el momento en el que se inicia la guerra civil.

Embajador en París lo va a ser desde septiembre de 1936 a mayo de 1937. Por supuesto, la fecha es muy significativa: el final del gobierno Largo Caballero, los incidentes en Barcelona. Su gestión ahí no tiene nada de especialmente periodístico, pero demuestra en algún aspecto la sensibilidad en materia cultural del embajador de la República Española en París, porque

juega un papel fundamental, absolutamente fundamental, en la tarea de propaganda, a caballo entre la cultura y la política, que se lleva a cabo desde aquella Embajada. Y no es sólo el pabellón de 1937 ni el *Guernica*, tareas en las que participa; participa también, por ejemplo, en la exhibición de determinado tipo de teatro revolucionario, como adaptaciones de *Fuenteovejuna*, que también se practicaban en el Madrid republicano de la época y que ayudaban a la beligerancia de los espectadores.

En segundo lugar, participa también en los aprovisionamientos bélicos de la España republicana, y por este motivo, tiene algún enfrentamiento con el que luego será su adversario político fundamental en el seno del partido socialista, Negrín.

Y finalmene, en la embajada española en París, se lanza, con la aceptación más o menos implícita de Largo Caballero, a un intento de acabar con el apoyo a los rebeldes a la República por parte de Alemania e Italia. Ese apoyo ha sido estudiado desde fuera; los papeles de Araquistáin en el Archivo Histórico Nacional permiten estudiarlo desde dentro. Quizá es demasiado teórico, pero en todo caso consiste, simplemente, en tratar de comprar mediante Marruecos o mediante el oro depositado en el Banco de España la neutralidad de Italia y Alemania, y por lo tanto la posibilidad de victoria de las armas republicanas.

Hasta el momento no se ha producido en él un cambio sustancial de postura; su postura es la de un socialismo revolucionario identificado con Largo Caballero. Su postura, sin embargo, por ejemplo a la hora de interpretar los acontecimientos de mayo de 1937, es una postura que apoya la recuperación por parte del Estado de las riendas del poder efectivo.

Cuando abandona la embajada, en mayo de 1937, y hasta el final de la guerra civil en 1939, Araquistáin desempeña un papel fundamental como pluma de la oposición caballerista en el seno del partido socialista. Netamente distinta a partir de octubre de 1937, su posición, desde luego, se sigue situando en la izquierda. Araquistáin, por ejemplo, escribe en la prensa anarquista, atribuye a los sindicatos un papel revolucionario que a él le da la sensación de que está siendo diluido o aguado por la situación gubernamental que preside su compañero de partido, Negrín.

Sin embargo, muy pronto empieza a aparecer en él una preocupación creciente por las libertades en el seno de la España republicana. Y de ahí la denuncia, que se va haciendo cada vez más aguda, en contra del partido comunista. La primera expresión de esa denuncia es una carta que escribe a un sindicalista norteamericano; una carta muy extensa, a la que se da una publicidad parcial, y en todo caso escasa, que se llama algo así como *La verdad sobre el Comunismo en España*. La conclusión viene a ser la siguiente: no existe una tiranía comunista en España (la fecha de este documento es enero de 1939), pero existe indudablemente el peligro y hay que volver a las pristinas características de las instituciones republicanas.

Con el paso del tiempo, ya acabada la guerra civil, en un momento en que ha calificado al de Negrín como el peor y el más detestable gobierno dictatorial que haya existido en la historia española, todo esto se convierte en un folleto (Araquistáin fue un gran periodista, pero fue también un habilísimo panfletista, un libelista) que se titula *El Comunismo y la guerra de Es-*

paña. En ese folleto, por vez primera, si no recuerdo mal, se daba cuenta del famoso cruce de cartas entre Largo Caballero y Stalin.

Concluida la guerra civil, Araquistáin parte al exilio. Y el exilio es la reanudación de su anglofilia. Su anglofilia data de la Primera Guerra Mundial, y es muy posible que esta relación económica con los servicios de propaganda británicos también la mantuviera en la Segunda Guerra Mundial. Porque en realidad él es un escritor muy prolífico en favor de la causa de los aliados, de una forma especialísima a favor de la causa de Inglaterra. Sus contactos ideológicos los sigue teniendo con la izquierda del partido socialista, con *Tribune*, por ejemplo, con los mismos medios en los que escribía, por ejemplo, Orwell. No quiero insistir en esa semejanza, porque la diferencia es sustancial, pero sí en la identidad de pensamiento o de tipo de evolución. En todo caso, con la vuelta a Inglaterra vuelve a la recuperación de los principios liberales, de los principios democráticos. Hay incluso, en la condena de Alemania, una condena, por supuesto, del totalitarismo, pero incluso una condena, a veces con un tono levemente racista, de la propia significación histórica de ese pueblo. Y hay un muy drástico alejamiento de la Rusia soviética. Cuando la Rusia soviética entra en guerra al lado de Inglaterra en Araquistáin se percibe, a través de sus escritos, una posición de neta incomodidad. El pacifismo de los comunistas o de los pro-soviéticos él lo había considerado como netamente condenable en el periodo inmediatamente anterior a la entrada en la guerra de la Unión Soviética.

En el exilio, Araquistáin escribe muchos artículos, colabora, sobre todo, con la prensa hispanoamericana; esos artículos luego los reunió en un libro que se llamaba, precisamente, *La guerra desde Londres*. Participó levemente, a partir de 1943, en las maniobras políticas de la oposición republicana y socialista exiliada. Esas maniobras le alejaron ya definitivamente de Negrín, de la Unión Nacional propuesta por los comunistas y, de momento, le alejaron también de los monárquicos. Formó parte de la Junta Española de Liberación, el primer organismo de los republicanos en el exilio británico.

Después de 1945, y hasta 1952, Araquistáin experimenta el proceso de entusiasmo, de esperanza por el posible cambio de las instituciones políticas españolas, característico de toda la oposición emigrada, y también su decepción amarga, que en él alcanzará a veces unos tonos francamente paradójicos, a partir, sobre todo, de 1948. Su tono, desde luego, sigue siendo muy netamente anticomunista. Será contrario a la participación del partido comunista (primero de Vicente Uribe y luego de Santiago Carrillo) en los gobiernos republicanos. Llegará incluso a hablar de la necesidad de suprimir en los países democráticos los partidos comunistas, y llegado un determinado momento, pasa de la posición netamente republicana a una posición de posible contacto con los monárquicos. Toma parte, haciendo incluso de traductor, de las conversaciones de Gil Robles y Prieto en Londres. Y probablemente interviene en ese pacto de San Juan de Luz de 1948 que fue el ápice del primer acercamiento entre monárquicos y socialistas. Pero luego viene la decepción, y esa decepción se expresa en artículos a veces enormemente amargos. Se expresa, por ejemplo, en artículos aparecidos en *El Socialista*: uno no entiende que esos artículos pudieran parecer en un periódico de la emigración si no es por el enorme prestigio literario de Araquistáin, pues los

artículos dan una sensación enormemente destructiva. Llega a decir, por ejemplo, en un determinado momento, que hay que hacer la paz con el Régimen. El hacer la paz con el Régimen quiere decir simplemente que las instituciones republicanas no pueden permanecer tal como están, son instituciones para un mundo muy reducido, muy de emigrados, que se consume dentro de sí mismo. Frente al viejo republicanismo de los emigrados, hablará de una Nueva República, una nueva república caracterizada, por ejemplo, por los conocimientos técnicos o por la flexibilidad y la tolerancia en el terreno de la lucha política. Y defenderá, a partir de 1953, el contacto con la España del interior. Es muy significativo el conocimiento que tenía Araquistáin desde el exilio de los movimientos políticos que se producían en España ya en esos años; por ejemplo, la emergencia de determinados personajes que todavía siguen vivos en la vida pública española, personajes incluso radicalmente contrarios. Uno de ellos es don Enrique Tierno Galván, por ejemplo.

Los años finales son unos años de decepción, de creciente deseo nostálgico de volver a España (en algún momento lo dice en alguna de sus cartas), de visión peculiar del socialismo. El socialismo, para él, ya es un camino lento, no una tesis voluntarista, una concepción voluntarista de lo que es el proceso histórico. Un camino en el que se avanza con lentitud, que es ineluctable, pero que, por supuesto, mantiene en todos y cada uno de sus pasos las libertades, los principios democráticos. La condena a la Unión Soviética llega hasta mostrar una profunda discrepancia con la posibilidad de tener alguna esperanza por el hecho de que se haya producido el informe Jruschov en 1956. Y en todo este mundo, Araquistáin va a mantener una preocupación insistente por el ser de España. A través de esa preocupación insistente recupera a las figuras del pensamiento liberal español: ese Unamuno del que ha dicho que era un viejo farsante, lo asume como parte de su propia tradición intelectual en esos años finales de su vida. Y no sólo a Unamuno, sino también a Ortega. Había llegado a escribir que *La rebelión de las masas* era una «eyaculación panfletaria». Pues bien, ahora, en el momento de la muerte de Ortega, lo recupera como propio. Y mantiene contactos con los liberales españoles de la época, por ejemplo con el propio Marañón. Y escribe muchísimo. Sigue escribiendo para Hispanoamérica. Sigue escribiendo también para las revistas intelectuales: los *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, que efectivamente puede haber tenido determinada financiación mencionada por Marta Bizcarrondo. Importa, sin embargo, destacar que en esa revista escribe gente que ha tenido una evolución muy similar a él, escribe don Julián Gorkin, por ejemplo, y otras grandes figuras, grandes plumas de la emigración española, por supuesto Salvador de Madariaga.

Al final, su libro póstumo, *El pensamiento español*, nos retrotrae al Araquistáin regeneracionista. Porque, en el fondo, lo que hay es un interrogante sobre la realidad de lo que es España. Una realidad que además da la sensación de permanecer inmutable desde sus orígenes más remotos hasta el momento actual. Por ejemplo, Araquistáin ve esa identidad nada menos que desde el senequismo hasta el krausismo y desde el krausismo a la España de la guerra civil.

Quisiera concluir con una mención a lo que me parece el carácter relevante, como periodista político, de Araquistáin. En primer lugar, como pe-



riodista político, lo que practica Araquistáin es una obsesión por la política; realmente, se le nota transfigurado cuando pasa del artículo puramente literario, de la meditación más o menos imprecisa, o más o menos vagarosa, al terreno de la política. Hay que tener esa obsesión para realmente ser un periodista político. Luego, yo he descubierto con la lectura de los artículos de Araquistáin que, verdaderamente, un artículo político, para ser efectivo (y Araquistáin era enormemente efectivo), tiene que tener una idea, no más de una; o una y media, pero, en todo caso, tiene que tener una línea argumental absolutamente nitida y absolutamente precisa. Verdaderamente su pluma era perfecta en esto. A mí me ha dado a veces la sensación, leyendo a Araquistáin, de una cierta similitud con Maeztu; es la misma insistencia; y lo que hace efectivo a un articulista político es la insistencia. Por supuesto, esa insistencia la nota el lector cuando los escritores son enormemente prolíficos, como es el caso de Maeztu y de Araquistáin, pero esa capacidad de insistir en una, dos o tres ideas fundamentales durante un periodo, es lo que hace enormemente efectivo a un escritor como Araquistáin.

Y, finalmente, algo de lo que hablaba también Indalecio Prieto. Hay dos tipos de periodistas políticos: los evocadores, los que tratan con cariño, cierta distancia, humor, ironía, al personaje político... Es el caso de, por ejemplo, Azorín, y de algunos ilustres presentes en esta sala: es una línea que va desde Cándido a Luis Carandell. Es distancia, humor, ironía... Y luego hay otros periodistas políticos que practican la agresividad. Pues bien, Araquistáin era enormemente agresivo, y por eso un escritor político, un periodista político enormemente brillante, porque la agresividad es brillantez en el periodismo político.

### Ignacio Sotelo

Se ha subrayado, con razón, que Luis Araquistáin es, ante todo y sobre todo, un periodista. Y al decir un periodista se está ya marcando una valoración. Por encima del periodista estaría el científico, o el pensador, o el ilustre profesor universitario.

Araquistáin, autodidacta, reacciona contra toda forma de menosprecio del periodismo en una primera exaltación máxima tal vez exagerada de lo que es el periodismo. «El periodismo, mejor dicho la prensa periódica, es la creación más extraordinaria de la época contemporánea. La prensa es la forma de realización cabal en el mundo contemporáneo, de la misma forma que la universidad puede ser la expresión de un saber medieval, y otras formas de expresión artística o literaria que responden a periodos pasados: la literatura como expresión del Barroco, etcétera.»

«El periodismo, expresión de nuestro tiempo»; y lo es, piensa, en tres dimensiones: como esfuerzo, como forma y como función.

En primer lugar, como esfuerzo, la novedad del periodismo consiste en haber vinculado tres elementos: la técnica —la empresa periodística es una empresa comercial compleja, y al mismo tiempo es una empresa técnica, cara y compleja—; es siempre un equipo, supera la dimensión individualista, renacentista, de épocas pasadas; y mantiene el individualismo del escritor porque, al final, en este complejo técnico de grupo el periodista está

solo con su pluma o solo con su máquina, y él solo tiene que escribir su artículo.

«La prensa es un inmenso circuito de información entre la humanidad entera, y el más poderoso instrumento de transformación de la energía humana, de tal modo que por su virtud la realidad se hace idea y la idea realidad, con una rapidez y una pujanza que jamás había existido hasta el advenimiento del periódico contemporáneo. La idea se hace realidad gracias a la prensa, en el pensamiento, porque el pensamiento en último término es una forma de diálogo y necesita el interlocutor, necesita su público. Y las otras formas de expresión carecen fundamentalmente de este elemento de interlocutor, y la prensa, en este sentido, es la forma contemporánea de comunicación.»

Desde esta dimensión, si preguntamos cuál es la forma específica de la prensa, él la define por analogía. Y piensa que la prensa moderna corresponde a lo que en la antigüedad clásica fue el ágora, el foro, el punto de reunión, de intercambio de opiniones. La primera forma analógica para explicarnos el sentido de la prensa es el ágora, casi repitiendo aquella expresión orteguiana que llamaba a la prensa «la plazuela pública», la única eficaz, el único mentidero que tenía realidad en nuestro país.

La segunda forma de referencia es el periódico como universidad del pueblo. El periódico reúne todo el saber de su tiempo, es una forma de extensión universitaria permanente, de carácter popular y democrático, frente a los saberes aristocráticos, elitistas, congelados en las viejas instituciones académicas. El periódico, en este sentido, es para Araquistáin la única universidad viva.

Desde esta forma se pregunta por la función, una función ideal del periodismo, que está en relación con lo que llamaríamos, o lo que se llamó a principios de siglo en Alemania, Pedagogía Social; concepto que también recoge Ortega en un artículo de 1911: «El periodismo es la única pedagogía real que existe en nuestro tiempo». Esa pedagogía funciona en cuanto cumple su misión de expandir conocimientos: es el elemento informativo; pero todo conocimiento tiene una dimensión informativa y una dimensión interpretativa, y el periodismo es información interpretativa, porque ya la propia selección de la información corresponde a una interpretación. Ahora bien, esa función pedagógica necesita de una empresa económica, y en cuanto empresa económica tiene como finalidad, si no ganar dinero, por lo menos no perder demasiado para poder sostenerse.

En estos textos verdaderamente optimistas de lo que es el periodismo, supone que existe una correspondencia entre esta función pedagógica y el carácter empresarial de la prensa. «Porque, dice, está probado que cuanto más extensa y veraz su información, cuanto mayor su independencia y cuanto más alta su rectitud, también mayor es el número y la calidad de sus lectores. Sólo se vende lo bueno.» Si esto fuera cierto, efectivamente, la función social y pedagógica de la prensa quedaría definida. La primera función de la prensa es pedagógica y, como toda pedagogía no puede ser más que pedagogía crítica, es una pedagogía crítica frente a la arbitrariedad, la violencia, el error, la torpeza que va cuajando en toda sociedad.

Por otro lado, el periódico es fundamentalmente publicidad, anticlandestinidad, transparencia. Y estos son los valores mínimos, pero al mismo

tiempo constitutivos, de toda forma de convivencia democrática. El periodismo es la forma de relación democrática en el ágora de una sociedad libre.

Frente al menosprecio del periodista como el escritor que no habría cuajado o el ensayista que no ha podido dar de sí lo suyo, Araquistáin se enorgullece de su papel de periodista y define lo que podríamos llamar un concepto ideal de la prensa.

Pero, por otro lado, es consciente de que ese periodismo autónomo y libre, ese periodismo pedagógico y crítico, ese periodismo que sustituye a las universidades elitistas por lo que él llama la universidad popular, es un periodismo que choca a menudo con los intereses económicos constituidos en una sociedad, y por lo tanto está limitado por la estructura empresarial, comercial, económica del periódico.

Hay un momento en que concibe que la solución sería una prensa autónoma pero subvencionada públicamente. Exactamente como la universidad debe ser autónoma en la búsqueda de la verdad, pero no subsiste sin una subvención pública.

En cuanto construye la utopía de una prensa autónoma pero pública, descubre también las ambigüedades y peligros que podría llevar consigo una prensa pagada, subvencionada y sostenida por los poderes públicos. Y no llega a poder superar el dilema, al comparar los defectos que se derivan de ser los periódicos propiedad privada de los defectos que nacerían de transformarse en propiedad pública. Dice: «No sabemos si, a lo mejor, sería peor.»

Pero frente a esta visión de lo que yo llamaría la grandeza del periodismo, y su reacción a todo menosprecio de la actividad periodística como si fuese una actividad de segundo grado o de valor inferior a otras grandes actividades del espíritu, subraya también en otros textos lo que él llama «la tragedia del periodismo». «De todas las actividades y profesiones del espíritu, tal vez la más trágica sea la del periodista. Un pintor, un escultor, un músico no necesitan estar dotados de una manera sobrenatural para dejar en la memoria de los hombres un largo recuerdo. Sólo el periodista ha de resignarse a no trabajar sino para una generación. El primer elemento trágico del periodista es el carácter efímero de la creación periodística. Efímero por las condiciones mismas de su trabajo. Su labor, por fuerza, ha de ser precipitada, inmadura, abortiva.» Exclama: «¡Cuántas ideas, emociones, bellezas de expresión mueren en germen en la producción periodística porque las máquinas de la imprenta esperan y no hay tiempo de hallar la forma justa! Efímero porque el artículo vive 24 horas. Efímero porque hay que escribirlo en media hora. Un artículo significa un esfuerzo integral, redondo, completo; una visión total de la realidad en ese instante preciso, y al día siguiente hay que buscar un nuevo tema. Hay que realizar un nuevo esfuerzo olímpico de condensación. Y todo ello con la prisa. Con dos elementos que limitan y dan este sentido trágico a la acción diaria del periodista: la premura con que tiene necesariamente que escribir y, algo todavía más terrible, el pie forzado de la actualidad, el tener que iniciar siempre un artículo a partir de una anécdota. Precisamente estos dos elementos: la premura con que hay que escribir y el pie forzado de la actualidad, que parece ser que los directores de periódico exigen para garantizar la publicación del artículo, quitan a la labor perio-

dística las cualidades esenciales de la duración. Ni puede profundizar en un pensamiento ni puede pelear con la forma hasta encontrar la forma justa, atinada. Poesía, decía Gottfried Benn, es hablar con exactitud. El periodista tiene que hablar con exactitud, pero en el instante.»

El segundo elemento que considera trágico es que el rendimiento económico de su trabajo rara vez se corresponde con su prestigio. Se queja de que el escritor de éxito puede reeditar su obra veinte, treinta años después de haberla escrito, si tiene una cierta calidad literaria. «Sólo el periodista, escribe, no puede vivir de su labor pretérita, que es cada día agua pasada de molino». Lo efímero del periodismo lleva también consigo su limitación económica. En realidad, desde la perspectiva del escritor es exactamente lo contrario. Sólo se puede vivir del periodismo, y casi todos los escritores tuvieron que acudir al periodismo por razones económicas, y también porque no se encuentra o no se encontraba en España otro público que a través de la prensa.

Y por último, piensa, lo más trágico de esta labor de periodista es el sobrevivirse a sí mismo. Desde luego, es frecuente en todas las profesiones, pero de modo muy singular en la periodística. Varios lustros de continuo trabajo embotan la curiosidad, entumescen los resortes mentales, y el público se desvía del escritor favorito de ayer para entregarse a otro de ideas y de modos más juveniles. Si el drama de todo creador es sobrevivirse, el destino inexorable del periodista es sobrevivirse. Ofrece un truco para sobrevivir sin sobrevivirse, y como nos encontramos en un ambiente de periodistas invitados por la Asociación de Periodistas Europeos, les voy a leer el truco del gran periodista que fue Araquistáin.

«Para sobrevivir no queda otro remedio que opinar (subrayo) *aparentemente* en sentido contrario del público.» Importa lo de *aparentemente*; si se opina realmente en sentido contrario del público, hay un rechazo. Lo importante es provocarle, es opinar provocando. El primer pensamiento que tiene el lector, revocárselo, para remacharle el segundo pensamiento que ya tenía el lector. Evidentemente este truco de sobrevivencia está en contradicción con sus principios ideales del periodismo como pedagogía y el periodismo como crítica.

El periodismo tiene su virtud en que tiene su público, y lo que echa más de menos el escritor es la comunicación con su público, el mantenimiento del público. El escritor a veces termina siendo periodista porque no tiene otra forma de acceso al público.

Hay en Araquistáin una reacción de periodista en oposición a un modelo que admira y que rechaza. Ese gran periodista que controla la vida intelectual española es Ortega y Gasset. De Ortega recibió la dirección de *España*, y gracias a Ortega se transforma en uno de los periodistas más conocidos, en un momento en que todavía existía una cierta convergencia con el Ortega anterior a 1914 (en que coqueteaba con el socialismo, con un socialismo aristocratizante) y con la evolución de Ortega, que parte del mismo regeneracionismo (el ídolo de Araquistáin y el ídolo del joven Ortega es Joaquín Costa, y en ese sentido ambos se consideran discípulos de Joaquín Costa); pero las líneas son divergentes. Y Ortega evoluciona, desde la perspectiva de Araquistáin, hacia posturas cada vez más elitistas, aristocratizantes, antipopulares y casi fascistas. Los ataques más furibundos se reali-

zan en sus dos artículos contra *La rebelión de las masas*. Pero, por otro lado, esta evolución corresponde a un éxito creciente, mientras que Araquistáin es consciente de su debilidad, digamos, como creador de ideas; y sin embargo, lo es también de estar acertado en el análisis político, de su superioridad, digamos, de visión política.

En los altibajos que ha tenido su relación con Ortega, me interesa subrayar el último momento. Tusell ya ha mencionado que cuando murió Ortega escribió en *Sur* un artículo muy elogioso y muy digno respecto de la obra intelectual, por otro lado indiscutible, de Ortega. En su último libro, en el libro póstumo *El pensamiento español contemporáneo*, tal vez el capítulo que a mí más me ha atraído es el que trata de su relación con Ortega. Porque a Ortega lo presenta, y creo que es correctísimo, como un periodista. Ortega mismo se ha presentado siempre como un periodista. «Ortega, escribe Araquistáin, ha dicho de sí mismo que nació sobre una rotativa, aludiendo a que por las ramas familiares desciende de periodistas. Podemos añadir que ha vivido siempre sobre, o de la rotativa.»

El acusar a Araquistáin de periodista, sin reconocer que el gran periodista que ha tenido España se llama Ortega y Gasset, intelectualmente la altura mayor que hemos conseguido en nuestro siglo XX en el ensayo y el pensamiento, hace ver que la idea que tiene Araquistáin del periodismo y de la grandeza del periodismo, y de la miseria del periodismo, corresponde muy directamente a las mismas ideas orteguianas sobre la grandeza y miseria del periodismo. «Es esencialmente, dice Araquistáin, un periodista filósofo o un filósofo periodístico. Y no se vea en esta caracterización ningún propósito peyorativo. ¿Cómo había de relegar yo el oficio periodístico, que es también el mío?»

Cuando Araquistáin define a Ortega, creo que con certeza, como un filósofo periodístico, no está con ello rebajando la categoría de Ortega, sino elevando la categoría del periodismo. Pero de este Ortega periodista, critica sutilmente (todo el capítulo de este libro dedicado a Ortega es una crítica irónica sobre algunos elementos que por otro lado están ahí, en Ortega) su enorme pretensión de descubrir a menudo los mediterráneos, y darlos como descubrimiento propio. Araquistáin intenta mostrar las fuentes (a veces creo que muy discutibles) de lo que Ortega ha presentado como original; continuamente cita un pensamiento crucial de Ortega y sus fuentes: «Esta idea está ya en Turró, que Ortega no cita en ninguna de sus obras... esta idea está en Goethe o está en Nietzsche... esta idea está en Schopenhauer, etc.» O, por ejemplo, cuando dice: «está en muchas obras, pero sobre todo en el originalísimo filólogo y psicólogo Steinthal, que en su *Introducción a la Psicología y a la Filosofía* dice que hay que considerar el pensamiento como un mecanismo, una máquina, un instrumento al servicio de la vida». El racio-vitalismo sería un pensamiento que está ya en Steinthal, filósofo importantísimo que desconozco, pero me extrañaría mucho que su mecanicismo vitalista tuviese algo que ver con el racio-vitalismo de Ortega. De todas formas, se trata de mostrar que este gran periodista filósofo, si tuvo un defecto, no fue en su capacidad de periodista, sino en intentar disimular su periodismo; el periodista no tiene que ser original en el sentido de creación de nuevo pensamiento, sino que su gran valor es su capacidad de síntesis del

pensamiento de un tiempo, y, por lo tanto, no tiene por qué dar las fuentes, pero tampoco presumir de que haya sido todo trabajo original.

El Ortega que él critica más es el Ortega periodista político, que es el que se contraponen más directamente con el Araquistáin periodista político. Y para mostrar hasta qué punto hasta las élites más selectas se equivocan en política, cita lo siguiente: «Hubo un tiempo en que Ortega creyó que era un hombre egregio el político más corrompido y, lo que es aún peor, más inepto que ha habido en España, Alejandro Lerroux. Yo he oído hablar a Ortega en un mitin organizado por este hombre funesto. Yo he leído un artículo suyo titulado *Lerroux o la eficacia*, artículo que sin duda por vergüenza retrospectiva ha suprimido en sus obras completas.»

El artículo *Lerroux o la eficacia* se encuentra hoy en las *Obras Completas*. Es un artículo de 1910 que creo no desdora en absoluto a Ortega, porque no hay implícito ningún elogio desmesurado de Lerroux, sino simplemente la interpretación (y como idea, me parece, enormemente útil) de que lo importante de un político no es la mayor o menor brillantez intelectual sino la mayor o menor capacidad de hacer cosas. El suponer en 1910, con el nuevo estilo lerrusiano, que, efectivamente, se trataba de un hombre práctico, directo, capaz de hacer cosas, no creo que hubiera sido un error de bulto, ni algo que pueda mostrarse como una especie de crítica, en el sentido «hasta Ortega se equivoca en el momento de seleccionar y ha cometido errores políticos de alcance, como es, nada menos, que haber intervenido en un mitin en el que también intervino Alejandro Lerroux». Podría multiplicar las citas. Lo que vemos es la ambivalencia continua, en textos de admiración y textos de crítica subterránea, frente a lo que yo llamaría el otro modo de periodismo.

Si quisiéramos hacer una valoración de lo que ha significado el periodismo español, tendríamos que acudir a los tres directores de *España*. El primer director y fundador, don José Ortega y Gasset. El segundo, don Luis Araquistáin. Y el tercero, don Manuel Azaña. Y encontraríamos entre los tres lo que ha significado, realmente, el periodismo como ágora, plazuela pública, como decía Ortega, punto de conexión para la discusión de los problemas españoles. Porque el tema del periodismo de estos años es siempre España, y la vinculación con la actividad política. Los tres: Ortega, Azaña y Araquistáin, fueron políticos no profesionales, de vocación política máxima, y los tres fueron políticos fracasados.

El fracaso no puede atribuirse a los políticos, es mucho más compleja la relación de España en este momento histórico. Pero lo que si quería subrayar (y veo que el tiempo que se me ha otorgado ha llegado al final sin poder entrar en un último tema: la posición del periodista cuando al mismo tiempo es socialista) es que cuando decimos que Araquistáin es sólo un periodista, tenemos que añadir: Ortega es sólo un periodista; Manuel Azaña es sólo un periodista. Lo más grande que ha creado la España contemporánea han sido unos pocos grandes periodistas.

**CESAR M. ARCONADA,  
SINTESIS DE LA VIDA INTELECTUAL  
ESPAÑOLA, 1920-1939**

**Christopher H. COBB**

**CHRISTOPHER H. COBB**

*Nació en 1931. En 1969 se doctoró en la Universidad de Londres con una tesis sobre Unamuno, España y la Primera Guerra Mundial (ed. española, 1975). Desde entonces desarrolla una fecunda actividad de hispanista, consagrada principalmente a la historia literaria y cultural de la España del siglo XX. Además del libro *La cultura y el pueblo. España, 1930-1939* (1981), ha publicado numerosos estudios monográficos: "Recuperación. Un aspecto de la política cultural del régimen franquista" (*Iberian Studies*, 1978); "Teatre del proletariat, teatre de masses. Barcelona, 1931-1934" (*Els Marges*, 1981); "Acción Española y la reacción cultural" (*Arbor*, 1983). En diversos seminarios y coloquios universitarios ha presentado estudios sobre "El periodismo de César Falcón", "El teatro de agitación y propaganda en España", "La enseñanza del euskera: de la clandestinidad a la política oficial", etcétera.*

*En la actualidad es Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Politécnica de Kingston, Londres.*

«El boom del exilio no alcanzó a Arconada»: así inician Carlos y David Pérez Merinero la presentación de la obra de César M. Arconada al público español en 1974 (1). Confirmaron estos autores su juicio sobre Arconada («posiblemente el más injustamente olvidado de los escritores españoles») en su antología de textos sobre el cine aparecidos en los años veinte en la *Gaceta Literaria* (2) y Javier Maqua utiliza los mismos términos («injustamente olvidado... incomprendido») en su reedición de la *Vida de Greta Garbo* (3). El estudio de los hermanos Pérez Merinero sobre la revista *Nuestro Cinema* (4) completa nuestro conocimiento de los escritos cinematográficos de Arconada; coincidió este último trabajo con la reaparición de su novela *La Turbina* (5), a la que siguen la reedición de *Río Tajo* (6) y, últimamente, sus reportajes sobre la Guerra en Asturias (7). Al presentar estas ediciones Gonzalo Santonja y Juan Antonio Hormigón nos han proporcionado valiosos datos biográficos, ampliando así la breve aportación de Brigitte Magnien al Tercer Coloquio de Pau en 1972 (8).

Sin embargo, los escritos cinematográficos no pueden, ni con mucho, aclarar las múltiples facetas de la obra y personalidad de una inmensa obra periodística. En los estudios preliminares de las reediciones antes mencionadas se incluyen referencias a los periódicos y revistas de los años veinte y treinta en los que colaboraba Arconada, despertando así el deseo en el lector de poder valorar la variada contribución de estos estudios críticos sobre la música española de los años veinte, los nuevos autores, las traducciones, la vida literaria de aquel entonces, así como sobre las más candentes cuestiones sociales. Pero dada la inaccesibilidad de estos escritos y la ausencia de todo comentario sobre ellos, puede sugerirse cierta imagen simplista del

(1) *Tres cómicos del cine* (Madrid, 1931). Reedición, Madrid, 1974.

(2) *En pos del cine* (Barcelona, 1974).

(3) (Madrid, 1930). Reedición, Madrid, 1974.

(4) *Del cine como arma de clase. Antología de Nuestro Cinema, 1932-1935* (Valencia, 1975).

(5) (Madrid, 1930). Reedición, Madrid, 1975.

(6) Premio Nacional de Literatura, 1938 (Moscu, 1970). Reedición, Madrid, 1978.

(7) (Madrid, 1979).

(8) «La obra de César María de [sic] Arconada, de la "deshumanización" al compromiso. La novela rural bajo la Segunda República.»

joven escritor vanguardista siguiendo, a la vera de Ortega, las corrientes entonces dominantes en la *Gaceta Literaria* y abandonando luego estas extravagancias juveniles para entrar en el Partido Comunista de España y dedicarse al realismo socialista y la literatura proletaria.

El fenómeno de la aparición de una conciencia social entre escritores y artistas burgueses a finales de los años veinte y principios de los treinta ha llegado a ser un tópico y es demasiado fácil imaginarlo como un proceso natural de maduración. Esto sería desconocer los conflictos y tensiones que pueden surgir al querer definir el papel del artista en una sociedad revolucionaria y compaginar la creatividad artística con los deberes sociales. Esta problemática se revela particularmente rica en el caso de un personaje introvertido como Arconada, que había sufrido toda clase de desorientaciones para establecer su propia identidad al trasladarse de Astudillo, su pueblo natal, al ambiente asfixiante de la esclerotizada estructura social palentina, para luego acercarse al mundo literario madrileño y al círculo algo exótico de Giménez Caballero y la *Gaceta Literaria*. Si su compromiso político y artístico de los años treinta fue total, sincero y sin reservas, las dificultades para adaptar sus particulares talentos literarios a las exigencias del momento nunca dejaron de preocuparle, y por esta razón su caso es, tal vez, más interesante a largo plazo que el de los que se contentaban únicamente con los deberes inmediatos de la propaganda social.

Aparte del valor de su testimonio sobre esos años, cabe sobre todo subrayar la importancia de su obra como teórico en una época en que, al vislumbrar las transformaciones sociales venideras, la mayoría de sus coetáneos se limitaban a vivir a la zaga de los movimientos europeos, siendo pocos los que se esforzaban en proporcionar una base teórica para las experiencias que se proyectaban, a veces con más entusiasmo que reflexión. Desde sus primeros años en Madrid, tuvo una clara conciencia de su papel. En su primer libro, *En torno a Debussy*, publicado en 1926, comentó «la propensión de todos los artistas modernos a enredarse en la crítica», añadiendo:

«Es una ebullición, una dinamización de nuestro mundo mental que anticipa la creencia de un proceso lento de solidificación... La teorización es un ensanche, una abertura hacia el futuro... Las teorías son caminos de posibilidades.»

Palabras estas que pueden aplicarse con igual validez a sus estudios sobre música que a sus escritos sobre estética marxista. De ahí la conveniencia de sacar del olvido esta obra suya esparcida por tantas revistas y periódicos a lo largo de una carrera que empezó en el *Diario Palentino* en 1920 para terminar en la revista moscovita *Literatura Internacional*, resumiendo así casi mejor que nadie los avatares y sobresaltos de toda una generación.

### El Diario Palentino, 1920-23

En su prólogo a *La Tubina*, Gonzalo Santonja nos ha trazado en breves líneas los rasgos generales de los años palentinos de César Muñoz Arconada: su padre era alcalde semiperpetuo de Astudillo, unido a la máquina caci-

quil del exministro Calderón, lo que facilitó sin duda el traslado de su hijo mayor, César, a Palencia después de su entrada en el Cuerpo de Correos. Allí empieza casi enseguida su colaboración en el *Diario Palentino*; su primer artículo aparece en enero de 1920 y su último en marzo de 1923 cuando ya se había establecido hace meses en Madrid. El *Diario Palentino* era «el más antiguo y de mayor circulación, defensor de los intereses de la capital y la provincia, órgano oficial de la Cámara Agrícola de Carrión de los Condes», según rezan los subtítulos que resumen perfectamente su rancio casticismo y estrecha asociación con la oligarquía local. Ahí, de vez en cuando, encontramos la firma de Angel Muñoz, alcalde de Astudillo y corresponsal del diario, informando sobre la cosecha o los ciclos de Conferencias de Propaganda Católica.

El espacio dedicado a las actividades culturales era necesariamente reducidísimo: algunas líneas sobre los conciertos de la Filarmónica Palentina o sobre las representaciones teatrales, firmadas por Mis. T. Rioso. No era de pensar que el corresponsal novato pudiese dedicarse plenamente a sus aficiones literarias; sin embargo, por una serie de referencias breves y alusiones, logra indicarnos algo sobre la extensión de sus lecturas en estas primeras contribuciones. Ahí podemos encontrar los nombres de Machado, Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Oscar Wilde y, sobre todo, Bécquer, que iba a ejercer una fascinación duradera. «Igual que dijo Bécquer»: con estas palabras introduce una de sus primeras poesías, publicada en el periódico el 19 de agosto de 1920, y toda su poesía amorosa revela una fuerte inspiración becqueriana. Aun si las referencias no son directas, los ecos de las corrientes noventaochistas y lo que podríamos llamar el costumbrismo castellanista no son menos evidentes. Si no siempre lograba evitar cierto sentimentalismo campestre en poesías como «Pueblerina» (22-V-20) y «Flor Norteña» (22-VI-20), el tono de la evocación unamuniana se destaca mejor en las Prosas Provincianas, así como, por ejemplo, «La Plaza de Cervantes», descrita como «un remanso en el remanso de la ciudad antigua y pintoresca pavoneada de heraldos y poetizada de leyendas» (9).

Pero estas preferencias, enteramente previsibles en un joven literato palentino de 1920, pierden su interés al compararse con los frecuentes atisbos de un temperamento sensible e introvertido que iba a caracterizarle durante toda su vida (10). «Callar y escuchar es nuestra norma...» (16-IX-20), «la felicidad de los humildes, de los olvidados, de los que se confunden...» (20-V-20), «Cuando los demás rien soy como un escollo solitario...» (24-V-20): en estos términos describió su «moral de los humildes», que admiraba tanto en Chaplin. Escribiendo el 22 de septiembre de 1921, sobre la llegada de Chaplin a París, comentó: «Desdeñar las aclamaciones, renunciar a la vanidad... no es cosa que se vea muy a menudo en esta pícaro vida.»

Su inclinación natural a la introspección fue acentuada por el solemne ritmo impuesto a la ciudad por la bien estructurada burguesía de la capital:

(9) 22 de septiembre, 1920. Si su afición a Bécquer iba a persistir más allá de los años palentinos, lo mismo puede decirse de su apego al paisaje castellano y la vida pueblerina, a pesar de todas sus estrecheces, que se manifestaría en obras posteriores como *La Turbina*.

(10) Ver «Autobiografía», *Nueva Cultura*, num. 11, marzo-abril, 1936.

Cuando entraba la noche y era invierno, y la lluvia caía sobre la ciudad, fina y persistente, y se animaban los viejos soportales con la presencia de las arregladas damitas, y había en cualquier iglesia una novena o un triduo donde se asistía por curiosar, entonces me era muy grato abandonar el paseo diario y recorrer, solo y abstraído, las rúas antiguas, desiertas en aquellas horas inoportunas (11).

Su sensación de aislamiento se intensificó con el desprecio que sentía por el bullicio de las fiestas, para dar lugar al concepto amargo de la vida, a la misantropía que nos describe, el 3 de septiembre de 1920, en «La tristeza del bullicio».

Como era de esperar esta desazón hizo brotar una rica vena de idealismo:

Un soñador embellece las cosas, idealizándolas... La vida merece vivirse, aunque muchas veces haya que navegar, para inmunizarse, en el esquife blanco de los sueños (12).

Así le vemos salir de Palencia en viaje a Villalón, «este pueblo viejo y pintoresco al cual hemos llegado, ávido de emociones, desde la ciudad un tanto bulliciosa y monótona» (30-X-20). Pero su espíritu romántico se complacía sobre todo en la creación y contemplación de una belleza mítica, imposible, que más tarde iba a identificar con Greta Garbo:

Todos forjamos en nuestra fantasía distintas novias ideales que llenan cumplidamente otros tantos anhelos y aspiraciones... Unas son morenas y pasionales... Otras son blondas y melancólicas, forjadas para halagar nuestras grandes quimeras de ideal (13).

Si tales ensueños pueden parecer del todo inocentes, no hay que olvidar los estallidos irracionales que podía provocar la frustración provinciana. En este contexto su atención a la figura del legionario le acerca ya a ciertas corrientes que Giménez Caballero iba a encarnar en sus *Notas Marruecas*:

Tengo la evidencia de que entre los legionarios hay pocos oficinistas, pocos obreros, pocos mercaderes. Los que hay son casi todos de mucha fantasía y de poco sentido práctico (14).

Pero nunca era posible aislarse por completo en ese mundo imaginario: la realidad cotidiana le cercaba estrechamente y, esparcidas como contrapunto a estas idealizaciones románticas, encontramos sus penetrantes observaciones sobre la sociedad clasista que le rodeaba. En su cuento «Como todos los hombres» (15) evoca con gran precisión todo el ambiente de la pequeña burguesía palentina con unos breves rasgos: su heroína, Elvira, estudiante en la Normal de maestras, y su padre, empleado de primera clase del Gobierno Civil y socio del Casino Popular (y no de la Unión, de más cate-

(11) «Evocaciones», *Diario Palentino*, 23 de agosto, 1920.

(12) «El amor, la pasión y el romanticismo», *Ibid.*, 9 de julio, 1921.

(13) «La mayestática», *Ibid.*, 21 de agosto, 1920.

(14) «Cobardes en la vida», *Ibid.*, 20 de septiembre, 1921.

(15) 5 de junio, 1922.

goria), que frecuentaba para su partidita de chamelo con empleados de Telégrafos. El novio de Elvira, Eduardo, era «hijo de una de las familias más ricas de la ciudad. Su padre tenía un capital inmenso en fábricas, en tierras y en acciones de importantes empresas». Seguían la rutina establecida del noviazgo provincial, «una de tantas parejas que llenaban, en verano, las sillas del paseo, mientras tocaba en el kiosco la banda municipal», siempre vigiladas por «las buenas señoras, esponjosas y otoñales, mujeres de comerciantes y de empleados». En este contexto podemos comprender la afirmación casi agresiva de su vocación literaria como estrategia defensiva, para alejar la monótona mediocridad que amenazaba con asfixiarle (16). De ahí también su admiración por Victorio Macho, el gran escultor, originario de Palencia, que había sabido imponerse como artista y escaparse hacia otros horizontes (17).

Característica de esta afirmación de su propia individualidad artística fue su desprecio de todos los valores culturales anticuados y falsos, tales como el huero casticismo asociado con el Día de la Raza. Lo que más le repugnaba era la falta de correspondencia entre esta retórica pretenciosa y la realidad del campo castellano. Al acercarse la fiesta de 1920 escribió, con referencia a su camarada, Eusterio Alario:

Cuántas veces no canta él a Castilla, a sus labriegos, a sus costumbres y, sin embargo, todos sabemos que la realidad de Castilla y de sus labriegos es muy otra (18).

En 1922, con la confianza inspirada por su estancia en Madrid fue aún más cáustico en su comentario sobre los participantes en la anticuada fiesta:

... no valía la pena de que los señores concejales hubieran sacado de sus baúles los trajes de etiqueta, las chisteras y los guantes blancos para asistir a un acto tan deslucido, tan inútil y tan serio (19).

Sobre todo es de notar la índole estética de su reacción, pregonando las virtudes de una prosa limpia y purificada de la pretensión sonora de la retórica decimonónica en la serie «Los cuentos de los martes». Con estas escuetas palabras empieza «La tragedia del music-hall» el 11 de enero de 1921:

## I

Sonrie, sonrie siempre.

Sobre el tablado baila.

El público que rodea las mesas vocifera monstruoso, increpando al artista con imperativos groseros.

Fracaso

Ella sonrie, sonrie siempre.

(16) Ver «De la exaltación y de las ideas» (15 de abril, 1920) y «Palencia y su provincia» (19 de abril, 1920).

(17) «Victorio Macho en Valladolid», 17 de mayo, 1921.

(18) «Del ensueño y de la vida», 2 de octubre, 1920.

(19) «Consideraciones sobre la Fiesta y sobre la Raza», 13 de octubre, 1922.



Al rechazar la ampulosidad estilística de los casticistas por estar tan firmemente inmersa en el pasado, llegó, poco a poco, a reconocer lo esencial del clima espiritual del mundo de la postguerra:

No es esto la edad de oro; pero, en cambio, es la edad de la inquietud, de la valentía, de la audacia. No existen los prejuicios; se arremete con todo y contra todo, con un atrevimiento desconcertante para los doctos varones de las Academias (20).

La aparición repentina de una serie de artículos sobre el ultraísmo en la primera mitad del mes de febrero de 1921 no fue, pues, ninguna casualidad, sino que forma parte de la evolución natural de un joven escritor de provincias reaccionando contra su entorno para acercarse al vanguardismo artístico (21). Sus comentarios sobre el movimiento identifican las características esenciales señaladas por Guillermo de Torre: para éste, el ultraísmo suprimió:

... la anécdota, lo narrativo, la efusión retórica... proscribió lo sentimental, solo aceptado en su envés irónico... rompió con la continuidad del discurso lógico, dando relieve contrariamente a las percepciones fragmentarias (22).

Para Arconada fue «un gesto de rebelión contra toda la artificiosa poesía» (23), un movimiento que iba a desterrar «los últimos llantos del romanticismo» (24). Su aportación se limitó más bien a la discusión teórica: de sus propias composiciones solamente nos quedan alguno que otro poema de su primera colección, *Sed*, no del todo libre del sentimentalismo que había caracterizado sus escritos más adolescentes, a pesar de «la parquedad adjetiva» que admiraba tanto en los ultraístas.

Hemos subrayado los problemas que podía ocasionar su aislamiento en Palencia: efectivamente su tentativa de formar un pequeño núcleo literario dentro del *Diario Palentino* en la forma de una sección especial, «Los jueves literarios», con la colaboración de amigos como Eusterio Alario, Garrachón Bengoa y Francisco Vighi en el otoño de 1921 solamente duró unas semanas, desapareciendo con las primeras noticias del desastre de Monte Arruit. De vez en cuando deja sentir su amargura ante el desprecio que sus trabajos de índole más bien literaria debían despertar. Así, al citar a Ortega se apresura a añadir:

No inquietarse, señores ecuanímenes, no lo ha dicho ningún fracasado metido a ultraísta (25).

(20) «Las edades de oro», 11 de enero, 1922.

(21) La fecha del primer artículo (5-II-21) no fue pura coincidencia: sigue de cerca la velada ultraísta que había tenido lugar en Madrid el 28 de enero, 1921. La proximidad de las fechas sirve para subrayar con qué atención Arconada seguía la actividad de los vanguardistas, a pesar de su distancia de la capital y su temperamento retraído. Sus indicaciones sobre Valle Inclán y el Teatro Nuevo, Marinetti y los dadaístas franceses (1 de julio, 1921) confirman este hecho.

(22) *Historia de las literaturas de vanguardia* (Madrid, 1965), pág. 539.

(23) «El ultraísmo», 5 de febrero, 1921.

(24) «Arte y literatura. Dos cuadros planistas», 17 de marzo, 1921.

(25) «Teatros», 17 de enero, 1922.

En realidad, a lo largo de esos primeros años palentinos podemos ver cómo aprende a construirse una costra protectora contra la hostilidad de cierta capa de sus lectores. Después de la publicación de los artículos sobre el ultraísmo y los poemas de *Sed*, se limitó a un periodismo ligero y puramente de circunstancial. Introduciendo uno de estos comentarios «intrascentes y ligeros», señala que son muy «distantes de mi modo de ver y de pensar y de sentir, en donde sólo escasamente asoma mi verdadera personalidad de hombre intransigente con las cosas viejas» (26).

Al trasladarse a Madrid a finales de 1921 logró la necesaria independencia para mejor enfocar los objetivos de su periodismo, elaborando una manera particular de acercarse a la realidad y un estilo adecuado al ritmo de la vida urbana de los años veinte. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que se dedicase a mariposear sobre la frivolidad social madrileña. Precisamente por aquel entonces asoman sus preocupaciones sobre la poca fundamentación teórica de la vida literaria y artística en España, así como sobre la ausencia más generalizada de todo tipo de meditación crítica en la prensa española. Escribiendo sobre el teatro argentino el 23 de noviembre, 1922, subrayaba la manera en que «no damos hoy día [en España] a la crítica ningún valor artístico ni esencial», y añadía, el 23 de diciembre:

Aquí se llama crítica al elogio y envidia a la censura... El público es en el fondo de un conservadurismo receloso... Se figura que con ello [la crítica] se atenta contra un orden clasificado y que se destruye una jerarquía constitucional.

Si, anteriormente, hemos hecho referencia al conflicto creado en su espíritu en 1920 al contrastar la paz del campo con el bullicio de la capital regional, más grave iba a ser la tensión producida cuando se estableció en Madrid. Su primera referencia a la capital, tras un breve viaje en mayo de 1921, es típica de cierta hostilidad tradicional a la corte:

El morfinismo es vicio de la ciudad, de gran urbe, donde fácilmente tiene acomodo todo lo extravagante, lo exótico y lo perverso. El campo, sol y aire y amplitud, no cria esos hombres pálidos, ojerosos, degenerados (27).

Pero reconocía sobradamente los peligros de la estancada vida rutinaria que llevaba en Palencia: los que no quieren sucumbir «tendrán cualquier día que coger el tren si no quieren terminar roncando apaciblemente» (28). Su primer artículo escrito de Madrid apareció en el *Diario Palentino* el 14 de enero, 1922: inevitablemente, en esos primeros meses, aparece cierta nostalgia al evocar los pueblos castellanos:

... así como la gente de mar, en tierra adentro, ponen su oído en una caracola para oír el ruido de los océanos, nosotros tendremos que ir a la plaza para recibir la impresión de nuestra ciudad distante, tan bella, tan querida (29).

(26) «Una nueva colonia», 21 de febrero, 1922.

(27) «Los morfinómanos», 3 de junio, 1921.

(28) «Provincianismo», 27 de junio, 1921.

(29) «Bella plaza de provincia», 7 de enero, 1922.

Pero no tardó en manifestarse un cierto cambio en su modo de pensar: al escribir sobre una visita a Segovia el 28 de marzo, 1922, confesó que «estamos ya un poco hartos de ciudades viejas». Si, de un lado, revela el aislamiento del recién llegado («el conjunto tumultuoso que nos abruma... esa falta de comunicación, de cordialidad» (30)), empieza igualmente a mostrar su fascinación, tan típica de los ultraístas, por la metrópoli, ideal que iba a plasmar en su visión totalmente fantástica de Nueva York (31). Pero, sobre todo, la ciudad constituía un espectáculo social infinitamente rico: al separarse de la férrea estratificación social de Palencia se le abrieron nuevos horizontes donde se descubrían las transformaciones sociales que acompañaban al proceso de la urbanización. A los pocos meses de llegar revela un instinto natural para palpar el variopinto panorama social y captar su esencia a través de los fenómenos más pasajeros: las señoritas oficinistas con sus «trajes vaporosos, pendientes largos, cabellera escarolada, manga corta, un gran bolsillo de mano» (32), los «music halls», los «cabarets», el «jazz-ball». Sin embargo, su interés no se limita a la excitante frivolidad, tan superficial, de la burguesía madrileña de los años veinte: en el fondo se ve que se siente consciente de formar parte de una sociedad caótica, en vías de transición:

... este ambiente estrepitoso, desordenado y desconcertador, formado de luces, de golpes extraños, de risas de mujeres y de bailes americanos. El nuevo género, la revista, ha nacido de la mezcla desconcertada, de la algarabía estrepitosa de colores y de luces y de golpes que ya antes de ahora, unos años atrás, vino a transformar nuestros modos como nunca hubieran podido imaginarse nuestros austeros antecesores, hombres de traje negro y de ideas de sombrero hongo (33).

En sus reproches a la burguesía por su cursilería se revela su intuición del fracaso de una clase que no había sabido ni establecer su preponderancia ni imponer sus gustos, incapaz, en fin, de iniciar el cambio y de llevar a cabo la revolución burguesa, provocando así la desilusión de la nueva generación:

La clase media es tradicional, rutinaria. No tiene ni grandes aspiraciones ni grandes deseos de mejoramiento. Es pobre y modesta en todo, hasta en ideas. Por eso vive con arreglo a su altura mental en casas viejas y malas. No puede esperarse de ellos ni grandes cambios ni grandes reacciones (34).

En estos trabajos podemos seguir, paso a paso, el proceso clásico del desencanto y la desorientación de los elementos más conscientes de la pequeña burguesía española que iba a conducirles a buscar salidas más radicales y no es extraño tropezar con alguno que otro coqueteo con el fascismo en estos artículos; por ejemplo, «Fascismo en España», aparecido el 6 de

(30) «Las dos ciudades», 5 de abril, 1922.

(31) 16 de octubre, 1922.

(32) «Las señoritas oficinistas», 18 de octubre, 1922.

(33) «La revista», 19 de octubre, 1922.

(34) «El hogar», 28 de octubre, 1922. Ver también «Las casas», 25 de octubre, 1922.

noviembre de 1922 (no, por cierto, de sus más interesantes). No debe identificarse con las reacciones elitistas tan evidentes en el desprecio de Ortega hacia la burguesía española (35): se trata más bien de la desorientación inquieta del joven literato, relativamente cándido en cuanto a las cuestiones políticas, quien, tras haber rechazado unas estructuras moribundas, no llega, sin embargo, más que a vislumbrar los contornos de la sociedad venidera.

Aparte de algún artículo sobre la pobreza del campo, sus referencias a la actividad política española y extranjera son escasas. Es fácil comprender su falta de interés tan explícito en sus reportajes sobre las crisis ministeriales («Divagaciones absurdas sobre las crisis lógicas», 6 de julio de 1921, «Continuación sobre la crisis», 14 de enero de 1922), reflejo de su alejamiento de la política de la Restauración ya agonizante. Más problemática es la poca atención que presta a la campaña colonial, sobre todo cuando se tiene en cuenta que los primeros reportajes de Díaz Fernández sobre la guerra aparecieron a finales de 1921 en el *Diario Palentino* (36).

Su ruptura con el *Diario Palentino* y lo que podríamos considerar como la conclusión de esta primera etapa de su carrera se produjo en diciembre de 1922, resultado de su creciente distanciamiento de los valores que gobernaban el periódico. Su ironía no respetó ni aun las fiestas navideñas, calificadas como «Navidades del estómago» (37), y preparó a sus lectores para su sonada negativa a asociarse con el homenaje al ex ministro Calderón por parte de los palentinos en Madrid (38). Pero las amistades de esta época iban a durar y le conducirían a reseñar la poesía de su paisano, Fernando de Lapi, en *Alfar*, a escribir el epílogo al libro *El amor y el dolor en la tragicomedia de Calixto y Melibea*, de Teófilo Ortega, aparecido en 1927 y a contribuir a revistas poéticas de la región tales como *Parábola* y *Meseta*. A un nivel más profundo él mismo puso de relieve la importancia de sus primeros años en la formación de su temperamento en la breve nota biográfica publicada en 1936 (39):

Llevo conmigo la agobiada pesadez, la fría sequedad, los silencios infinitos de los pastores de mi tierra. Los horizontes extensos, las mesetas desnudas y doradas, la tierra esquemática y árida, los tejares de las casas y los ciervos invernales hacen de nosotros, castellanos, hombres impasibles, secos, algo esfinge y tenebroso.

## Las revistas vanguardistas, 1923-1930

### a) *Alfar* y la crítica musical

Su ingreso, en 1923, en las filas de los redactores de *Alfar*, la *Revista de la Casa América-Galicia*, «la más digna y perfecta sucesión de las primeras

(35) Ver su periodismo durante la Dictadura, especialmente «Sobre todo, que no se reforme nada», *El Sol*, 6 de marzo, 1925.

(36) «La guerra romántica», 17 de noviembre, 1921. «El descanso del soldado. I», 30 de enero, 1922. II, 4 de febrero, 1922.

(37) 28 de diciembre, 1922.

(38) 2 de enero, 1923.

(39) *Nueva Cultura*, num. 11, marzo-abril, 1936.

revista ultraicas» (40), marcó su entrada en la escena literario-artística a escala nacional. Por primera vez podía dedicarse a escribir detenidamente sobre las últimas novedades culturales para un público especializado. Entre 1923 y 1926 estableció su reputación como uno de los primeros críticos españoles de la música contemporánea, reputación que le siguió durante toda la etapa de su colaboración con la *Gaceta Literaria* hasta 1930 y que hoy se recuerda solamente por su libro *En torno a Debussy*, publicado en 1926. Como en el caso de la súbita aparición de sus artículos sobre el ultraísmo en el *Diario Palentino* nos sorprende con este brusco cambio, pero un conocimiento tan profundo necesariamente tenía que haber sido fruto de varios años de preparación: algunas breves alusiones en el *Diario Palentino* (por ejemplo, su referencia a un concierto de música de Debussy, Ravel y Falla en febrero de 1922) confirman este hecho. Podemos apreciar la importancia de su aportación a la crítica musical en España si recordamos el escaso número de especialistas cuyas firmas aparecían en los periódicos y revistas de aquel entonces. Adolfo Salazar, corresponsal de *El Sol*, constituye una excepción casi única, no sólo por ser un músico activo en estrecha relación con compositores como Stravinsky, Falla y Ernesto Halfter tras su estancia en París a principios de los años veinte, sino también por la calidad de sus escritos sobre todos los aspectos de la música contemporánea, así como su constante preocupación con la superficialidad teórica que regia en los círculos artístico-literarios. Arconada recaló la importancia del papel del crítico «si nuestra música moderna ha de alcanzar el límite de la latitud europea» (41). Unos años más tarde, al reseñar el libro de Salazar, *Música y músicos de hoy* en la *Gaceta Literaria* (42), recaló repetidamente esta característica de las noticias críticas aparecidas en *El Sol*:

... un crítico con vocación,... ha creado en España la conciencia moderna de la música,... maneja las ideas,... todos los artículos responden a conceptos críticos, a ideas críticas.

Como indicó el mismo Arconada, hacia finales de la década empezó a constituirse «una atmósfera caldeada y cordial» que facilitó la difusión de la obra de la joven generación y en este contexto cabe destacar el alto valor de los artículos sobre música de Rodolfo Halfter aparecidos en *Postguerra* donde resumió todo el espíritu del movimiento moderno: la reacción contra el impresionismo musical por parte de Cocteau y los Seis, «el retorno por vía de refinamiento y complicación al primitivismo», visible tanto en la *Consagración a la Primavera* como en la llegada a Europa del Jazzband (43).

*En torno a Debussy* representa no solamente un valioso estudio sobre el compositor francés en relación con la música contemporánea, sino también

(40) G. de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia* (Madrid, 1925), pag. 54.

(41) «La música moderna en España», *Alfar*, núm. 42, agosto, 1924.

(42) 1 de agosto, 1928. Además de este libro de Salazar ver también *La música contemporánea de España* (Madrid, 1930), *La música actual en Europa y sus problemas* (Madrid, 1935), *El siglo romántico* (Madrid, 1936), *La música en el siglo XX. Ensayo de crítica y de estética desde el punto de vista de la función social* (Madrid, 1936).

(43) «Jazzband», *Postguerra*, núm. 4, septiembre, 1927.

un «atinado breviario de estética moderna» (44) y la más extendida obra teórica de nuestro autor en la que puede exponer ampliamente sus ideas sobre la importancia de la reflexión teórica. Elabora este tema sobre todo en el último capítulo, «Crítica y estética», donde insiste en la importancia de los que manejan ideas para descubrir otros horizontes y formular nuevas posibilidades. Es natural que en este terreno se apoye en la autoridad de Ortega, por entonces tan contundente, refiriéndose a su defensa de Debussy frente a la recepción hostil de *Iberia* por parte del público madrileño (45). Efectivamente podemos distinguir claras resonancias de las ideas orteguianas a lo largo de *En torno a Debussy*:

El sentido de la deshumanización hay que aplicarlo no sólo en aquella tendencia a suprimir humanidad en el arte, sino en aquello que tiende a descomponer, a volatilizar y fragmentar todos los elementos que constituyen la obra de arte (46).

Sin embargo, muestra su propia independencia, basada en un conocimiento más profundo de la música, cuando considera a Debussy solamente como precursor, a cierta distancia de los portaestandartes de la estética moderna, Cocteau, Satie y su «música para andar por casa». Por encima de todo se destaca un reflejo más generalizado del ambiente de los años veinte que impregna todo el libro:

... esa ciudad en ebullición, en tumulto, en movimiento. Abigarrada, desordenada. El carrousel, el tobogán, el circo, los arlequines, el cine, los focos, los autocamiones, el teatro de Pirandello. Ruido de voces, de motores; ruido de acción. Patadas de fútbol, patadas de teorías. Jazzband (47).

Es parecido el tono dominante en sus escritos periodísticos sobre Honegger, Milhaud y Poulenc, aunque el entusiasmo disminuye marcadamente con el paso de los años. Lo mismo puede decirse de su estudio «Hacia un superrealismo musical», que es más bien un acercamiento entre su visión del movimiento superrealista («dislocación de la realidad, espontaneidad imaginista, avance hacia lo maravilloso») y la música contemporánea que tiene como fin:

... recoger, musicalmente, la vibración acelerada, la desbordante sonoridad, el ritmo quebrado y loco de la época moderna. La música debe, en este sentido, ir hacia la ciudad, utilizando ese ligero y nuevo vehículo del superrealismo (48).

Volviendo a la música española, se esfuerza siempre en difundir la obra de la nueva generación de músicos como Ernesto Halfter y Oscar Esplá y las tentativas de renovación, por ejemplo, la formación de la Orquesta Bética bajo la dirección de Halfter. El compositor de la «Sinfonietta» y «Sonati-

(44) R. Polán y Merlo, reseña de *En torno a Debussy*, *Mediodía*, núm. 5, octubre, 1926.

(45) *El Sol*, 1 de enero, 1924.

(46) *En torno a Debussy*, pag. 164.

(47) *Ibid*, pag. 73.

(48) *Alfar*, núm. 47, febrero, 1925.

na» representaba para Arconada todas sus aspiraciones para la música española: apertura, comunicación artística con los demás países del mundo, eliminación de las chabacanerías del pasado y un estilo que Federico Sopena ha caracterizado como «neoclasicismo, retornos, sequedad» (49). Adolfo Salazar, al hablar de la Orquesta Bética señaló su intención de interpretar no solamente obras contemporáneas, sino de

... restaurar el medio sonoro en que vivieron las obras clásicas, restituyéndolas su primitivo equilibrio instrumental (50).

La influencia de este retorno a las líneas clásicas, sencillas y limpias del siglo XVIII se revela en el esquema de ballet escrito por el propio Arconada, «El rigodón bajo las tres arañas» (51):

Plaza - Coro - Pueblo - Noche mullida: edredón de primavera - Baile - Regocijo - Palacio al fondo: aristas siglo diez y ocho - Balcones iluminados.

Cuando Francis Poulenc visita Madrid para dar una conferencia y tocar su propia música en la primavera de 1930 el movimiento vanguardista estaba en plena decadencia y Arconada lo notó con tristeza:

No vale añorar la sombra temerosa de los fantasmas cuando todos hemos conspirado para matarlos... Pero para el joven... qué cosa más desconsoladora debe ser que no encuentre en la música un mito —uno sólo— a quien poder ofrecer la generosidad combativa de su juventud (52).

En resumen, debemos mencionar dos características muy particulares en todos estos escritos sobre música: primero, sus repetidas referencias a la independencia y la dinámica interna de cada generación al elaborar su propia obra y reaccionar a las influencias latentes. En ningún momento hace mención de ideales o valores absolutos, eternos, y debemos mencionar ahora que esta propensión tan suya iba a afirmarse más abiertamente en los escritos de los años treinta. Segundo, su inmensa curiosidad por todas las manifestaciones artísticas de la época: literatura, música, cine, etc., y su tendencia a relacionarlas, aunque no siempre evitaba el peligro, señalado por C. B. Morris, de caer en las frases hechas:

Arconada was voicing what had come to be a critical commonplace which, although persistently connecting poetry and film, said nothing about either (53).

## b) Prosa

La obra más personal de Arconada durante los años veinte fue, sin duda, la serie de breves evocaciones en prosa en que podía dar rienda suelta

(49) *Dos años de música en Europa* (Madrid, 1942), pág. 127.

(50) *La música contemporánea en España*, pág. 251.

(51) *Papel de Ateluyas*, num. 4, octubre, 1927.

(52) *Gaceta Literaria*, 1 de mayo, 1930.

(53) *This Loving Darkness. The Cinema and Spanish Writers, 1920-1936* (Oxford, 1980), pág. 43.

a su fantasía para compensar los sinsabores de su vida diaria. Aparecieron en revistas como *Helix*, *Manantial*, *Mediodía*, *Meseta*, *Papel de Ateluyas*, *Parábola* y *Verso y Prosa*, todas ellas asociadas con las primeras revistas ultraistas a través de sus redactores (54). La perdurabilidad de estas amistades de los principios del vanguardismo se confirma en las referencias jocosas de Arconada, esparcidas a lo largo del poema «Toros en Rascafría», a sus amigos Francisco Vighi, colaborador con Arconada en los «Jueves literarios» del *Diario Palentino* y miembro de la tertulia de Pombo, mencionado por Gómez de la Serna en su *Retratos contemporáneos*, y Enrique de Mesa, que, en palabras de Consuelo Burrel:

... casi no salió de España y de ella lo que más conocía era la Sierra de Gredos y Guadarrama que recorría a pie y que cantó en sus versos. En ellos hay influencias del Archipreste y de los Cancioneros (55).

Pero a pesar del humor de esta parodia (aparecida en *Parábola*, cuyo subtítulo era «Cuadernos mensuales de valoración castellana»), el epílogo que escribió en 1928 para el libro de Teófilo Ortega, *El amor y el dolor en la Tragicomedia de Calixto y Melibea*, nos indica hasta qué punto Arconada se estaba alejando de este círculo. Efectivamente, las relaciones ciudad-campo se conciben desde una óptica más favorable a la ciudad, lo que le conduce a amonestar a sus antiguos amigos sobre los peligros del ruralismo, «la égloga fácil... la literatura apacible y terrosa, coplera y popular», en sus creaciones literarias.

En la mayoría de estos escritos, así como en sus poemas de la época recogidos en la colección *Urbe*, se nota una temática constante, muy del momento en que fueron compuestos: velocidad, avión, motores, deporte, cabaret, jazz, bailes, sensualidad idealizada y, sobre todo, su desprecio hacia el mundo los apacibles burgueses. En cuanto a su aspecto estilístico se puede apreciar en todas estas composiciones una fuerte influencia de los prosistas del ultraísmo y de la greguería ramoniana. Como ejemplo podemos citar:

«El smoking negro hecho con paño de la noche» (56).

«En las noches los grillos ararán surcos de cánticos».

«La noche está agujereada de luna» (57).

En «Palabras en abanico» (58), donde despliega tal vez el más alto grado de invención imaginativa en la elaboración de su prosa poética, toma como modelo el «haikai» japonés, introducido en la literatura española por José Juan Tablada a principios de siglo y considerado por el propio Gómez de la Serna como emparentado con la greguería (59).

Si, por una parte, estos escritos ilustran el proceso de descubrimiento y afirmación de la individualidad de su vocación literaria, se puede observar a la vez la sensación de aislamiento del poeta.

(54) G. de Torre, *Historia de las literaturas de vanguardia*, pag. 550.

(55) *Diccionario de literatura española*, 3.ª Ed. (Madrid, 1964), pag. 513.

(56) «Cabaretino», *Helix*, num. 10, sin fecha.

(57) «Mañana, noche de hoy», *Manantial*, num. 6, septiembre-octubre, 1928.

(58) *Papel de Ateluyas*, num. 2, agosto, 1927.

(59) Prologo a *Tinal de greguerías* (Madrid, 1955), pag. 34.

... pasivo y soñador. [El poeta] es un hombre atónico y extraño, raro y pobre, deslindado y deshumanizado. Finge vivir, pero en realidad no hace sino soñar la vida (60).

En sus comentarios sobre Góngora en 1927 señala su admiración por la «soledad lírica», pero se oyen también resonancias de otro conflicto de tipo personal alrededor del binomio campo (inspiración popular) ciudad (valores culturales refinados). Góngora, «espíritu de contradicción y de oposición» fue, como el propio Arconada,

... hombre de pequeña ciudad, que quiere decir vecino del campo, y toda su vida... tiene ese mismo aspecto de dualidad —como siempre cultura y folklore— que parece que se contradicen, pero yo creo que se suplementan (61).

Con todo, a pesar de su temperamento retraído, su «recelosa soledad», logró integrarse desde el principio en el equipo de redactores de *La Gaceta Literaria*, sin duda la revista literaria española de más prestigio en los años veinte.

#### c) Escritos sobre cine (62)

Podemos encontrar algunas breves alusiones al cine durante los años palentinos, tales como el artículo sobre Chaplin el 22 de septiembre de 1921, o su mención del proyecto de realizar una trasposición cinematográfica de la *Cathédrale Engloûtie* de Debussy el 8 de febrero de 1923, pero solamente a partir de 1927 se dedica seriamente al cine, primero en las revistas vanguardistas y la *Gaceta Literaria* y, después de 1930, en *Nosotros* y *Nuestro Cinema*.

No siempre hay una separación clara entre sus artículos sobre cine y sus otros trabajos: ya nos hemos referido a su propensión a abarcar distintas manifestaciones artísticas en el mismo estudio. El que lleva como título «Música y cine» (63) es uno de otros muchos que podrían citarse, pero merece nuestra atención por anticipar su impresión del desgaste de la vanguardia musical y su creciente entusiasmo por el cine, arte más acorde con la época, más rico en fantasía y en posibilidades sugestivas.

En su mayoría estos primeros escritos siguen las líneas de su crítica musical, es decir, le ofrecen la posibilidad de desarrollar una serie de ideas sobre la estética contemporánea así como de encontrar una escapatoria del hastio provocado por los aspectos más rutinarios de su vida madrileña. El «invernadero del estudio» se convierte en «génesis de mundos fantásticos», habitados por seres totalmente idealizados, libres de todo el lastre del pasado y las convenciones sociales (64). Su evocación lírica de Greta Garbo es

(60) «Gritos emocionados», *Mediodía*, núm. 7, 1927.

(61) «La música en la obra de Góngora», *Verso y Prosa*, núm. 6, junio, 1927.

(62) Las antologías de los hermanos Pérez Merinero y Javier Maqua hacen innecesaria la inclusión de textos sobre cine con la excepción de algún que otro artículo crucial para seguir su evolución ideológica.

(63) *Gaceta Literaria*, 1 de octubre, 1928.

(64) «Madrigal a una artista cinematográfica», *Parábola*, enero, 1928.

esencialmente la exaltación del artista «anti-social, anti-convencional» que abandona «la vida burguesa acomodada, ordenada» y sufre «la tristeza de la marginalidad, de la individualidad. Ella no representa la burguesa alegría del placer, sino, al contrario, la honda tristeza del padecer» (65). Su tendencia a la evasión, se ve claramente aquí, tiene su origen en el retraimiento del autor más que en una actitud de superioridad esteticista. Tal es también el sentido de su contestación a la encuesta organizada por la revista *Popular Film*, fechada en diciembre de 1928:

En esta vida moderna, un poco brutal y terrible... las mujeres, especialmente —agudas de sensibilidad— necesitan el romanticismo del cine para curarse de la dureza realista de la vida.

El único texto de crítica cinematográfica incluido aquí que no ha sido recogido anteriormente en las antologías arriba mencionadas, «El cine de la aleluya», constituye una tentativa interesante de establecer un vínculo entre el folleto, la aleluya y el cine, revelando así la íntima convicción de Arconada sobre el carácter popular del Séptimo Arte («El cine nace más en la calle»). La formación del Cineclub de la *Gaceta Literaria* le proporcionó la ocasión de desafiar a su público escogido. Lejos de ser una manifestación artística limitada al mundo literario madrileño (66), el cine necesitaba «un público sano-limpio de morbosidad literaria... La multitud tiene bastante con un arte elemental, limpio y primario» (67). Parecida hostilidad a la cultura establecida puede encontrarse en los escritos sobre cine de Dalí y otros surrealistas (68), pero en el caso de Arconada forma parte de un cambio de orientación que iba a afirmarse aún más claramente en su biografía de Chaplin donde empieza a manifestarse su conciencia del conflicto de clases. Con toda justicia los hermanos Pérez Merinero han calificado *Tres cómicos del cine* como texto fronterizo, presagiando los artículos que aparecerían en *Nosotros* y *Nuestro Cinema*.

#### d) La Gaceta Literaria

La revista de Ernesto Giménez Caballero constituye una de las pocas instituciones culturales de los años veinte que ha sido debidamente estudiada. En primer lugar, podemos contar con la reciente reedición prologada por su director y a esto hay que añadir una serie considerable de estudios especializados como los de Hernando (69), Sferazza, Tandy (70) y Foard (71):

(65) *Gaceta Literaria*, 1 de julio, 1928.

(66) Ver la lista de miembros publicada el 15 de diciembre, 1928, que incluía a Bergamín, Alberti, García Lorca, Díez Canedo, Carlos Arniches, etc.

(67) «Boletín del Cine Club (Sesión inaugural)», *Gaceta Literaria*, 1 de enero, 1929.

(68) Ver «Guía sinóptica: Cinema», *L'Amic de les Arts*, marzo, 1928, reproducido en *Manifestos, proclamas, panfletos y textos doctrinales (Las vanguardias artísticas en España: 1910-1931)*, Ed. J. Brihuega (Madrid, 1979), págs. 162-163.

(69) *Prosa vanguardista en la Generación del 27 (Gecé y la Gaceta Literaria)* (Madrid, 1975).

(70) *Ernesto Giménez Caballero y la Gaceta Literaria* (Madrid, 1977).

(71) *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta)* (Madrid, 1975).

no todos son de un valor igual pero indican el alto grado de interés despertado por la *Gaceta Literaria*.

En el caso de Arconada, su colaboración, que empieza con el primer número el 1 de enero de 1927, para terminar con el número 97 del 1 de enero de 1931, continúa la ampliación de su contacto con el mundo de las artes y las letras ya iniciado durante su etapa con *Alfar*. Por medio de la revista iba a tomar conciencia de la nueva literatura de la República de Weimar o de la Rusia Soviética, que ocupaba un lugar importante en las columnas bibliográficas (72), o de la obra de directores cinematográficos como Eisenstein y Pudovkin, cuya producción fue reseñada por Leon Moussinac y Juan Piqueras.

La misma curiosidad, la misma apertura se revela en los artículos dedicados a cuestiones políticas, desde la fascinación de «Gecé» con la Italia mussoliniana (73) a la discusión de la literatura proletaria (74).

Si, al principio, Arconada tiene a su cargo la crítica musical, pronto adquiere funciones más generalizadas y un alto grado de independencia, extendiéndose a la sección literaria, a la crítica cinematográfica y entrevistando a personalidades como Pérez de Ayala y Cansinos Assens. Finalmente, al marcharse Guillermo de Torre a América, asume las funciones de Secretario de toda la publicación desde el 15 de diciembre de 1928 hasta el 15 de agosto de 1929, época decisiva en su evolución, como veremos, marcando su separación del vanguardismo y de la influencia del Director-Gerente de la revista, que había sido considerable, no sólo en el terreno ideológico, sino también en el aspecto estilístico. Miguel Angel Hernando ha caracterizado así la prosa de Giménez Caballero en esos años:

... mantiene la frase corta, utiliza una variadísima gama de relaciones sintácticas, acorde con un lenguaje directo, original y rápido... Este tipo de prosa es el peculiar de Giménez Caballero, hombre rápido e intuitivo (75).

El tono de esta prosa entrecortada se reproduce en muchas de las aportaciones de Arconada a la *Gaceta Literaria*, tales como la presentación de su entrevista con Pérez de Ayala:

Se desborda el sol en esta carretela de la tarde. ¡A la plaza! ¡A la plaza! Bulle la sangre del transeunte dominguero. Muchedumbre. Fiesta de ruidos de bocinas. Ardor. Sed... Se acelera la vida. Un ritmo de jácara mueve toda la ciudad. Colgaduras de sombra en los balcones (76).

Igualmente se podría citar su evocación del mundo futbolístico:

Estadium. Horizontes de suburbio. Densidades de multitud. ¡Bello siglo XX! Velocidad. Acción. Fuerza (77).

(72) Ver el número especial sobre «El libro alemán en España». 1 de mayo. 1928.

(73) «12,203 kilómetros de literatura», *Gaceta Literaria*, 1 de agosto, 1928.

(74) Ver el número especial, «Los obreros y la literatura», 15 de septiembre, 1928.

(75) *Prosa vanguardista en la generación del 27*, pág. 261.

(76) *Gaceta Literaria*, 15 de junio, 1927.

(77) «Los futbolistas y la literatura», *Gaceta Literaria*, 15 de diciembre, 1927.

Ya hemos aludido a sus trabajos como crítico musical y cinematográfico, pero no sería posible examinar detalladamente toda su colaboración con la *Gaceta Literaria*. En todo caso, la aparición tan frecuente de su firma en la sección «Escaparate de libros» representa más bien el duro quehacer diario del periodista profesional. Sin embargo, a través de esta obra podemos seguir el curso de una transformación definitiva en sus ideas literarias, sociales y políticas.

De un lado tenemos su respuesta a la encuesta sobre «Política y Literatura» que apareció a finales del primer año de existencia de la *Gaceta Literaria*. Siempre fiel a las ideas orteguianas, Arconada afirma que «la literatura es deporte, juego». Si, en nuestro estudio de su etapa palentina, hemos advertido su creciente hostilidad contra las estructuras sociales de la oligarquía burguesa dominante, aquí su denuncia de los valores de la generación anterior se hace aún más incisiva: «Hay que desenmascarar a esos miserables burgueses, que son los viejos liberales.» Para Arconada esos fueron «los años de disolución, de desorganización» y todavía no surge ninguna clara orientación socio-política: «Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa, menos tener viejas ideas liberales.»

La corriente vitalista, entonces tan en boga, también se discierne en sus reseñas: citemos, por ejemplo, el estudio sobre Lenin por Leon Trotsky («un dibujo en movimiento, un dibujo en acción») (78), el libro de Alberto Londres y Gonzalo de Reparaz sobre la guerra en China («el resplandor bélico de China») (79), y, sobre todo, la biografía de Rufino Blanco Fombona escrita por Carmona Nenclares:

Estamos en un siglo de vitalidad... Respiramos acción, aire vital... Aistimos al triunfo de todas las manifestaciones vitales, frente a la derrota de todas las manifestaciones espirituales. He aquí el motivo del auge de la biografía, literatura de acción (80).

El mismo Giménez Caballero nos ha indicado hasta qué punto Arconada había sucumbido a esta fascinación tan fácil con el culto a la acción, a la agresividad de los fascistas:

Arconada... al principio se sintió fascista y me ayudó a traducir *En torno al casticismo en Italia*, título unamunesco que puse a la obra de Curzio Malaparte... Arconada fue el que me presentaría a Ramiro Ledesma Ramos, su vecino de Cuatro Caminos (81).

Se comprende fácilmente su interés en la personalidad de Malaparte, que había experimentado tensiones parecidas en una sociedad en plena evolución. En un estudio reciente Pierre Milza se refirió así a su participación en la Legión Garibaldiana:

(78) 1 de mayo, 1927.

(79) 15 de junio, 1927.

(80) 15 de junio, 1928.

(81) *Memorias de un dictador* (Barcelona, 1979), pág. 70. Se debe subrayar su sincera consideración para con Arconada, a pesar de sus diferencias posteriores: «Pero Arconada en su pobreza y lirismo y sus amores románticos por Greta Garbo, derivaría al comunismo, con pureza y humildad.»

C'est l'esprit du squadriste qui souffle sur la légion, point de rencontre de petits bourgeois idéalistes, d'apprentis lansquenets et d'intellectuels marginalisés, poussés par les vents contraires de la contestation anarcho-socialista et de la démocratie autoritaire.

Igualmente sugestivo es su comentario sobre el ambiente familiar del escritor italiano:

Malaparte s'enracine en même temps dans un milieu populaire rural, ballotté, au lendemain de la guerre, entre les deux tendances contraires de la révolution et de la contre-révolution (82).

De nuevo podemos percibir los vestigios de esta admiración en las reseñas:

Hay que ser —ahora: hoy— nacionalista (83). Boselli, que es fascista, ha visto a España a través del cristal de las predisposiciones políticas; es decir: ha visto —y ha elogiado— a una España renovada, progresiva, feliz, bajo el timón de Primo de Rivera (84).

Pero, a mediados de 1928, el ambiente en el interior de la *Gaceta Literaria* empezó a transformarse al surgir las desavenencias entre Giménez Caballero y los filofascistas, por un lado, y la joven generación marcada con signo opuesto por la Guerra de Marruecos y los años de la Dictadura por el otro; confrontación que se hizo pública con la irritación de Giménez Caballero ante el éxito conseguido por uno de sus colaboradores, José Díaz Fernández, con la publicación de una novela anti-bélica, *El Blocao*: «Los libros buenos sobre la guerra serán los que tengan un sentido afirmativo de ella.» (85)

A este conflicto entre los colegas de Arconada hay que añadir otro de orden más bien individual. Inclinado por su temperamento al aislamiento, susceptible a causa de la separación entre escritor y público, empezó a reaccionar contra las estructuras que condicionaban esta situación. Por debajo de la amarga ironía de sus comentarios sobre la Feria del Libro a finales de 1928 podemos intuir el retrato casi clásico del intelectual desarraigado:

Fuera de aquí, fuera de mi relación con las cuartillas, no soy nadie. El escritor es una irrealdad (86).

Curiosamente, fue por aquel entonces que inició sus funciones de Secretario de la revista y tuvo que dedicar toda su atención a los acontecimientos culturales más destacados de esos meses, tales como la formación del Cine Club o la visita de Milhaud a Madrid. A esto hay que añadir su entrevista

(82) «Malaparte, entre fascisme et communisme», *Le Monde Dimanche*, 21 de junio, 1981.

(83) Reseña de *Sensibilidad española*, por Juan Guixé, *Gaceta Literaria*, 15 de junio, 1927.

(84) Reseña de *La Spagna di oggi*, por C. Boselli, *Gaceta Literaria*, 15 de febrero, 1928.

(85) «Un libro de banquete», *Gaceta Literaria*, 1 de agosto, 1928. Ver también «Comunidad o masonería», 1 de septiembre, 1928.

(86) «Tras la fiesta del libro en España», *Gaceta Literaria*, 15 de octubre, 1928.

con Cansinos Assens y hasta tuvo que ocuparse de la rúbrica teatral «mientras aparece un crítico». Pero durante el verano empezó a encargarse de toda la información bibliográfica publicada en la revista y hacia el mes de agosto se descubrió un viraje importante, no sólo en los autores y libros escogidos (Zamiatin, Shostakowsky, Trotsky, Glaeser, Alicia Garcitoral, etc.), sino en el tono de los comentarios. Las tensiones sociales ahora aparecen bajo una luz aún más sombría:

Excepto en Rusia y en Italia, donde parece que la juventud ha encontrado su ritmo, su actuación, en los demás países la juventud de la postguerra está fracasando oscuramente, anónimamente, inhibiéndose, desorientándose, polarizándose en sí misma (87).

Desaparecido ahora el alegre y ligero entusiasmo a lo Giménez Caballero, se prefiere la destrucción de los mitos y la austera visión de la realidad de Ernst Glaeser «descorriendo las cortinas» de la sociedad alemana (88). El tono pesimista solamente se mitiga al examinar la versión francesa de la novela de Zamiatin, *Nous autres*. Al lograr hacer desaparecer las viejas estructuras sociales, se han sacado a relucir nuevas posibilidades artísticas que se contrastan con «lo que en occidente llamamos arte nuevo..., falso, decadente» y denunciado ahora por su esnobismo.

Igualmente es de notar, dadas sus implicaciones para la vida literaria durante los años de la República, el interés de Arconada por la situación de un escritor burgués como Shostakowsky en una sociedad revolucionaria, o los problemas con que se enfrentaba un escritor lírico como Zamiatin, simpatizante con el movimiento revolucionario, al querer acercarse a su nuevo público (89).

Enfocado así, se comprende perfectamente su desgana al reseñar el concierto de Poulenc en Madrid en 1930 y su sensación de distanciamiento del vanguardismo en su respuesta a la encuesta de la *Gaceta Literaria*, «¿Qué es la vanguardia?», en junio de 1930:

Cada día tengo menos interés por el esteticismo... La estética es el refugio cómodo y común de todos los jóvenes.

Pero todavía no ha llegado el momento del compromiso artístico de los años 30: su reacción es de «irme a la soledad, a mi soledad individualista». Admira, envidia a los que se dedican a la lucha política, pero, por su parte, no llega a resolver el conflicto entre su vocación literaria y su deber social. Refiriéndose a los escritores comprometidos concluye:

Tal vez seguiría su ejemplo si tuviese más generosidad, más vitalidad y menos urgencias personales por servir a esta irresistible vocación de escritor a la cual me debo —egoístamente— en cuerpo y alma (90).

(87) Reseña de *Notas de una vida* por el Conde de Romanones, *Gaceta Literaria*, 1 de octubre, 1929.

(88) Reseña de *Los que teníamos doce años*, *Gaceta Literaria*, 15 de septiembre, 1929.

(89) Reseña de *Nous autres* por E. Zamiatin y *El mundo hundido* por P. Shostakowsky, *Gaceta Literaria*, 1 de agosto, 1929.

(90) *Gaceta Literaria*, 15 de junio, 1930.

Si Arconada no contribuyó a las revistas de izquierdas, inmediatas precursores de la República, como *Postguerra* y *Nueva España*, no dejó de aportar su ayuda a esta corriente, colaborando con José Lorenzo y Julio Gómez de la Serna en la formación de la editorial Ulises en el verano de 1929. Como testimonio de esta etapa incluimos entre los textos suplementarios la nota biográfica sobre Stefan Zeromski, que apareció en 1931 como prólogo a la versión española de su novela *El viento del este*. La nota no lleva indicación de autor, pero seguramente en su mayor parte fue obra de Arconada, uno de los traductores. Se destaca su admiración por la conversión de Zeromski al comunismo, su compromiso tan activo frente a la represión zarista y su capacidad para poner sus dotes como novelista al servicio de la causa popular.

Según Santonja, la incorporación de Arconada al Partido Comunista de España tuvo lugar antes de proclamarse la Segunda República (92) y el mismo editor, en su prólogo a *La Turbina* nos proporciona algunas indicaciones sobre su primera militancia dentro del Sindicato Nacional de Empleados de Correos y su apoyo al grupo comunista escisionista, así como su colaboración en el boletín —impreso a ciclostyl— de esta fracción, *Comunicaciones*. Para obtener más detalles, la historia de este conflicto de tendencias dentro del Sindicato puede seguirse en el *Boletín del Sindicato Nacional de Empleados de Correos* a finales de 1931 y principios de 1932. Es típico de otros muchos que aparecen al terminar la represión sindical de la Dictadura: se podría citar, por ejemplo, el que surgió en el seno de la FETE en torno a su afiliación a la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza, tema que enfrentó de manera parecida a ugetistas contra comunistas (93).

En noviembre de 1931 los adherentes de la Sección Local de Madrid convocan una serie de asambleas extraordinarias para discutir no solamente las reivindicaciones de orden económico, sino también las afiliaciones ugetistas de los miembros de la Comisión de Destinos. Arconada actúa como secretario durante estas reuniones extraordinarias, así como la del 4 de diciembre cuando el Comité Nacional pide que se investigue a los autores de un manifiesto repartido días pasados, «suscrito por los redactores de un nuevo periódico profesional» y la del 22 de diciembre cuando se discute la posibilidad de ir a la huelga para apoyar su campaña sobre la retribución de las horas extraordinarias. Aunque ejerciendo una presión constante contra la Comisión Ejecutiva, la tendencia comunista permanece minoritaria y en las elecciones de la sección local del mes de enero, 1932, solamente se elige a Cilleros del grupo *Comunicaciones*, aunque Arconada, candidato para el puesto de Secretario, logra una votación honorable (110 contra 194 para Val Chirrite). Durante toda esta etapa podemos entrever su deseo de actuar como simple militante y no buscar una situación especial correspondiente a

(91) La denominación no se utiliza con sentido preciso: incluimos textos de varias revistas radicales y filo-marxistas dedicadas al examen y divulgación del pensamiento marxista.

(92) Introducción a C. M. Arconada, *La Guerra en Asturias* (Madrid, 1977), pag. 13.

(93) Ver *Trabajadores de la Enseñanza*, noviembre de 1931-enero de 1932.

su prestigio como escritor (94). Ya en estos primeros momentos se siente su preocupación por los problemas inherentes a la integración del escritor en las tareas de una militancia activa.

Es importante recordar este compromiso al examinar sus colaboraciones periodísticas de los años 30. Primero, hay que mencionar sus artículos sobre crítica cinematográfica aparecidos en la revista *Nosotros*, editada por César Falcón con el fin de resolver el confusiónismo ideológico existente al desaparecer la censura primorriverista (95). Al lado del entusiasmo perenne de Arconada por el cine en todas sus manifestaciones, hasta las películas de dibujos, descubrimos referencias políticas más claras en su denuncia del imperialismo yanqui visible en su reseña de *Aguilas* (96), así como su inquietud ante la influencia del financiamiento capitalista en toda la industria. Pero el artículo más sustancioso es su reseña de la película de C. B. de Mille, *El batelero del Volga*, en la que, tras sus comentarios sobre la deformación visible en la presentación de la Revolución Rusa, podemos intuir las bases de una nueva estética realista cuando compara «el fondo convencional, bondadoso... la moral burguesa... el triunfo de lo individual sobre lo colectivo» con los valores del arte soviético: «Rusia hubiese procedido con más realismo, y, por tanto, con más crueldad.» (97) A pesar de la claridad con que establece esta diferenciación, conviene notar que no deja de insistir en la calidad técnica de la película, evitando así las esquematizaciones fáciles tan corrientes por aquel entonces.

El mismo equilibrio en sus juicios se destaca en sus contribuciones a *Nuestro Cinema* que se iniciaron con «Hacia un cinema proletario» (98), artículo en que se enfrenta con uno de los problemas más candentes del momento: las relaciones entre los intelectuales y el movimiento proletario. Deechando toda idealización, se concentra en las dificultades: no es «una emigración que puede hacerse con los mismos bagajes», ni «un cómodo desplazamiento», consejos que van dirigidos «a todos esos artistas que, un poco alucinados de cine ruso ensayan su gesto protestatario contra el burgués». Lo mismo puede decirse de su escepticismo sobre los entusiasmos fáciles de los que querían realizar arte proletario en los países capitalistas, revelando así su «falta de juicio crítico sobre cada momento y cada situación de la historia».

Sus escritos más influyentes aparecieron, como es debido, en revistas destacadas como *Octubre*, *Nueva Cultura* y *Leviatán* (99). Cuando se examina la obra de estos divulgadores del pensamiento marxista conviene apuntar enseguida los problemas ocasionados por la irregularidad en las tra-

(94) La nota, algo despectiva, de Gimenez Caballero, «Arconada reza a la Virgen» (*Gaceta Literaria*, 15 agosto, 1931), también confirma esto.

(95) Ver C. Falcón «Cuestiones políticas. Liberalismo y socialismo», 1 de mayo, 1930 y, sobre todo, «*Nosotros* y *El Socialista*», 15 de mayo, 1930, en que se subraya que «*El Socialista* no está muy fuerte en doctrinas sociales».

(96) 5 de junio, 1930.

(97) 29 de mayo, 1930.

(98) Enero-febrero, 1933.

(99) Ver la introducción a la reedición de *Octubre* por Enrique Montero (Vaduz, 1977). Sobre *Nueva Cultura* ver J. Renau, *La batalla por una nova cultura* (Valencia, 1978). Sobre *Leviatán* ver M. Bizcarrondo, *Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934-1936)* (Madrid, 1975).



ducciones de textos básicos. En lo que se refiere a los escritos de Marx, y sirviéndonos del imprescindible estudio de Pedro Ribas, «Sobre la introducción del marxismo en España» (100), podemos apreciar la importancia de estas dificultades si observamos sobre todo el modo en que se tenía que depender de antologías tales como *El socialismo expuesto por Carlos Marx* (Madrid, 1931) y *Socialismo utópico y socialismo científico* (varias ediciones entre 1880 y 1938), el retraso en la traducción de obras como *El 18 Brumario* (Madrid, 1935) o *Tesis sobre Feuerbach* que no aparecería hasta las *Obras Escogidas* editadas por Wenceslao Roces en 1938, sin mencionar muchos otros textos hoy considerados como imprescindibles. En cuanto a estudios sobre cuestiones literarias y estéticas solamente se podía contar con *El arte y la vida social* de Plejánov (Madrid, 1929) y *Literatura y revolución*, de Trotsky (Madrid, 1930).

Teniendo en cuenta estas limitaciones, podemos apreciar en su justo valor la claridad del resumen de los rasgos principales del pensamiento de Marx que Arconada publicó en *Octubre* (101), destacando su esencial dinámica («un razonamiento vital en marcha hacia su desarrollo... un medio para realizar consecuencias posteriores... no una especulación mental»), su carácter científico, tan típico del siglo XX y su exposición del materialismo histórico. Su contribución al primer número de *Octubre*, «Quince años de literatura española» constituye un esbozo de lo que podría ser un estudio sobre dicho tema desde esta perspectiva. Hay que subrayar su carácter de ensayo algo esquematizado («Este periodo [los años veinte] no dio ningún gran poeta.») pero, al nivel de sus preocupaciones personales, vuelve a plantear dos temas que le obsesionaban: primero, el intelectual y «su apartada desconexión» de la sociedad que le rodea, y, segundo, la imposibilidad de querer acelerar artificialmente la evolución de una cultura popular.

Su último trabajo aparecido en *Octubre* sobre «La doctrina intelectual del fascismo» resume bien el pensamiento marxista de la época sobre la evolución probable de la burguesía, siempre más arrinconada, hacia el fascismo, a la vez que bosqueja las implicaciones artísticas de la doctrina con una comparación entre los mitos fascistas, los sueños de un futuro utópico, la añoranza de un pasado desaparecido por un lado y, por otro, el culto severo al estudio del presente por parte de los social realistas, tema que volvería a tratar en *Sur* en 1935 (102) y en *Leviatán* en 1936 (103).

De todos los artículos aparecidos en *Octubre*, estos trabajos de Arconada forman una de las aportaciones con mayores pretensiones teóricas y para valorarlos adecuadamente es necesario acordarse del contexto general en que aparecieron: a pesar de los esfuerzos de precursores como los redactores de revistas como *Postguerra*, *Nueva España*, *Nosotros*, etc., a pesar de la formación de asociaciones de escritores y artistas revolucionarios, proletarios, la organización de congresos internacionales (104), reinaba todavía

(100) *Estudios de Historia Social*, núms. 5-6, 1979, págs. 317-60.

(101) «Breve homenaje a Carlos Marx», *Octubre*, núms. 4-5, octubre-noviembre, 1933.

(102) «Vivimos regidos por la edad antigua», diciembre, 1935.

(103) «El fascismo no puede crear una cultura», I de julio, 1936.

(104) Sobre estas actividades ver el libro de Manuel Aznar, *Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*. Vol. II, *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana* (Barcelona, 1978), págs. 47-51.

el clima de confusión ideológica subrayado por Enrique Montero en su presentación de la reedición.

Por aquel tiempo Arconada estaba orientando su propia obra como escritor en este sentido: en 1933 apareció *Los pobres contra los ricos* y, en 1934, *Reparto de tierras*, dos tentativas de integrarse en la corriente del socialrealismo y de ponerse al servicio de la causa popular. Del mismo año, 1934, disponemos de dos textos que esclarecen la trayectoria de sus ideas sobre la poesía y sus dificultades en reconciliar su natural imaginativo con los deberes sociales. El tono de «L'epica del social» (105) es tajante, afirmativo y no admite el menor rasgo de su anterior inspiración: «... ha mort la poesia burguesa... Els nous poetes canten la nova realitat». Sus poemas publicados en *Frente Literario* (106) por aquel entonces confirman este propósito de abandonar «la vieja luna de los sueños, la evasión de suspiros» para acercarse a «las voces rebeldes de nuestros camaradas que circundan la tierra», reflejando así la poética formulada por Arturo Serrano Pla en la revista de Burgos Lecea (107). Pero el problema no pudo resolverse tan fácilmente, y, a principios de 1935, surge su inquietud ante la imposibilidad de hundir su temperamento poético en la literatura documental. En «La poesía en el cinema» afirma sin ambages su credo lírico:

... esa inundación de belleza que es la poesía..., el secreto que hace ascender la realidad vulgar de los hechos y de las cosas a la categoría superior de la belleza (108).

Parecidas reservas sobre la situación del poeta en la nueva sociedad se expresan en su reseña de la obra poética de Alberti que se publicó, igualmente en enero de 1935, en el primer número de *Nueva Cultura*. El tema fue ampliamente debatido en esos años y toda la rica polémica ha sido reproducida de modo minucioso por Cano Ballesta en el capítulo «Poesía y revolución (1934-36)» de su libro *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)* (109). Lo curioso en este caso es la distancia que separa estas dudas de Arconada del tono general del mensual de Renau que había fijado claros objetivos para esta «revista de orientación intelectual», creación del ambiente más conflictivo producido por la represión en Asturias: «Aspiramos a una sumersión profunda en la comunidad» proclamó la primera nota editorial, rebotante de la confianza y resolución de sus redactores.

Sin embargo, Arconada nunca vaciló en su adhesión al Partido Comunista y, al reaparecer *Mundo Obrero* a principios de 1936, se integró inmediatamente al equipo de redactores, encargándose de la información bibliográfica, con los mismos fines de divulgación que siempre le habían interesado. Conviene poner de relieve la evidente mejoría que experimentó el *Mundo Obrero* en su cuarta época, sobre todo en lo que se refiere a la información cultural. El equipo que se ocupaba de esta sección incluía a Eusebio

(105) *Full Roig*, mayo, 1934.

(106) 5 de febrero, 1934.

(107) «Homenaje a Juan Ramón», 5 de mayo, 1934.

(108) *Nuestro Cinema*, enero de 1935.

(109) (Madrid, 1972.)

Cimorra como crítico teatral, Carlos Palacio para la música, Juan Piqueras, Mariano Perla y Antonio del Amo para el cine, y con la colaboración, a veces, de José Luis Cano, Burgos Lecea, Armando Bazán y otros, todos con ideas muy claras sobre la importancia de crear una identidad cultural popular.

Por supuesto, muchos de estos trabajos de Arconada se limitan a la necesidad de informar a sus lectores sobre la actualidad literaria y cultural: la muerte de Valle Inclán el 6 de enero, de Rudyard Kipling el 18 de enero o el regreso a España de Rafael Alberti y María Teresa León el 27 de enero. Pero no tarda en surgir de nuevo su constante preocupación sobre la manera de conciliar la inspiración del poeta con sus obligaciones como ciudadano. Es su misma honestidad la que le impide contentarse con las ardorosas declaraciones de adhesión al Frente Popular que no faltaban por entonces:

La cuestión es honda cuando se la examina con sinceridad, pues no cabe eludirla, como se hace corrientemente con buenas intenciones y con engañosas falsedades (110).

Al día siguiente, al escribir sobre el centenario del nacimiento de Bécquer para celebrar «su sinceridad, su angustiada soledad», hacia hincapié en la necesidad urgente por parte del hombre contemporáneo de saber «compartir la acción con la contemplación». Lejos de querer aislarse y buscar la evasión, aprovecha la ocasión de la muerte de Villaespesa para insistir en que el poeta tiene que abandonar sus nostalgias y «recibir el azote de las inclemencias y las tempestades».

Su trabajo en la página literaria le proporcionó la ocasión de comentar la literatura documental, tan típica de la época, y de enfrentarse otra vez con el problema de las relaciones entre esta clase de reportaje y la literatura, problema que a su vez escondía una cuestión aún más espinosa: el papel del escritor en la España de 1936 y su posible limitación a los deberes inmediatos del momento. Al reseñar *Campos roturados* de Sholokov, Arconada subrayó el equilibrio entre contenido y expresión: no es solamente «una fotografía de la vida», pero tampoco cae en el extremo opuesto de «bella literatura» (111). Y repasando la voluminosa literatura sobre los acontecimientos de 1934 en Asturias, distinguió, asimismo, entre los que sabían elevar y generalizar su caso y los que no eran capaces de esta superación del yo, para amonestar a los presuntos autores que creían en la posibilidad de una producción casi automática y rutinaria (112).

Examina de nuevo esta temática, más detenidamente, en su estudio sobre «Marx, Engels y el romanticismo», publicado en *Problemas de Nueva Cultura* en abril de 1936. Tras su defensa de los escritores románticos contra las críticas de Plejánov, se puede observar su simpatía por los artistas de aquella época:

(110) «Los escritores y artistas han desfilado junto al proletariado». 10 de marzo, 1936. Ver el artículo de Pla y Beltrán, «Sobre una crítica», también aparecido en *Mundo Obrero*, 8 de abril, 1936.

(111) 19 de junio, 1936.

(112) Reseña de *Sangre de octubre*, por M. Álvarez Suárez, 9 de mayo, 1936.

...un poco luchando entre la servidumbre y la libertad, por encima de sus contemporáneos, pero no lejos de ellos ni de su mundo,... conquistando sus derechos a la profundidad.

Termina con una poderosa afirmación de los valores de un nuevo humanismo adaptado a las exigencias de una sociedad colectiva, y es de lamentar que la guerra le negase la posibilidad de llevar más adelante estas ideas.

Gonzalo Santonja, en su presentación de las *Crónicas de la Guerra* nos ha trazado la historia de sus reportajes del frente de Asturias a finales de 1936 y principios de 1937, así como de su silencio después de la victoria de las tropas franquistas en el norte. No reanudó sus aportaciones a la prensa periódica hasta mediados de 1938, primero en *Meridia* y, más tarde, en *Frente Rojo*. No creo que el artículo de Clemente Cimorra, «Pregunta grave al escritor» (113), fuese un latigazo inesperado que le animara a abandonar el pesimismo de su retraimiento. Arconada había debido experimentar la misma incertidumbre al contrastar su defensa de la poesía de Bécquer con la pregunta tan brutal de Agustín Puértolas, «¿Para quién escribe usted?», artículo publicado en *Mundo Obrero* el 22 de febrero de 1936. Del mismo modo, en el ambiente de resistencia a ultranza a principios de 1938, se podía encontrar, en las columnas de *Frente Rojo*, repetidas llamadas a la cooperación activa de los escritores (114). Entre las firmas que aparecían en el diario comunista se debe mencionar a Segundo Serrano Poncela, Rodolfo Halftter, Benjamín Jarnés y Vicente Salas Viu. Estas exhortaciones, así como la grave crisis en Checoslovaquia, pueden, igualmente, explicar su regreso a las filas, aunque, inevitablemente, en estos últimos meses de la guerra, un tono duro y sombrío iba a caracterizar estos escritos.

Terminamos con un cuento escrito poco después de su llegada a Moscú, «Las aventuras de tres huérfanos en Cuatro Caminos», publicado en *Literatura Internacional* en octubre de 1942 (115). Esta no fue la primera aportación de Arconada a la revista moscovita que, desde su fundación en 1932, siempre había abierto sus páginas a artículos y reseñas sobre las nuevas corrientes de la literatura española del hispanista ruso Kelyin. Entre estos podemos mencionar su estudio sobre la literatura anti-bélica en España, con especial referencia a *Imán* (núms. 2-3, 1932), «España literaria» (núm. 6, 1934) donde destacó el papel de Rafael Alberti y María Teresa León en la fundación de *Octubre*, así como el de Sender en el periódico madrileño, *La Lucha*, y, en el núm. 6 de 1935, su esbozo de la vida y obra de Carranque de Ríos. Igualmente se publicaron con cierta regularidad extractos de escritores españoles contemporáneos como Benavides (*El último pirata del Mediterráneo*, núm. 7, 1935) y Sender (*Siete domingos rojos*, núm. 5, 1934, *O.P.*, núm. 18, 1935, *El secreto*, núm. 4, 1936, *Primera de Acero*, núm. 7, 1937) y fue en esta serie en la que apareció, en 1934, la en-

(113) *Frente Rojo*, 1 de abril, 1938.

(114) Ver, por ejemplo, «Un deber de los intelectuales. Gritar la verdad al pueblo», 24 de febrero, 1938.

(115) Desgraciadamente solamente hemos podido consultar la versión inglesa de la revista en la que las aportaciones españolas aparecieron en traducción inglesa.

cuesta organizada por la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios con respuestas de Arconada, Arderius, Sender y Serrano Plaja.

El número de páginas dedicadas a España aumentó notablemente durante los años de la Guerra Civil con la publicación de poemas de Lorca, Altolaguirre, Machado y Pla y Beltrán, declaraciones de Sender y Bergamín, así como artículos de Kelyin sobre las obras literarias publicadas durante la guerra o la reforma educativa.

Como era de esperar, la orientación de la revista se transformó con la invasión nazi de la Unión Soviética y las menciones de los españoles desterrados se hacen más raras. La integración de Arconada en el equipo editorial de *Literatura Internacional* (más tarde *Literatura Soviética*) por aquel entonces ha sido comentada por Gonzalo Santonja en su introducción a *La Turbina* y por Juan Antonio Hormigón en «Arconada, aquí y ahora» (116). De sus aportaciones de aquella época podemos seleccionar como colofón de su obra periodística su cuento sobre las aventuras de tres huérfanos de Cuatro Caminos en los últimos días de la guerra. Efectivamente, la honda tristeza y el sentido de abandono con que sus jóvenes héroes se despiden de Madrid ante la entrada de las tropas franquistas parece reproducir lo que debía de ser el estado de ánimo del propio autor al iniciar los largos años de su destierro. Recordemos su respuesta a la preguntas sobre una posible continuación de *Río Tajo* (citada por Hormigón en su presentación de esta novela):

Quando Chaparreo y yo regresemos a España seguiremos nuestra narración. Estamos los dos demasiado enraizados en el agreste suelo castellano para que podamos realizar esta tarea fuera de él, alejados de su pulso y latido.

### Conclusión

Hemos subrayado al principio de esta introducción la manera en que Arconada resumía tantos aspectos de la vida intelectual de los años veinte y treinta: el joven literato, completamente autodidacto, aislado en una ciudad de provincias, su adaptación a la vida madrileña, acercamiento y luego distanciamiento de los círculos vanguardistas para convertirse en uno de los primeros teóricos de la estética marxista en España y finalmente experimentar la amargura del exilio. Situar sus escritos de los años veinte resulta relativamente fácil dentro del contexto de los bien conocidos contornos del vanguardismo español: evaluar su aportación a la recepción de la estética marxista en España es más problemático. Nadie puede negar la eficacia de su obra de divulgación, sobre todo cuando se piensa en sus reseñas cinematográficas en *Nosotros* o los artículos de *Mundo Obrero*. Los escritos más bien teóricos en revistas como *Octubre*, *Nueva Cultura* y *Leviatán* demuestran cualidades considerables, especialmente cuando se recuerdan los problemas bibliográficos ya mencionados. Sin embargo, forman un cuerpo algo reducido y con ciertos altibajos que se manifiestan al cotejar sus contribuciones tan regulares a *Octubre* en 1933 con las dudas y reservas emitidas a principios de 1935 o cuando nos fijamos en contradicciones tales como su

(116) *Triunfo*, 9 de noviembre, 1974.

exaltación del romanticismo en el importante artículo sobre Marx y Engels en *Problemas de Nueva Cultura* que difícilmente casan con su perspicaz crítica del socialismo utópico en *Leviatán*.

Existen, tal vez, ciertas semejanzas con las tensiones visibles en su obra literaria de aquella época. *Los pobres contra los ricos* y *Reparto de tierras* constituyen una tentativa interesante de adaptarse a la técnica del socialrealismo, pero si sirvieron para revelar los problemas del campesinado y apoyarle en su lucha, manifiestan imperfecciones desde el punto de vista narrativo. Es interesante mencionar que en uno de sus primeros ensayos en este género, *La humildad*, publicado en la colección *Las siete virtudes* en 1931, se descubren algunos de los mismos fallos que habían caracterizado los cuentos publicados en el *Diario Palentino* (un elemento de sentimentalismo, por ejemplo). Con referencia a su novela de la Guerra Civil, *Río Tajo*, puede parecer curioso que sigue siempre dentro de la temática rural que, lejos de permitirle un mayor grado de realismo, conduce más bien a una idealización utópica de los pastores. Si comparamos estas obras con su última colección de poesías, *Vivimos en una noche oscura* (1936), de inspiración urbana, se destacan enseguida los comentarios unánimemente elogiosos de los críticos: para Díaz Fernández, reseñando el libro en *Política* el 31 de enero de 1936, había logrado «la fusión difícil de los temas sociales con los mejores valores artísticos». Aún más interesante es el juicio de J. Lechner:

Su humanismo idealista, su uso frecuente de la anáfora y los largos versículos —predomina en el libro el verso libre— delatan una neta influencia de León Felipe... Contrariamente a la mayor parte de los libros que hemos estudiado hasta aquí, en éste el tema del campo y la imagería procedente del ambiente rural escasean, mientras que la preocupación del poeta gira más bien en torno a la miseria de los arrabales y del proletariado industrial. Poesía auténtica, que merece ser conocida y de la que no hemos encontrado mención hasta ahora (117).

¿Debemos concluir que su verdadero talento (dejando aparte sus escritos críticos y teóricos) era más bien poético, talento contrariado, hasta cierto punto, por su dificultad en concebir, en justificar, el papel del poeta en una sociedad revolucionaria? Para Arconada, todo parecía indicar que la sociedad necesitaba sobre todo la colaboración de prosistas para las exigencias de la literatura documental (118). Pero esta tensión no debe considerarse como defecto: hombre de la más rigurosa integridad, muy por encima de toda sospecha de añoranzas burguesas, su gran mérito fue su honestidad en formular, en artículos como «Hacia un cinema proletario» o «Los escritores y artistas han desfilado junto al proletariado», estas preguntas sobre las relaciones de los intelectuales, de los poetas, con una sociedad revolucionaria. Con Arconada se empieza a vislumbrar, más allá de sus deberes inmediatos en la defensa de la República, la cuestión más amplia y contemporánea del papel de la creación literaria y artística en una sociedad colectivista.

(117) *El compromiso en la poesía española del siglo XX* (Leiden, 1968), pág. 164.

(118) Es irónico que su obra poética siga desconocida; en cambio, se han reeditado sus novelas.

**JULIAN ZUGAZAGOITIA  
Y «EL SOCIALISTA»**  
Manuel PEREZ LEDESMA y Santos JULIA

**MANUEL PEREZ LEDESMA**

*Profesor de Historia de los Movimientos Sociales en la Universidad Autónoma de Madrid, se ha especializado en la historia del movimiento obrero español, y ha colaborado en diversas revistas y periódicos diarios españoles.*

*Destacan entre sus obras: **Pensamiento socialista español a comienzos de siglo (1974); La alternativa radical (1981); Contra el hambre y la carrera de armamentos (1982); La transición política en España (1984, en colaboración con Manuel Andújar y Salvador Sánchez Pardo). Ha publicado una edición de los Escritos de Pablo Iglesias, con una Introducción (tomo I, 1976).***

**SANTOS JULIA**

*Profesor titular del Departamento de Ciencia Política y Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, es autor de una treintena de artículos relacionados con el socialismo, la historia de los sindicatos, la República, Azaña, los partidos políticos en la República, etcétera. En distintos periodos ha sido profesor investigador en las Universidades de Oxford (Reino Unido) y Stanford (EE.UU.).*

*Ha publicado los siguientes libros: **Orígenes del Frente Popular en España (1979); La izquierda del PSOE, 1936-36 (1977); Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases (1984).***

### Manuel Pérez Ledesma

Mi propósito es hacer una semblanza general de la figura de Zugazagoitia y un pequeño resumen de cómo era *El Socialista* antes de que Zugazagoitia se hiciera cargo de él como director. Después el profesor Santos Juliá hablará del enlace entre la figura de Zugazagoitia y el periódico *El Socialista*, que se produce en los años que van de 1932 a 1937.

Hablando en términos generales e intentando hacer con la mayor rapidez posible una semblanza general de la figura de Zugazagoitia, conviene empezar recordando que Zugazagoitia, al igual que muchos periodistas del periodo anterior a la guerra, combinó a lo largo de su vida, de una vida que fue, como es bien sabido, muy corta, porque fue ejecutado cuando tenía escasamente 40 años, muy diversas facetas, muy diversas actividades. Fue desde muy joven militante socialista, ocupó cargos en las Juventudes Socialistas. Más tarde, en los años treinta, desempeñó cargos políticos, desde concejal de Bilbao hasta ministro de Gobernación en el Gobierno Negrín, y más tarde Secretario General del Ministerio de Defensa, también con Negrín. Fue, además, autor de numerosos libros, de algunas biografías, como la biografía de Pablo Iglesias o la biografía de Tomás Meabe; de novelas como *El asalto* o *El Botín*; de libros de reportajes, de viajes, como el que escribió después de su viaje a Rusia; fue, por fin, colaborador de diversos periódicos, de diversas publicaciones de izquierdas, hasta convertirse en 1932 en director de *El Socialista*.

De esta amplia gama de actividades que a lo largo de sus 40 años realizó, sin duda la de periodista era aquella con la que se sentía más identificado, con la que se sentía realizado y que más añoraba cuando se veía obligado a dedicarse a otras actividades.

En su último libro, en uno de sus textos más importantes, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, publicado en 1940, poco después de su marcha de España y del final de la Guerra, Zugazagoitia recuerda en varios momentos cómo añoraba desde el puesto de ministro de Gobernación, o más tarde desde el puesto de Secretario General del Ministerio de Defensa, el periodismo activo: «Me ilusionaba la idea de regresar a Madrid y tomar de nuevo la dirección de *El Socialista*.» Era como periodista como Zugazagoitia se sentía más él. Y lo que puede parecer simbólico o emblemático: murió precisamen-

te por ser periodista, y no por las diversas actividades políticas en las que durante la República y la Guerra se había visto involucrado.

En efecto, si creemos la versión que me contó hace años el veterano socialista asturiano Teodomiro Menéndez, fue el periodismo la causa de la ejecución o del asesinato legal de Julián Zugazagoitia.

En 1940 Zugazagoitia, refugiado en Francia, cae en manos de la Gestapo y junto con otras destacadas personalidades del bando republicano —como el Presidente de la Generalitat Lluís Companys, como Cipriano Rivas Cherif, como Francisco Cruz Salido, redactor jefe de *El Socialista*, como el mismo Teodomiro Menéndez—, fue entregado por la Gestapo a la policía franquista, trasladado a Madrid y aquí juzgado.

De los cinco que acabo de citar, dos eran periodistas: Cruz Salido y Zugazagoitia. Zugazagoitia, de los dos, era el que había desempeñado cargos tanto periodísticos como políticos de mayor envergadura. Pero si es cierta la versión de Teodomiro Menéndez, que vivió los acontecimientos muy de cerca porque él también estuvo en esa detención y en esos procesos, era Cruz Salido, el antiguo redactor jefe de *El Socialista*, el más odiado, aquel sobre el que se pretendía ejercer las represalias más duras.

Cruz Salido tenía, dice o reconoce el propio Zugazagoitia, una amplia fama de hombre esquinado, tortuoso y agrio, justamente lo contrario de lo que era en realidad. Cruz Salido, según el testimonio de Zugazagoitia, era un hombre bueno que se había visto metido a hacer columnas de crítica política y que con ello había conseguido un gran número de enemigos, incluso en el propio bando republicano y, sobre todo, entre algunos sectores militares. Y las críticas de Cruz Salido (en especial Teodomiro Menéndez recordaba una crítica a determinadas concesiones a los oficiales del Ejército) causaron la muerte de ambos: Cruz Salido fue condenado a muerte, pero nadie podía ejecutarlo sin ejecutar también al que había sido el director del periódico en los años en los que Cruz Salido escribía.

De alguna forma Zugazagoitia fue víctima por ser periodista, fue víctima por haber sido el director de un periódico.

La actitud de sus ejecutores contrasta con la que Zugazagoitia había mantenido en los años de la guerra y en los momentos inmediatamente finales de la guerra. Zugazagoitia practicaba, dice Azaña, un periodismo «discreto, sesudo y razonable». Zugazagoitia, como han recordado algunos historiadores, en concreto Gabriel Jackson, había protestado en los meses o semanas iniciales de la guerra contra los paseos y las checas. Cuando fue ministro de la Gobernación había intentado tener bajo control a la policía y disminuir la represión. De su puño y letra habían salido salvoconductos para que pudieran cruzar las filas y pasar de la zona republicana a la zona facciosa Rafael Sánchez Mazas, Fernández Cuesta o Wenceslao Fernández Flórez.

Zugazagoitia, después de perdida la guerra, en el prólogo de *Guerra y vicisitudes de los españoles* manifestaba un tono completamente opuesto a lo que él llamó «la pasión cainita», utilizando términos que proceden de Miguel de Unamuno, de muchos españoles de ambos bandos. En ese prólogo Zugazagoitia decía, en una cita que aunque sea un poco larga no me resisto a reproducir: «Asesinándonos hemos vivido los españoles todo este último período. Dispuestos a seguir matándonos nos acechamos. ¿Cuántos años guar-

daremos esta pasión cainita? No cabe adelantar ninguna respuesta tranquilizadora. Todas las conjeturas son pesimistas. ¿Vamos a continuar en el mismo escorzo violento más tiempo del que la propia vida nos acuerde, prolongando la desesperación a través de nuestros hijos? Entre los que contestan rotundamente no, me inscribo. Prefiero pagar a la maledicencia las alcabalas más penosas y ser cobarde para quienes me disciernan este dictorio, renegado para los que por tal me tengan. Escéptico, traidor, egoísta... todo me parecerá soportable antes de envenenar con un legado de odio la conciencia virgen de las nuevas generaciones españolas.»

La actitud de Zugazagoitia que este texto refleja y que su actuación durante la guerra pone de manifiesto estaba exactamente en las antípodas de la actitud de la Gestapo que le secuestró y le trasladó a España, y de la actitud del Tribunal que le condenó a muerte.

En noviembre de 1940, Zugazagoitia y su antiguo compañero de redacción, Francisco Cruz Salido, morían fusilados en Madrid. Acababa una carrera corta e intensa de un periodista socialista. Una carrera que había empezado prácticamente 20 años antes.

Julián Zugazagoitia había nacido a comienzos de siglo (no se sabe la fecha exacta de su nacimiento, 1900-1901), en Bilbao, en el seno de una familia obrera de clara afiliación socialista.

Su padre era un obrero metalúrgico que había sido uno de los primeros afiliados a la Agrupación Socialista de Bilbao; que había desempeñado cargos políticos, incluso llegó a concejal de Bilbao, y sindicales (fue miembro de la directiva de la sección de su oficio).

De tal manera que Zugazagoitia, como otros muchos socialistas vascos, había vivido el socialismo desde su casa, desde su infancia. Si a esto se añade la influencia de Tomás Meabe, fundador de las Juventudes Socialistas, y del núcleo que en torno a Prieto aparece en el socialismo vasco de estos momentos, no es de extrañar que a los 20 años Julián Zugazagoitia fuera ya presidente de la Juventud Socialista de su ciudad y que, en ese mismo momento, empezara a poner de manifiesto sus aficiones periodísticas.

Sus primeros escritos aparecen en *El Liberal* de Bilbao y en *La Lucha de Clases* y poco después, en 1921, se convierte en director de este último periódico, cargo que desempeñará hasta su destierro en 1924.

*La Lucha de Clases* era, como es bien sabido, el semanario de mayor altura intelectual probablemente del socialismo español durante toda o casi toda su historia. *La Lucha de Clases* tiene dos etapas: una primera desde 1894 hasta 1907, en la que colaboró Unamuno, en la que estuvo dirigido por Valentín Hernández y donde los escritos o colaboraciones alcanzan una altura muy superior a la que en aquellos momentos tenía el órgano central del Partido, *El Socialista*, que se publicaba en Madrid.

Después de varios años en los que *La Lucha de Clases* no se publica, en 1921 reaparece bajo la dirección de este joven de 20 ó 21 años, Julián Zugazagoitia, que continuó la tarea de Valentín Hernández, la tarea que lo había convertido en el periódico de mayor altura de finales de siglo.

En *La Lucha de Clases* se define con claridad, en los años en los que Zugazagoitia es su director, el tipo de periodismo que éste va a realizar en años posteriores.

Comienza a dirigir el periódico justo en el momento en que el socialismo

español se encuentra sometido a las tensiones derivadas de la creación de la III Internacional y de los debates que conducirán a la escisión comunista.

Bajo estas influencias Zugazagoitia toma desde muy pronto una postura claramente contraria a la escisión y a los escisionistas, una postura que Juan Pablo Fussi, que ha estudiado con detalle *La Lucha de Clases* de estos años, define diciendo que bajo la dirección de Zugazagoitia *La Lucha de Clases* se convirtió en el «portavoz de un anticomunismo firme y decidido, pero también comedido y sobrio».

Los adjetivos creo que son muy precisos para definir el tono o el estilo que Zugazagoitia emplearía durante toda su actividad periodística. Era firme en sus convicciones, pero sobrio y comedido en la enunciación de las mismas.

Pese a ello, el primer dictador del siglo XX español, Primo de Rivera, le condenó en 1924 por un delito de imprenta a un destierro de cinco años, destierro que alejó a Zugazagoitia de la labor periodística directa, que le obligó a abandonar Bilbao y que le permitió en los años siguientes lanzarse a otras de sus vocaciones, la vocación literaria.

En estos años es cuando Zugazagoitia escribe la mayor parte de sus libros. Escribe, para empezar, una biografía de Pablo Iglesias: la primera, porque Zugazagoitia publicó tres biografías de Pablo Iglesias.

La primera, *Pablo Iglesias, una vida heroica*, es el fruto de las conversaciones que sostiene en Madrid en 1925 con Pablo Iglesias, ya en los últimos momentos de su vida. La corrección de pruebas se hace en los días inmediatamente siguientes a la muerte de Pablo Iglesias, a comienzos de diciembre de 1925 y algunos extractos del libro recién redactado se publican en *El Socialista* en los días siguientes al fallecimiento de Iglesias.

Esta biografía es una de las tres biografías conocidas de Iglesias. Hay otras dos: la de Morato y la de Juan Almela Meliá. Si hacemos una rápida comparación entre las tres, habría que decir que la biografía de Morato es la más distante, la más pacífica. La biografía de Juan Almela Meliá, hijastro de Iglesias, es la más hagiográfica. Zugazagoitia se mantiene en un cierto equilibrio entre las dos posiciones. La suya es una biografía con un fuerte contenido sentimental, pero no con la carga de exaltación hagiográfica que el hijastro de Iglesias le dio a su texto.

Poco después publica una biografía mucho más breve de quien había sido su mentor juvenil, Tomás Meabe, creador de las Juventudes Socialistas. Zugazagoitia escribe un texto que titula *Una vida humilde*, que se publica un año después de la biografía de Iglesias y que formaba parte de una trilogía que completó después con otro libro titulado *Una vida anónima*: el líder socialista Pablo Iglesias, el dirigente que muere joven, la promesa del socialismo, Tomás Meabe, y en *Una vida anónima* el obrero, las vicisitudes de la vida de un obrero común y corriente.

De la biografía salta por fin a la novela y a finales de la década de 1920 publica dos novelas: *El Asalto* y *El Botín*. *El Asalto* es un análisis de las luchas sociales en la minería vasca de finales del siglo pasado. *El Botín* es una descripción de los acontecimientos de 1917. Pero más que en el análisis de estas dos novelas, querría detenerme, aunque sea un momento, en la descripción de la actitud de Zugazagoitia como novelista.

Se ha dicho en algún momento que Zugazagoitia es el padre de la novela social española, que en los años treinta, en el periodo republicano, tendrá su momento de gran auge. Quizá no es exactamente el padre (hay un precursor ilustre, Ciges Aparicio), pero sí es uno de los primeros que en el final de la dictadura y en el momento de transición hacia la República define un tipo nuevo de novela en contraste con la concepción de la literatura de los discípulos de Ortega.

Un tipo de literatura, un tipo de novela que está perfectamente reflejado en un texto que Zugazagoitia publica en *La Nueva España* en 1930, con el título «La masa en la literatura», en el que recoge una crítica a los vanguardistas, que niegan la presencia de las masas en la literatura, y hace una defensa de una literatura, no marxista, sino de una literatura en la que las masas se sientan identificadas, vean recogidos sus problemas, las vicisitudes de su vida, sus aspiraciones de emancipación. Una literatura que para él tiene su precursor, aunque no en el estilo si en el contenido, en Galdós. En las novelas de Zugazagoitia está Galdós detrás, está Ciges Aparicio, y estos textos son el punto intermedio con la nueva novela social de Díaz Fernández o de Arconada.

Pese a su alejamiento de Bilbao, pese a su dedicación a la literatura, pese a la publicación en un plazo muy corto de todos estos libros, Zugazagoitia no olvida el periodismo, y ya que no puede ejercer en estos años el diario, intenta realizar un periodismo de mayor altura teórica, y en 1927 protagoniza un empeño de muy escaso éxito, pero muy significativo.

En 1927 Zugazagoitia dirige unos llamados *Cuadernos Socialistas de Trabajo*, que se publican en Bilbao con periodicidad mensual y que representan el intento de Zugazagoitia de estar presente en el mundo de la prensa, ya que no a través de la actividad periodística diaria, por lo menos a través de un mensual de mayor contenido teórico o analítico que el que la prensa diaria puede tener.

Se trata de una iniciativa personal, por la información que tengo, una iniciativa que no se vio apoyada por el Partido Socialista. El Partido Socialista siempre tenía grandes recelos ante este tipo de iniciativas, porque temían que restaran lectores a *El Socialista*, su órgano central, y Zugazagoitia, lo mismo que le había ocurrido a García Quejido a comienzos de siglo con *La Nueva Era*, lo mismo que le ocurre a García Cortés en 1908 con *El Socialismo*, sólo conseguirá sacar cinco números; o, por lo menos, sólo he conseguido encontrar cinco números de estos cuadernos, que aparecen de enero a mayo de 1927. Son cuadernos de unas 24 páginas cada uno, que recogen artículos de mayor extensión de la que se puede incluir en un periódico y, sobre todo, en un periódico de cuatro páginas como era *El Socialista*, y donde se intenta un análisis de las organizaciones y de la actividad sindical más que de la actividad política, por las dificultades que los análisis políticos tienen en pleno periodo dictatorial.

Fracasado este empeño, Zugazagoitia se queda sin órgano de expresión propio. Colabora en *El Socialista*, colabora en el intento de revista literario-política que es *Nueva España*, un proyecto en el que intervienen algunos socialistas como él, junto con republicanos, en especial republicanos del ala radical socialista. Finalmente, en 1932, por un acuerdo del Congreso del



Partido Socialista, es nombrado director del órgano central del partido, *El Socialista*.

Director de *El Socialista*, con la misión, sospecho, y con la intención de renovar un órgano periodístico que de alguna forma está en esos momentos anquilosado o es incapaz de responder a las necesidades que el partido tiene de un periódico atractivo para la clase obrera a la que se dirige.

*El Socialista*, si damos otra vez marcha atrás, si lo cogemos desde sus momentos iniciales, había sido durante mucho tiempo (no puedo detenerme excesivamente en ello) un periódico de aficionados. Había sido un órgano militante, elaborado, desde su redacción hasta las fajas necesarias para el envío a los suscriptores, por tipógrafos que dedicaban a él sus energías, en muchos casos de forma gratuita, pero tipógrafos, gente cuyo contacto con la prensa era esporádico (salvo el caso de Morato, que tendrá una colaboración periodística sostenida después en *El Heraldo*, o el caso de Iglesias, que acaba convirtiéndose en redactor fijo).

*El Socialista* había sido fundado como semanario en 1886 gracias a un pequeño capital inicial captado con la emisión de unas acciones suscritas por miembros de los primeros grupos socialistas de Madrid, Guadalajara, etcétera. En su primera etapa, hasta 1913, en que logró convertirse en diario, *El Socialista*, como han señalado entre otros Santiago Castillo o María Cruz Seoane, no era un órgano de información en el sentido estricto, sino un periódico militante.

No daba noticias, o por lo menos no daba noticias desnudas. Lo que hacía era comentarios sobre ellas, de acuerdo con una línea editorial muy rígida que aparece fijada en las bases que se aprueban en el momento de la publicación del periódico, las famosas *cuatro bases* aprobadas en el 86, que definen cuál será la actitud, tanto en el terreno político como en el terreno reivindicativo, económico o sindical, del periódico.

En el terreno político se dice que el periódico deberá defender el programa y colaborar al desarrollo organizativo del Partido Socialista y que deberá combatir a todos los partidos burgueses y en especial a los más avanzados. El Partido Socialista se define en estos momentos muy alejado de o muy enfrentado a los republicanos.

En el terreno económico o reivindicativo, *El Socialista* se define por el apoyo a las huelgas y a los movimientos de resistencia obrera y el estímulo a la creación de sindicatos o de sociedades de resistencia.

Son estas líneas, aprobadas en las bases del 86, las que Pablo Iglesias mantendrá durante el periodo en el que *El Socialista* es semanario, es decir, hasta 1913, con una absoluta rigidez.

El periódico es un periódico reiterativo, machacón, didáctico, aburrido, en el cual constantemente se utilizan los acontecimientos como simples pretextos para la explicación de la doctrina, para la explicación de la dicotomía de clases y de la lucha de clases, en el cual no hay información o la única información que hay es la información interna de convocatorias, de reuniones, huelgas de las secciones sindicales, etc. Por eso, *El Socialista* no se mantiene, no tiene lectores o tiene un número de lectores muy pequeño, y constantemente se ve obligado a subsistir a base de fórmulas aleatorias. Se abre una suscripción permanente para mantener *El Socialista*. Se pide a todas las secciones locales del partido que compren ejemplares, se les pide a los Sin-

dicatos que compren ejemplares. Se consigue que la UGT, a cambio de insertar en él sus comunicados, noticias sobre sus huelgas, financie en parte el periódico.

De esta manera, el periódico no se sostiene con sus lectores, sino que se sostiene porque sus gastos son pequeños. El único que cobra es Pablo Iglesias, que empieza cobrando 30 pesetas semanales y poco después le rebajan a 15, lo que de todas formas a los anarquistas de la época les parecía una cantidad excesiva. El resto realiza trabajo gratuito, trabajo que va, como cuenta Morato, desde la composición (eran tipógrafos) hasta hacer los paquetes, meter los periódicos en las fajas. Los corresponsales de provincias tienen que recoger noticias y, al mismo tiempo, mandar cartas, hacer de corresponsales administrativos, distribuir los periódicos y cobrarlos a los suscriptores.

Con esta infraestructura en la que los gastos son evidentemente escasos, y con las ayudas que le van llegando, se mantiene una vida mortecina del semanario hasta 1913.

En 1913, *El Socialista* pasa a diario, con el objetivo de tener cuatro páginas. De hecho durante mucho tiempo sólo conseguirá tener dos páginas, dos páginas grandes, pero es una hoja por las dos caras. Este cambio pretende ser una renovación, una reforma del periódico para adaptarlo a un partido y a una organización sindical que entretanto han crecido considerablemente.

La UGT ha pasado ya de los 100.000 afiliados. Va ya poco a poco acercándose a los 200.000 que tendrá a finales de la década de 1910. El partido tiene ya un diputado en el Parlamento y necesita un órgano de expresión diario en el cual el volumen informativo supere el del pequeño semanario que habían mantenido hasta entonces.

Aun así, en los años siguientes *El Socialista* sigue siendo un órgano de información parcial o sectorial. Los únicos cambios importantes que se producen en el periódico van, me parece, en una doble dirección. Por un lado, el periódico amplía el número de sus colaboradores e incluso permite (estamos en la época de la conjunción republicano-socialista) que colaboren en él personas, tanto periodistas como intelectuales o políticos, que no sean estrictamente socialistas. Intenta abrir la gama de sus colaboradores para atraer a un público más amplio, pero el intento parece que no tiene éxito, por razones que desconozco con detalle (no se ha hecho la historia interna del periódico), pero que sospecho a través de una anécdota de Marcelino Domingo. En 1920, el socialista Saborit le pide a Marcelino Domingo una colaboración periódica para *El Socialista*. Le dice que le van a pagar muy poco. Marcelino Domingo dice que no le importa que le paguen muy poco, pero que de momento le acepten unas letras que tiene pendientes de pagar y que las vayan pagando cuando puedan, momento en el cual *El Socialista* decide acabar todo contacto con Domingo y con muchos de los periodistas o políticos que le podían colocar en situaciones similares. Pero la enfermedad de Pablo Iglesias permite que en el periódico escriban nuevas figuras o nuevas firmas dentro del partido. Besteiro, Largo Caballero, sobre todo en los años veinte, aparecen casi constantemente.

Por otro lado, hay, además de estas nuevas firmas, una mayor información, pero sigue siendo una información sectorial, una información de dis-

cursos de los socialistas en el Parlamento, de Congresos de los sindicatos, de Congresos de las federaciones de oficio, de Congresos del partido, de cartas de socialistas del extranjero; y, mientras, las noticias tanto de política nacional como de política internacional son mínimas y aparecen con frecuencia en los lugares más insospechados.

Si alguien maneja los números de *El Socialista* que coinciden con los días o semanas de la Revolución Rusa, verá que de la Revolución Rusa se habla abajo de la última columna en un pequeño telegrama en el que se dicen cosas como: «Parece que los maximalistas han tomado el poder», utilizando exclusivamente telegramas que vienen de Berlín.

Es evidente que con esta información interna cada vez más amplia *El Socialista* pretendía, no ampliar el número de sus lectores individuales, sino, probablemente, ampliar el número de sus compradores institucionales. El hecho de que recogiera información sobre huelgas, reuniones de secciones sindicales o de secciones socialistas, parece ir dirigido a conseguir que todas las secciones de partido y que todas las sociedades de oficios compraran uno o varios ejemplares, pero no a conseguir que los obreros, ni siquiera los afiliados, compraran un ejemplar para ellos.

Aunque periódicamente se presentan consignas como «Obrero: no compres los periódicos burgueses», «Obrero: los periódicos burgueses te engañan», de todas formas *El Socialista* no daba la información imprescindible para que un obrero pudiera contentarse con él, y no parece que la mayoría de los trabajadores tuvieran recursos suficientes en estos años como para comprar dos periódicos: uno, para estar informado; otro, para hacer labor de militancia.

Esta situación cambia en 1931: con tres socialistas en el Gobierno, y con una competencia periodística, sobre todo en la izquierda, muy superior a la que había tenido hasta entonces, *El Socialista* intenta dar el gran salto para convertirse en un periódico que no sólo dé doctrina política, sino que también dé información política.

Es esa, entre otras, por supuesto, la tarea que Zugazagoitia intentará llevar a cabo y de la que nos hablará a continuación el profesor Santos Juliá.

#### Santos Juliá

Las cosas habían ciertamente mejorado algo, sobre todo si se tiene en cuenta los sueldos, porque Zugazagoitia entró en *El Socialista* en abril de 1932, cuando le nombra la Ejecutiva para hacerse cargo interinamente de la Dirección, con un sueldo de 1.000 pesetas, y todavía se atrevió a pedir algún aumento en el 33 o el 34, si se cree en los recuerdos de Largo Caballero, que achacaba ya un excesivo afán de ganar dinero a Zugazagoitia. 1.000 pesetas del año 32 pueden equivaler actualmente a unas 110.000/115.000 pesetas. Era el sueldo de un Diputado, exactamente. Un albañil ganaba unas 8 pesetas diarias y el administrador de *El Socialista* ganaba 700. Es decir, que las cosas parece que daban para, por lo menos, tener sueldos razonables del momento.

No sólo aumentó los sueldos Zugazagoitia (o por lo menos logró que la Ejecutiva de su partido aumentara los sueldos de una manera razonable a todos los que trabajaban en *El Socialista*); hizo algunas otras cosas.

Desde mi punto de vista, la aportación fundamental de Zugazagoitia a *El Socialista*, fue romper (incluso de una manera relativamente teórica: él era escritor, se definía a sí mismo como escritor) el obrerismo en el que *El Socialista* estaba metido por obra fundamental de quienes se hicieron cargo de él durante los tiempos de la Dictadura. En tiempos de la Dictadura el socialismo madrileño, que si había tenido discrepancias políticas durante los años diez, y con ocasión de la Revolución Rusa, de la Huelga General del 17, etc., se hace un socialismo cerrado, muy corporativo, tremendamente corporativista, interesado de una forma exclusiva o por lo menos prioritaria en las cuestiones que atañían a las sociedades obreras, al crecimiento de las sociedades obreras, al robustecimiento de la organización obrera, con menosprecio, o por lo menos dejándolo en un segundo término, de todo lo que hacía referencia a la lucha política. Y *El Socialista* en realidad es el órgano de expresión de este tipo de socialismo, es decir, un socialismo que no tiene para nada en cuenta la lucha política, que no tiene para nada en cuenta que es preciso un régimen de libertades o de democracia con objeto de que avancen los propios ideales que el socialismo llevaba en su programa, un socialismo que había dejado en sordina ese otro aspecto de la historia del socialismo español que era su definición como partido republicano.

Esto había hecho que el periódico reflejara el aislamiento obrero en el que se encontraban perfectamente a gusto sus dirigentes, dirigentes del tipo de Besteiro, el propio Largo Caballero (que, sin embargo, tenía un ojo puesto también en la política) y el director del periódico, que era Andrés Saborit.

Besteiro, por ejemplo, en el año 29, cuando hay una serie de conferencias en la Casa del Pueblo de Madrid, en la que el doctor Negrin, el doctor Sánchez Banús y algunos otros miembros del Partido Socialista se confiesan socialistas por ser republicanos, contestará diciendo que él es socialista por ser obrerista y que, finalmente el régimen político no es lo fundamental para el progreso de las sociedades obreras.

Un periódico obrerista aislado, aislado de la lucha política, exigía para su mantenimiento, naturalmente, el sacrificio de los asociados. Cuando lo toma Zugazagoitia, o por lo menos cuando cambia de signo el panorama político, *El Socialista* es un periódico deficitario, que le cuesta dinero a quien lo lee, a quienes lo mantienen. Es un periódico que se mantiene gracias a lo que se llama el «sacrificio» de los asociados. El déficit de 1928, por ejemplo, era de 64.000 pesetas, y el del 29 de 72.000. Era un periódico realmente muerto y salvado prácticamente a base de donativos.

Zugazagoitia viene de otro aire, de otro tipo de socialismo. Es quizá simplificar las cosas llamar al socialismo madrileño socialismo corporativo, cerrado, aislado, socialismo de sociedades obreras, socialismo no político; y al socialismo vasco, socialismo político. Pero no hay tiempo de matizar demasiado; así yo creo que la aportación de Zugazagoitia se entiende si se piensa en el impacto que hace el socialismo vasco en el socialismo madrileño en el año treinta.

El socialismo vasco es un socialismo liberal, mucho más democrático, mucho menos doctrinario, mucho más sentimental y literario que el socialismo madrileño, que es un socialismo muy doctrinario, que se confiesa muy fiel a una doctrina; no se sabe muy bien qué doctrina es, pero de todas ma-

neras es un cuerpo doctrinal que se ha ido elaborando a lo largo de los años, sobre todo desde finales del siglo XIX y durante los años diez y veinte.

Mientras que el socialismo vasco, encarnado, si se quiere, en Prieto, pero no sólo en él, que se ha tenido que abrir paso precisamente en lucha contra el sindicalismo y desplazando a los sindicatos del control de las agrupaciones socialistas vascas, es un socialismo mucho más abierto, más democrata, más liberal, menos obrerista, más populista y, sobre todo, mucho más tendente al pacto y a la alianza con las clases medias republicanas y, por consiguiente, deseoso de tender puentes hacia los representantes políticos de esas clases medias que son los partidos republicanos.

Esa es la preocupación que lleva Zugazagoitia, creo, al periódico cuando se hace cargo de él. El dice que el periódico es, desde luego, un periódico de partido, un periódico obrero. Obrero se contrapone entonces a burgués: hay periódicos burgueses, hay noticias burguesas, se habla de «noticias eminentemente burguesas». No se sabe muy bien realmente qué querían decir cuando se dice que una noticia es eminentemente burguesa, pero, en todo caso, el mundo aparecía efectivamente roto entre distintas culturas: una en retroceso, creían los socialistas, la cultura burguesa y todo lo que ella representaba; otra en avance, signo de progreso, la cultura obrera, la cultura socialista. Pero el progreso de la cultura socialista consistía, según Zugazagoitia, en hacer lo que él llamaba «nuevo acopio de adeptos». Y para hacer nuevo acopio de adeptos no se podía mantener un órgano de expresión destinado exclusivamente a los ya adeptos, es decir, a los obreros convencidos y fieles a la doctrina; había, por tanto, que hacer además de un periódico obrero, un periódico, y esto es lo que él propone.

El proyecto que presenta en el XIII Congreso del Partido Socialista, que tiene lugar en octubre de 1932, como su razonamiento, es muy simple. Hoy parecería incluso trivial. Un periódico, dice él, es un órgano de difusión de noticias: no podemos seguir manteniendo un periódico que no dé noticias.

Fijense hasta qué punto no daba noticias *El Socialista*, que es inútil buscar en octubre de 1929 nada que hable de que empieza una crisis económica mundial. El año treinta pasa y no se dice nada de la gran hecatombe del sistema. Nada. No sabían. Quien leyera sólo *El Socialista* no se habría enterado de que el sistema capitalista había entrado en un proceso de crisis aguda.

Por consiguiente, es preciso hacer un periódico que informe. ¿Cómo se hace un periódico que informe? Y aquí me parece a mí que está la conexión entre este socialista vasco y el tipo de socialismo o de cultura obrera madrileña. El acopio de información se tendría que hacer montando una agencia internacional de información socialista, es decir, había que desprenderse de las llamadas agencias burguesas. En concreto, *El Socialista* se alimentaba de una agencia llamada FEBUS, que era la agencia que daba noticias a *El Sol* y a otros periódicos; y, efectivamente, si se lee *El Socialista* de ese tiempo se ve que muchas de las noticias son también las noticias que tiene *El Sol*.

De lo que se trataba, por consiguiente, era de estar presentes en la calle con un órgano distinto al que él había tomado, un órgano que compitiera con la prensa y con la cultura burguesa. La batalla política en los años treinta se

da en la calle, y en la calle lo que manda son dos medios: la radio y el periódico.

La radio era fundamental. Por ejemplo, las calles podían desertizarse —como ahora con motivo de alguna transmisión televisiva— porque Azaña hablaba en el Parlamento y el discurso se retransmitía por radio. La radio fue básica para calmar los ánimos en los días inmediatamente siguientes al triunfo del Frente Popular, cuando Azaña pronunció su discurso llamando a la calma.

Por consiguiente, el periódico, que pretende ser un periódico rico en noticias, es órgano de lucha política. Hay en Madrid en aquellos momentos veintitantos periódicos diarios. Es increíble; hubo momentos en que incluso fueron más, porque algunos sacaban dos periódicos.

¿Qué pretende hacer Zugazagoitia? Pues un periódico más atractivo, dice él. Imprimirlo en mejores condiciones y con más calidad. Se mete en una operación, que no voy a relatar, para la compra de una rotativa que le van a traer de Berna. ¡Más rápido! Más rápido quiere decir que la rotativa tire más y a más velocidad. *El Socialista* tiraba aproximadamente, en el año 1932, unos 30.000 ejemplares, y la rotativa que tenía no era capaz de imprimir más de 4 ó 5.000 ejemplares por hora, si no se rompía en el esfuerzo. La tirada de todos los ejemplares duraba 6 ó 7 horas. Tenían que cerrar el periódico muy pronto y, por consiguiente, cuando llegaba a sus destinatarios de provincias, llegaba, como Julián Zugazagoitia decía, muerto. Llegaba con un día o día y medio de retraso, porque tenían que cerrar para que en Madrid estuviera por la mañana, pero a las provincias iba en el Expreso de la noche y, por consiguiente, salía de Madrid a las nueve o las diez de la noche, habiendo cerrado a las 2 ó 3 de la madrugada anterior. Más rápido, más amplio, dar más papel a los lectores, quería Zugazagoitia.

La política de Julián Zugazagoitia dio resultado. Dio ante todo el resultado de elevar las ventas, aunque no creo que fuera tanto esa política como el hecho del incremento del consumo de papel que hay en la República. El único gremio que no entró en crisis y que no tuvo parados en la República, fue el de impresores. Así como los sombrereros, por ejemplo, quebraron todos, porque se acabó el sombrero, el consumo de papel aumentó de una manera brutal y se hicieron grandes inversiones en prensa. Por ejemplo, la Editorial Católica hizo una inversión fabulosa, cosa que normalmente no se hacía: en tiempo de la República las inversiones estaban más bien retraídas. Pues bien, aumenta el papel porque la gente lee mucho más, se leían discursos enteros que ocupaban primeras páginas de los periódicos; unas primeras páginas horribles por la gran cantidad de letra.

De hecho, *El Socialista*, en el año 31, ya es rentable. En el año 32 vuelve a ser rentable. Zugazagoitia llega incluso a decir, lo que le vale una reprimenda de Prieto, el administrador, que bueno, que hay ahí unos cuantos miles de duros, y que él tiene la satisfacción de ofrecer a la Ejecutiva del partido esos miles de duros para que hagan lo que quieran. Prieto le dice: «¡Cuidado! No ofrezca usted dinero. Todo periódico tiene que ser deficitario, porque si hay dinero hay que volver a invertirlo en el propio periódico.»

No sólo gana *El Socialista* en resultados económicos y en resultados industriales, sino que me da la impresión de que gana en estilo, aunque posiblemente ellos pensaban que su estilo era mejor de lo que realmente era.

Azaña, que como siempre daba en el clavo de los asuntos, decía de Zugazagoitia que era un buen escritor, sesudo: «un vasco taciturno», le llamaba. Otro decía que era «la flor», la flor que había dentro del socialismo. Pero Azaña no vio esas cualidades florales en Zugazagoitia. Pues bien, el vasco taciturno escribía bien. Es discreto, sesudo y razonable. No es un periodista sobresaliente, muy apto para el público al que se dirige, necesitado de cierta machaconería. Y dice Azaña: «Lo malo es que a veces pretende hacer estilo y a todos los folicularios españoles recientes les ha dado por escribir venga o no a pelo con frasecitas cortas, con cláusulas breves, creyéndose con ello más modernos. ¿Qué resultado? Pues tronchan las oraciones, cortándolas a cada dos o tres vocablos, dando así frases cojitrancas y jadeantes.» Era el estilo de la frase corta y supuestamente eficaz: «No nos gusta la República», «Nos gusta la República», «Abajo tal»... Ese tipo de estilo es el que lleva Zugazagoitia a los editoriales de *El Socialista*. Un estilo eficaz, aunque comparto el criterio de Azaña de que en muchas ocasiones ese estilo de retórica corta y combativa es un estilo un poco chulapón, que refleja muy bien la chulería madrileña del momento: «Para valientes, nosotros», «Aquí estamos dispuestos».

Por ejemplo, ABC también tiene este estilo: «No había españoles. Ahora hay españoles», «¿Qué ha pasado aquí? Pues que ha salido un español». Ese tipo de cosas se decían mucho, de unos editoriales a otros.

Pero aparte del estilo, hay en *El Socialista* de este momento, un intento, y con esto voy a terminar, de interpretar con cierta densidad teórica, con cierta categoría, lo que está pasando en el país, lo que está ocurriendo en la política, adónde va políticamente la República. Y en este terreno, Zugazagoitia, a través de una labor editorial diaria, es el que está dando, no ya doctrina, porque no era nada doctrinario, en absoluto, sino perspectivas al movimiento socialista, y una articulación interna. Sólo el análisis de los editoriales que ha hecho Zugazagoitia merecería seguramente un tiempo del que no disponemos.

Creo poder distinguir cuatro periodos fundamentales en estos editoriales:

1.—El primero es el de la expectativa republicana, el de la gran esperanza republicana. Zugazagoitia es entonces el socialista-azañista que el propio Azaña va a decir luego que ha sido. ¿Qué significa ser socialista-azañista? Los socialistas piensan que su momento no ha llegado todavía: el avance definitivo, la emancipación de los trabajadores tienen que quedarse para un momento posterior; pero el momento actual, 1931-32 hasta principios del 33, tiene sentido en cuanto que se están dando unos pasos decisivos que van a abrir las puertas a la emancipación de los trabajadores.

La labor editorial de *El Socialista* en este periodo está continuamente machacando que es preciso consolidar la República, y el gran descubrimiento para esa consolidación, el descubrimiento que hacen los socialistas, es la figura de Azaña. Este socialismo político de origen vasco que he intentado esbozar al principio de esta charla, pensaba que los republicanos eran gente débil, muy poco organizada, muy fragmentada. Cada uno seguía su camino, incapaces de solidificar la República. Azaña, sin embargo, había dado muestras de fortaleza. Se había enfrentado prácticamente solo a uno de los principales problemas del país, que era el del Ejército. Había resuelto prác-

ticamente sólo con su palabra otro de los principales embrollos en los que se metió el primer gobierno de la República: el problema religioso. Azaña era la República. Prácticamente, Zugazagoitia viene a decir: la República es él, y nosotros estamos detrás y apoyando lo que él representa y lo que él es.

2.—El segundo momento es el momento en el que los socialistas empiezan a considerarse forasteros de la República, como dice el propio Julián Zugazagoitia: «La clase obrera empieza a ser forastera de la República.» Este momento de la extranjería o de la extrañeza de la República, del comienzo de la decepción republicana, está motivado por la campaña obstruccionista de los radicales. Cuando el Partido Radical impide la labor legislativa del Parlamento, los editoriales de *El Socialista* van a decir: «Un Parlamento que no legisla no es un Parlamento; esto no es una democracia; si la República es esto, nosotros estamos fuera de esta República y nosotros no queremos saber nada con esta República. Para que nosotros estemos con la República es preciso que se nos reconozca el derecho a gobernar y a influir en la marcha de la República. Si ustedes obstruyen el Parlamento, nosotros somos forasteros o estamos expulsados de esta República.»

3.—El tercer momento comienza con la pérdida de las elecciones de 1933. Hay una marcha, un proceso de denuncia de la República, y Zugazagoitia va a ser aquí todo lo duro que podía ser. Sus editoriales (normalmente los escribía él) son una continua denuncia de la República: «la República está perdida, la República tiene la enfermedad en el tuétano. ¿Qué enfermedad es la que tiene la República? La suciedad. Estos republicanos no se lavan. No queremos saber nada. Se está muriendo de una enfermedad contagiosa: de suciedad. De lo que no debería morir nadie. Pero se muere. Y en este trance, ¿qué decir?, ¿qué hacer? Nosotros decimos esto: que se muera y hacemos esto otro: prepararnos para la nueva conquista.» Así termina uno de los editoriales de *El Socialista* de julio de 1934. Es el momento de repulsa de la República. Esa República, viene a decir, es peor que la monarquía. Nosotros no queremos saber nada de la República. Tenemos que seguir nuestra marcha solos hacia el Poder.

La República les había defraudado, el pacto entre los republicanos y los socialistas se había roto y, por consiguiente, esa República no era la que ellos habían creado, era otra.

4.—Finalmente, hay un último momento, después de la Revolución de Octubre, en el que Zugazagoitia vuelve a salir de nuevo en defensa de la República. Y en ese momento es cuando él apoya definitivamente a Prieto y rechaza la tendencia caballerista, que tiene otro órgano de prensa, *Claridad*. Hay una pugna constante entre *Claridad* y *El Socialista*. *Claridad* denunciando «esos cuentos de miedo que nos estáis metiendo respecto a un posible golpe militar», y Zugazagoitia insistiendo en que son unos irresponsables, en que están dividiendo al partido y que dividiendo al partido lo que están haciendo es debilitar al Gobierno republicano y con ello laborando para el hundimiento total.

**ARTURO SORIA**  
**Miguel Angel AGUILAR**

**MIGUEL ANGEL AGUILAR**

*Periodista. Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Complutense de Madrid. Participó activamente en la gran aventura predemocrática que fue el diario Madrid hasta su clausura por la dictadura, y ha sido uno de los principales protagonistas del periodismo de la transición democrática en España: redactor de los semanarios Posible y Cambio 16, director de Diario 16 (1977-1980), corresponsal político de El País. Al mismo tiempo, ha sido animador incansable de todo tipo de actividades asociativas: Asociación de la Prensa, Club Blanco White, Asociación de Periodistas Europeos (de la que es Secretario General).*

*Ha dirigido cursos en la Universidad Menéndez Pelayo, y ha sido conferenciante en varias universidades norteamericanas.*

*Destacan entre sus publicaciones Las últimas Cortes del franquismo (1976); Felipe González. Perfil humano y político (1977); El Golpe. Anatomía y claves del asalto al Congreso (1981, en colaboración con Julio Busquets e Ignacio Puche); El vértigo de la prensa (1982), que puede considerarse como un antecedente de este Ciclo sobre los Grandes Periodistas Olvidados, etc. De su dedicación a temas militares y de seguridad ha quedado constancia en tres volúmenes colectivos: Terrorismo y sociedad democrática (1982), La defensa de Europa: OTAN sí, OTAN no (1984), y Spain, Studies in Political Security (1985).*

Yo no sé si vamos a poder ir adelante porque tenemos entre nosotros a un verdadero anarquista, que es Epifanio Ridruejo, con una capacidad de interferencia realmente asombrosa. Pero por si acaso, voy a continuar.

Yo le he pedido a José Antonio Novais que está aquí a mi izquierda, que me ayude porque José Antonio Novais yo creo que fue una de las primeras personas con las que Arturo Soria, a su regreso de Chile, a su regreso del exilio, trabó amistad, conocimiento y a través de José Antonio Novais, Arturo Soria llegó a conocer, a tratar a gran cantidad de periodistas que entonces empezábamos y que tuvimos el privilegio de tratarle y de escucharle y de advertir sus facultades de auténtico terrorista verbal, como él en alguna ocasión se definió.

Hay un pequeño libro que se ha editado no hace mucho, donde su hijo Arturo Soria y Puig, ha recogido algunas de las acotaciones, de las ingeniosidades, de las extravagancias verbales de su padre. Y a él voy a hacer numerosas referencias. Pero antes es obligado hacer un pequeño repaso a los datos fundamentales de la biografía de Arturo.

Arturo Soria y Espinosa nació en 1907, murió en 1980 —en el verano de 1980—. Nació en La Ciudad Lineal, en Madrid y era nieto del fundador de la Ciudad Lineal, Arturo Soria y Mata. Y este dato de la Ciudad Lineal y de su raigambre familiar, tiene una gran importancia en toda su vida.

Yo todavía recuerdo los pleitos finales de Arturo Soria, su lucha desigual en la que fue una y otra vez vencido, pero en la que mantuvo siempre, como recomienda Churchill, «en la derrota, altivez». Altivez, aunque le derrotaran una y otra vez sus pleitos, digo, por impedir que la Ciudad Lineal fuera víctima de la especulación urbanística, por preservar el carácter con el que la Ciudad Lineal había sido fundada, y José Antonio Novais lo recordará también. Como en alguna ocasión nos contaba Arturo Soria los distintos enviados para proponerle espléndidas cantidades de dinero, a cambio de que retirase sus pleitos para bloquear —tenía puestos pleitos a todos y cada uno de los que intentaban construir por encima de las limitaciones con las que la Ciudad Lineal había sido concebida—; pues para retirar estos pleitos le ofrecían distintos mediadores cuantiosas sumas que él siempre rechazó.

Recuerdo que en una ocasión nos contaba que uno de estos mediadores, que venía de una personalidad de gran relevancia política, se le presentó co-

mo abogado del Estado, lo que produjo en Arturo Soria una indignación mucho mayor: «¿Abogado? ¿Y de este Estado? ¿No le da vergüenza pregonarlo? ¡Insolente! No me agravie con su presencia.»

Pues bien, Arturo, que hubiera podido, desde ese punto de vista, hacer pingües negocios, se negó por completo, mantuvo sus pleitos, quiso impedir la destrucción urbanística de la Ciudad Lineal y fracasó ahí, como en tantas otras cosas, pero llevó con una enorme galanura su fracaso.

Hubiera podido reunir una espléndida fortuna, pero él se atenia a que lo único serio que había en España era el Registro de la Propiedad y que todas y cada una de las parcelas de la Ciudad Lineal habían sido vendidas con unas servidumbres, según las cuales, solamente podía construirse en una proporción muy limitada. Y él mantenía que esas parcelas habían sido vendidas así y que eso debía preservarse según figuraba inscrito en el Registro de la Propiedad. Su indignación subía siempre de tono cuando acababa diciendo: «aquí ya no se respeta ni el Registro de la Propiedad».

Arturo fue un verdadero patriota. Su ocupación y preocupación fundamental y absorbente fue España y como por otra parte se negó a seguir carrera política o militar, y renunció a la contaminación escrita, no se dedicó a emborronar páginas con sus particulares especulaciones mentales, pues podría pensarse que ocuparnos de él en un ciclo como éste de Grandes Periodistas Olvidados, no guarda proporción. Sin embargo, llevó a cabo una labor muy interesante que no hemos tenido el tiempo de investigar a fondo, en el periódico *El Sol*, en la sección de periodismo universitario.

Trató asiduamente a Ortega por el que tenía una enorme admiración. Alguna vez refería que don José se dirigía a él diciendo: «Arturo, golpéese las gafas que a usted así le salen las ideas». Pues él aceptó trabajar en *El Sol*. Trabajó en *El Sol* durante dos años y trabajó como redactor universitario y prestando eco, sirviendo de eco, a las actividades de la FUE (Federación Universitaria Escolar), de la que fue Jefe de Propaganda y animador incansable junto con este hombre por el que tenía una admiración sin límite que era Antonio María Sbert.

El responde mucho más a ese epigrafe de promotor de ideas con el que me lo definía su viuda Conchita, a la que él se refería siempre como «la flor de mi vida». Pues bien, la flor de la vida de Arturo me llamó el otro día al conocer nuestro propósito de ocuparnos de Arturo y me dijo que éramos muy generosos, pero que en realidad a Arturo no se le podía considerar periodista más que por el amor que había tenido siempre a los hombres que habían ejercido el periodismo, puesto que su dedicación no había sido muy continuada y que más bien Arturo entraba dentro de esa categoría del promotor. El había sido un lanzador permanente de hombres, con una generosidad impresionante, porque jamás capitalizó esas actividades en beneficio de su nombre o de su bolsillo.

El pensaba, algo que recoge el prólogo de su hijo, que los movimientos colectivos deben ser consecuencia de aportaciones anónimas y que no debían ser capitalizados y eso lo vivió con un rigor hacia sí mismo intensísimo.

Todo intento de figurar y brillar personalmente, decía él, es atentar contra ese movimiento colectivo, o dicho de otra manera, no cabe discrepar, trasladando a la acción colectiva la esencia misma de la sociedad establecida, capitalizando en beneficio propio cuanto se hace.

Arturo, apoyándose en la vasta red de contactos personales que sus actividades universitarias le habían proporcionado, y queriendo dar continuidad al movimiento estudiantil que había luchado contra la dictadura, lo transformó en un movimiento profesional y cultural, fundando a principios de 1932 en casi toda España los que se llamaron Comités de Cooperación Intelectual. Estos Comités llevaron a cabo una enorme labor, una fecundísima labor, para difundir la cultura en los lugares más apartados de España, organizaron conferencias, dieron oportunidad de presentarse ante públicos muy diversos a García Lorca, a Gómez de la Serna, a músicos como Nicánor Zabaleta y Regino Sáinz de la Maza, organizaron veladas de teatro en La Barraca o primeras sesiones de cine con películas de Einsteinstein y de otros muchos directores que empezaban entonces, y con estos Comités pretendían en suma desarrollar una política al servicio de la cultura y de las ideas democráticas y republicanas que defendían.

En 1934, considerando muy amenazada la República, fundó —con un gran periodista del que no nos hemos podido ocupar en este ciclo pero que tenemos absolutamente comprometido para otra ocasión, me refiero a Corpus Barga— el semanario de *Diablo Mundo*, que yo esperaba haber podido traer aquí en las pocas ediciones que aguantó saliendo a la calle, pero no ha sido posible.

El objetivo de este semanario era precisamente ése, la defensa de la República, pero guardando distancias, sin la identificación un poco abyecta de género cipayo, digamos, con los gobernantes del momento.

En el semanario *Diablo Mundo* colaboró lo más representativo de los intelectuales de la época y después de la Guerra Civil, que Arturo vivió, en fin, de una manera muy directa sin desertar nunca de lo que él entendió que eran sus deberes, hasta el punto de que volvió a Madrid desde Barcelona a finales de 1938 y estuvo con el mismísimo Julián Besteiro hasta el día de la entrada del Ejército que mandaba el general Franco, en Madrid. El tenía desde Barcelona muy clara la salida hacia fuera y sin embargo, se vino a Madrid y estuvo, creo recordar que él decía que era en la Castellana, n.º 3, en la Presidencia del Consejo de Ministros con Besteiro y renunció a marcharse hasta que todo terminó.

Durante alguna etapa de la guerra trabajó en el servicio de información y propaganda. Yo creo que José Antonio Novais y yo le hemos oído hablar de lo que él denominaba «olas de terror incruento» que él manejaba a través de las ondas de la radio, para devolver la moral resistente a la población; y es evidente, por otra parte, que Arturo era completamente contrario a la violencia hasta el punto de explicar en alguna ocasión, con mucha vehemencia, su preferencia por ser asesinado en lugar de asesino. El decía que, en fin, si ya le llevaban a esa situación extrema, él siempre prefería ser asesinado que asesino.

Pues bien, después de la Guerra Civil vivió un largo exilio en Chile, que duró exactamente 20 años y un día. En Chile llevó a cabo una labor cultural de primerísimo orden con la Editorial Cruz del Sur, en la que editó a lo mejor, del exilio español y, por ejemplo, hizo también la primera edición de las Obras Completas de Pablo Neruda. En un momento de persecución en Chile él salvó la casa y las propiedades de Neruda asumiendo su custodia.

Regresó a España en cuanto pudo, en 1959, y con su regreso inició un



segundo exilio, porque fue un exilado del interior sin duda ninguna. Probablemente el exilio más duro porque su campo de acción — él era un activista, él era un promotor, hemos dicho — se vio muy reducido y su tensión hacia la discrepancia se incrementó, limitado a lo que él llamaba la rotativa de la lengua y a una actividad que ejercía permanentemente, que era la de crear grupos opinantes; en el autobús, en la cola del pan, en cualquier parte, Arturo inmediatamente creaba un grupo opinante, creaba un desasosiego. En eso era muy parecido a Epifanio Ridruejo, con una capacidad inagotable de disgregar.

No me resisto a recoger algunas de las pequeñas acotaciones que aparecen editadas en el libro debido al cariño y la memoria de su hijo.

En el prólogo hay una espléndida referencia a Ramón Gómez de la Serna, que escribía a Arturo Soria, entonces en Santiago de Chile, y le decía: «no olvide usted, gran Soria, que el ocio más o menos hambriento es la succulencia máxima del espíritu». Y esta frase a mí me ha parecido siempre muy definitoria de lo que fue la vida y el comportamiento de Arturo Soria.

Bien, brevisísimamente voy a espigar alguna de estas afirmaciones de Arturo, que creo que nos devuelven de manera bastante clara su personalidad en estos momentos. Por ejemplo dice: «Vivir seguro es vivir sumido en la sumisión defensiva de tu patrimonio». «Lo que se mide, se vende; lo que se admira, se acata». Hay otra que, a lo mejor, resulta un poco escabrosa, pero a mí me parece espléndida y no me resisto a transcribirla, dice: «La mujer que explota lo que, como su cuerpo, le pertenece, no es puta: es modesta y desdichada industrial. Putos son los hombres que explotan a los demás.» «A quien ni cede, ni cesa, ni se vende, se le arrasa.» «La capacidad de consumo subordina la vida a lo subalterno, efímero y evacuable.»

Hay uno que a mí me parece espléndido. Yo se lo leí hace unos días al presidente del Gobierno, dice así: «Hacerse del cuerpo: en el campo, cagar; en la ciudad, entrar en el escalafón.»

Luego, por ejemplo, dice: «Lo peor de la adversidad es la claudicación.» Y establece una diferencia que a mí me parece enormemente inteligente, dice: «Resistir no es aguantar. Aguantar es consentir.»

Otras que leídas por el Ministro del Interior le abrirían un panorama entero de programas y de realizaciones. Dice: «Quien obedece ciegamente, manda bestialmente.» Hay una terrible que es de una concisión absoluta, dice: «Militar: limitar.»

Y luego hace una defensa que también para el actual Ministro del Interior sería espléndida ahora que discuten sobre la aplicación del Código de Justicia Militar a la Policía, dice Arturo: «Frente a la organización, el pensamiento; frente a la disciplina militar, la disciplina orquestal.»

Bien, terribles críticas a todos los partidos políticos porque en ese sentido se podría equiparar al primero de los periodistas del que aquí se habló, a Bonafoux, cuando nos explicaba Mari Cruz Seoane que se definía diciendo que él era del partido contrario, pues Arturo Soria también era un poco del partido contrario y así, por ejemplo, dice: «Las ideologías administran burocráticamente las ideas.» Y luego se permite, claro, criticar socialistas, comunistas y no digamos ya las gentes de la derecha.

Hace una gran definición del terror y del terrorismo, dice: «Terror: error. Tras el terror desalmado de las armas, la sumisión terrorificante de

las almas». Y, por ejemplo ésta que a mí me parece espléndida, dice: «Guardia: quién mantiene el orden en la calle, aunque viva el caos en el poder». Y un consejo, con el que ya termino esta evocación, que me parece maravilloso y muy recomendable seguir: «Conocer al necio es evitar su embestida.»